



LUCHA, VIVE, CONTINÚA

Asimétricos

PATRI GARCÍA

Asimétricos

Patrici
García

Título: *Asimétricos*

© 2019, Patri García

Del diseño de la cubierta: 2019, Patri García

De la maquetación y corrección: 2019, RM Madera

Primera edición: 2019, noviembre.

Número de registro: GC-131-2019

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Prólogo](#)

[1.- Cuba](#)

[2.- Misteriosa](#)

[3.- Boxeo](#)

[4.- Encuentro](#)

[5.- Atontado](#)

[6.- Reglas](#)

[7.- Heridas](#)

[8.- Perdón](#)

[9.- Latino](#)

[10.- Abuelita](#)

[11.- Guantes](#)

[12.- Lúgubre](#)

[13.- Verdad](#)

[14.- Prohibido](#)

[15.- Tortura](#)

[16.- Sentimientos](#)

[17.- Amor](#)

[18.- Dolor](#)

[19.- Enamorada](#)

[20.- Distancias](#)

[21.- Tiempo](#)

[22.- Caracol](#)

[23.- Noche](#)

[24.- Íntimo](#)

[25.- Escondidos](#)

[26.- Descontrolados](#)

[27.- Renacer](#)

[28.- Vivir](#)

[29.- Elocuencia](#)

[30.- Mamá](#)

[31.- Pareja](#)

[32.- Progreso](#)

[33.- Momentos](#)

[34. Fin](#)

[35.- Regreso](#)

[36.- Rutina](#)

[37.- Sempiterno](#)

[38.- Inconmensurable](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

*A mi campeón,
Porque aunque no te haya conocido en persona, sé que siempre estarás ahí.*

Prólogo

Trinidad, Cuba. Diciembre de 1967.

Los sucesos que ocurrirían a continuación en esa ciudad de Cuba pasarían a la historia para aquellas personas que vivían cerca de aquella casa.

Un lugar.

Un momento.

Un segundo.

Ni siquiera les dio tiempo a poder ayudar, aunque, en el fondo, no lo harían si pudieran. Porque ¿quién pone su vida en peligro para salvar a una persona que no conoce? Pocas personas y de esas no había nadie en aquel lugar.

Así que mientras una niña veía como otra persona mataba a su propia madre de la forma más macabra para una chiquilla tan pequeña, aquel acontecimiento solo se quedó ahí, entre esas paredes viejas de lo que fue su hogar...

—No... ¡No! —gritaba la mujer por cada golpe que le asestaba el hombre—. ¡Hice lo que me pediste! ¡Conseguí el dinero! ¡¿Qué más quieres?!

—¿De qué me sirve que consiguieras el dinero? Al fin y al cabo, perdí todo por tu culpa. Porque querías salvar a tu hija.

La mujer no se rendía, era fuerte, tanto física como mentalmente. Pero, a veces, la fuerza no ayuda demasiado y más cuando ese hombre tenía una pistola en sus manos. Una niña de pelo moreno estaba escondida en su habitación, con los oídos tapados, asustada y observando tras la cerradura la macabra escena que estaba a punto de ocurrir.

—Por favor, deja a mi hija tranquila y mátame a mí —susurró angustiada, esta vez con varias lágrimas en los ojos.

—¿Por qué he de hacerlo? Fuiste tú quien se metió en toda esta mierda. Y sabes perfectamente que una vez que entras no puedes salir —le dijo lentamente con una voz escalofriante a medida que se acercaba a ella con el arma de nueve milímetros—. Y eso incluye a tu hija.

—No voy a permitir que la metas en el mismo mundo que yo.

Una sonrisa extraña salió de sus labios. Sus ojos no se alejaban de los posibles movimientos que podría hacer la madre de la chiquilla y, entonces, se acercó a su oído.

—Pero si estás muerta... ¿cómo me vas a detener? —preguntó con superioridad.

La mujer abrió los ojos sorprendida e intentó arrebatarle el arma.

Pero fue demasiado tarde para ella.

Puso el arma en su barbilla con rapidez y apretó el gatillo sin piedad, haciendo que toda la sangre saliese a la superficie. Todos los muebles quedaron manchados de sangre dejando muy poco a la imaginación. La escena que presenció la niña era tan sórdida que pegó un fuerte grito y se alejó de la puerta con rapidez sin separarse de su oso de peluche que le había regalado su madre.

—¡Mamá! —gritó la niña llorando tras ver esa escena.

El hombre escuchó el sonido y se dirigió a la puerta sin soltar el dedo del gatillo. Intentó abrir la puerta que la madre anteriormente había cerrado con llave y, con tranquilidad, comenzó a darle fuertes patadas, hasta que rompió parte de la misma. Ahí estaba la niña, con las manos sobre su cabeza, temblando y huérfana de madre.

Él levantó el arma, dirigiéndose a la pequeña, y achinó los ojos, sin retirarlos ni un solo segundo de ella, viendo cómo sollozaba por todo lo que estaba ocurriendo en aquella casa de aquel precioso lugar de Cuba.

—Ahora te toca a ti, *chama*.

1

Cuba

11 años más tarde.

La Habana, Cuba. Junio de 1978.

Cuando era pequeño, mis padres siempre me decían que si no me iba bien en un sitio cambiara de puesto para ver todo desde otra perspectiva. Y es cierto, los cambios a veces son importantes en nuestras vidas porque, a veces, no te das de cuenta de lo que has tenido y de lo que puedes tener gracias a esos cambios. De lo que puedes perder y de lo que puedes ganar.

Supongo que por eso me encuentro ahora caminando o, más bien, deambulando por el aeropuerto como un pescado pequeño en medio de un océano inmenso sin saber a dónde ir.

Quise un cambio en mi vida, y lo mejor para ello fue tomar el primer avión que salía de Florida hasta llegar a Cuba. Ni siquiera sé por qué tomé la decisión de irme a Cuba; ni siquiera sabía a dónde ir, pero necesitaba escapar de mi monótona vida y cambiar de aires, cambiar de lo que me había ocurrido. Supongo que este lugar me hará cambiar la visión que tengo de la vida... o tal vez no, no lo sé. Solo llevo treinta minutos aquí, pero el tiempo lo dirá.

—¿Qué vuelta, socio?

Al escuchar la voz de un joven a mis espaldas, me giro y, acto seguido, observo a un chico de unos veinte años, con una camisa a rayas y un peinado corto muy a lo afro. Al percatarme de que me saluda a mí, me acerco con mis maletas y miles de dudas.

—Buenos días, ¿me puede decir dónde están los taxis? —pregunto mientras no suelto el mapa para buscar lugares cercanos donde quedarme de noche.

—Claro, muchacho. Yo te puedo llevar: soy taxista. —El chico, rápidamente, se dirige hacia mi maleta y la agarra sin mi permiso, pero no digo nada cuando veo que se dirige hacia las puertas del aeropuerto, mientras, yo lo sigo—. ¿A dónde vas?

Observo el mapa cuando, de repente, el sol se clava en mis ojos, impidiéndome ver correctamente y, al salir del aeropuerto, observo con buenos ojos este lugar tan lleno de vida y con un clima espectacular.

—Pues buscaba un lugar para pasar la noche. Un motel cercano —respondo mientras él pone mi maleta de ruedas en el asiento delantero de su coche.

Comienzo a mosquearme cuando no veo ningún letrero sobre el coche en el que ponga «taxi», pero no le doy importancia. Soy nuevo aquí, así que tal vez los taxis sean así.

—Espere aquí que voy a por una cosa.

Me hace una señal de que me quede quieto mientras él se sube al coche. La mochila la tengo colgada, podría habérsela dado junto a la otra maleta. Pero, de pronto, él arranca el coche y se larga cagando leches del aeropuerto.

—¡EH! ¡EH!—grito mientras corro detrás del *Moskvitch* azul como un gilipollas—¡Cabrón! ¡Devuélveme mis cosas!

Dejo de correr mientras veo cómo el coche se lleva la maleta donde tenía mi ropa y unos guantes de boxeo. Doy una fuerte patada a una lata que hay tirada en la carretera y el ruido de una bocina hace que me ponga mucho más de mala leche.

—¡Quítate de delante, idiota!

Aprieto mi mandíbula mientras me retiro para que el hombre, que me mira con mala hostia, pase. Aprieto fuerte la mochila que tengo colgada, lo último que me queda y lo más importante, y suelto un fuerte suspiro de enfado.

Entonces, y como es poco lo que me ha pasado en cinco minutos, escucho a otro hombre riéndose a carcajada limpia mientras yo, simplemente, lo observo cómo se divierte de mi desgracia.

—¿Tanta gracia le hace, señor?

Él hace un gesto con la cabeza mientras sigue riéndose, enseñándome cuantos dientes le faltan y los que tiene fracturados.

—No eres el único extranjero al que le hacen eso. Los chamos suelen hacerlo para sacar algo de peso —habla con ese deje cubano tan marcado.

Coloco mi pelo hacia atrás, retirando la vista del hombre y observando el lugar en el que estoy. Puedo ver que él tiene un taxi, esta vez de verdad. Aunque con lo que me acaba de pasar no me extrañaría que también lo fuera a hacer. Ya comienzo a desconfiar de cualquiera.

—¿Y la policía no hace nada?

—La poli... No me hables de esa gente, anda. —Niega con la cabeza mientras se dirige a su coche y abre su puerta—. Sube, te llevo a un motel que conozco de la zona.

Achino los ojos mientras veo cómo se sienta en su coche y luego asoma la cabeza por la ventana abierta.

—¿Subes o no? —vuelve a preguntar sin retirar su mirada de la mía.

—¿Seguro que es usted taxista?

Él hace un gesto hacia su auto, volviendo a reírse y, esta vez, veo el letrero donde pone la palabra.

—Es una pregunta un poco estúpida, ¿no crees, amigo? Si no entras, me marcho.

—Vale, vale. Pero esta vez llevo yo mi mochila.

Me subo a la parte trasera del coche del taxista y él arranca el auto para llevarme lejos del aeropuerto. Durante el viaje, yo no dejo de observar por la ventana, metiéndome en mis pensamientos mientras observo los pequeños paisajes tan bonitos de este sitio: casas llenas de vida con colores amarillos, azules e incluso rosa. La bandera del país expuesta en muchos balcones y, sobre todo, frases pintadas que ponen «Viva Cuba» en varias paredes.

Me quedo maravillado de este país, aunque en un primer momento me hubiese llevado una mala experiencia con el robo de mi maleta. Me es imposible retirar la mirada de esta ventana y de lo que puedo ver con ella y, con una sonrisa, sigo observándola.

Hace muchísimo calor aquí, como si estuviésemos en pleno agosto, pero, por lo que me han dicho, es así durante todo el año.

—¿De dónde eres? —me pregunta el chófer, y lo miro desde el espejo retrovisor.

—De Estados Unidos —le respondo.

—Vaya, pues hablas muy bien el castellano para ser americano.

Asiento con la cabeza mientras me distraigo de nuevo por la ventana. Saco un fuerte suspiro

mientras siento la mirada del hombre.

—Una parte de mi vida la viví en España y ahí lo aprendí todo del idioma.

—Supongo que algunas palabras no las comprenderás —dice, dándome a entender que hay algunas palabras y expresiones distintas.

—Un poco, pero... todo se aprende —respondo con normalidad y con una sonrisa por todo lo que he ido aprendiendo en mi vida y todo lo que me queda por aprender.



Cuando el hombre, que se llama Rafael, me deja en los aparcamientos del motel y le pago por el viaje, me despido de él para caminar hacia donde se encuentra la entrada para pedir una habitación. Sonrío cuando veo que no todas las personas son iguales como el que me robó esta mañana. Pero mejor impresión me llevo cuando la mujer que me atiende para pedir un cuarto me habla como si fuésemos amigos de toda la vida y con calidez, sintiéndome como en casa aunque no lleve en este archipiélago ni siquiera veinte horas.

Camino con pesadez por culpa del cansancio del avión y subo las escaleras del motel hasta llegar a la habitación del fondo, donde dormiré los próximos días. Respiro profundamente y abro con dificultad la puerta por lo vieja que está, pero no me importa. Dejo la mochila en el suelo y, antes de que pueda cerrar la puerta para tener intimidad, siento la mano de alguien atrapándola para que no se cierre.

—¡Hombre! ¡Un vecino nuevo! Bienvenido, amigo —dice un chico, seguramente, con unos años más que yo.

—Buenas tardes —respondo con la voz entrecortada al ver que entra en el cuarto.

—Me llamo Ernesto, encantado. —Extiende la mano y yo se la devuelvo con una sonrisa algo incómoda por lo extrovertidas que son la mayoría de las personas aquí—. Para cualquier cosa estamos para ayudar.

—Muchas gracias.

Él asiente en respuesta mientras mis ojos se desvían hacia una cicatriz que tiene sobre su piel morena, justo donde comienza su cuello. Aprieto la mandíbula al verlo, pero no le doy importancia cuando sigue hablando.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Oh, perdóneme...

—Eh, eh... Aquí se tutea, que todos somos vecinos y amigos —responde con una sonrisa contagiosa.

—Soy Jasper y, bueno, es la primera vez que estoy en Cuba.

Ernesto asiente mientras observo de un primer plano el cuarto. No está mal, es pequeño pero acogedor para estar unos días. Suficiente para mí, para descansar y conocer gente nueva.

—¿Todos se conocen aquí? —pregunto para conocer un poco más el lugar.

—Claro, aquí no suele venir gente nueva, a pesar de que sea un motel. La que menos tiempo lleva aquí es la vecina del fondo con su bebé. Lleva seis meses. Al principio estaba con su marido, pero parece que él le puso los cuernos y ella le tiró las cosas desde el balcón en su propia cara. —Asiente mientras aprieta los labios y arruga su nariz.

—Oh, vaya... Qué pena —murmuro al pensar en lo que ha tenido que pasar esa pobre mujer. Pero parece que Ernesto no piensa igual que yo y abre los ojos como platos.

—¿Pena?! —grita mientras le sigue una fuerte carcajada que hace retumbar las paredes de todo el establecimiento —. ¡Pero si aquí no te aburres, *brother!*

Achino los ojos sin entenderlo mientras que él sale hacia el exterior, pegándose a la barandilla.

—Mira, el otro día, el vecino que está en la planta de abajo, el viejo le llamamos, le dio un infarto.

Él hace una pausa mientras lo miro, esperando una respuesta de su parte.

—¿Y está bien? —pregunto despacio por la respuesta que me vaya a dar.

—Bicho malo, nunca muere. —Se ríe a carcajada limpia, mientras que yo arrugo la frente con extrañeza—. Aún te queda mucho que aprender, amigo.

—¡ERNESTO! —Escucho la voz de la mujer que me atendió antes y los dos nos asomamos a la barandilla para saber qué pasa.

La mujer tiene cara de pocos amigos mientras yo observo la escena. Él la observa como si temiera por su vida, algo que me extraña, ya que la mujer de primera impresión es muy amable.

—¿Qué pasa, *abue?*

Arrugo la frente al escuchar la última palabra.

¿Es idea mía o me está pareciendo que todos aquí son familia?

—¡Tú sabes más que nadie qué pasa! ¿Dónde están los dos meses que me debes del alquiler?

Giro la cabeza como si de un partido de tenis se tratase y, literalmente, el rostro del chico se torna blanco como un pañuelo.

—Oh... Eh... Se los ha comido mi perro...

Intento disimular la sonrisa, mientras que su abuela no puede aguantar el enfado.

—Tu perro, ¿eh...? ¡Déjate de tonterías! Que desde que te dejó Marisa no has vuelto a levantar cabeza. Te doy de tope hasta la semana que viene, ni un día más.

Observo cómo Ernesto comienza a ponerse rojo, deseando que la tierra se lo trague y yo camino hacia mi cuarto.

—Pues sí que vuelan las noticias aquí... —susurro con diversión.

—Calla, calla. —Ernesto se gira hacia mí y me pregunta—: Oye, para celebrar tu primer día aquí, ¿por qué no vamos a La Rosa? A lo mejor ligamos con algunas cubanas bien guapas.

Arrugo la frente cuando escucho eso. Ni siquiera sé de lo que me está hablando.

—¿La Rosa?

—Sí, hermano. Es una discoteca.

Niego con la cabeza ante su petición. Lo último que quiero ahora es irme a una discoteca nada más el primer día.

—Gracias, pero quiero descansar. El primer día es muy agotador. Quizá en otro momento.

Me despido de él y entro en mi pequeño cuarto lleno de polvo, y decido sacar las cosas más importantes que tenía en mi mochila... Lo único que no me han robado. Me siento en el suelo mientras pongo todo en el suelo. Cartera, algo de ropa que no cabía en la maleta, unas gafas de sol, otras cosas y... la única foto que tengo con mi hermano. En ella estamos los dos juntos en nuestro local de boxeo. La foto es en blanco y negro, y la quise poner en un marco para que no se estropease y así tener esos recuerdos siempre en mi mente cada vez que mirase esa fotografía que sacó su esposa.

Trago saliva con dificultad al recordarlo y un nudo se crea en mi garganta cuando veo esa expresión feliz que tenía en ese momento de su vida. Niego con la cabeza para poder despejar esos pensamientos y me levanto del suelo para observar mejor mi pequeño apartamento: una cama vieja, muebles de madera, algunos cuadros de las playas de Cuba y otra puerta que se dirige hacia el baño.

Aunque parezca poco, esto es suficiente para mí y para ir acostumbrándome a esta nueva vida que pienso sobrellevar. Pero hoy solo quiero descansar y ya pensaré en el futuro. Primero, voy a arreglar un poco a mi estilo este lugar.



Durante el primer y segundo día he estado metido en el apartamento arreglando las cosas y, sobre todo, comprando ropa nueva. Algunas camisas guayaberas, pantalones y zapatos, hasta que más adelante me compre más ropa. Y así hasta que llega el sábado por la tarde, cuando Ernesto vuelve otra vez, tocando la puerta, para volverme a hacer la misma petición.

—¿Qué? ¿Te apuntas a la discoteca?

—¿Otra vez tú? —pregunto, bajando los hombros con cansancio de verlo de nuevo después de hacer el mismo gesto estos tres días.

—Venga, hermano. Te vas a divertir. Además, necesito un compinche para ligar.

—Un compinche... —repito la misma palabra que él y Ernesto asiente, esperando que diga que sí—. ¿Si digo que sí me dejarás tranquilo?

—¡Por supuesto! —Aplaude como si hubiera conseguido un reto demasiado difícil—. Venga, prepárate que nos vamos ya.

—¿Qué tiene de malo mi ropa?

Él me mira como si hubiera salido de una tumba y niega con la cabeza.

—No es por nada, pero así me espantas a las muchachitas.

Pongo los ojos en blanco mientras cierro la puerta para, esta vez, ponerme algo más «decente» según Ernesto, por lo que me decanto por una simple camisa blanca y unos pantalones de color marrón.

Durante el trayecto en su escarabajo blanco puedo observar cómo cae la noche sobre las calles de La Habana. Las personas caminan con tranquilidad por la orilla, mientras que otras hablan animadamente con un cigarro en la mano. Se nota mucho que es sábado y más porque muchos están en los bares, restaurantes y más lugares de entretenimiento para pasar un buen rato. Yo no puedo dejar de mirar por los lugares tan hermosos que se pueden ver aquí. Las canciones de género mambo se escuchan mucho por cada calle nueva que pasamos y varias personas bailan al son de la música como si fuese el último día de sus vidas.

Ver que este lugar está tan lleno de vida para lo distinta que era la vida en mi barrio, hace que te contagie esa alegría y querer bailar igual.

Sonrío como si jamás hubiera visto a tanta gente bailando en una misma noche y no, precisamente, dentro de una discoteca, hasta que Ernesto aparca delante de dos coches y desde la ventanilla puedo observar el letrero del local con una flor negra dibujada en medio de las palabras. Una música latina se escucha desde aquí y salgo del coche junto con Ernesto mientras

entramos en el local lleno de luces rojas y azules que lo iluminan todo desde otra perspectiva. Todos bailan y se divierten mientras otros, simplemente, observan y charlan entre ellos con una bebida alcohólica entre sus manos.

Hay una gran pista de baile donde varias personas están bailando y un escenario donde una chica joven de unos veinte años canta una canción marchosa mientras su grupo toca los instrumentos. Al fondo, a varios metros, hay una barra donde varios se toman un trago y a unos metros más allá, rodeando la pista, mesas redondas donde la gente está animada casi dando gritos.

Ernesto me grita algo inaudible por culpa de lo alta que está la música, pero en vez de preguntarle qué me ha dicho, decido asentir con la cabeza y se marcha a la barra, posiblemente, a hablar con alguna mujer que ha visto.

Yo me quedo completamente solitario con las manos en los bolsillos, viendo cómo la gente vive la noche con felicidad, sin peleas, simplemente, divirtiéndose. Y mientras estoy aquí, observándolo todo, a unos nueve metros de mí puedo ver a una chica con un cabello oscuro que cae en cascada por debajo de sus hombros, bailando sola en medio de la pista como si estuviera metida dentro de una burbuja. Mi boca se entreabre al ver cómo se mueve, cada gesto suyo... y mi corazón late como si se me fuese a salir de mi pecho.

Y lo único que me pregunto es: ¿quién será ella?

2

Misteriosa

La música comienza y ella se mueve al mismo ritmo de la misma. Le sigue la cantante joven de antes, cantando una canción en inglés mientras todos bailan; las parejas se mueven pegados, mientras que otros, simplemente, van a su simetría.

Dudo por unos segundos si caminar hacia ella o, simplemente, quedarme aquí viendo cómo baila ella sola. Trago saliva cuando sus ojos se clavan sobre los míos al percatarse de que alguien la estaba mirando, sonrío porque me ha descubierto con la tarta entre las manos. Pero en vez de retirar la mirada como podría haber hecho en otro momento, camino lentamente, decidido, mientras las luces cambian continuamente de colores, iluminando nuestras pieles en cuestión de segundos. Atravieso la pista de baile, esquivando con galantería a las personas que están alrededor.

Ella no deja de bailar mientras su mirada está sobre mis ojos y hace una mueca de sonrisa, esperando a que llegue hacia ella.

Tan solo centímetros nos faltan para pegarnos completamente y mis manos van con cuidado hacia sus caderas, cubiertas por un vestido blanco y lleno de flores que me dejan ver su figura. Ella se da la vuelta, dándome la espalda y pegándose hacia mí, volviendo a mover sus caderas y poniendo sus manos sobre las mías. Pego mi rostro en su cuello y bailamos rodeados de gente. Los segundos pasan rápidamente y disfrutamos de este momento, sintiendo cómo el calor se apodera de mí mientras intento seguir el ritmo de ella, y muchas preguntas aparecen en mi mente.

Me gustaría saberlo todo de ella, empezando por su nombre. Pero eso ahora no importa. Solo importamos nosotros dos sobre la pista de este *nightclub*. Mi boca se entreabre mientras que con mis manos la hago girar hasta que nuestros ojos quedan frente a frente. La música sube de nivel y nosotros también con nuestros movimientos. La hago dar dos vueltas y ella lo hace a la perfección, viendo cómo su vestido se mueve en volandas por el rápido movimiento. Acto seguido, agarro su cadera, abrazándola y haciendo que se tire hacia atrás, estirando su cuello, para que luego ella suba su pierna sobre mi cadera y yo la agarro con delicadeza mientras se levanta poco a poco, quedando nuestras frentes pegadas y agotados por el ejercicio que acabamos de hacer.

El tiempo parece que se ha parado y mi corazón parece que se va a salir de mi pecho por la experiencia de bailar con una chica desconocida y misteriosa.

Sus labios se entreabren, supongo que para decir algo, pero solo puedo perderme en ellos mientras los mueve.

—Ven —me susurra, agarrando mi mano y sin dejar que la canción termine.

Me arrastra hacia un pasillo algo oscuro que lleva hacia los lavabos y, de pronto, agarra mis caderas y se pega hacia la pared. Sus ojos verdes los veo mucho más claros lejos de todo el

bullicio y a pesar de que solo hay un pequeño rayo de luz saliendo de una suave lámpara.

—Llevas observándome mucho tiempo...

—Jasper —susurro mi nombre mientras trago saliva, algo avergonzado de que me haya visto observarla.

—Jasper... Supongo que no eres de aquí.

Me pierdo en sus hermosos ojos y, mientras, analizo todo de ella. Tiene una mirada dulce pero que puede ser bastante picante en un momento como este. Su pelo suelto y ondulado me deja ver lo brillante que es sobre la luz mientras un perfume natural perfecto atraviesa mi olfato. Sus mejillas están completamente rosadas, supongo que por el poco espacio y toda la gente que hay metida dentro de este lugar.

—De Florida.

Ella asiente mientras suelta mis caderas poco a poco, haciéndome sentir vacío por su lejanía. Sonríe como si nada hubiese pasado y se aleja de la pared, al igual que se va alejando de mí.

—Me alegro de bailar contigo, Jasper.

Observo cómo se marcha con tranquilidad, pero no la dejo escapar, agarrando su mano.

—Espera —digo rápidamente, ganándome la mirada explosiva de ella—. ¿Cómo te llamas? Sus ojos me echan un vistazo de arriba abajo, aprobándome con su mirada por mi cuerpo.

—Eres un diez, pero esta noche no tengo ganas de hombres... Por muy irresistible que seas para mí.

—No te he preguntado eso. Solo quiero saber tu nombre.

—Ni falta que te hace, Jasper.

Me guiña el ojo, para luego soltar su mano de la mía, dándome de nuevo la espalda y saliendo de este lugar, dejándome solo y con una sonrisa estúpida en la cara por todo lo que ha pasado en tan solo cuatro minutos.

Trago saliva y, queriendo saber más de ella, camino hacia la barra para así poder encontrarla de nuevo, pero solo consigo encontrarme con un Ernesto algo inexpresivo. Pido una cerveza y me doy la vuelta para buscar a la chica, pero la voz de Ernesto no me deja seguir.

—¿Eres idiota?

Observo rápidamente cuando él me pregunta eso y junto las cejas con extrañeza mientras otra música distinta se escucha.

—¿Qué dices?

Él se acerca a mí para ponerse frente a frente y, sin soltar la cerveza, abre la boca para decir algo.

—No te puedes juntar con esa chavala.

Con la misma expresión niego con la cabeza mientras observo la pista de baile para saber si puedo volverla a ver.

—Solo bailamos, tío.

—Sea como sea, esa chica es muy tóxica, colega. —Mira a una chica que hay a tres pasos de nosotros y le echa el ojo, pero algo me dice que no va a terminar con el tema—. Te lo advierto, chico: ten cuidado con ella.

Se aleja mientras yo tomo un trago y paso la lengua por mis labios, pensando en lo que acaba de decir.

Solo he bailado con ella, aunque me hubiera gustado hablar más. Y, aunque así fuera, ¿de qué la conoce para decir eso? ¿Tan mala opinión puede tener de alguien? Negando con la cabeza,

me siento en la butaca que tengo a mi lado y dejo que el tiempo pase, mientras, observo entre la multitud para poder ver a esa chica de nuevo, aunque comienzo a pensar que ya se ha marchado.



Viendo que Ernesto va a quedarse ahí hablando con todas las mujeres del lugar durante toda la noche, decido salir por la puerta trasera, ya que hay demasiada gente estorbando el paso, tanta que puede llegar a ser asfixiante. Abro la puerta de salida de emergencia que me conduce hacia un callejón algo oscuro.

Tomo aire fuertemente, sintiéndome libre de que, por fin, pueda respirar por el espacio cerrado y de tanta muchedumbre que no me percató que sobre el contenedor de basura hay alguien sentado tomando un cigarro y observándome.

—¿La abuelita ya no tiene edad para bailar? —La misma voz femenina con la que estuve dentro del club vuelve y una sonrisa estúpida aparece en mis labios.

Levanto la mirada y la encuentro a escasos metros, con una pobre luz de farola sobre ella mientras sigue tragando humo de su cigarrillo.

—¿Te di esa impresión dentro? —le sigo el rollo, y le hago sonreír.

—¿Quieres un cigarro? —pregunta, enseñándome el suyo y sacando la caja.

Niego con la cabeza mientras me pego a la pared cerca de la puerta para poder observarla mejor. Odio el cigarro desde hace mucho tiempo, inclusive el olor que desprende del mismo.

—El cigarro mata —digo sinceramente, mientras que ella se baja del contenedor para caminar recto hacia mí y echar todo el humo en mi rostro.

—Al igual que muchas cosas. Nadie es eterno en esta vida —responde, sin importarle en lo más mínimo lo que le acabo de decir.

Toso al oler un poco el humo del cigarro, pero decido dejar el tema.

Mis manos comienzan a sudar y para que no se note que comienzo a ponerme nervioso por su presencia, simplemente, las pongo dentro de mis bolsillos. Es extraño decir que me pongo nervioso por una chica. Supongo que será porque aún no conozco este sitio y sus habitantes... creo.

—Parece que a ti tampoco te gusta estar tanto tiempo en un sitio encerrado.

La observo, memorizando cada gesto suyo, y asiento en respuesta. Sus piernas están muy juntas y, por un momento, puedo admirar lo increíblemente largas que son, pero su cabeza me llega por el hombro y una mirada perdida se cruza en sus ojos verdes.

—¿En qué piensas? —indago, queriendo saber más de ella y el misterio se apodera de mí poco a poco.

—En que muchas veces la vida es como un lugar cerrado.

Aprieto los labios mientras analizo lo que acaba de decir.

—Una frase con mucho significado. —Clavo mi mirada sobre sus ojos mientras ella sigue tomando caladas de su cigarro.

Me acerco a ella con lentitud para luego tocar su mano y con la otra retirar su cigarrillo, lanzándolo hacia el suelo y pisándolo para apagarlo. Noto su mirada clavada sobre mí; supongo que enfadada porque se lo haya quitado. La noche estrellada está sobre nosotros, mientras que

podría pensar que esto podría llegar a más, por lo que debo alejarme. Pero ella pone su pequeña mano sobre mi nuca, acercándose, y nuestros ojos observan los labios del contrario.

—¿Qué te trae por Cuba?

Ante su pregunta, yo sacudo los hombros.

—Quería un cambio en mi vida.

Veo cómo ella muerde su labio inferior, con deseo y un «amigo mío» comienza a moverse.

—Posiblemente, me piense lo de esta noche... —murmura muy cerca de mí y mi respiración empieza a ser irregular.

—Solo quiero conocerte —manifiesto, diciéndole la verdad, a pesar de que mi cuerpo me pida otra cosa.

Ella niega con la cabeza, como si eso estuviera mal y yo fuese un ignorante.

—Pues yo quiero esto.

Posa sus labios sobre lo míos, haciendo que me sorprenda. La chica misteriosa agarra fuertemente mi cabello, consiguiendo que me acerque a ella como si fuese su salvavidas. Y a pesar de no esperarme el beso, la sigo, agarrándola por las caderas con fuerza para que cualquier mínimo espacio que haya entre los dos desaparezca. Nuestras bocas húmedas y resbaladizas se sienten, juntando nuestros alientos.

Comienzo a hacer círculos con mis dedos en sus caderas y siento que nuestros labios flotan juntos, deslizándose y devorándose entre sí. Nuestras lenguas se conectan penetrándose y empiezo a sentir sus pezones duros sobre los míos.

El calor comienza a sentirse demasiado fuerte entre nuestros cuerpos, pero ninguno de los dos se separa y el beso empieza a intensificarse, tanto que empiezo a sentir su mano derecha sobre mi pecho, bajando y metiéndola por debajo de mi camisa, para seguir bajando hasta casi llegar a un lugar que no deja de moverse bajo mis pantalones. Una sonrisita aparece en sus labios y yo no puedo estar más excitado.

—Deberíamos irnos a otro lugar más íntimo... —susurro en sus labios una vez que nos hemos separado, pero sin dejar de tocarnos.

Y ella sonríe, cómplice.



Entre besos entramos a mi pequeño cuarto a oscuras.

Cierro la puerta con rapidez mientras que las manos de ella recorren parte de mi anatomía y yo comienzo a volverme loco por sus roces. Un leve gruñido se escapa de mi garganta y me alejo de ella para quitarme los zapatos con rapidez y tirarlos hacia el otro extremo del lugar. Ella se quita fácilmente sus sandalias para que luego nuestros cuerpos se vuelvan a encontrar para retirarnos la ropa el uno con el otro. Ella desabrocha en un tiempo récord mi camisa, mientras que yo subo su vestido hasta sus caderas para apretar su trasero, y un gemido sale de sus labios.

Cuando ella retira mi camisa, admira durante unos segundos con la boca entreabierta, como si deseara comerme entero, y ya no sé qué hacer para poder fundirme en ella. Así que la levanto para ponerla tendida sobre mi cama y yo encima de ella. Beso con furor su cuello, posiblemente, dejándole algún chupetón, y la excitación se incrementa cuando siento las palmas de sus manos

metiéndose dentro de mi pantalón, tocando lo que ella desea, y gimo ante la mirada de ella debajo de mi cuerpo.

Ella desabrocha con arte mis pantalones para luego meter sus manos en mi trasero, acariciándolo y apretándolo.

—Estás duro de todos lados... Me gusta —susurra con la voz entrecortada a causa de su respiración, tan irregular como la mía, y yo, simplemente, le respondo con un beso en sus labios.

Quiero ir más lento, pero ella no me deja ya que comienza a tocar con poca delicadeza mi entrepierna y baja más mis pantalones. Yo me levanto para retirarlos completamente y volver a tirar toda mi ropa hacia el otro extremo del cuarto. Me percató de que ella sigue vestida y yo estoy completamente expuesto ante su intensa mirada. Puedo ver sus ojos verdes por la luz de la luna que entra sin permiso por la ventana.

Hago que ella se siente sobre mí, sentados juntos para que luego ella levante las manos y yo deslice su vestido por su delicado cuerpo con suavidad, sintiendo su suavidad en la yema de mis dedos. Ella ve mi intención y esta vez decide ir más lento. Aprovecho para besar su cuello con cariño, quitarle su vestido y tirarlo al suelo. La abrazo con tranquilidad, trazando líneas por su espalda y notando cómo se eriza su piel ante mi tacto. De tan excitado que estoy, duele, pero no importa.

Retiro mis labios de su cuello y ahora se puede decir que la velocidad no es un problema, y mis ojos se clavan sobre los suyos abiertos. Respiro profundamente, queriendo disfrutar de este momento al máximo. Por cada segundo que pasa, mi corazón empieza a latir más fuerte que antes, pero, aun así, no quiero darme prisa con ella, aunque ella piense lo contrario.

Pongo mi mano sobre su sujetador y, observándola a los ojos, trago saliva deseando retirar cualquier tela de su hermoso cuerpo.

Ella asiente lentamente, como dándome permiso a lo que voy a hacer ahora, y desabrocho con tranquilidad y, a la primera, su sujetador se desliza por sus brazos y lo retiro de su cuerpo. Mis ojos no se retiran en ningún momento de los suyos, hasta que ella está completamente libre de ropa de cintura para arriba. Mi vista baja hacia sus pechos y me acerco a ellos para besarlos con lentitud, mimándolos. Ella pone sus manos en mi nuca mientras estira su cuello y capturo uno de sus delicados pezones con mi boca, chupando suavemente y escuchando como gime bajo mi tacto. Su espalda se arquea cuando, con el otro pezón que está libre, la torturo con los dedos, rodeándolo con el pulgar y el índice. Noto como sus bragas comienzan a mojarse sobre mi intimidad y ya va siendo hora de retirarlas para liberarla de cualquier prenda. Agarro sus bragas mientras que mi boca sigue succionando sus deliciosos pechos y rompo la prenda sin hacerle daño, tirándola hacia un lado con rapidez para volver a acariciarla.

Ella agarra con bestialidad mi pelo para separarme de sus pechos y me besa con fuerza mientras que con otra mano agarra un condón que había tirado sobre mi cama y, acto seguido, me lo pone con muy poca delicadeza. Separa un poco más sus piernas y su mano toma con firmeza mi miembro para colocarlo en su entrada, sintiéndola. Y cuando comienza a fundirse, yo escapo un suave gemido dejando que el aliento salga al exterior, comenzando a temblar; las manos de ella suben y bajan por mi ancha espalda. Poco a poco empieza a moverse sobre mí, dando pequeños saltitos que me enloquecen y cierro los ojos por el inmenso placer que estamos teniendo.

La abrazo fuertemente, temiendo que se marche una vez acabemos y apoyo mi cabeza sobre su cuello. Sus paredes están apretadas sobre mi intimidad y, a medida que se mueve, ella suelta pequeños gemidos de placer. Queriendo observarla mientras está activa, aprendo de memoria sus gestos una vez más, pero esta vez es distinto. Sus dientes se aprietan sobre su labio inferior, sus

ojos están cerrados mientras que su cabeza está inclinada hacia arriba, disfrutando del momento. Mis labios están entreabiertos y una pequeña capa de sudor cruza mi frente.

Siento que quiero decirle muchas cosas, pero sé que las palabras en algunos momentos sobran, como ahora.

Sus gemidos provocan que me excite aún más de lo que ya estoy y nuestros cuerpos chocan una y otra vez. Su lento movimiento consigue desquiciarme y desear ahora mismo ir rápido a medida que pasan los segundos. Vuelvo a saborear su cuello y, poco a poco, subiendo hasta morder su oreja.

Sus manos ahora están sobre mis hombros, apretándose y contrayéndose, mientras que yo aprieto sus glúteos redondos y ella sonrío de satisfacción.

Pero, sin avisarla, rápidamente agarro sus piernas y, sin separarnos, me levanto de la cama, llevándola hacia la primera pared que veo y nos besamos, teniéndola indefensa entre mis brazos, sujetándola mientras que ella rodea mis caderas con sus piernas. Ella se apodera de mis hombros, casi comenzando a arañarme con sus uñas, pero sin importarme en lo más mínimo las marcas que me deje. Muevo mis caderas con rapidez, entrando completamente en ella y sintiéndola mucho más. Escucho sus gemidos descontrolados, casi gritando, y apretando más sus piernas sobre mi cintura para sentirme mucho más. Tiemblo por todo mi cuerpo, sabiendo lo que eso significa, pero aguanto, queriendo embestirla mucho más rápido.

En el cuarto solo se escuchan nuestros sonoros gemidos, acompañado de nuestras pieles deslizándose el uno con el otro y el ligero golpear de la espalda de ella contra la pared.

Estamos al borde del clímax, casi cansados, sin ni siquiera aliento y sabiendo que el siguiente movimiento podría ser el que nos lleve hacia el final. Y así es, cuando veo que ella explota de placer, yo la sigo, vaciándome en el condón que ella me dio y soltando un fuerte gruñido seguido de tres embestidas más mientras mi cuerpo comienza a sacudirse accidentalmente.

Al rato de estar quietos en la misma postura recuperando fuerzas, nos acostamos. La tengo debajo de mí y sus ojos verdes analizan los míos con un brillo muy fuerte en ellos.

El silencio que transcurre ahora después de todo el alboroto que acabamos de hacer no viene nada mal para nosotros dos.

Ella juega un poco con mi pelo, como si le encantara hacerlo y sus labios se entreabren.

—Ha sido intenso... —susurra aún cansada por el ejercicio que acabamos de hacer juntos.

Yo sonrío y pego mi frente sobre la suya, aún sin salir de ella.

Sin lugar a dudas, ha sido una nueva experiencia para mí. Respiro profundamente, cerrando los ojos y luego voy saliendo poco a poco, para luego ir bajando, dejando castos besos sobre su mejilla, cuello y pecho. Pero cuando ya estoy a punto de besar su ombligo, ella agarra mi cabello y me hace llegar hasta su rostro.

—¿Tú nunca paras?—pregunta aún con las mejillas sonrojadas.

—Dime tu nombre y lo haré —la provocho en cuanto mis dedos se ponen a jugar un poco con su clítoris.

—Pues creo que mejor te quedas con las ganas de saberlo. —Me guiña un ojo, empujándome hacia abajo, para que siga.

Y hago lo que ella me pide.

3

Boxeo

Despierto por culpa de la luz que entra por la ventana entreabierta. Sonríe un poco mientras mi mano la busca, pero en vez de encontrar un cuerpo tendido al lado del mío, simplemente, siento el vacío de mi cama.

Abro los ojos rápidamente y veo la cama vacía, al igual que mi pequeño cuarto. Me levanto con rapidez, desnudo, y busco su ropa para saber si a lo mejor está en la ducha, pero solo encuentro la mía en la soledad. Agarro mi pelo con brutalidad y desesperación, siendo cierto lo que había pensado anoche mientras estaba con ella.

Pero... no debo preocuparme. Solo fue sexo, ¿no? Solo lo fue y por eso se marchó.

Me siento en la cama abatido mientras me insulto a mí mismo por acostarme con una chica que ni siquiera conozco. Trago saliva mientras las imágenes de anoche aparecen en mi mente, recreando todo lo que hicimos en una sola noche.

La puerta se abre y rápidamente me tapo con la sábana alarmado. Encuentro el rostro de Ernesto tras la misma y yo achino los ojos con enfado.

—La puerta está para tocar, no para que entres así sin más.

—Perdona, *brother*. La próxima tocaré la puerta para que te la menees un rato. —Se burla de mí al verme así y me levanto de la cama, sujetando la sábana y agarrando toda la ropa que desperdicié anoche por el suelo.

—No me la estaba meneando... ¿De dónde sacas ese vocabulario? —pregunto mientras sigo con mi labor.

—Espera... —susurra con una voz de sorpresa y lo observo a varios metros de lejanía.

Analizo su mirada, que en estos momentos está observando algo que hay en el suelo de mi cuarto junto a la papelera, y me da por mirarlo para saber qué es. Y ahí está.

—¿Tres condones usados? Espera, espera... —Se pone la mano sobre la frente, en plan muy melodramático y luego se acerca a mí como si estuviera loco—. ¿Te la follaste anoche?

—No digas esa horrible palabra, siempre la he odiado —murmuro mientras ignoro su pregunta.

—Te lo repetiré de nuevo, ¿te la tiraste?

Hago un largo silencio mientras busco mis calzoncillos grises.

—Un caballero nunca dice esas cosas.

—Te la has tirado... Joder, y encima tres veces o capaz que más. Pero... ¡¿Tú estás loco?! ¿Cómo te acuestas con esa mujer? —pregunta con los ojos muy abiertos; yo entro al baño, cerrando la puerta para no tener que aguantarlo—. Con todas las tías que había en la discoteca y te follas a esa. ¿Acaso no hiciste caso de nada de lo que te dije anoche?

—¿Acaso tú la conoces?

—¿Acaso tú sí? —me devuelve la pregunta y salgo del baño vestido con una ropa similar a la de anoche.

Observo a Ernesto unos segundos, cuando paso al lado de él para agarrar mi cartera negra y meterla en el bolsillo.

—¿A dónde vas? —pregunta.

—A buscarla.

—¿Qué? Tío, olvídate. Echaste un buen palo, ahora déjala.

Vuelvo mi mirada hacia la de él y respiro profundamente mientras que me acerco hacia Ernesto.

—Buff, tienes que ser el único tío en la tierra que busca a una desconocida después de una noche loca. Tú estás *mu'mal* de la cabeza.

—Tú no lo entiendes, necesito... saber más cosas de ella —le respondo con desespero mientras me peino el pelo.

—Es una chica muy peligrosa para ti, ¿suficiente?

—Eso no me vale.

Me acerco a la puerta entreabierta y toco mis bolsillos con exageración, buscando algo que no tengo, por lo que me giro y lo observo de nuevo. Estiro la mano derecha y trago saliva.

—Necesito tu coche.

Él arruga la frente y niega con la cabeza diciendo:

—Tú estás loco, hermano.

—Por favor, te lo devolveré esta tarde y sin ningún rasguño.

—Pero ¿a dónde vas a ir si no conoces Cuba?

Me quedo callado unos segundos, sin dejar de mirarlo.

—A donde sea. A veces, las cosas se consiguen de esa manera.

Ernesto niega con la cabeza y mete la mano en el bolsillo buscando algo, cuando por fin saca las llaves del coche y hace un amago de dármelo, retirando la mano como advertencia.

—No quiero ver ningún *rayón* en mi coche.

—Vale.

Vuelvo a estirar la mano y él me lo va a dar, pero vuelve a hacer otro amago.

—Lo quiero a las cinco de esta misma tarde.

Asiento con la cabeza y vuelve a hacerme lo mismo.

—Y ya que estás... Échale gasolina, pero págalo tú que estoy sin blanca.

Saco el aire fuertemente y asiento con la cabeza. Él me da las llaves y salgo del piso con rapidez.



Mientras conduzco por las calles de La Habana, no paro de pensar a qué mierda voy a ir, si ni siquiera sé por qué la estoy buscando y mucho menos sé a dónde ir. Paro a un lado de la carretera estrecha y saco el mapa que compré en una tienda para turistas hace veinte minutos.

Bajo del coche, cerrando levemente los ojos por culpa del fuerte sol que me está pegando de lleno en el rostro y observo el lugar. Las casas parecen estar llenas de vida y cada una tiene un

color distinto, colores pasteles que llamarían la atención hasta de la persona más despistada. Y, de pronto, no sé por qué, decido buscar en el mapa el lugar al que Ernesto y yo fuimos anoche, donde conocí a aquella chica.

Con rapidez me subo al coche y, gracias al mapa, voy directo hacia la discoteca. Cuando llego, y para mi desgracia, está cerrado y ya no siquiera sé qué hacer. Necesito preguntarle a uno de los que trabaja ahí para saber si esa chica viene todos los fines de semana.

Así que, con mala suerte, me siento encima del capó del coche, olvidándome de lo que me dijo Ernesto de tener sumo cuidado con su carro y me quedo observando hacia algún punto de la calle, quedándome un buen rato quieto con el mapa ya arrugado en mi mano.



—¿La has encontrado? —pregunta Ernesto a escasos metros de mí mientras me bajo de su coche, tirándole las llaves acto seguido.

Y como si ya supiese la respuesta que le voy a dar, niego con la cabeza, respirando profundamente y, con algo de enfado, a la vez que paso al lado de él y subo las escaleras del motel.

—Oye, socio, es mejor así. Esa chica tiene una vida muy peligrosa.

—¿Y eso qué me importa?

Sigo caminando, pero freno en seco cuando veo que Ernesto ha dejado de seguirme. Ladea la cabeza, observándome como si fuese un cabeza hueca.

—¿Para qué dices que viniste a vivir aquí?

Me quedo un rato pensando en su pregunta y miro hacia el pequeño aparcamiento que hay rodeando el lugar donde vivimos. Cierro los ojos, en el fondo sabe perfectamente por qué vine a vivir aquí y que le responda solo lo hace afirmar lo que lleva desde anoche diciéndome.

—Vine para cambiar de aires. Por una vida un poco más tranquila.

Él asiente y trago saliva por lo que me va a decir.

—Bien, pues con ella vas a conseguir todo lo contrario. Es solo una tía con la que te acostaste anoche, ya está... Hay más mujeres en Cuba, tío.

Doy pequeños golpecitos sobre la barandilla de la escalera y veo como un hombre sale de su piso para pasar al lado de nosotros, saludándonos y desapareciendo en su coche. Respiro profundamente y termino de subir las ahora interminables escaleras para sacar la llave del cuarto.

—Mira, no intento hacerte ver cosas que no has visto. Pero sé lo que digo con esa chica y si no quieres salir malherido lo mejor es que te olvides de ella. Solo intento ayudarte...

Asiento levemente apretando la mandíbula, sintiendo cómo se me tensa el rostro. Pero, en vez de abrir de una puñetera vez la puerta, me quedo ahí, expulsando la respiración fuertemente, hasta que, de pronto, escucho unos pasos rápidos subir las escaleras y una cabellera rizada y de color oscuro se asoma a seis metros de nosotros dos.

—¡Nesto! Te he encontrado un trabajo —grita un chico joven de unos veinte años.

Ernesto lo observa con alegría y se gira mirándolo.

—¿Qué? ¿De verdad? —pregunta como si no se lo creyera —. ¿Y de qué?

—Serías el ayudante de un entrenador de boxeo y también el médico del boxeador al que les

toque entrenar

Yo abro los ojos al escuchar eso y pienso en que yo debería buscar un trabajo.

—Joder, qué bien. Oh, espera... —Él se dirige hacia mí y me señala—. Él es Jasper. Jasper, él es Mango, mi primo.

Levanto la mano para un saludo cordial, pero antes que nada, su primo choca los cinco conmigo.

—Encantado, hermano. Veo que eres nuevo aquí.

Retiro mi mano algo extrañado por la familiaridad con la que te tratan aquí y sonrío. Son gente increíble, aunque yo no suelo ser así con cualquiera.

—Sí. ¿Vives aquí también?

—¡Qué va! —habla casi gritando y Ernesto casi se ríe de él—. Yo vivo con mi madre.

—Bueno y ¿dónde es ese trabajo? —pregunta Ernesto con felicidad.

—Es en el gimnasio de boxeo Rafael Trejo.

A Ernesto, nada más escuchar el nombre, se le iluminara la cara.

—Pero el problema es que nos falta un entrenador antes de que el luchador comience a entrenar.

Entonces, Ernesto me mira cómplice y levanta las cejas esperando a que yo diga algo, pero, simplemente, alejo la mirada como si nada supiese.

—Oye, Jasper. El otro día te vi con unos guantes de boxeo desgastados...

—¿A dónde quieres llegar con eso?

Se coloca la camisa y luego pone sus manos sobre sus caderas, esperando a que yo me lance para decir algo, pero, simplemente, hago como el que no sabe nada.

—¿Has sido boxeador, verdad?

—¿Qué? No digas tonterías...

Mango me observa con la misma mirada que la de su primo y yo, simplemente, abro la puerta para intentar entrar, pero Ernesto me agarra de la camisa con fuerza para que no me mueva de la conversación.

—Jasper...

Lo observo y yo observo el techo durante unos largos segundos antes de hablar.

—No fui boxeador, pero entrenada a mi hermano en las competiciones que había en Florida.

Él abre la boca con asombro y yo niego con la misma, negándome a ser entrenador de nuevo.

—Pues... eres perfecto para este trabajo.

—Me gusta el boxeo, pero hace tiempo que lo dejé.

Solo basta decir eso para que los primos me observen, dándome a entender que no me dejarán entrar a mi cuarto hasta que no diga que sí al boxeo.

4

Encuentro

Me encuentro con un dilema bastante extraño para mí: volver al boxeo y seguir viendo cómo sufre una persona sobre el *ring* o, simplemente, ignorar la propuesta que me ha hecho el primo de Ernesto.

Por una parte necesito el dinero, y para empezar no está nada mal, pero, por otro lado, me recordaría a lo que sufría yo con mi hermano. Supongo que si aguanto un tiempo para conseguir el dinero que necesite para vivir aquí, no pasará nada siempre y cuando piense en los entrenamientos y demás. Como seguramente es un boxeador que no conozco no me importará demasiado. No es lo mismo entrenar a un familiar que a un desconocido.

Preparo mi maleta con las cosas necesarias para irme hoy al gimnasio. Preparo también esa pequeña libreta en la que apuntaba todas las técnicas de boxeo que ayudaban bastante a la hora de luchar, coloco mi pelo hacia atrás y me pongo un suéter sin mangas con unos pantalones deportivos. Sin lugar a dudas, Cuba es un lugar bastante caluroso y no echo en falta un poco de frío.

Salgo del motel y, en un tiempo corto, llego caminando a la parada de autobús para así transportarme al gimnasio que me dijo Mango. Pienso que cuando tenga dinero ahorrado, me compraré un coche sí o sí. El autobús de color blanco y azul llega a los diez minutos y me siento en los asientos del medio. Un pequeño pensamiento aparece en mi mente de la chica que conocí el sábado en el local.

Ojalá pudiera conocerla un poco más de cómo la conocí la otra noche.



—¡Ya era hora ya que llegases! El contrato no se va a firmar solo. —La voz de Ernesto se escucha justo en la puerta de lo que yo creo que es el gimnasio.

Junto a él, hay un hombre de unos cuarenta años sentado en una silla, que parece ser que está esperándome.

Me quedo quieto, observando como un gilipollas el interior del lugar una vez me he adentrado con mi vecino en el gimnasio. Jamás había visto un lugar así en los años que llevo en el boxeo.

Mi cuello se estira, observando todo a detalle. El gimnasio está enclavado en un patio al aire libre entre dos bloques de apartamentos de tres plantas con ventanas abiertas a la zona de entrenamiento. En el centro hay un *ring* y en sus alrededores sacos de boxeo casi nuevos. Al

fondo, hay una grada pegada a las paredes algo húmedas del lugar. A pesar de que sea un sitio modesto, parece un lugar bastante bueno para entrenar, incluso me lo dice todas las medallas que hay colgadas en la entrada del gimnasio donde grandes boxeadores han entrenado aquí mismo.

—¿Qué te parece este lugar? —pregunta Ernesto una vez nos hemos sentado en las gradas.

—Bastante... único —respondo sin dejar de mirar el lugar con extrañeza.

—¡Buenos días! Supongo que tú eres Ernesto Álvarez. —Le tiende la mano y luego se dirige a mí—. Y tú eres...

—Oh, él es el entrenador que estaban buscando —responde por mí Ernesto por si acaso me he echado atrás.

Le tiendo la mano con una pequeña mueca de sonrisa fingida.

—Jasper Fleming.

El hombre que estaba antes sentado en la silla esperándome sonrío mientras asiente, como si estuviese contento de encontrar a un entrenador, imaginándose que eso sería una misión imposible.

Él nos tiende unos folios y yo los leo detenidamente, viendo todas las cosas que pone y que creo que son necesarias a tener en cuenta en un futuro. Firmo con el bolígrafo que nos ha dado y luego se lo entregamos a él de nuevo y, esta vez, se nota que se alegra bastante por los fichajes que acaba de conseguir en su gimnasio.

—Bueno, esto es un gimnasio público, pero entrenarán y prepararán a una boxeadora para todos los combates que tenga en un futuro.

—Espere... ¿boxeadora? —respondo cambiando la cara.

—Sí. Boxeadora.

Yo asiento en respuesta sin hacerme demasiada gracia.

Ernesto no dice nada ni tampoco su rostro, por lo que no sé qué estará pensando ahora mismo. El hombre que nos atendió se dirige hacia una esquina donde alguien está quitándose los guantes de boxeo para decirle algo. De lejos puedo observar que es una mujer, suponiendo así que será ella nuestra luchadora.

Pero cuando ellos dos se dirigen a nosotros, mis ojos se ensanchan cayéndose de paso mi mandíbula.

—No puede ser... —susurramos al unísono ella y yo, mientras que Ernesto tiene un rostro de sorpresa bastante diferente al mío.

El hombre, que parece el dueño del lugar, ni se inmuta ante la reacción de nosotros tres y, de nuevo, esos ojos verdes los vuelvo a ver después de aquella noche.

—Ella será vuestra luchadora. Se llama Gillian González —nos la presenta él—. Gil, ellos serán tus entrenadores, Jasper y Ernesto.

Nuestros ojos conectan y, en vez de ser una presentación normal, mis ojos se encienden, mientras que los de ella están helados como el agua a primera hora de la mañana. Ernesto, que está a mi lado, no deja de observarnos como si de un partido de tenis se tratase, y puedo escuchar desde aquí como traga saliva con nerviosismo.

—Tú... —susurra.

—Tú... —respondo con la misma palabra y Ernesto se rasca la nuca con violencia.

—¿Que tú...? ¿Que tú eres mi entrenador? —pregunta levantando la voz, como si no se lo creyera.

—Lo mismo podría decir sobre ti, *robasábanas*.

—¿Qué? Cierra el pico, anda. —A medida que habla, la vena que tiene en el cuello se va hinchando como la mía y es ahora cuando todos los que están dentro del gimnasio dejan lo que

están haciendo para observar la escena.

—¿Que cierre el pico? —pregunto, levantando la voz como ella—. Mira quién fue a hablar: la que me dejó tirado la otra noche.

—¡Yo no te dejé tirado! Solo fue cosa de una noche. ¿Qué querías que te hiciera? ¿Un *favorcito* nada más despertarte? No seas mamón —habla con doble sentido con esa última pregunta y ya no puedo cabrearme más.

—Simplemente que te quedases, no tenías que hacer nada más. ¿Es tanto pedir eso?

Nos quedamos callados durante unos segundos mientras todos los que están a nuestro alrededor siguen observado la escena con mucha intriga.

—Veo que se llevan muy bien —dice el hombre mayor que todavía sigue a nuestro lado y Ernesto no sabe si irse o que se lo trague la tierra.

—Él no va a ser mi entrenador —responde cortante al señor.

—Gil, el jefe te obliga a que tengas un entrenador... Ya lo sabes —susurra con seriedad y apretando la mandíbula.

Ella vuelve a mirarme y yo no dejo de estar tenso cuando apenas hace pocos minutos acabamos de tener una simple discusión en medio de un gimnasio. Ahora que sé su nombre, que tanto misterio tuve la noche del sábado.

Gillian se acerca a mí clavando su dedo índice sobre mi hombro, casi haciéndome un agujero como advertencia.

—Me caes gordo —me susurra, para que solo yo la escuche.

Así que yo me acerco mucho más a ella, pegando mis labios en su oído para que ella también lo escuche:

—Eso no lo decías la otra noche con tantos gritos.

—La mitad de esos gritos eran tuyos —me la devuelve, para luego dejar una última mirada y darse la vuelta, quedando esta conversación privada entre los dos—. ¿Y ustedes qué miran? Mirones —les dice a los demás, haciendo que vuelvan rápidamente a su labor como si nada de esto pasara. Yo trago saliva, casi saliéndose mi corazón por mi boca.

Y una pequeña sonrisa aparece en mis labios.



Mientras ella está sobre el *ring*, practicando algunos golpes con Ernesto, que ahora mismo tiene unos guantes para que ella solo tenga que golpear, yo no dejo de mirarla por cada movimiento que hace.

Hace apenas una hora que acabo de conocer todo esto y, sobre todo, volver a ver a esta chica en la que no he dejado de pensar en ella durante horas y, ahora, simplemente, está entrenando. Un día entero sin saber su nombre y ahora sé hasta su apellido. Agarro fuertemente las cuerdas del *ring* y me subo con agilidad, sacando mi libreta y un bolígrafo.

—Bueno, es suficiente por hoy. ¿Por qué no acordamos los días que vamos a entrenar?

Noto la mirada de mala leche de Gillian por encima de mi libreta y yo levanto la mirada para observar qué es lo que le ocurre. Ernesto, mientras, retira sus manoplas de boxeo poniéndolas de nuevo en mi maleta donde tengo todos los accesorios necesarios para practicar el

mismo.

—Solo hemos entrenado una hora. No es suficiente para mí... —responde ella, esta vez con algo más de calma.

Pienso que va a ser difícil estar en el mismo barco entre ella y yo.

Mis ojos se dirigen hacia sus guantes, bastantes estropeados y diría que esos son los únicos guantes que ha tenido y ni siquiera son buenos para golpear, le tienen que hacer mucho daño cada vez que golpea algo o a alguien.

—Gillian, soy tu entrenador. Es lo mejor para que tu metabolismo se adapte. —Intento que ella me comprenda para que podamos tener una relación de entrenador-boxeadora.

A pesar de que eso va a ser bastante difícil después de estar juntos toda una noche.

—Necesito tres horas diarias.

Yo abro la boca impresionado por lo que me pide. Hacer sufrir el cuerpo tanto tiempo no es bueno para nadie.

—Comencemos poco a poco. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo boxeo? —Intento conocer más sobre las condiciones físicas en las que está.

Lo último que quiero es hacer que entrene demasiado y su cuerpo no lo asimile.

—Eso no te incumbe.

Respiro profundamente para no volver a cabrearme como hace una hora y trago saliva sin dejar de mirarla a esos ojos verdes que está a medio metro de distancia.

—Por favor, Gillian. Vayamos poco a poco, cuatro veces por semana. Harás cuatro horas semanales y vamos subiendo la intensidad.

Ella está unos segundos pensativa, observando sus guantes como si le inspirasen a la hora de hablar, para luego volver a mirarme. Ernesto observa la escena desde lo lejos, como si no quisiera inmiscuirse en una discusión como la que tuvimos antes, pero tampoco quiere perderse ningún detalle de esto.

—Vale. No me queda otra: cuatro horas a la semana me irá bien.

—Bien, entonces los lunes, miércoles, viernes y sábados nos vemos aquí a la misma hora.

Gillian me observa de arriba debajo de nuevo y hace un pequeño gesto con los labios que no comprendo muy bien y, acto seguido, se quita los guantes, viendo que no tiene ninguna protección en sus nudillos.

Decido no decirle nada para no ocasionar de nuevo otra discusión por mi culpa, pero no me gusta que machaque demasiado sus manos sin necesidad.

Tendré que ayudarla en muchas cosas, pero lo primero será en la protección sobre sus manos, ya que la fuerza siempre tendrá que salir de ahí.

Gillian se marcha sin decirnos nada y yo me quedo con miles de palabras en la garganta para decirle. Pero ¿de qué me sirve? Supongo que no soy demasiado bueno conversando con las mujeres y creo que se me nota demasiado.

—¿Por qué solo cuatro horas? —pregunta Ernesto, colocándose cómodamente en las cuerdas.

El que faltaba por hablar, pienso para mis adentros y niego con la cabeza.

—Llevo muchos años en el boxeo, más de lo que te puedas imaginar. Si dejo que entrene más horas su cuerpo no lo aguantará —le explico mientras recojo mis cosas, no sin antes apuntar los días y las horas que hemos acordado—. Lo malo de los entrenamientos muy largos es que no se pueden dejar de golpe y eso lo saben muy pocos deportistas, porque puede provocar muerte súbita. Y es lo último que quiero... —susurro esa última frase, para luego despedirme de Ernesto

y salir del gimnasio con un mal sabor de boca por el primer día.

Gillian... Un nombre muy bonito, pero una chica con demasiado temperamento. Sin lugar a dudas, va a ser una chica muy misteriosa, que costará demasiado en dejarse conocer. Ya me lo dio a entender en las pocas ocasiones que hemos estado juntos.

Supongo que poco a poco nos iremos entendiendo entre nosotros... Gillian.

5

Atontado

Los días fueron pasando y los entrenamientos con Gillian comenzaban a progresar. No era un progreso muy significativo; solo hemos tenido seis entrenamientos, lo que equivalen a seis horas completadas.

Seis horas juntos.

La primera semana fue bastante tensa entre nosotros dos. Se notaba mucho que, aunque intentásemos disimularlo, lo que había ocurrido entre nosotros era palpable hasta en Argentina. Pero, poco a poco, fuimos consiguiendo que esos entrenamientos, que parecían interminables, comenzaran a ser algo más cómodos, pero no menos significativos por cada hora que pasaba.

La chispa que hay entre nosotros dos y que se encendió cuando nos conocimos sigue encendida, ya que desde mi punto de vista es casi imposible no sentir esa... cosa que tenemos entre nosotros dos en cada entrenamiento que tenemos. Ni siquiera sé explicarme perfectamente.

Pero con lo que no estoy conforme es con el estado físico en el que ella está. Aunque Gillian no me quiera contar nada, me da la sensación de que durante mucho tiempo la han estado agobiando tanto, físicamente, que está quemada del boxeo. Por eso, posiblemente, sus guantes están tan desgastados y no rinde tan bien como lo haría un novato. Siempre he dicho que es más fácil enseñar a un novato que a un profesional, ya que el nivel que tiene este último es completamente distinto al que tiene cualquier persona que comience de cero en algún deporte.

Y la enseñanza no es la misma.

Pero tengo una meta, y es que ella tenga un estado físico bueno, que no se agote con facilidad y, mucho menos, que se fatigue tanto por culpa de que sobreentrene. Por eso, quiero que ella comience poco a poco.

—¿Piensas hacerle un chequeo a Gillian? —me pregunta Ernesto, como si no supiese cómo fuera la cosa.

Yo lo observo extrañado por su pregunta.

—Pues claro. Es importante que un deportista se lo haga.

—Bueno... Es que me parece a mí que a Gillian no le hará gracia.

Respiro profundamente, para luego exhalar con fuerza.

—¿Te crees que no lo sé? —pregunto con ironía ante la mirada de Ernesto. Yo, por unos segundos, observo a Gillian, que en estos instantes está practicando con un saco de boxeo y mis ojos no pueden dejar de observarla, atontado—. Pero es necesario.

Me acerco con cuidado y estoy quieto mientras la veo entrenar vigorosamente con esos viejos guantes que ya me están entrando ganas de tirarlos a la basura más cercana que vea. Cruzo los brazos mientras observo cada movimiento que ella hace y analizo todo lo que hace bien y lo que hace mal.

Y sin dejar que mi mente piense, rápidamente, pongo una mano sobre su abdomen y otra en su espalda. Ella frena rápidamente cuando hago esto y, en vez de mirarme con mala hostia como haría normalmente desde lo poco que la conozco, escucho como traga saliva con nerviosismo ante mi roce, y su pecho sube y baja del cansancio, pero también por algo más.

—La fuerza tiene que salir de aquí. —Señalo su abdomen y ella asiente, aunque creo que no me ha hecho caso—. Fíjate en tu rival, siempre a los ojos, y concéntrate en darle en sus puntos débiles. Siempre lo muestran a su contrincante sin querer. ¿Vale? —termino la frase con una pregunta, observándola a los ojos perdidos de ella.

—Va... vale. Ahora, suéltame.

Retiro las manos rápidamente, al percatarme de que aún seguían en el mismo lugar que las había puesto para ayudarla, y me pongo igual de nervioso que ella, supongo que por las imágenes que me acaban de rondar por mi mente.

—Lo siento —pido perdón para luego volver a ver cómo comienza a poner en práctica lo que le he dicho y una delicada capa de color rosa cubre sus mejillas, consiguiendo que mi corazón lata con rapidez.

Me alejo un poco y sigo observándola, analizando todos sus movimientos. Aunque puedo notar como ese ambiente tan extraño que tenemos los dos, se incrementa a medida que pasan los minutos. Y eso que estamos en el aire libre en este lugar.

Ernesto me hace una seña desde las gradas y yo me marcho del lado de Gillian, esquivando a algunos boxeadores que entrenan vigorosamente en este sitio. Cuando llego, comenzamos a hacer un pequeño resumen de lo que hemos entrenado durante estas dos semanas. Durante algunos momentos no he podido evitar mirar los movimientos que hace mi luchadora y pienso en esa palabra que tan raro suena, de que Gillian, la chica con la que pasé una noche increíble, sea la razón para volver al boxeo.

—No creo que esté preparada para una pelea, pero podremos hacerle un chequeo como me dijiste esta semana. ¿Ya se lo has dicho? —pregunta Ernesto y yo lo observo.

—Mejor que se lo diga cuando acabe el entrenamiento. Así no me echa la bronca porque está agotada.

Ernesto levanta las cejas, impresionado y asiente levemente, mientras que lo escribe todo en una libreta pequeña.

Pero, de pronto, él levanta la vista para mirar por encima de mi hombro. Mi vista se va hacia la chica que estuve buscando durante un día entero y me pongo serio cuando observo que ha dejado de entrenar con el saco de boxeo para hablar con un hombre que no he visto en mi vida. Nada más ver esto y, queriendo saber el porqué no está siguiendo el entrenamiento que le he puesto, camino directo hacia ella.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunto mientras ella agarra un folio escrito a máquina.

Sus ojos verdes se levantan hasta que me observan y yo dejo de hacerlo para echarle una mirada de pocos amigos al hombre que le entregó esos papeles.

—Ocurre que no te enteras de cómo va esto.

Levanto la ceja, divertido. Gillian me reta mientras los demás entrenan.

—¿Y me lo puedes explicar para poder enterarme? —le sigo el rollo, a pesar de que no pueda evitar mirar con admiración esos hermosos ojos suyos.

Ella mueve sus ojos con cansancio y camina hacia la caseta donde se encuentra la salida, pero se queda en medio de las estanterías llenas de trofeos de boxeadores famosos que han entrenado aquí.

—Siempre que se acerca un combate viene un hombre a darme un folio con toda la información: dónde se lucha, cuándo, con quién... —me explica, mientras, yo voy cambiando el rostro por cada cosa nueva que escucho salir de sus labios.

Asiento lentamente y, poniendo mis brazos en mis caderas, la miro, intentando leer lo que hay escrito en el folio. Y digo «intentando» por cómo arruga su entrecejo mirando de arriba abajo todo. Gillian baja los hombros y luego me pasa el folio como si se rindiera de algo, cosa que me deja con más misterios de los que ya tengo.

—¿Puedes... leérmelo? No llevo... las gafas —habla, intentando excusarse de algo que ni siquiera sé.

Yo asiento mientras recojo el folio y lo leo detenidamente. Cómo no, pone toda la información que necesitamos para el próximo y primer combate que ella tendrá conmigo como entrenador. Pero mi rostro cambia al leer la fecha de cuando se disputará tal pelea y niego con la cabeza mientras hago señas con las manos.

—Ni de broma vas a luchar este viernes —digo rápidamente.

Pero, por la cara que pone, creo que no estaba buscando una respuesta mía.

—Según eso, tengo que hacerlo esta semana.

—Que no, Gillian. Necesitas entrenar bien antes de que vayas a cualquier pelea.

—Solo te he pedido qué pone ahí. No que me des tu permiso —dice, bajando la voz para que los demás no nos escuchen.

Aprieto mis labios con fuerza y respiro profundamente cerrando los ojos. Con esta mujer va a ser bastante difícil llegar a cualquier acuerdo que tengamos que hacer. Trago saliva muy sonoramente y agarro un bolígrafo que hay sobre el antiguo mostrador del gimnasio. Firmo y luego le entrego el bolígrafo a Gillian que, en vez de agarrarlo, lo único que hace es tragar también saliva para luego mirar hacia todos lados.

—¿Puedes irte? —pregunta, levantando las cejas.

Y yo, antes de que tengamos una pequeña discusión, asiento y me doy la vuelta para irme hacia el exterior. Pero por el rabillo del ojo puedo ver algo que me descoloca completamente: ella saca de su mochila una pequeña caja y la abre para, acto seguido, colocar uno de sus dedos y mancharse de tinta negra, y así firmar el folio de la manera más extraña posible.

Pero, sin querer juzgar a nadie y mucho menos a ella de lo que haga o deje de hacer, sigo mi camino mirando cómo la gente sigue practicando boxeo dentro de este lugar.



Han pasado varios minutos y sigo dándole vueltas a lo que pasó allí fuera con la firma de ella. Cualquier persona no firma con su huella dactilar y mucho menos una persona tan joven como ella.

Niego con la cabeza cuando veo que ella sigue con la misma actitud que durante toda esta semana a la hora de entrenar y me acerco a Ernesto para decirle lo siguiente:

—Oye, Gillian y yo vamos a seguir entrenando en las calles. Puedes marcharte, ya nos veremos después.

—Con que no vuelvan a echar un...

—Como vuelvas a decir esa palabra, te aseguro que te quedas sin trabajo —lo amenazo y él

no puede evitar cerrar la boca nada más terminar la frase.

Asiente, y luego yo voy recto hacia ella.

—Gillian, recoge tus cosas: vamos a correr.

Paso por su lado, pero ella agarra rápidamente mi antebrazo, haciéndome girar para mirarla a los ojos.

—Yo no corro.

Levanto las cejas ante su respuesta. Pero eso a mí no me basta para saber cuánto de en forma dice que está.

—No te lo voy a repetir, Gillian. Si vas a luchar esta semana, harás lo que yo te diga como entrenador. Fuera de aquí podrás pisarme todo lo que quieras —susurro sin pestañear ni dejar de mirarla por un segundo—. Lo hago por tu bien.

Al ver que ella no me contesta, camino hacia la salida dando su silencio como un «sí». Y, cómo no, a los pocos minutos se reúne conmigo en la calle.

—No sé por qué quieres correr...

La observo con cautela, con ella todo es una sorpresa. Debí imaginármelo aquella noche que la conocí.

—Haz calentamiento, no querrás tener un calambre.

Mientras los dos hacemos lo mismo antes de comenzar a correr, puedo notar que la cercanía que tenemos los dos es bastante intensa.

—Para ser una buena luchadora tienes que estar en forma. Y comienzo a pensar que no lo estás al cien por cien.

—¿Qué? Perdona, yo llevo haciendo esto muchos años —me recrimina sin más.

Tomo unos segundos para pensar en mi respuesta con total tranquilidad y termino de calentar.

—Que lo lleves haciendo años no significa que lo hagas bien —digo la frase, consiguiendo que ella comience a echar humo por sus orejas y empiezo a correr sin más demora por las calles cubanas.

—¡Me está empezando a asquear esa serenidad tuya! —grita a los cuatro vientos para luego seguirme el paso.



Tenía que haberme imaginado que a los tres minutos ella se cansaría. Y no solo porque no esté en plena forma, ya que entrena simplemente dando puñetazos a los sacos de boxeo, sino por todos los cigarrillos que ella se fuma.

—¡Oye! —grita casi en un chillido y empieza a frenar poco a poco, dejando de seguirme—. Que te... parece... que descans... descansemos un rato.

Freno poco a poco y me acerco a ella al ver que está a punto de sentarse en un pequeño escalón que hay en la puerta de una de las casas de colores. Me pongo en cuclillas al verla respirar con dificultad. Observo las casas maravillado de este hermoso sitio y luego vuelvo a mirarla a ella, perdiéndome en su bello rostro.

—Eso te pasa por fumar —la provoco, mirando el reloj y calculando que, exactamente, han

sido tres minutos y medio.

Mientras ella sigue respirando con dificultad, yo estoy a, simplemente, medio metro de sus labios, el sol pega muy fuerte sobre nosotros.

—Que te follen.

Sonríó cuando la oigo decir eso.

—Ya lo has hecho tú misma. —Le guiño el ojo y, por arte de magia, ella sonrío como si fuera una adolescente.

Me levanto del suelo cuando noto que mis rodillas ya me duelen de estar así, y me siento a su lado, completamente pegados por la estrecha puerta que tenemos a nuestras espaldas. Cuando mi hombro roza el suyo, una corriente atraviesa parte de mi cuerpo y creo que el suyo también por el pequeño movimiento que ella acaba de hacer. Trago saliva y miro mis manos, debatiéndome conmigo mismo si le pregunto o no algo que ella me dejó bien claro el otro día.

—¿Cuánto llevas en el boxeo? —pregunto mientras le entrego una botella de agua de mi mochila.

Un pequeño silencio se escucharía si no fueran por las vecinas que hay frente a un edificio que no dejan de charlar y charlar sobre los chismorreos que han pasado estos últimos días por su barrio.

—Desde pequeña.

Escucho con atención lo que ella me vaya a decir, pero, por lo que veo, no va a querer contar más nada. Asiento lentamente y aprieto mis labios.

Un silencio se cruza entre nosotros y, de nuevo, si no fuese por esas vecinas... Pero, desde mi punto de vista, no se está tan mal. Es la primera vez en tan pocos días que nosotros dos estamos así de tranquilos sin que las chispas salten, sin discusiones y, mucho menos, sin miradas intrépidas. Simplemente, silencio y con una extraña sonrisa en el rostro de cada uno de nosotros.

Paso mi lengua por mis labios y, de pronto, su voz de escucha por encima de esas mujeres que no dejan de hablar.

—Tienes unos labios irresistibles.

Me extraño al escuchar eso de ella, y la observo, para darme de cuenta que ella lleva haciéndolo desde hace rato. Sonríó con gracia al pensar en mi mente lo que me acaba de decir.

—¿Labios irresistibles? —pregunto, levantando las cejas y haciendo que ella sonrío.

—Sí, nunca había besado unos así —sigue, y mi humor se esfuma cuando me dice eso.

Una fuerte carcajada suya sale de su garganta y yo achino los ojos.

—No era necesario acabar con esa frase.

—Oh, venga ya. Ni que fueses virgen. —Se levanta del escalón y yo miro cada movimiento suyo—. Y después de la sesión que tuvimos la otra noche, me cuesta creerlo.

Me tira la botella de agua para luego comenzar a correr hacia el muelle que hay al final de la calle. Y, rápidamente, me levanto para seguirla con una estúpida sonrisa de atontado.

6

Reglas

Camino de un lado a otro esperando a que esa chica de ojos verdes venga. Mi nerviosismo se incrementa a medida que los minutos pasan y la hora del combate se acerca. Aún no he visto mejoría en ella, sigue estando igual de verde que el primer día, como si su estrategia no fuese suficiente para este mundo.

Y me temo lo peor sobre la lona.

Doy pequeños y suaves golpes en la pared del gimnasio, donde quedamos los tres. Puedo notar cómo Ernesto me está mirando como si fuese un loco y yo, simplemente, no puedo dejar de pensar en el combate y en por qué cojones tarda tanto esta mujer.

—Ahora mismo enciendo un *poquitito* el mechero y seguro que explotas, *brother*. —El acento tan marcado de Ernesto consigue que lo observe y, en vez de tener una mirada tranquila y serena, como normalmente suelo tener, lo observo como cuando alguien se salta la cola del supermercado.

—Ernesto, no te mando a callar por respeto.

Vuelvo con lo mío y observo las calles, esperando impacientemente su llegada. Si tan siquiera ella pudiese darme su dirección para que vayamos a buscarla, pero ni siquiera eso quiere que yo sepa.

Y de milagro sé su nombre.

—Tío, ¿trajiste la toalla? —le pregunto, refiriéndome a la toalla que se suele tirar a la lona cuando el luchador no puede más.

—No. ¿Por qué? —me responde con otra pregunta y mi mal humor se incrementa.

—¿Que no la has traído? ¿Y qué pasa si ella no puede aguantar más?

Él abre los ojos muy rápidamente, como si tuviese miedo de que yo le pegara una buena hostia en su cara.

—Pero... No es necesario, Jasper.

—¿Cómo qué no? Es necesario.

Él hace un movimiento extraño con sus labios y observa todo el lugar a estas horas de la noche, menos a mi rostro.

—Jasper... No sé cómo decirte esto, pero este boxeo no es como...

—¿Qué *bolá*?!—grita una voz femenina y, rápidamente, me giro para observarla con su atuendo habitual de boxeo.

—¡Ya era hora! ¿Dónde cojones estabas?

Ella me levanta la mano mientras hace un gesto divertido con su rostro.

—¡Eh! Yo también me alegro de verte.

Respiro profundamente, mientras que Ernesto traga saliva muy sonoramente, como si

estuviese ocultando algo. Pero antes de preguntarle qué es lo que quería decir antes de que ella llegase, observo el reloj y me doy demasiada prisa.

—Venga, vámonos. Que llegamos tarde.

Los tres nos subimos al coche de mi vecino con Gillian a su bola, Ernesto pensativo y yo preocupado.



Es prácticamente imposible que Gillian vaya a luchar en este lugar.

Miro el amplio sótano donde está a rebosar de gente y luego observo a Ernesto, que con la cara que me está poniendo parece que se está disculpando con la mirada. Yo niego la cabeza y respiro profundamente, pesando para mis adentros qué es este maldito lugar.

—¿Esto qué mierda es? —pregunto, buscando el cuadrilátero.

—¿Siempre dices palabrotas cuando estás nervioso? —me devuelve la pregunta ella y, con una simple mirada, se quita la chaqueta que cubría su cuerpo para luego dármela a mí.

Ella camina recto, esquivando a algunas personas que rodean el lugar y se pone encima de un dibujo marcado con tiza en forma de cuadrado, fingiendo que ese es el *ring*. El maldito suelo.

Aprieto mi mandíbula, mientras que los demás tienen dinero en las manos y se ponen a decir guarradas y cosas inapropiadas a Gillian, cosa que ella pone oídos sordos a esos cabrones.

—¿Qué es este sitio? —pregunto sin dejar de mirar a Gillian, por si le pasara cualquier cosa con todos esos babosos rodeándola.

—Tío, yo... iba a decírtelo cuando me enteré, pero...

—¿Pero qué? —Lo observo, apretando la chaqueta oscura que me acaba de entregar ella, y Ernesto está a punto de desear que se lo trague la tierra.

Otra mujer, con la misma vestimenta que ella se acerca al mismo pequeño lugar donde tendrá lugar, por lo visto, la pelea. Me acerco a Gillian, que con la mirada que me está poniendo me está obligando a ponerle los guantes completamente estropeados que siempre se pone en los entrenamientos.

—Gillian, esto no es legal... —susurro para que solo ella me escuche, pero parece que no le importa eso.

—Ya lo sé.

Aprieto mi mandíbula; aún no le he puesto los guantes de boxeo, y ella agarra mi mochila para sacarlos y dármelos en la mano, dándome a entender que no pierda más el tiempo.

Mi pecho se mueve como si fuese una ola por el nerviosismo que estoy padeciendo en estos momentos, y observo a la mujer que hay a escasos metros de Gillian. Podría decirse que casi tiene su misma edad, pero por el rostro que tiene, deduzco que lo último que quiere es estar en este sitio.

—Haz tu trabajo y olvídate de todo lo demás, Fleming. —Por el tono de su voz, parece que no le hace ni pizca de gracia que esté tardando demasiado y, a regañadientes, le pongo esos guantes viejos en sus pequeñas manos.

Cuando veo que un hombre de unos cuarenta años se acerca a las dos luchadoras con demasiado dinero entre sus manos, suponiendo que es de las personas que rodean el cuadrado, yo

agarro la muñeca de Gillian y pego mis labios en su oído.

—Ten cuidado... —murmuro con preocupación en la voz y a punto de salirme el corazón por la boca—. Por favor.

Noto cómo Gillian se queda petrificada, observando un punto frente a ella y, mirándome con esos ojos tan verdes, asiente con la cabeza.

Tengo el presentimiento de que algo malo pasará, por eso me cuesta alejarme de ella, pero termino haciéndolo, ya que no puedo obligarla a hacer otra cosa.

Me pongo al lado de Ernesto, que sigue igual que hace un rato antes de irme al lado de Gillian, y me quedo quieto, observando como todos rodean la línea que hay dibujada en el suelo. Trago saliva repetidas veces mientras Gillian me mira de reojo en algunos momentos. Mi corazón comienza a palpar cada vez más fuerte por cada momento que paso en este lugar.

—¡SÍ, SÍ, SÍ! ¡Después de tanto tiempo sin verla, tenemos a mi izquierda a la cubana, Gillian!

Las personas aplauden con demasiado ánimo y mi seriedad se incrementa mucho más, apretando tanto mis puños que mis uñas están a punto de clavarse dentro de mi piel.

—¡Y a mi izquierda, con un récord de luchas ganadas a Laura! ¡La tan llamada Remix!

Mis ojos viajan hacia ella, mientras que Gillian, simplemente, se concentra en el rival que tiene a escasos metros.

—¿Cuáles son las reglas?! —grita el hombre mientras que todas las personas que nos rodean empiezan a gritar.

—¡No hay reglas!

Mis ojos se abren como platos al escuchar eso y de pronto el árbitro les dice:

—A muerte, chicas.

Cuando el árbitro, si es que se le puede llamar así, da el comienzo, es cuando me es imposible concentrarme en que gane, cuando lo único que quiero es que pueda salvarse de una pelea ilegal. Trago saliva cuando las dos luchadoras comienzan a moverse, mientras que las personas a su alrededor solo quieren ver a dos mujeres peleándose y sangre por todos lados.

El primer golpe se lo lleva la contrincante que, enseguida, comienza a sangrar por la nariz. Yo aguanto la respiración cuando Gillian no puede esquivar los siguientes ganchos de derecha que le dan y es ahí cuando ya me es imposible hacer algo. Golpe tras golpe me da a entender que todo lo que pensaba yo de que ella no estaba en buen estado físico era cierto.

Pero Gillian no se deja avasallar y, aunque se lleve la peor parte, ella sigue adelante y esquiva algunos golpes de la otra chica.

—Vamos, Gillian. Por favor... —susurro, tragando en seco y sufriendo por cada golpe que recibe.

Gillian, a pesar de que solo han podido pasar diez minutos y que, por lo visto no se acaba el combate hasta que una de las dos no caiga al suelo, no se quiere rendir—y mucho menos acabar todo esto así sin más.

Respiro irregularmente mientras veo como la sangre empieza a escurrirse por su hermoso rostro. Ella está completamente agotada y yo estoy a punto de agarrarla fuertemente y llevármela de este maldito sitio donde solo habitan drogadictos y criminales. Mi pecho sube y baja, y cuando pienso que ella está a punto de caerse y perder el conocimiento, un fuerte ruido se escucha en la planta de arriba, haciendo que todos nos calleemos y las luchadoras dejen lo que están haciendo.

Una patada fuerte hace abrir la puerta del sótano y mis ojos se abren al descubrir que la policía está en la entrada con las pistolas en la mano.

—¡Policía! No se muevan.

Solo decir eso basta para que varios empiecen a sacar armas blancas y, así, comenzar una pelea entre bandas y policías.

Rápidamente, y viendo la agresividad, corro hacia donde está Gillian, que está a punto de caerse al suelo y la agarro, llevándomela a no sé dónde.

—¡Ernesto, tenemos que irnos! —grito, por encima del bullicio y mi sudor empiezan a incrementarse.

—¡Hay una salida trasera debajo de las escaleras! ¡Es un pequeño túnel que os llevará hacia un callejón! —grita. Escuchamos varios disparos, haciendo que nos agachemos en el piso. Ernesto saca sus llaves del coche y me las entrega—. Márchense, yo me las apaño.

—¿Vas a estar tú solo?

—Créeme, ya he estado metido varias veces en esto. ¡Vete!

Nada más decirme eso, agarro rápidamente a Gillian, llevándomela en brazos con cuidado de que alguien le haga más daño y la llevo hacia debajo de las escaleras.

Ahí encuentro una pequeña puerta que me hace agacharme un poco y camino con paso ligero por el pequeño túnel extraño, escuchando aún los gritos y los disparos de la policía en el sótano. Echo la vista hacia atrás, aún con Gillian en mis brazos y a punto de cerrar sus ojos.

Conseguimos salir del lugar, entrando en el callejón y cerrando la puerta de paso, para dirigirme, rápidamente, al el coche de Ernesto y poniendo a Gillian en la parte trasera del auto. Observo unos segundos lo herida que está de los golpes y trago saliva con más preocupación que de costumbre. Me subo a la parte delantera del mismo para dirigirme a mi piso y así poder curarla, al menos, hasta que pase el peligro.

Conduzco por las calles nocturnas de Cuba, mientras que puedo ver por el espejo retrovisor que Gillian no se mueve demasiado, pero observo como su pecho sube y baja, tranquilizándome de que al menos respira correctamente.

Aprieto mi mandíbula a la vez que agarro con fuerza el volante, y no dejo de pensar en todas las mentiras que me he tragado desde que acepté ser entrenador de boxeo de nuevo. Pensé que no haría daño a nadie, que me vendría bien para empezar en un nuevo lugar, pero lo único que veo es que esto es peor para mí. Pero lo que no aguanto es que sufra mucho más viéndola a ella luchar que cuando veía a mi hermano hacerlo.

Vuelvo a observar por el espejo retrovisor el cuerpo tendido de ella y niego con la cabeza al ver lo herida que está en estos momentos.

—Joder... ¿En qué estás metida, Gillian? —susurro, sabiendo que ella no me va a escuchar—. ¿En qué estamos metidos?

7

Heridas

Entro al pequeño piso del motel con Gillian entre mis brazos. Cerrando la puerta del mismo, pongo su cuerpo tendido en mi cama, y lo primero que busco es el botiquín que siempre suelo guardar en el baño. No podía ser menos también en este piso.

No puedo evitar retirar un mechón de pelo cuando me siento en la cama, cerca de ella. Pero lo retiro rápidamente al pensar que, posiblemente, a ella no le guste la idea de que haga ese gesto. Observo con detenimiento las heridas que tiene; varias de ellas son moretones, pero tiene sangre en su ceja, la frente y sus labios. Con un pañuelo mojado, retiro la sangre con cuidado, pero, rápidamente, lo retiro al ver que ella se mueve y abre los ojos con rapidez.

Me mira como si estuviera haciendo algo mal, pero yo no me muevo, simplemente, dejo que ella se despierte un poco y luego seguiré con mi labor.

—¿Qué coño haces?

Pero parece que no se despierta con muy buen humor.

—Te estoy curando las heridas —susurro, enseñándole el botiquín que tengo encima de la mesa de noche.

—Puedo hacerlo yo sola, gracias... —responde, haciendo un intento de levantarse, pero vuelve a acostarse de nuevo al verse mareada.

—Estate quieta, no te voy a hacer daño. Solo quiero curarte las heridas.

Voy con cuidado para que ella vea que, simplemente, voy a retirar la sangre que tiene escurriéndose por su rostro y, poco a poco, lo hago, sin que ella retire la mirada de la mía concentrada en lo que estoy haciendo.

—Ya lo sé —responde, consiguiendo captar toda mi atención.

Tengo miles de preguntas, miles de dudas. Pero, en lugar de estar preguntando todas las cosas que tengo en mente desde que sé que estamos metidos en las peleas clandestinas, decido callarme un poco hasta que ella esté un poco mejor de lo que estaba en aquel asqueroso sótano.

Ella hace un gesto de dolor cuando llego a sus labios y agarra con rapidez mi muñeca para que frene, y lo hago. Mis ojos observan los suyos con detenimiento y mi preocupación ha descendido desde que está aquí, conmigo y a salvo. No sé qué es lo que me pasa con esta chica, pero desde que la conozco mi cabeza no ha dejado de pensar en ella.

—Tus ojos brillan cuando llega la noche —murmura, analizando esa parte de mí.

Yo abro la boca para decir algo, pero, en vez de hacerlo, sonrío y termino de curarla.

Saco todo el aire que tenía metido dentro de mi pecho y cierro el botiquín para observar la ventana de mi cuarto y cómo las luces de fuera entran dentro de este pequeño cuarto. Desde el reloj, pone que son casi las doce de la noche y nosotros estamos aquí, en silencio.

—¿Qué es este lugar?—pregunto, dando el primer paso.

—Tu cuarto. —Su ironía me hace saber que lo ve todo a broma, y niego con la cabeza, sin seguirle la corriente.

—No me refiero a eso y lo sabes perfectamente.

Nuestros ojos, azul con verde, conectan, y mi seriedad en estos instantes se hace notable, al menos para ella. Gillian pasa su lengua por su labio inferior con disimulo y, a la vez, con nerviosismo. Pero de aquí no me levantaré hasta que ella no me cuente más cosas de la que ya me oculta.

—Boxeo clandestino.

—¿Y estas metida... en ese sitio? ¿De verdad? —Intento comprenderla con la cara de desconcierto, mientras que a ella parece no importarle nada en absoluto.

—Es mi lugar. Aquí me crié —me explica, pero yo no consigo entender por qué hace eso.

—¿Y la policía?— pregunto al referirme a lo que ha ocurrido esta noche y ella lo capta enseguida.

Hace un pequeño esfuerzo de intento para sentarse, pero no lo consigue, así que la ayudo con cuidado para que pueda apoyarse a la cabecera de la cama, y la tapo un poco con la manta.

—Llevan mucho tiempo intentando cortar de raíz ese sitio. Pero no es tan fácil...

Comienzo a mover mi pierna alterado mientras pienso en algo que pueda hacer yo para no tener que volverme a meter en más líos. Pero esto es distinto, no son como los líos en los que estábamos metidos mi hermano y yo: son problemas muchos más graves donde la policía busca arrestar y cortar esa red de boxeo ilegal que hay montado. Pero, como siempre, tras algo parecido hay un jefe que maneja todo.

—Lo dejo, no quiero meterme en estos...—Agarra con rapidez mi antebrazo y clava su mirada sobre la mía algo perdida.

—Una vez entras, no puedes salir, J.

Yo abro un poco los labios y mis cejas se juntan con extrañeza ante lo que me acaba de decir.

—¿J.?

—Te queda mejor así —dice con una pequeña sonrisa en su rostro y yo asiento con la cabeza, con una pequeña mueca.

—¿Tú solo piensas en ti misma?

Y, tras preguntar eso, basta para que me ponga a contar los segundos que pasan hasta que ella me responda con la respuesta que ya me imaginaba. Pero lo que más me extraña es esa tardanza que tiene a la hora de hacerlo y que no deja de mirarme como buscando una respuesta para ella ante algo que no comprende ni yo tampoco.

—Puede. Así me criaron.

Al analizar todo su rostro con detenimiento, mi corazón comienza a ir más rápido y no puedo evitar pensar que habrá más futuras peleas y que más daño se hará ella, hasta que un día le pase algo malo. Pero el mayor problema de todos es que no creo que pueda hacer algo para impedirlo... ¿O tal vez sí?

En el fondo no quiero estar metido en esta mierda, en todo esto. Pero, por otra parte, es un medio para poder estar con ella. Un dilema que cuesta, y mucho, al menos para mí. Tal vez esté siendo egoísta, tal vez esté cegado o tal vez esté como una jodida cabra y me guste martirizarme.

Mi mano intenta acercarse a la suya, que está sobre mi cama descansando y, para mi sorpresa, en vez de alejarse, solo observa lo que voy a hacer. Nuestros dedos se rozan, pudiendo conseguir que mi vello se erice ante el tacto.

—¿Por qué participas en eso? —pregunto, sin dejar de mirar nuestras manos.

—¿Por qué me ayudas?

Sacudo los hombros, sin ni siquiera saber qué responderle, porque ya me gustaría a mí saber la respuesta del porqué lo hago. Posiblemente, porque me es imposible alejarme de ella o porque quiero conocer mucho más de su vida. O, simplemente, por algo más complicado que eso.

—Es complicado.

Ella asiente con la cabeza con una pequeña sonrisa, para luego decirme:

—Creo que podré seguirte.

Me levanto de la cama con rapidez al ver cómo se han tornado las cosas y echo mi pelo hacia atrás, cerrando los ojos para pensar en algo y así poder cambiar de tema.

—Hoy, sí o sí, te quedas a dormir —le digo mientras busco algo que no existe para, simplemente, no tener que contestar a esa respuesta suya.

—Yo no me puedo quedar a dormir aquí.

Rápidamente, me giro cuando la veo levantarse de la cama con pesadez y abro los ojos como platos.

—Así cómo estás, no vas a ninguna parte, Gillian.

—Tengo que irme, J.

—¿Piensas que vas a poder caminar muy lejos así? ¿En tu estado? Te han dado una paliza.

—No lo entiendes —susurra con cansancio y agarra su chaqueta para ponérsela por encima y caminar hacia la puerta.

—Créeme, lo que más deseo es entenderte.

Pero cuando ella la va a abrir, yo la cierro con rapidez y me pego a su cuerpo, mientras que Gillian pone su espalda en la pared. Si ahora pudiese elegir entre quedarme quieto o besarla, sería un gilipollas si no eligiera lo último.

—Jasper, por favor... —responde con desespero, como si llegase tarde a algún lugar o como si estuviese obligada a estar en un sitio que no es querida.

Al ver su reacción, me separo levemente de su cuerpo y ella, con el rostro pálido, se dirige hacia la puerta para marcharse, pero sin que yo haga nada, ella se queda quieta como deseando algo, pero no lo dice y, después de un rato, sale de mi cuarto con pesadez por culpa de la paliza que le dieron antes.

—Al menos, déjame llevarte a tu casa...

Ella niega con la cabeza y mi pecho comienza a subir y a bajar.

—No puedo —responde con la voz entrecortada.

Y viendo cómo ella se marcha, me quedo con más dudas de las que tenía. Preocupado por ella: sé que esa chica tiene más problemas de los que creía. Y esos problemas la tienen agobiada, hasta tal punto que puedo verla cómo se seca algunas lágrimas de lejos.

Con rabia, porque no me deja hacer más cosas, tengo que quedarme de lejos viendo cómo se aleja con tristeza, y lo que deseo en estos momentos es abrazarla y poder ser su hombro para que ella me cuente todas las cosas que esconde.

¿Pero qué puedo hacer si alguien no quiere que le ayuden?



Al día siguiente, por petición de Ernesto, fuimos al gimnasio. Y aunque no me gustaba la idea de que ella estuviera entrenando después de lo de anoche, ahora estamos aquí los tres con demasiado calor por culpa de las altas temperaturas que hay en Cuba.

Gillian ahora está dando saltos con la comba mientras yo no puedo dejar de mirarla después de lo de anoche. ¿Cómo es posible que quiera entrenar después de la paliza que recibió? Pero cuando le dije que lo mejor era que hoy se tomara el día libre, lo primero que hizo fue ignorarme y, después, me dijo que me metiera en mis cosas.

¿Cómo puede ser que me preocupe tanto por ella hasta el punto de no poder dormir pensando en que algo malo le pudiera pasar?

Mientras que Ernesto me cuenta lo que ocurrió anoche después de que me llevara a Gillian, yo, simplemente, no dejo de observarla como falla y falla los saltos cada dos por tres. Como si su mente estuviera en otra parte.

—No entiendo por qué ha venido después de lo de anoche... —le digo a Ernesto.

—Le dije que se tomara el día libre, pero mira, hermano, el caso que me hizo —dice él—. Esta muchacha no se rinde ¿o qué? —pregunta, y yo pongo mis manos en jarras mientras Gillian sigue a lo suyo—. Necesito un bate. Ahora vengo.

Lo observo con extrañeza.

—¿Bate?

Él me observa como si fuese un gilipollas y se ríe en alto mientras que me dice:

—Un cigarro.

Niego con la cabeza ante su respuesta y mientras que Ernesto se marcha, yo voy recto hacia ella, esquivando a algunos luchadores que entrenan con ganas en el gimnasio. Cuando ya estoy a su lado, cruzo mis brazos y luego observo lo torpe que está hoy.

Algo malo le tuvo que pasar anoche después de marcharse. Y lo peor de todo es que pude acompañarla a su casa y a lo mejor hoy estaría descansando... Y, posiblemente, no estaría tan triste anoche... Pero siempre le doy mil vueltas a las cosas, hasta que estuve sin poder pegar ojo en toda una noche.

—Gillian, ayer te dieron una paliza —le digo mientras ella sigue intentándolo. Suspiro levemente y me acerco un poco más a su lado—. Descansa. Ve a casa.

Pero ella, sin ni siquiera mirarme a los ojos, sigue entrenando mientras yo estoy a su lado viendo todas sus heridas.

—Puedo entrenar hoy, gracias —responde bordemente.

Entonces, es ahí cuando me doy de cuenta de que en su brazo hay marcas de dedos, moretones. Al percatarme de ello, rápidamente, me pongo en alerta y mis labios se entreabren al ver eso. Imposible que se lo hiciera anoche con la otra luchadora...

—Espera, ¿qué es eso? Ese moretón no lo tenías anoche. —No dejo de observar esas marcas y le pregunto—: ¿Alguien te hizo algo anoche?

Pero ella, sin siquiera mirarme a la cara, sigue ignorándome olímpicamente.

—Gillian, solo...

—¡Que me dejes te he dicho! —grita, observándome como si fuese la peor persona del mundo—. ¡Deja de meterte en mi puta vida, joder! —Yo trago saliva y me callo mientras todos los que nos rodean nos observan ante el espectáculo—. ¡¿Acaso yo me meto en la tuya?!

Trago en seco mientras ella me echa la bronca de algo que ni siquiera sé y niego con la cabeza.

Gillian tira la comba al suelo con rabia y yo la miro a los ojos con los labios apretados.

—Lo... lo siento —susurro al ver lo alterada que está.

—Pues métete en tus cosas, Jasper. Y déjame en paz de una puta vez. Solo haz tu puto trabajo.

Me echa una última mirada con rabia contenida por dentro y vuelve otra vez a saltar a la comba, mientras que yo decido irme de su lado para dejarla tranquila, como ella me ha pedido.

8

Perdón

Julio de 1978.

Los días pasaron y después del incidente o, más bien de la bronca que me llevé de Gillian en el gimnasio, decidí dejarlo. No solo porque sintiera que ella no me quería allí, sino por muchas razones. Una de ellas es que estoy comenzando a sentir demasiado afecto por esa chica cubana y eso es lo que no quiero. No quiero entrenar a alguien con quien estoy sintiendo algo más allá que un simple cariño.

Por eso, después de que el sábado le dijera a Ernesto que me iba, no he vuelto a pisar ese lugar. Han pasado seis días y lo único que me encuentro todas las mañanas es a mi vecino decirme lo irritable que está ella desde que me marché.

Supongo que a lo mejor es una chica que tiene más problemas de los que pretende hacer creer. Y creedme que me encantaría ayudarla, a pesar de que tan solo la conozco de hace casi tres semanas. Pero a veces... no sé. Simplemente, pasa que miras con buenos ojos a alguien, así sin más.

Durante esta semana libre que he tenido, he podido comprarme un coche. La verdad, está hecho un desastre, pero me servirá para moverme por La Habana libremente, sin tener que pedirle el coche todo el rato a Ernesto y aguantarme sus monólogos de «quiero mi coche impecable».

Qué hijo de puta...

Toc, toc.

Dos toques en la puerta bastan para que me pregunte si Ernesto tiene un megáfono en la oreja para escucharme.

—¿Asere, qué boláll?

—A ver, ¿qué quieres? —pregunto al verlo frente a la puerta vestido con ropa deportiva para entrenar a Gillian.

Desde que lo dejé, ahora él se dedica a entrenarla, aunque, como de costumbre ya por días, me pedirá que vuelva.

—Te daré todo el peso que quieras. Te besaré los pies. Te haré una alabanza... Pero por favor, vuelve a ser su entrenador. —Ernesto pone las manos como si rezara y yo pongo los ojos en blanco al verlo hacer de nuevo lo mismo.

—Ya dejé bien claro que no pienso volver, Nesto.

—En serio, contigo no iba tan a la defensiva, hermano. Pero a mí me da miedo que un día me dé un sopapo.

—No digas boberías, anda. Ella no te va a pegar.

—Pero está insoportable conmigo. Me da a entender que quiere que estés tú entrenándola.

Estiro el cuello con cansancio y suspiro fuertemente, consiguiendo relajarme un poco después del día agotador que tendré para arreglar el coche

Pongo mis manos sobre sus hombros y lo sacudo con fuerza.

—Ánimo.

Cierro la puerta de mi piso y bajo las escaleras del motel para luego tener que aguantar a Ernesto, la mosca cojonera, detrás de mi oreja.

—Venga, J. Te lo pido por favor.

—¿Quién te ha dicho que me llames «J.»? —pregunto, imaginándome la respuesta.

—Gillian.

Levanto la ceja ante su respuesta. Si Gillian le ha contado cómo me llama es que ha preguntado por mí.

Paso mi lengua sobre mi labio inferior y mi corazón da un fuerte latido al escuchar su nombre. Despeino mi pelo con mi mano derecha mientras que freno en seco en los últimos escalones de la escalera. Me giro para poder mirarlo frente a frente y niego con la cabeza.

—Mira, hermano. Solo te pido eso.

—Ernesto, no quiero volver a entrenar a nadie. Y menos a alguien... con quien estoy empezando a sentir cosas.

Su boca se abre y yo niego con la cabeza cuando él sabe perfectamente a lo que me refiero con Gillian. Vuelvo a seguir mi camino hacia los aparcamientos, pero él vuelve otra vez de pesado.

—Te estás enamorando de ella... Si es que tenía que habérmelo imaginado, chico. ¿Qué te dije aquella noche? Que ella es una tía peligrosa. —Ernesto observa a un hombre mayor que se dirige hacia las escaleras del motel, un vecino nuestro, y él sonríe—. ¡Adiós, chico!

El hombre le devuelve el saludo de la misma forma informal y, luego, Ernesto vuelve su atención hacia mí.

—Ella no es peligrosa... Tiene problemas y pide a gritos ayuda, aunque no con las palabras adecuadas —respondo, levantando la voz, mientras que trago saliva.

Llego a mi coche, para luego sentarme encima del capó y observar el suelo con detenimiento.

—No quiero volver a pasar por lo que pasé con mi hermano... No quiero —susurro con lejanía.

—Supongo que ya es demasiado tarde para decirte que te lo dije, ¿no?

Lo observo con enfado.

—Cállate, te recuerdo que no me dijiste nada de dónde me estaba metiendo...

—Lo siento por no decírtelo, *brother*. Necesitaba el trabajo desesperadamente.

Asiento con la cabeza ante su frase, pero no me hará cambiar de idea.

—¿Puedo decirte algo? —Lo observo ante su pregunta y asiento lentamente—. Yo creo que Gillian también siente algo por ti, pero lo oculta.

—Todavía es demasiado pronto para decirlo... —murmuro, sintiendo que mi corazón va a salir pitando de mi pecho.

—O puede que no. Esto es Cuba, aquí todo se vive intensamente.

Lo observo detenidamente y trago saliva ante su frase, pensando en que, posiblemente, sea cierto lo que me dice.

—¿No tienes entrenamiento? —pregunto, levantando las cejas.

—Sí —me dice, y agarra la mochila que tiene en el suelo—. Bonito carro, por cierto.

—Si no fuese tan viejo, coincidiría contigo.
Reímos los dos como buenos amigos y disfruto de los momentos así en este lugar.



Después de dos horas intentando comprar unas piezas de repuesto para el coche, ahora me encuentro arreglando el mismo y maldiciendo por comprarme un coche de tercera mano. Debería haber hecho caso de las cosas que me decía mi padre de cómo arreglar un vehículo.

Paso sin querer mi mano llena de aceite mi frente para quitarme el sudor, ya que el sol me está dando de lleno en mi rostro y maldigo para mí mismo cuando me mancho.

—Mierda... —susurro para mí mismo y niego con la cabeza.

Agarro la llave inglesa y comienzo a hacer estupideces donde está el motor del coche, pero lo único que consigo es fastidiarlo mucho más.

Lo mejor será que lo lleve al mecánico.

Así que, después de dos horas inservibles aquí, cierro el capó del coche con fuerza. Mi vista se va hacia el cuerpo de alguien que hay a escasos metros de mí. No puedo evitar poner mis labios como una línea al ver esos ojos verdes y mientras que ella también me observa con cautela, yo me limpio las manos manchadas de aceite del coche con un trapo.

El silencio no ayuda mucho cuando ella está quieta, clavada en el suelo mientras piensa en lo que va a decir y yo recojo mis herramientas con tranquilidad.

—Hola —susurra con la boca muy pequeña y me mira como si estuviese arrepentida.

Yo decido, simplemente, observarla en vez de responderle, mientras asiento con la cabeza, tragando saliva con un poco de nerviosismo por lo que me vaya a decir. Poco a poco, va acercándose a mí, acortando la distancia, y mi vista se va por unos segundos al cartel que hay en grande con las letras «MOTEL» en color rojo con varias palmeras a su alrededor.

El aire comienza a ser bastante denso o, al menos, es lo que estoy empezando a sentir yo desde que he visto a Gillian, y millones de preguntas aparecen en mi mente. Todas y cada una con su nombre de por medio.

Ella se acerca a mi coche y comienza a tocarlo con su mano, intentando despistar ese tema del que tanto está escondiendo.

—Un Chevrolet del 51... Bonito trasto —vuelve a murmurar, esta vez sin mirarme a la cara y yo solo puedo observar cada paso que da.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, acabando con este pequeño sufrimiento que hay entre los dos.

Ella parece que cuenta unos segundos con sus labios y juraría que me acabo de perder en ellos.

—¿Por qué te fuiste sin avisarme?—pregunta en un leve susurro y me sorprende que esté así cuando la mayoría de las veces me ha demostrado que es una chica dura que no necesita ayuda de nadie para vivir.

Aprieto fuertemente mis labios mientras me rasco la nuca, observando el suelo, y no exactamente porque esté pensando en la respuesta. No...

—Querías que me fuera. Me lo dejaste bien claro el otro día —le respondo sin más, y puedo

notar como ella quiere que se la trague la tierra en estos instantes porque, quizá, no esté acostumbrada a hacer este tipo de cosas.

Pero cuando pienso en eso, basta que con una simple frase suya haga que todo lo que he pensado caiga en picado y mi corazón dé un fuerte vuelco, que hasta yo mismo me estremezco.

—No quería que te fueras.

Un fuerte silencio se presenta entre nosotros dos si no fuese porque un vecino acababa de poner el coche en marcha para marcharse, y trago saliva costosamente, no sé ni siquiera qué contestarle a eso.

Una leve ráfaga de aire consigue que su pelo suelto se mueva, ondeando sus cabellos castaños casi oscuros y mi pecho sube y baja. Mis ojos observan los suyos con atención y, sin responderle, espero lo siguiente que me vaya a decir. Porque, aunque esté un poco enfadado con ella, me encanta que en estos momentos esté conmigo, aquí.

—Aunque muchas veces demuestre lo contrario...—susurra sin más.

Asiento levemente ante su respuesta, dando toda la razón por esas palabras.

—Si, en eso te doy la razón... —respondo, sentándome sobre el capó del coche.

Unos pasos, no tan marcados como otras veces, se acercan hacia mí. Intercambiamos nuestros roles de alguna manera a cómo nos conocimos en la discoteca y ella se sienta a mi lado, dejando medio metro de distancia.

—Soy insoportable, lo sé. Por eso nadie quiere ser mi entrenador —confiesa y yo la observo rápidamente, sorprendido.

—¿Por qué piensas que me marché por eso? —pregunto, sin entender por qué ella piensa que lo hice por esa razón.

—Porque... lo fui contigo. Era lógico.

Niego con la cabeza repetidas veces con los labios entreabiertos y juraría que estoy a punto de saltar de mi asiento para acercarme a ella. Pero no lo hago.

—No fue por eso, Gillian. Fue porque... no sé nada de ti. Y para poder entrenarte necesito saber tus puntos débiles para que los refuerces. —Trago saliva por lo que le voy a decir ahora—. Y porque también me jodió bastante que me trataras de esa manera el otro día cuando tan solo estaba preocupado por ti.

Ella se esconde un poco gracias a su pelo que se pone delante de su rostro y por unos instantes voy a retirarle ese pelo que tanto le molesta en sus ojos, pero desecho la idea rápidamente porque, posiblemente, no le guste.

—Lo siento —dice con arrepentimiento y yo aprieto la mandíbula.

Retiro de nuevo mi pelo hacia atrás mientras el sol nos quema la piel, sintiendo que me voy a quemar, como si estuviese en un agosto constante.

—Un «lo siento» no va a cambiar mi opinión.

Gillian no espera unos segundos ante lo que digo y me sorprende demasiado por la versión tan única que me está dando hoy.

—Pero te pido perdón por cómo te traté —dice, y yo la observo rápidamente con los ojos como platos—. No he podido pegar ojo desde aquel día.

Con eso basta para que yo me quede un rato pensativo y no hacerme de rogar tanto, para no hacerle sufrir más por una discusión... Por unos gritos que ella me echó por culpa de que, posiblemente, tenía un mal día o por algo más que se me escapa.

Simplemente, dejo pasar los minutos estando a su lado, sentados sobre el capó de mi coche, mientras, vemos algunas personas caminando por los alrededores del motel como si sus

preocupaciones no existiesen en esos momentos.

Miro con cariño su mano que está sobre su regazo, entrelazada, y yo me muerdo la lengua para poder estirar mi brazo y agarrar esa pequeña mano, atrayéndola hacia mí. Sus ojos verdes observan con atención ese gesto que acabo de hacer y una pequeña sonrisa aparece en sus delicados labios. Cuando rozo sus nudillos rojos y algo heridos por culpa de los malos guantes que tiene y del poco cuidado que le da a sus manos, la acerco con cuidado a mis labios y los beso de uno en uno, mientras que mi mirada va hacia la suya algo tímida.

—Disculpas aceptadas —le respondo con decisión, y juraría que se siente aliviada después de todo—. Pero duerme, no quiero que estés al cincuenta por ciento en la próxima pelea... Que, por cierto, no me hace gracia que participes en las peleas clandestinas.

Y de nuevo puedo ver esa mirada de la Gillian que llevo conociendo hace unas semanas. Cosa que empezaba a pensar que no la vería en el día de hoy.

—Gracias. Pero debo hacerlo, porque si no lo hago, será peor para mí.

Basta con decirme esa frase para que se me erice la piel por las cosas que oculta y que, seguramente, la tienen en peligro.

Pero si ella no me deja, no podré ayudarla.

—Bueno, pues habrá que ponerse manos a la obra.

Al decir esto, sus ojos rápidamente se encienden y se pone demasiado contenta, como si de una niña pequeña se tratase.

—¿Eso quiere decir que volverás?—pregunta ilusionada.

Y yo niego con la cabeza.

—No... Pero hazme un favor. No trates tan mal a Ernesto, que luego viene a contarme todo lo mal que lo pasa.

Gillian baja los hombros con rapidez, desanimada por el rechazo que le acabo de hacer, pero yo no suelto su mano en ningún momento.

—Vale, lo haré. Pero no es un muy buen entrenador que digamos —me dice, intentando tirarme algunas indirectas para que vuelva.

—¿Por qué no hacemos algo tú y yo esta noche?—pregunto rápidamente, esperando una respuesta.

—¿Tú y yo solos? —pregunta, y yo asiento—. No... creo que sea una buena idea.

Asiento con la cabeza, posiblemente, no quiera cosas serias y eso lo comprendo.

—Vale, pues que venga Ernesto. ¿Sí? —le digo, esperando que si viene alguien más, su respuesta sea que sí.

Sin retirar la mirada de ella, puedo ver cómo se debate ella misma con la respuesta, y yo le regalo una sonrisa.

—Dale.

9

Latino

—¡Vamos, Nesto! —grito hacia la puerta cerrada de su piso, mientras que yo ya estoy vestido con una camisa azul y unos pantalones de vestir.

Ahora mismo vamos a ir al mismo lugar donde conocí a Gillian. La famosa Rosa Negra. La verdad, no es un mal lugar y ya que parece ser que es el sitio al que le gusta ir mucho a Gillian y a Ernesto, pues son dos votos a favor.

Me quedo esperando a este hombre mientras observo las pequeñas vistas que hay en este lugar. El sol se esconde entre los árboles que hay a varios kilómetros de distancia. El cielo comienza a teñirse de un rosa claro a un casi violeta, tirando a azul. Observo el reloj y solo espero que con este hombre no llegue tarde para quedar con ella.

A pesar de que Gillian no quiere quedar conmigo a solas, he querido que Ernesto viniera para así poder estar con ella. Es una posible cita, aunque no creo que ella piense lo mismo que yo. Una sonrisa de idiota se cruza sobre mis labios, pero intentaré que no se me note demasiado y, mucho menos, que discutamos en la discoteca, ya que desde que nos hemos vuelto a ver después de aquella noche parece que las discusiones entre los dos se empiezan a normalizar.

Sigo pensando que no quiero volver al boxeo, pero una pequeña vocecita en mi interior me dice que lo haga.

Escucho la puerta abrirse y, rápidamente observo a Ernesto y lo veo con una sonrisa de par en par porque va a volver a la discoteca.

—Las voy a tener todas ‘a pululu^[2]. —Levanta las cejas como si ya supiese lo que va a pasar.

Yo levanto la cabeza, mirando el techo y niego con la cabeza con una sonrisa algo divertida ante la frase de este hombre.

—Vamos, anda.

Después de caminar hacia mi coche e intentar ponerlo en marcha, conseguimos irnos hacia la carretera algo solitaria, y adentrarnos a la ciudad, mientras que la noche va cayendo sobre nosotros y una pequeña sonrisa se me dibuja en mi rostro.



Como ya va siendo costumbre al pisar las calles nocturnas de La Habana, varias melodías de distintas canciones se pueden escuchar, mientras, las personas le siguen el ritmo y otras, simplemente, pasan desapercibidos. Ernesto y yo entramos al club, escuchando una suave melodía que una chica de pelo moreno en el escenario está cantando con un traje azul y sus integrantes le siguen el ritmo de la melodía. En la pista de baile, muchas personas bailan juntas y diría que esta noche está bastante lleno el lugar, más que la última vez que lo pisé.

De fondo, en la barra, hay menos gente, pero es donde primero se dirige Ernesto al ver que un pequeño grupo de chicas está hablando animadamente ahí y yo niego con la cabeza al ver que me vuelve a dejar solo.

Pongo mis manos en los bolsillos mientras observo el panorama y muevo mi cabeza al mismo ritmo. No pasa mucho tiempo cuando puedo ver a una chica sobre las escaleras de la entrada de la discoteca como buscando a alguien y yo, simplemente, puedo quedarme

observándola como un gilipollas al ver ese vestido rojo tan provocativo que se ha puesto esta noche.

Mis labios se entreabren y cuando ella me encuentra, juraría que una sonrisa se abre paso en su increíble rostro. Mi respiración se torna bastante irregular y, poco a poco, ella se dirige hacia mí, mientras que yo ni siquiera me puedo mover.

Solo deja un metro de distancia entre nosotros dos y las luces azules y rojas del lugar nos ilumina el rostro.

Yo, simplemente, no puedo hablar al ver sus largas piernas gracias al vestido que se puso y, rápidamente, retiro la mirada para observar su mirada llena de deseo.

—Hola —susurra para, acto seguido, dar dos pasos y darme un casto beso en mi mejilla izquierda, poniéndome una mano sobre mi hombro: ya estoy completamente perdido.

—Hola... —murmuro en su oído, pero, antes de poder decir nada más, una mano agarra la mía con fuerza y no es Gillian la que lo hace, ya que abre los ojos de par en par.

Cuando mi vista se va hacia la persona que ha hecho eso, una mujer de unos treinta años está al otro lado y me lleva a la pista de baile, mientras que Gillian se cruza de brazos y niega la cabeza con diversión.

La mujer no me deja escapar y bailamos los dos junto a las demás personas que no se han percatado de lo que ha pasado. Yo, simplemente, puedo reír junto con la mujer y la mirada de Gillian entre nosotros dos. Cuando ya llevamos unos minutos así, intento alejarme de ella, pero me vuelve a agarrar fuertemente, consiguiendo que me vuelva a poner frente a ella y las ganas de irme con Gillian se incrementan a medida que pasan los minutos.

Cuando ella me suelta para ponerse de espaldas y seguir bailando, yo, rápidamente, voy hacia donde se encuentra Gillian con un rostro algo distinto al que le he podido ver y jalo su mano para llevarla hacia la pista de baile. Sin soltar su mano hago que ella dé dos vueltas sobre sí y la pego hacia mí, para que no vuelva a escapar como lo ha hecho otras veces. Es en estos momentos cuando nuestros labios están a punto de juntarse. Pongo mis manos en sus caderas, mientras que ella las pone sobre mi pecho, agarrando mi camisa con ganas. Nos movemos lentamente, demasiado pegados y moviendo las caderas al ritmo de la música de la discoteca.

El ambiente entre nosotros es, simplemente, distinto cuando pisamos este lugar y mi mirada no se retira de la suya.

Deseo besarla.

Quiero besarla.

Pero algo me dice que si lo hago acabaremos de nuevo en mi piso y a la mañana siguiente me llevaré un sabor bastante amargo, al menos, para mí.

De pronto, ella intenta alejarse de mí, pero yo vuelvo a pegarla sobre mi pecho y trago saliva, mientras que ella roza con temor mis labios con sus delicados dedos.

—No te vayas... —musito, sin importarme lo que ocurra a nuestro alrededor.

Solo preocupándome por ella.

—Si no lo hago, acabaremos en tu cama, J.

Niego con la cabeza sin dejar de observarla intensamente y ella, simplemente, mira mi rostro, como queriendo aprendérselo de memoria.

—No tiene por qué acabar así.

Gillian pasa su lengua sobre su labio inferior y yo me pierdo en ellos como si fuese lo más interesante del mundo.

—Seamos felices ahora. Disfrutamos este momento juntos, sin tener que acabar de otra

manera.

Pero ella niega con la cabeza, decidida.

—No necesito un cuento de hadas para ser feliz.

—¿Acaso eres feliz ahora? —pregunto ante su respuesta, y ella traga saliva costosamente, como si ya supiese su secreto.

Un silencio se cruza entre nosotros, mientras que la música sigue escuchándose y todas las personas que hay a nuestro alrededor bailan animadamente, como si fuese la última noche de la Tierra.

—Vamos con Ernesto —sugiere ella y yo asiento, rindiéndome ante lo que ella me dice.

Ella, rápidamente, me suelta y yo, simplemente, puedo observar cómo se va hacia la barra, y la sigo.

Durante el pequeño trayecto puedo ver a Ernesto hablando con una chica morena, pero algo me dice que por el rostro que tiene ella no está teniendo una buena conversación. Gillian y yo nos ponemos juntos en la barra mientras de lejos vemos la escena como una novela que se suele echar por la tarde.

—¿Qué te parece, *monina*? —le pregunta Ernesto, intentando poner una pose de seductor.

Pero algo tuvo que decirle anteriormente a la chica que no le gustó absolutamente nada.

—Oye, papi, ¿pero qué te pasa a ti? Mira, recoge tus cosas y arranca *pa' llá*.

La chica le da la espalda para volverse a hablar con una de sus amigas y Ernesto nos observa con los hombros caídos mientras que nosotros dos intentamos aguantarnos la risa.

—¿De qué se ríen, idiotas? —pregunta con cabreo a medida que se acerca a nosotros y pide una cerveza.

—A saber qué le habrás dicho a la muchacha... —susurra Gillian, pidiéndole otra cerveza al hombre que hay detrás de la barra.

—*Nah*, ¿qué le voy a decir? Que era muy guapa y que si quería dar un paseo.

—Me da a mí que no solo fue eso... —le respondo con una sonrisa.

—Pero, ¿a ustedes qué les importa? —Su mirada se dirige hacia otra chica que está sola en un lugar de la discoteca y, con una simple mirada, ya nos dice que se irá hacia donde está ella.

Niego con la cabeza, mientras que él se marcha con una sonrisa en la cara, a pesar del rechazo que acaba de tener de la otra mujer.

Nos quedamos un buen rato ella y yo a solas, escuchando buena música, hablando y viendo a la gente bailar y pasarlo muy bien. A medida que pasan los minutos, me siento como si estuviese en casa junto a ella.

—¿Este lugar no te encanta? —pregunta Gillian mientras bebe de su cerveza.

—La música está bastante bien y el ambiente...

—Me refiero a Cuba —me explica, y yo abro la boca ante mi equivocación—. Un lugar lleno de vida y con unos habitantes que son muy felices.

La observo atentamente, sin abrir la boca ni para decir una gilipollez, y escuchándola comprensivo, esperando a que ella siga hablando y explicándose. Todas las personas de aquí se divierten y se conocen, mientras que nosotros dos, simplemente, hablamos o, más bien, ella lo hace y yo la miro encantado.

—Siempre me ha encantado el lugar donde nací... Pero me hubiese gustado tener otra vida —habla, observando su cerveza y respirando fuertemente—. ¿Soy feliz? La verdad es que no... Pero por raro que suene —sus ojos verdes se clavan sobre los míos y dejo que ella siga hablando, esperando esa última frase que me vaya a decir— contigo siento esa felicidad.

Trago costosamente saliva y ella mantiene su mirada, esperando, quizá, a que yo le diga algo, pero, simplemente, no sé qué decirle y algo dentro de mí se enciende, sintiéndome perfecto al escucharla decir eso.

Un pequeño silencio se escucha entre nosotros con el ruido de todo el lugar de fondo, yo rozo su mano, acariciándola con cariño y sin dejar de observarla. Se podría decir que en estos momentos, cuando estoy de esta manera con ella, mi corazón no se tranquiliza ni un solo segundo y mi piel se eriza al sentir su mano sobre mi barba de tres días.

Pero ella vuelve a su actitud de siempre, alejándose de mí, y mis ojos se abren.

—Me... Me tengo que ir.

—No, quédate conmigo.

—Jasper, si me quedo...

—¿Qué? —la corto rápidamente, cansado de esa frase suya y me acerco un poco más a ella, si es que eso es posible—. ¿Qué pasa si te quedas?

Las luces de la discoteca iluminan su rostro y sus ojos expresivos se abren como platos, como si estuviese intentando evitar una frase o cualquier cosa que pudiese cagarla... O quizá no.

Mi pecho sube y baja, sintiendo que en algún momento saldrá al exterior para que ella solamente lo vea e intento tranquilizarme.

La gente a nuestro alrededor ríe, disfruta, baila y olvida todos los problemas que hay en la vida, para centrarse en esta noche mágica de La Habana. La música es algo muy importante en este club y en muchos sitios de Cuba, donde te levanta el ánimo y consigue ese sentimiento latino del que tanto he escuchado hablar en Florida y del que tanto me he enamorado.

Pero esta noche no es así y más por la persona que hay frente a mí.

—No puedo decírtelo, lo siento... —susurra, y con esa simple frase basta para que le diga todo lo que le tenía que haber dicho antes.

—Solo quiero estar contigo, Gillian. Bailar, disfrutar de la noche, del día y perderme en tu mirada. —Trago saliva, mientras que ella no se mueve de su sitio: ahora es Gillian la que escucha—. Quizá ser una pareja o quizá no... Pero lo intentaríamos, teniendo citas como hace todo el mundo y conociendo nuestras imperfecciones. ¿Es mucho pedir eso?

Espero con ansias su respuesta, pero lejos de llegar temprano y de ser una respuesta positiva, consigo una respuesta que era la que menos quería escuchar y la que, posiblemente, esperaba.

—Dado que me lo estás pidiendo a mí... —Hace una pequeña pausa, para luego seguir—: Sí.

Echo fuertemente el aire que tenía acumulado dentro de mi pecho y paso mi lengua por mi labio inferior. Negando con la cabeza y olvidando completamente todo lo demás, me doy media vuelta y camino decidido hacia la puerta de la discoteca, esquivando a varias personas durante el trayecto.

Con un rostro pálido salgo del lugar y dejo que el aire me dé de lleno en mi cara y la noche cálida de Cuba la siento nada más plantarme en la calle.

Como de costumbre desde que llegué aquí, varias personas hablan animadamente en el portal de su casa. Otros tienen una silla y se sientan mientras hablan animadamente con sus vecinos o sus amigos. Y otros ponen música latina para sentirse vivos en plena noche.

Hago un amago de sonrisa forzada y saco de nuevo todo el aire que tenía, para caminar hacia mi auto y alejarme de todo este lugar, preguntándome por qué, de todas las mujeres que había, tuve que fijarme en ella. ¿Por qué, de todos los días que había, tuve que ir esa noche a esta

discoteca y conocerla?

Pensaba que no me harían más daño en el corazón, pero me lo han vuelto a hacer y esta vez es mucho más dolorosa que cualquier otra.

—¡Jasper!

Me giro al escuchar su voz de lejos y ahí está, como siempre. Y me pregunto: ¿por qué no me deja tranquilo ahora? Después de todos sus intentos por alejarse.

—¿Qué, Gillian?

—Pues que me encabrona que me digas esas cosas tan lindas —responde, consiguiendo que esta sea la frase a la que más se le ha notado el acento cubano a ella durante todas estas semanas que hace que la conozco.

Y, por extraño que parezca, comienzo a reír como un neurótico mientras la noche de Cuba está encima de nosotros mirando la escena. Gillian me observa con extrañeza y a la vez cabreada por lo que acabo de hacer. Cosa que ni yo mismo sé por qué lo he hecho.

—¿Qué...? —susurra con ese mismo cabreo y yo dejo de reírme para negar con la cabeza.

—¿Por qué hay veces que se te nota el habla latino y otras no?

—Quizá porque haya pasado parte de mi adolescencia en Santa Bárbara y allí hay muchas mezclas de acentos... Pero, bueno, ¿por qué me cambias de tema, gilipollas?

Observo el cielo, mientras que Gillian no deja de mirarme enfadada.

Pongo mis manos sobre mi rostro, tapándome la cara, y vuelvo a negar de nuevo esta noche, sin dejar de pensar en todo lo que le he dicho ahí dentro. La pequeña risita que tuve hace escasos segundos se me ha acabado al pensar de nuevo en lo nuestro, en algo que quizá nunca llegue a buen puerto.

—Esto es peor que una telenovela.

Observo hacia algún punto de una de las puertas de madera que suele haber aquí y luego la miro. En su mirada hay un pequeño brillo extraño que siempre veo cuando me mira. Ahora es ella la que intenta mirar hacia otro lado, agarrándose a su vestido veraniego con nerviosismo.

—Bienvenido a Cuba.

Doy un paso decidido hacia ella y, rápidamente, capto su atención, quizá esperando algo por mi parte. Algo que no haré sin su permiso.

—¿Por qué lo pones tan difícil? —susurro, sin importarme acercarme a su oído para que me escuche.

Ella niega con la cabeza, consiguiendo que un mechón de pelo se cruce en su mirada y las ganas inmensas de retirárselo detrás de su oído se hacen mayores. Pero evito cualquier contacto físico hasta que no llegue al meollo de la situación.

—Esto no es justo, Jasper.

Junto las cejas con extrañeza ante lo que me acaba de decir y muevo la cabeza de un lado a otro y sin dejar de mirarla.

—¿Qué quieres decir?

—No es justo para ti.

Retiro con rabia mi cabello hacia atrás, casi arrancándome un mechón por lo estresante que me resulta este momento. No quiero complicarme la vida... pero, ¿qué puedo hacer?

—Joder, Gillian. Si no me lo explicas, nunca te entenderé.

—Créeme, es mejor así —responde sin más, dejándose peor que antes—. ¿Acaso nunca has oído que es mejor que te alejes de mí?

—¿Cómo sabes eso?

—Venga, anda... No te hagas el idiota. Todo el mundo lo dice.

Sonríó para mí mismo ante lo absurdo que resultan esas palabras y no me muevo ni un segundo de mi lugar, mirando todo el barrio nocturno con una farola iluminándonos a unos metros de distancia.

—Nunca hago caso de lo que dice la gente, porque puede ser mentira.

Niega con la cabeza y da tres pasos hacia un lado para, seguramente, tener más espacio para ella sola y pensar más en la conversación que estamos teniendo.

—Explícame algo... —susurra, tragando saliva y mirando hacia el suelo—. ¿Estás así porque nos acostamos el otro día?

El silencio se hace entre nosotros y yo ya no sé qué contestarle.

—Jasper, solo echamos un palo. Fue solo sexo.

—Pues para mí no fue solo sexo.

Gillian abre los ojos rápidamente y ahora la que se ríe es ella, pero una risa histérica.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has tenido sexo sin compromiso?

—La verdad es que no —respondo con simpleza, diciendo la verdad y sin importarme las burlas que conlleve.

Nos miramos y, poco a poco, su pupila se va dilatando como si lo que le acabo de decir le hubiese afectado a ella, pero es buena ya que no lo demuestra demasiado.

—Qué aburrido.

—Porque mire la vida de otra forma no significa que sea aburrido.

Callamos los dos después de tanta charla y nos miramos cómplices de algo. Veo cómo su mirada va bajando poco a poco hasta llegar a mis labios entreabiertos y siento que ella tiene el mismo deseo que yo: que nuestros labios se junten para crear un beso entre nosotros.

Y, sin esperar más, yo pongo mis labios sobre los suyos y ella se pega a mí, consiguiendo agarrarme fuertemente de mi camisa. Por la intensidad del momento, camino hasta que ella se pega en la pared de una de las casas, haciendo que esté sin salida y entre mis brazos. Nuestras lenguas se mezclan y nos da absolutamente igual que alguien nos vea o diga cualquier cosa. Nosotros solo podemos escucharnos a nosotros mismos y nuestros cuerpos se erizan al sentir la piel de la otra persona. Gillian recorre mi espalda como si hiciera un tour, recorriendo cada músculo que se forma y parece gustarle, ya que una pequeña sonrisa se dibuja mientras nos besamos. Y es contagiosa, ya que yo también sonrío y alejamos nuestros labios un poco, sin despegarnos del todo.

Con mis ojos cerrados quiero seguir sintiendo su cuerpo pegado al mío. Su frente pegada a la mía y nuestras manos en cualquier parte de nuestro cuerpo. Yo, más precisamente, tocando sus dulces mejillas, ahora rosadas por el momento que acabamos de compartir.

Ella no hace ningún esfuerzo por alejarse de mí, todo lo contrario, me atrae más hacia ella para que ningún espacio quede libre entre nosotros.

Parece el momento perfecto para nosotros dos y yo sé perfectamente que no quiero pasar a otro nivel esta noche con ella. Solo quiero estar a su lado aunque sea de esta manera.

—Te he expuesto... —susurra ella culpable, y yo la miro sin entenderla.

—¿Expuesto?

Pero ella en vez de aclararlo, niega con la cabeza y traga saliva costosamente.

—Nada... —vuelve a susurrar, esta vez echando un vistazo hacia nuestros alrededores, como si esperase no encontrarse a nadie o como si tuviese miedo de que alguien peligroso nos estuviese vigilando.

—Quédate un rato más conmigo.

—Tengo que irme a casa.

Paso mi lengua sobre mis labios y ella pone su dedo índice sobre los mismos, como si les encantase tocarlos.

—Pues déjame llevarte.

—Jasper... —susurra cansada y yo niego con la cabeza, agarrando su mano con fuerza y llevándomela al coche.

—No pienso dejarte sola y menos desde que vi tu moretón el otro día. Sé perfectamente que no te lo hizo la luchadora... Pero está claro que no me lo quieres decir.

—A veces es mejor no hablar de algunas cosas —responde, y esta vez no rechista para poder llevarla a su casa y así asegurarme de que no le va a pasar nada.

Gillian me dice donde vive, pero me recalca que la deje varios metros atrás por seguridad. Y cada vez que me habla de esa forma, pienso que ella es la que está en peligro y quiero ayudarla. Por eso, al observar su comportamiento después del beso que hemos compartido esta noche, con miedo de que alguien concreto nos viese me da entender que la persona que le está haciendo esto no quiere a nadie a su lado.

Pero Gillian no sabe que yo no pienso dejarla sola ante ese peligro, ni que soy un idiota para dejarla sola ahora que voy teniendo más cosas claras.

Pero me falta mucho.

Estar a solas nosotros dos en un espacio cerrado como lo es un coche, no es sencillo y más porque parece que cada vez que nosotros estamos solos algo nace y con la misma sigue creciendo.

Trago saliva cuando siento la mirada de Gillian sobre mí disimuladamente, pero no quiero apartar la vista de la carretera, por lo que sus ojos de color verde analizan todo mi cuerpo y luego cambia de vista hacia la ventana que hay a su derecha.

Respiro hondo ante todo esto y cuando llego a la calle a la que ella me ha guiado, paro a varios metros, donde ella me dice y apago el coche, sin soltar el volante de mis manos.

—¿Algún día me contarás qué es lo que ocurre? —pregunto preocupado.

—Si lo hago, saldrás herido... —susurra, y cada vez las señales de que alguien la está amenazando son mayores.

Me acerco a ella, antes de que abra la puerta y salga del coche, lejos de mí, para poder irse a su casa, y le doy un casto beso cariñoso en su mejilla izquierda. Acaricio suavemente su rostro y clavo mi mirada sobre la suya, con la que parece ponerse nerviosa cuando hago esto.

—Prométeme que cuando me baje del coche, te irás —susurra—. Que no esperarás a que entre en mi casa y, mucho menos, hablarás con nadie de esta calle.

Abro los labios para expresar mi preocupación, para poder decirle que se venga conmigo para así no vivir con este miedo que me ha estado transmitiendo durante toda la noche. Pero decido no cagarla más y, simplemente, la observo con preocupación.

—¿Por qué?

—Prométemelo, Jasper.

Me cuesta poder hacerlo e irme así, sin más. No puedo prometerle algo así. Y mucho menos ahora que estoy comenzando a sospechar de muchas cosas sin respuesta. Pero no es nada sencillo.

Así que en vez de decirle esa palabra, simplemente, asiento sin prometerle nada. Porque desde que ella se baje del coche, pienso esperar a que ella entre a su casa, ignorando todo lo que me ha dicho y así poder estar tranquilo.

Entonces, cuando ella abre la puerta del coche y cierra con suavidad, para no hacer ruido,

comienza a caminar sin mirarme siquiera. Pero, al ver que no arranco, Gillian disimuladamente me observa y parece que le falta el aire al ver que no me pienso mover hasta que ella no esté a salvo en su casa.

Ella niega con la cabeza y la tristeza mezclada con el miedo se pone en su mirada y camina rápidamente, como si deseara que nadie nos hubiese visto. Pero cuando pienso que ya no va a volver a mirarme esta noche, lo hace con varias lágrimas en los ojos y moviendo los labios para decirme «vete».

Entonces, arranco el coche y cuando ella abre la puerta, lentamente, voy dando marcha atrás hasta ver que, por fin, entra en su piso y, en vez de tranquilizarme, una oleada de frustración por no poder hacer nada se cruza en mi camino.

Mi vista se va hacia las ventanas que hay frente a su casa y veo una silueta de un hombre tras ella. Posiblemente, sea un simple vecino...

O a lo mejor no.

Pero me alejo de allí, maldiciendo en voz alta lo idiota que soy por dejarla en un sitio así.

10

Abuelita

Los cuatro días siguientes a lo ocurrido el viernes, pasaron con tranquilidad. Yo me ganaba algo de dinero en el motel ayudando a la dueña, que es la abuela de Ernesto. Eso me ayudaba a no pensar tanto en ella ni en lo ocurrido aquel fin de semana.

Bien es verdad que fueron pocos los días que pasaron, y que eso siempre me pasa factura cada vez que conozco algo más de ella.

Aquella noche, cuando llegué a mi casa, no paré de pensar en ella. Deseaba levantarme de la cama y salir a la calle para poder verla y saber que estaba bien. Pero, ¿para qué me miento? Aunque lo hiciera, yo sabía que ella no estaba. Que algo malo le ocurría en su día a día y, aún más, en aquel barrio tan extraño y tan distinto a lo que había visitado durante este mes que he estado en Cuba.

Pero lo que me extrañaba es que me pidiera por favor que me fuese. Que hiciera lo posible porque nadie de los que estaban en ese barrio me vieran. ¿Por qué se preocuparía por mí cuando todo este tiempo me ha demostrado lo contrario? Y, ¿por qué tendría que tener cuidado? Eran tantas las dudas, sobre todo, después de aquel beso que me dejó sin aire. ¿A qué me había expuesto? No entendía absolutamente nada...

Niego con la cabeza cuando veo a Cecilia, la dueña, dirigirse hacia mí en los aparcamientos.

—Mi amor, deja ya eso. Que no has *parao* en todo el día —dice ella con las manos en la cintura.

—No te preocupes, Cecilia.

—¡Ay, mi niño! ¿Cuántas veces te he dicho que me llames Abuelita?

Sonríó mientras asiento con la cabeza, y una sonrisa muy simpática me dirige ella con su moño, con varios mechones sueltos por su rostro.

—Varias veces.

Me señala con el dedo mientras levanta las cejas de una forma graciosa.

—Pues déjalo por hoy, que suficiente me has ayudado, muchachito.

Se da la vuelta y, en eso, veo a Ernesto caminar hacia ella con la mano en el estómago y con un rostro que a mí me hace un poco de gracia.

—Abue, estoy *fachao*.

Yo achino los ojos ante esa palabra y Cecilia, con las manos de nuevo en la cintura, se dirige hacia él.

—Pero, vamos a ver. ¿Qué educación es esa? Primero, se saluda —le dice la abuela con un rostro de pocos amigos, que hasta a mí me da miedo.

Ernesto me observa con una sonrisa y hace un gesto de cabeza, que entiendo que es un saludo para él.

—¿Qué vuelta, socio?

—¿Qué hay, Ernesto? —pregunto, intentando acostumbrarme a la forma de hablar de ellos.

La abuela niega con la cabeza de nuevo y, con los labios muy apretados, mueve el pie izquierdo con desespero.

Ante todo, prefiero callarme antes que meter la pata. Ya la he visto varias veces cabreada con Ernesto y, la verdad, no me gustaría ponerme en su lugar.

Entonces, sin previo aviso, ella levanta la mano y le da un fuerte bofetón con la mano abierta en la nuca a Ernesto, tanto que hasta me ha llegado a mí ese dolor y trago saliva cuando él se queja como si fuese un niño pequeño.

—Abuelita, ¿pero a qué ha venido eso?

—¿Que a qué ha venido eso? A ver, déjame hacerte una lista. —Utiliza los dedos de las manos para hablar y yo, de lejos, me gusta más ver lo que está ocurriendo, por si acaso se dirige a mí—. No me trabajas como es debido. No me pagas el alquiler. No me ayudas en nada para mantener el motel y me preguntas «¿a qué ha venido eso?» —Mueve los tres dedos para enumerarle su enfado y vuelve a ponerse las manos en la cintura—. Pregúntate por qué no he sacado la chancleta.

Abro los ojos y trago saliva. Mientras que ellos dos siguen hablando o, más bien, Ernesto se traga una buena discusión de su abuela, yo decido irme de allí con lentitud para que a mí tampoco me llegue esa bronca, como las que me llevaba por parte de mi madre.

—¡Jaspito! ¿A dónde te crees que vas? —me grita ella, y me doy la vuelta con toda la normalidad del mundo.

Siempre me extrañará la forma tan interesante de pronunciar la jota en mi nombre. Pero siempre en el habla hispana, todo se dice como se lee. Y en Cuba no iba a ser menos.

—Iba a mi cuarto.

—Tú no te vas a ningún lado. Que te vienes a comer con nosotros —me dice ella y yo ya no sé qué decir.

—No, no es... —susurro, pero Ernesto me para.

—Yo que tú no le diría a mi abuela que no...

Cecilia vuelve otra vez al lado de su nieto Ernesto y le vuelve a dar otro bofetón que se escucha en forma de eco por todo el aparcamiento.

—Maleducado, niño del demonio. *Anda pa'dentro*. Y tú también —nos dice a los dos y ella, caminando con firmeza, se dirige hacia la planta baja del motel donde supongo que está la cocina.

Yo observo a Ernesto, ya que, sin quererlo, me he metido en un fregado como él y mi vecino, simplemente, mueve los hombros como si nada.

—Te doy un consejo... A mi abuela nunca le digas «no».

Asiento ante su respuesta y trago saliva costosamente, mientras que miro hacia cualquier lado para buscar un escondite.

—Oye, ¿qué significa *fachao*? —pregunto, ante lo que él dijo antes.

—Ay, hermano. Todavía te queda mucho que aprender en Cuba. Significa que tengo hambre —me responde—. Estoy *fachao*.

Asiento lentamente, comprendiendo ahora toda la conversación que tuvo con su abuela y, sin lugar a dudas, voy a necesitar un diccionario para entender varias palabras y frases famosas de aquí.



—¿Quieres un poquito más, *Jaspito*? —pregunta la abuela, y Ernesto intenta aguantar la risa ante como me llama su abuela.

—No... Ya estoy lleno.

Y, en vez de hacerme caso, agarra la cuchara y comienza a ponerme más comida en el plato.

—Come, que estás *mu'* flaco —dice y luego se sienta de nuevo en su sitio.

Yo me quedo mirando el plato a punto de vomitar por todo lo que he comido y observo a Ernesto con rostro de pocos amigos. Él, simplemente, responde con un gesto de hombros, como si ya me hubiese advertido minutos antes.

Sacando un fuerte suspiro, agarro la cuchara e intento tomar un poco más de comida con lentitud, sin potar todo lo que ya he comido encima de la mesa.

Observo a la hermana de Ernesto, que tiene casi dieciocho años. He de admitir que es todo lo contrario a Ernesto y que físicamente no se parece nada a él, ya que ella es muy guapa tras esas gafas de culo de botella que lleva puestas y ese moño parecido al de su abuela, pero algo más desordenado. Y me pregunto: ¿será de verdad su hermana? Porque no se parece absolutamente en nada a él.

—Abuelita, ¿puedes darme el mando de la tele? Ahorita se va a echar el nuevo capítulo de... —susurra ella, pero la abuela no le deja terminar.

—No.

—Pero...

—Mi amor, te he dicho que no.

Hay un pequeño silencio en la mesa y yo dejo de mover la cuchara de un lado a otro, esperando que el estómago no me explote por toda la comida que estoy comiendo ahora mismo.

—Viendo siempre telenovelas y quedándote en casa nunca vas a conseguir amigos ni novio —responde su hermano sin siquiera mirarla.

Y esta escena es lo que más se asemeja a lo que ellos suelen decir siempre como «telenovela».

—Prefiero esto antes que terminar como tú después de que Marisa te dejó.

—¡Eh! ¿Por qué no te callas?

—¿Por qué no te callas tú?

Su abuela abre los ojos como platos ante todo lo que han dicho sus nietos y yo quiero que la tierra me trague... O, en este caso, la comida.

—¡Lizeth! ¡Ernesto! ¡Paren ya! Esa no es forma de tratarse y menos con un invitado en la mesa.

Yo trago saliva y observo como Lizeth se coloca las gafas y Ernesto sigue con su plato de comida.

—Ernesto, a ver si sacas esta semana a tu *hermanita* a bailar a ese lugar que tanto te gusta... La... rosa blanca.

—Se dice La Rosa, abuelita.

La joven abre los ojos de par en par y niega con la cabeza rápidamente, alarmándose, y Ernesto ni se inmuta, aunque con el rostro que él también pone seguro que lo último que quiere es

llevarse a su hermana a esa discoteca.

—No, no, no... No... No me gustan las discotecas. Yo prefiero quedarme aquí.

—Y yo no pienso llevarla a ningún sitio.

—¡A ver! ¡Escúchenme! —grita la abuela y yo observo la puerta como medio de escapatoria—. Yo no voy a estar aquí toda mi vida, ¿comprenden? Yo tengo los días contados. Y no quiero que ustedes dos siempre estén discutiendo. Que son hermanos. —Cecilia se dirige a su nieta y se acerca un poco a ella con cariño—. Y tú, mi niña linda, tú tienes que aprender a vivir tu vida. No puedes estar siempre metida dentro de casa, ¿me entiendes? Eso tampoco es bueno. Tienes que disfrutar de la vida. —Cecilia le sonrío a su nieta y luego mira a Ernesto—. Y no terminar siendo un holgazán como tu hermano.

—¡Abu!

—Cállate un rato —le responde y ni siquiera sé por qué esta escena se me hace divertida.

Su nieta asiente en respuesta con una sonrisa de oreja a oreja y entonces alguien toca la puerta de la cocina varias veces. Me pregunto quién será el que esté llamando ahora. O, más bien, quién es el que falta para que esto sea más parecido a una telenovela que la propia vida real o un simple almuerzo.

—¡Entra! —grita Cecilia.

Yo, mientras, aprovecho para hacer tiempo y así el estómago pueda seguir tragando todo el plato de comida, ya ni siquiera puedo respirar por culpa de todo lo que he comido.

Creo que voy a estar unos días sin ganas de comer.

Escucho la puerta abrirse y la mirada de Cecilia se enciende, como si estuviera contenta de ver a esa persona y Ernesto como si nada.

—Hola... —susurra una voz conocida y suelto la cuchara sin querer, haciendo un pequeño estruendo en mi plato de comida.

Giro mi cabeza y ahí está, tan hermosa como siempre. Aunque, esta vez, tiene un pequeño moño que me deja ver a la perfección su cuello algo moreno por el sol de Cuba.

—¡Ay, mi niña! Llegas a tiempo para comer. Siéntate, siéntate al lado de tu *jevito*.

Yo me extraño cuando Cecilia me llama a mí *jevito* y observo a Gillian, que abre los ojos rápidamente y niega con la cabeza, sabiendo perfectamente lo que significa.

Voy a necesitar un diccionario...

—No, no somos novios —ella la corrige y yo abro la boca ante lo que significaba esa palabra—. Solo quería hablar con él.

Trago saliva costosamente, y no solo por lo harto que estoy de comer. Gillian se queda en la puerta y Cecilia nos observa como si hubiese algo más entre nosotros dos.

—Ah, por eso saliste hace un mes sobre las seis de la mañana de su piso... —Cecilia levanta las cejas como si lo supiese todo y yo observo a Gillian con sorpresa.

—¿Te quedaste toda la noche conmigo? —pregunto, intentando que solo lo escuchase ella, pero no sirve de nada cuando está a varios metros de mí.

Gillian traga saliva. Simplemente, venía para hablar conmigo, pero se ha torcido demasiado rápido como para poder verlo con claridad.

Ante lo que acaba de decir la abuela de Ernesto y Lizeth, mi corazón palpita con fuerza y lo único que me interesa ahora es saber todo lo que pasa y lo que ella me pueda contar. Así que me levanto rápidamente de la mesa, disculpándome con todos los que aún están sentados y me acerco lentamente hacia Gillian, que parece que comienza a oler mis intenciones.

—Creo que mejor me voy. Ya nos vemos otro día —dice ella al ver que quiero hablar del

tema y sale huyendo con más rapidez que cualquier atleta.

Pero lo que ella no sabe es que esta vez no la voy a dejar escapar.

Y así es cómo comenzamos una carrera en el aparcamiento del motel. Pero la diferencia es que, al ella fumar, comienza a cansarse más rápido y puedo llegar hacia donde se encuentra, agarrando su pequeña mano y jalándola hacia mí con suavidad, para que quedemos frente a frente entre nosotros dos.

Un pequeño silencio atraviesa y, simplemente, el sonido de los coches al pasar la carretera que hay al lado del lugar es lo que se puede escuchar. Noto como ella aprieta la mandíbula y yo, simplemente, no puedo dejar de mirarla a esos ojos tan hermosos que tiene.

—¿Eso era cierto? —pregunto, refiriéndome a lo que acaba de decir Cecilia.

Ella, simplemente, traga saliva y mira hacia otro lado, intentando ignorarme.

—Ven... —susurro cerca de ella y agarro con suavidad su mano.

Y en vez de hacer lo que suele hacer o empujarme con brutalidad, acepta mi mano y me acompaña a mi coche para que podamos hablar mejor.

Le abro la puerta para que ella entre y luego voy yo. Sentados en el asiento trasero y puedo sentir que el calor es mucho menor dentro del coche, ya que estamos en la sombra.

Me peino el pelo hacia atrás y desabrocho un botón, sintiéndome que estoy en un horno. Lo único que se puede decir es que parece que estamos en un agosto interminable en este tiempo que llevo aquí.

Cuando veo a Gillian, no deja de mirarme el botón que acabo de desabrochar o, más bien, la zona que acabo de dejar al descubierto y yo agarro su mentón para que pueda mirarme a los ojos.

—Llámame idiota, pero me agrada la idea de que te hubieses quedado conmigo.

Ella niega con la cabeza, pero cierra sus ojos como si pensara en lo que pasó aquella noche y yo retiro mi mano de su rostro para que no se enfade conmigo. Pero parece que eso es lo último que quiere y agarra mi mano con delicadeza.

—Sí, me quede aquella noche. Pero fue un grave error de mi parte, por eso terminé por irme de allí... Sentí que tú eras distinto a los demás y me quedé aquellas horas que estuviste dormido, observándote hasta que me quedé dormida. Y cuando me di de cuenta, me había quedado demasiado tiempo, más de lo permitido.

Arrugo mi frente con esa última frase que acaba de decir y trago saliva costosamente, queriendo saber más cosas de ella.

Lo poco que me ha contado es suficiente información para seguir pensando en lo mal que lo tiene que estar pasando y, sobre todo, lo que está ocultando.

—Gillian, puedes contarme qué es lo que pasa... Por qué te escondes.

Ella pasa su lengua sobre sus labios, pero yo no dejo de observar esa mirada algo perdida que tiene en estos momentos. Me resulta imposible dejar de observar esos ojos tan hermosos y, de pronto, siento como su dedo pulgar comienza a dar pequeños círculos sobre mi mano, relajándome por completo.

Cualquiera que pasara frente al coche y nos viese a los dos aquí dentro, sentados frente al otro en los asientos traseros, pensaría demasiado mal como para no seguir mirando qué es lo que estamos haciendo.

Pero eso da igual y no me importa lo que piense la gente.

—Jasper, no te lo puedo decir.

—No es solo las peleas clandestinas, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza, dándome a entender que no responderá a mi pregunta.

—Por mucho que insistas no me vas a sonsacar nada. Entiéndeme...

Asiento en respuesta y respiro profundamente. Después de la noche del viernes y ese beso, me ha costado separarme de esa imagen durante varios días. E, incluso, me encantaría repetirlo en estos instantes con Gillian, pero estos son los mejores momentos para poder hablar los dos tranquilamente sobre lo que ocurre entre nosotros, sobre lo que pasa...

—Querías hablar conmigo, ¿verdad? —pregunto, clavando mi mirada en sus ojos y ella sobre los míos.

Gillian mueve la cabeza, asintiendo y aleja su mano de la mía, sintiéndome desnudo ante su gesto.

—No debiste esperarme a que entrase a mi casa la otra noche.

Ella aprieta la mandíbula fuertemente mientras me pone ese rostro de enfado que suele tener casi siempre.

—Quería esperarte.

—¿Qué querías esperarme? Qué bonito de tu parte... Hermoso —comienza a hablar con esa voz algo irónica.

—¿Qué pasa? ¿Querías que, simplemente, me fuese sin saber que estabas bien?

—Exacto. Es que te lo pedí expresamente.

Aprieto mi mandíbula con enfado y desconcierto. Si, ella me lo pidió, pero yo soy libre de hacerle caso o, simplemente, quedarme.

—No entiendo por qué te pones así.

—¿Que no lo entiendes? ¿Acaso quieres que te lo explique? —pregunta, y es ahí que comienza a darme con el dedo índice sobre mi torso, algo que es bastante molesto—. Por tu culpa ahora estás en peligro.

—¡Eh, eh, eh! Deja de hacer eso, que molesta.

—¿Te molesta? —pregunta, y sigue dándome pequeños golpes en mi torso—. Pues te aguantas, coño.

Ella sigue tocándome las narices de esa forma y yo, rápidamente, agarro su muñeca derecha y la hago acostarse sobre el asiento, poniéndome encima de ella, quedándonos a tan solo unos centímetros de que nuestros labios conecten.

—Necesitaba saber que estabas bien, Gillian. Y más cuando vi ese barrio en el que vives.

—¡No lo entiendes, Jasper! Si te digo que te vayas es porque corres peligro.

—¿Y por qué corro peligro?!

Ella traga saliva y retira su rostro, observando hacia un lado, dejando expuesto su cuello, y yo pongo con suavidad mi cabeza sobre ese lado de su cuello, oliéndolo y sin hacerle ningún daño.

—Porque esa gente es peligrosa, J. No me quiero ni imaginar si te pasara algo por mi culpa.

Levanto la cabeza con lentitud y la observo desde esta posición como ella no quiere mirarme y sus mejillas se tiñen de rosa. Se le nota angustiada, como si realmente se preocupase por mí y yo suelto sus manos, para poner las mías sobre sus mejillas con delicadeza.

—¿Y qué pasa contigo? No quiero que estés rodeada de gente peligrosa —susurro con angustia al saber que ella sí lo está.

—¿Y qué pasa si soy yo la peligrosa?

Sonrío un poco y niego con la cabeza con lentitud.

Ella dirige su mirada sobre mis labios y pasa su lengua sobre los suyos, como si deseara probarme de nuevo. Yo trago saliva ante esa mirada y miles de cosas malas aparecen en mi mente

ante lo que ella pueda estar sufriendo en silencio, sin poder pedirle ayuda a nadie.

—Si lo fueses, no estarías preocupada por mí.

11

Guantes

Después de la charla y la pequeña discusión que tuvimos Gillian y yo en mi coche hace unos días y que casi nos besamos de nuevo, ahora me encuentro guardando unos guantes de boxeo que compré para ella y así poder darles una patada a los antiguos que tiene y que le están haciendo daño en sus manos.

Los pongo en la mochila y me preparo para darle una sorpresa, tanto a ella como a Ernesto. Así que camino recto hacia el aparcamiento del motel y me subo a mi coche con una pequeña sonrisa y deseando verla de nuevo después de varios días.

Mientras conduzco hacia el gimnasio, no paro de darle vueltas al tema de Gillian, del porqué vive ella ahí y, sobre todo, si está siendo amenazada por alguien. Que lo más probable es que sea eso. Pero saberlo es lo que me envenena, saber que ella está en peligro es lo que más me preocupa, pero... ¿Qué puedo hacer yo para salvarla? Si pudiera hacer cualquier cosa para que estuviese bien y viviera feliz, lo haría. Pero solo soy un simple hombre que no conoce Cuba, un simple extranjero que se ha enamorado de una cubana.

Parpadeo varias veces cuando llego al gimnasio y aparco frente al mismo, agarrando la bolsa y saliendo del coche para caminar recto hacia la puerta.

Saludo al hombre que siempre está sentado en su silla de madera, algo ya estropeada, y paso por delante de algunos luchadores que entrenan como si no hubiera un mañana. De lejos busco a Gillian, pero solo consigo ver a más personas entrenando.

Hasta que escucho una vocecilla que reconozco a la perfección. Una pequeña vocecilla peleona. Y cuando me acerco... Exacto: Gillian está quitándose un guante con mala leche, pero no lo consigue, mientras que Ernesto está observando el trasero de una mujer que está entrenando.

—Nesto, eres insoportable.

—¿Insoportable? Solo estaba observando cómo entrenaba —intenta excusarse.

Pero ella niega con la cabeza mientras intenta recuperar la respiración por culpa del ejercicio físico que ha estado haciendo.

Yo cruzo mis brazos sobre mi pecho mientras observo la escena. Dos cubanos peleándose porque uno no escucha al otro.

Sin lugar a dudas, Gillian no dejará de sorprenderme. Y Ernesto ni les digo.

—Les dejo dos semanas a ustedes dos solos entrenando y no se matan de milagro —grito un poco para que ellos me observen y juraría que la mirada de ellos dos se ilumina.

Ernesto se acerca a mí rápidamente, abrazándome con una felicidad increíble.

—No sabes cuánto te he echado de menos, hermano —me dice—. Ya no puedo aguantarla más, de verdad.

—¿Qué? Dirás que soy yo la que no te aguanta más, chico.

Me alejo de Ernesto y vuelvo a cruzar mis brazos, mirándolos como si fuesen dos niños

pequeños. Observo a Gillian, que tiene una mirada de felicidad porque yo estoy aquí y, luego, Ernesto recoge sus cosas de su mochila y vuelve a acercarse a nosotros dos.

—Bueno, me marchó.

—¿Te vas? —pregunto con la ceja levantada de lo rápido que está haciendo eso.

—Chao, *pescao*, y a la vuelta... —da una pequeña vuelta sobre sí mismo y vuelve a mirarnos— bacalao.

Gillian y yo no le decimos nada y él se marcha como si fuese el hombre más feliz del mundo. Entonces, dejándonos a nosotros dos solos, puedo notar que ella abre sus labios para decirme algo, pero no sabe qué hacer y vuelve a intentar quitarse los guantes, esta vez, sentándose en las gradas y, acto seguido, cerrando sus labios. Pero están tan destrozados que están a punto de romperse.

—Trae, que te ayudo —susurro, poniéndome frente a ella, hincando una rodilla en el suelo para estar más cómodo.

Con suavidad, retiro los guantes rotos y los pongo encima de las gradas, para luego observarla con una sonrisa. Después de tanto meditarlo, creo que ya va siendo hora de ponerlo en marcha, aunque sé que esto me dolerá. Pero por estar a su lado...

—¿Qué haces aquí? —pregunta con cuidado de no elegir las palabras equivocadas y yo no puedo dejar de sonreír, consiguiendo que Gillian se contagie a la vez.

—¿No es obvio? —Intento hacerme de rogar y ella muerde un poco su labio inferior, negando a la vez con su cabeza.

Dirijo mi mirada hacia mi mochila para abrirla y así poder sacar esos guantes nuevos que le compré. Pero Gillian agarra mi hombro con fuerza, como si temiera que me fuese.

—No tienes por qué volver a ser mi entrenador si no quieres. No quiero obligarte a hacer algo que no te gusta.

Yo abro mis labios, observando sus hermosos ojos verdes, y niego con la cabeza ante su respuesta.

Sin lugar a dudas, esta mujer me sorprenderá ahora y siempre.

—El boxeo me gusta, lo que no me gusta es tener que ver cómo luchas en las peleas clandestinas...

Me guardo para mí mismo la segunda respuesta del porqué no quiero entrenar a alguien y ella, simplemente, me mira como si no le estuviera contando todo.

—Hay algo más, ¿verdad?

Yo, simplemente, abro los labios intentando pensar en qué decirle. Pero al ver que no se me ocurre ni la más mínima respuesta para una simple pregunta, vuelvo a cerrar mis labios y bajo la mirada hacia sus manos, que en estos momentos están sobre sus rodillas.

—Al menos no soy la única que tiene secretos —dice, y yo asiento en respuesta.

Pero ella no es como yo y, rápidamente, deja el tema de lado. Con esa increíble sonrisa que tanto le cuesta sacar la mayoría de las veces, asiente con la cabeza como si fuese a decir algo positivo.

—Gracias —susurra para que solo la pueda escuchar yo y nadie más que yo.

Y con esa respuesta que me deja con un buen sabor de boca, agarro los guantes rojos y, con una mirada llena de felicidad que comienza a tener ella, yo se los voy poniendo con tranquilidad, sintiendo lo suaves y relucientes que son estos nuevos guantes.

—¿Unos guantes nuevos? —pregunta con asombro mientras ve los guantes maravillada.

Yo sonrío y me siento feliz de verla con esa sonrisa de niña que acaba de poner por

regalarle unos simples guantes de boxeo. Tanto, que parece que me lo hubiesen regalado a mí por ver ese rostro feliz después de conocerla desde hace un mes.

—Sí, y son todo tuyos.

Ella traga saliva y me observa patidifusa.

—No tenías por qué. —Gillian baja un poco la voz y su felicidad va bajando poco a poco, dejándome ver que ella no es de las que se sienten cómodas cuando le regalas algo.

—Esos guantes están más que viejos... Si es que se les puede llamar guantes —respondo por esa mirada que me está dando ahora mismo—. No me importa comprarte unos guantes o muchas más cosas, porque yo quiero hacerlo y eso es lo que importa. —Observo su mirada, esa mirada de «no quiero oír ese sermón que me tienes» y sonrío cuando hace eso—. Además, un regalo nunca se agradece con dinero.

Entonces, en vez de decir nada al respecto sobre dinero o cuánto costó, simplemente, acepta el regalo que tanta ilusión le ha hecho y me vuelve a decir:

—Gracias, por segunda vez en lo que va de día.

Vuelvo a sonreír y en vez de seguir hablando, por mucho que me guste la idea, nos ponemos manos a la obra para que ella estrene sus nuevos guantes.



—Bueno, ya está por hoy —le digo a Gillian cuando la hora ha transcurrido y ella se quita sus guantes nuevos, agotada por el esfuerzo físico de hoy.

Yo le entrego una toalla para que ella se seque y sus ojos me observan como si no fuese de este mundo.

—¿Qué pasa? —pregunto suavemente con la ceja levantada ante su mirada.

—¿Eres Mary Poppins? —me responde ella con otra pregunta—. Porque lo pareces con tantas cosas que tienes en esa mochila.

Yo muevo los hombros con diversión y ella hace un pequeño nudo en los hilos que llevan los guantes para colgárselos del hombro. Yo no dejo de mirarla en ningún momento del proceso y sonrío como un idiota que se enamora fácilmente de una chica. Y, ante este pensamiento que tengo, tengo una idea.

—¿Quieres venir conmigo a un sitio? Lo descubrí hace unos días cuando me perdí cerca de la playa —le pregunto, a la vez que me río de mí mismo y ella hace lo mismo.

—Depende de que sitio sea.

—Lo sabrás si vienes conmigo.

Ella hace un gesto extraño con su rostro, dándome a entender que no le hace gracia que sigamos saliendo juntos después de lo del otro día en su barrio, pero yo no me voy a rendir tan fácilmente.

—Solo ven conmigo y hablamos un poco... del clima. —Muevo los hombros con diversión.

—¿Del clima? —pregunta, levantando las cejas.

—¿Por qué no? A lo mejor llueve mañana y no lo sabemos.

—Sí, sobre todo en esta época en Cuba —responde irónicamente y yo le sigo el juego.

—Exactamente.

Gillian comienza a jugar torpemente con uno de los hilos de los guantes que le acabo de regalar y respira profundamente mientras piensa en la respuesta. Yo, simplemente, la miro haciendo eso. Pongo mis manos en los bolsillos y mis músculos se tensan esperando su respuesta. Todas las personas que nos rodean entrenan, mientras que otros, solamente, se marchan a descansar a sus casas. Y yo me quedo frente a esta chica esperando una respuesta que me puede alegrar mucho más el día.

—¿A qué hora? —Deja el hilo del guante para ponerse a jugar con un mechón de pelo como si estuviese nerviosa, cosa que me parece extraña viniendo de ella.

—Sobre las ocho de la tarde. —Muevo mis hombros como si nada, pero la verdad es que estoy nervioso.

Gillian asiente con la cabeza, respondiendo un «vale» y decidimos quedar a esa hora en la puerta del gimnasio para ir juntos.

Sé que ella no querrá que vuelva a su barrio, por lo que haré lo que ella me pida, pero eso no significa que no vuelva otra vez a ese lugar para ver qué es lo que pasa. Pero para eso tengo que hacerlo cuando ella no se encuentre allí. Aunque lo voy a tener bastante difícil.



Cuando la tarde ya llega, diez minutos antes de que se hagan las ocho, aparco mi coche frente a la entrada del gimnasio y espero pacientemente a que esa chica de ojos verdes venga para irnos juntos a ese lugar que le prometí.

Siento un pequeño hormigueo en mi estómago y un nudo de nerviosismo atraviesa la boca del mismo. Si soy sincero, con esta chica nunca había estado tan nervioso, ni siquiera el día que nos conocimos. Pero hoy es algo distinto, vamos a quedar lejos de Ernesto, lejos de cualquier otra persona que se encuentre en un local o en una discoteca. Vamos a estar Gillian y yo solos, y eso me pone nervioso pero, a la vez, feliz.

Salgo del coche y me siento encima del capó del mismo, esperando a que ella llegue.

Durante ese momento, puedo ver a las personas pasar con tranquilidad. Muchas parejas pasean de la mano y otros grupos de amigos o ancianos se quedan parados hablando animadamente en esta tarde tan perfecta.

Yo me arreglo la camisa con estampados de piña y pienso que ha sido una muy mala decisión para quedar con Gillian ponerme esta camisa demasiado llamativa.

Y entonces, la veo.

Gillian camina con algo de timidez por la calle, llegando poco a poco al gimnasio, donde ahora mismo estoy aparcado yo. Ella lleva el pelo suelto y el pequeño viento que hay hace que se mueva como ese vestido veraniego tan hermoso que lleva puesto.

Trago saliva, maldiciendo por no ponerme una camisa adecuada para el momento y me quedo completamente estático cuando ella se acerca a mí con esa sutileza y esa timidez que es muy difícil ver en ella.

—Hola —susurro apenas audible y ella me sonrío, consiguiendo que mi corazón lata fuertemente, casi a punto de romper las paredes de mi piel que la separan del exterior.

—Hola.

Y eso es lo único que conseguimos pronunciar, un simple «hola» que prácticamente podría decirlo todo, con una palabra de cuatro letras.

—Estás hermosa... —digo, esperando no haberla cagado con ella por decirle esas dos palabras que realmente pienso.

Porque realmente está hermosa.

Gillian no me dice nada, pero sus mejillas sonrojadas me lo dicen todo y por más que lo intente, no dejará de sorprenderme las miles de personalidades que tiene ella y que tanto me encantan.

—Bueno, ¿dónde vamos? —pregunta, intentando ocultar lo que yo estoy demostrando: el nerviosismo.

—Es una sorpresa.

—Conozco Cuba como la palma de mi mano. Como no vayamos debajo del mar, no me sorprenderás con nada.

Río un poco, metiendo mis manos en los bolsillos y niego con la cabeza.

—La sorpresa es que no sabes adónde vamos a ir. Que lo conozcas es otro tema. Tú tienes un punto a tu favor porque naciste aquí.

Ella asiente con una pequeña carcajada y parece que el nerviosismo que estamos teniendo entre nosotros dos ahora mismo va disminuyendo.

Nos subimos al coche y, con la música que hay en la radio, disfrutamos del camino que estamos recorriendo en el auto a estas horas de la tarde. Gillian y yo hablamos de cosas relacionadas con el boxeo y luego ella me explica algunas cosas sobre Cuba, sobre todo, la cultura latina y me impresiona lo increíble que pueden llegar a ser estos lugares latinos. Tan increíble, como cada vez que la escucho hablar y me percató de lo colado que estoy por ella.

Y para estar simplemente diez minutos juntos, ha conseguido alegrarme toda una tarde.

—Oye, interesante estampado de camisa... —dice divertida y muerdo completamente el labio inferior con todos mis dientes de arriba, fingiendo que es mi puño y volviendo a maldecir por no ponerme una mejor camisa para ella.

—Pensé que te gustaría... —respondo, sabiendo que eso no es cierto y ella lo sabe a la perfección.

—Mmm... No sé. Te quedan mejor los corazones.

Los dos nos reímos como unos idiotas ante las conversaciones que estamos teniendo en mi coche. Entonces, cuando ya hemos llegado al lugar del que le hablé, ella me mira extrañada al aparcar el coche cerca del muelle.

—¿Este es el lugar? —pregunta sorprendida.

—¿Y a dónde creías que te iba a llevar?

Ella mueve los hombros como si no tuviese ni idea y nos bajamos del coche, caminando hacia el pequeño camino de madera con tranquilidad, como si viviésemos todo el tiempo del mundo. Nos quedamos un rato en silencio cuando llegamos ya al final del camino y nos apoyamos en la barandilla de madera, observando el mar y, sobre todo, como comienza a anochecer, creando un momento perfecto.

Me gusta mucho sentir el aire fresco y el olor a playa.

—Pues sí que me has dado una buena sorpresa —dice ella sin retirar la vista del mar.

Si giro la cabeza puedo observar perfectamente parte de la ciudad y las costas desde aquí arriba. Y si bajo mi mirada apenas un poco, puedo verla a ella, tan única como siempre.

—¿Has venido aquí? —pregunto, interesándome en sus palabras y ella resopla.

—No. No... me permiten salir demasiado.

—¿Cómo que no te permiten? ¿Quiénes? —Esta vez me acerco mucho más a ella ante su frase y mi preocupación se incrementa.

Gillian niega, como si no quisiera responder ante mi pregunta. Y, en efecto, no lo va a responder. Quedando así la pregunta en el aire.

—Gillian...

—Jasper, no quiero responder a eso. Compréndeme... —dice cabreada y me siento estúpido por joder este momento con mis malditas preguntas.

Sé que si ella no quiere responder, está en su derecho, y yo tengo que callarme. Pero cada vez que me suelta una respuesta así me hace preocuparme mucho más por ella y es lo que más odio: sentirme impotente por no poder hacer nada en ayudarla.

Observo el mar distraído, dejando que los segundos pasen y que deje de sentirme un idiota por momento.

Pero la mano de Gillian se posa sobre la mía, encima de la barandilla y yo dejo de mirar el mar, para así poder mirarla solo a ella.

—No quiero que te pongas así. Siento cabrearme. No es tu culpa —murmura.

Aclaro mi garganta con nerviosismo y parece que ella me lee la mente o es que mi rostro puede ser descifrado fácilmente.

—¿Cómo era tu vida en Estados Unidos?

Aprieto mis labios entre sí y sonrío un poco ante su pregunta.

—Era completamente distinta a la que tengo ahora.

—Eres peor que yo a la hora de contar cosas.

Comenzamos a reír y las farolas del lugar se encienden, dando un toque más romántico.

—¿Y tenías novia allí?

Resoplo ante su pregunta y ella se ríe.

Novia...

—Sí, tuve. Pero después de dos años de relación me dejó por otro.

Ella levanta las cejas, sorprendida y yo asiento en su respuesta de sorpresa.

—Me puso los cuernos varias veces y cuando lo descubrí, me dejó por el otro.

—Sí que es dramática tu historia.

S sonrío y muevo la cabeza, intentando no recordar esos momentos.

También fue una de las muchas razones para irme de Florida.

—Muchas veces los finales no pueden ser felices.

Volvemos de nuevo a pasar un rato de silencio, observando las olas chocarse con el muelle.

—Siento haberme marchado aquella noche sin avisarte.

Abro los ojos de par en par cuando ella me dice eso, sin ni siquiera esperármelo. Analizo su mirada y puedo ver algo de culpabilidad en ellos. Y pienso que lo que creíamos que sería un paseo o un pequeño momento entre los dos se ha convertido en una pequeña charla íntima en la que los dos nos exponemos a muchas cosas que escondemos.

—No pasa nada. Tenías tus motivos... —Intento decir algo coherente a pesar del momento y sé que, aunque no me gustó que aquella noche se fuese así sin más, ella hizo lo que quería hacer.

—No pensé que fueses tan enamorado.

Ante su respuesta, me apresuro a responder:

—No estoy enamorado de ti...

Ella sonrío, cómplice de lo absurdo que ha sonado mi respuesta, y niego con la cabeza para

despejar mi mente de cualquier cosa que tenga que ver con el amor. Aunque creo que estoy fallando en ese sentido.

—¿Por qué me da que en esa frase te sobra una palabra? —pregunta, más bien afirmándolo.

Pero, en vez de seguir por ese camino, decido cambiar de tema rápidamente para no tener que seguir exponiéndome más ante ella.

—¿Por qué estás metida en esto? Una cosa es el boxeo y otra la lucha clandestina. —Intento indagar un poco más, aunque sé que ella no me responderá, por lo que lo sacaré en claro yo solo —. La otra vez me dijiste que así te criaron, pero... No tiene lógica, si prácticamente vives con miedo en un barrio peligroso.

Me quedo en silencio mientras ella, simplemente, escucha lo que yo tengo que decirle. Gillian guarda demasiados secretos relacionados con las peleas, pero sé que eso no se queda solo en unas peleas, sino que hay algo más metido y me lo están ocultando. Si no es Ernesto, es ella, pero quiero saberlo, y si hoy no es el día, en otro momento tal vez.

—Te obligan... —susurro cuando veo su rostro pálido y caigo en la cuenta de muchas cosas —. El otro día, cuando nos besamos la noche que te llevé a tu casa, dijiste que me habías expuesto... Eso significa que te están vigilando siempre.

Ella mueve los labios para decir algo, pero solo se queda en eso.

Podemos oír algunos niños pasar detrás de nosotros y seguimos ignorando cualquier ruido exterior que nos moleste en nuestra pequeña conversación. Y toda mi atención se pone en los ojos de ella, aun sabiendo que no me dirá nada. Así que dejo de observarla para poder mirar el mar de nuevo y, esta vez, la noche cae sobre nosotros, con las luces de las farolas iluminándonos, dejándonos una hermosa escena de la noche en Cuba.

—Sí, me obligan, y por eso también me tienen que vigilar por si se lo cuento a alguien que no debo.

—¿Qué...? —susurro, esta vez quedándome sin respiración ante su respuesta y ella se acerca completamente a mí, tanto que puedo sentir su aliento sobre mi rostro.

—Aquí no puedo hablar.

—¿Y dónde podemos hablar?

—En La Rosa, ese es el único lugar donde puedo tener algo de privacidad —me responde.

—Pues... vayamos allí ahora —digo rápidamente.

Pero ella agarra mi brazo fuertemente y me acerca hacia ella.

—No, Jasper —dice con un tono autoritario—. No pienso involucrarte más de lo que ya estás.

Respiro profundamente y niego con la cabeza, para luego decirle:

—Demasiado tarde.

Pasan unos segundos antes de que Gillian vuelva a decirme algo y esta vez es para que podamos cambiar de tema. Y eso es lo que hago: no hablar más sobre lo que sufre. Pero ya sé algo, algo en lo que ella está completamente metida y que está en peligro.

Intentamos los dos olvidar esa conversación cuando, de pronto, Gillian me propone algo.

—¿Por qué no nos tiramos al mar? —pregunta divertida y yo observo los carteles que hay cerca del lugar prohibiendo ese acto.

—¿Has visto lo que pone ahí? —Señalo el cartel y ella observa el cartel con intriga y confusión.

Gillian abre los labios y achina un poco los ojos, para luego decirme:

—Sí, claro... —susurra sin seguridad.

Extrañado ante su reacción por una simple frase, trago saliva, imaginándome que ella tiene dificultades para leer.

—Gillian, ¿sabes lo que pone ahí, verdad?

Ella mueve un poco los hombros y se comienza a poner nerviosa ante mi pregunta.

—No... No llevo las gafas puestas en estos momentos.

Aprieto mi mandíbula y siento que ella ya no sabe qué decir, así que agarro su mano con cariño y ella la retira con brutalidad.

—No sé leer ni escribir, ¿contento? —dice sobresaltada y me mira con esos ojos verdes, ahora furiosos, como siempre suele tenerlos.

Caigo en la cuenta de las veces que me pedía expresamente que le leyese algo o cuando tuvo que firmar aquel día, y lo hizo poniendo su huella en el papel. Ahora comprendo por qué ella, en vez de decírmelo directamente, simplemente, decía que no llevaba las gafas puestas.

—Tú no sabes lo humillante que es decirlo.

Ella se da la vuelta y comienza a caminar hacia el otro extremo, a unos cuatro metros de mí, para observar las otras vistas que se ven de la ciudad junto al mar.

—Gillian, no tienes que avergonzarte por eso.

Pero ella no dice nada. Y en vez de ser una cita romántica, está siendo más bien una gran discusión entre dos personas que se sienten completamente atraídas entre sí. Así que al ver que ella no se piensa dar la vuelta y que quiere espacio personal, yo me siento encima de la barandilla, aun sabiendo que es peligroso, y observo desde este lado todas las casas.

—Siento si te estoy poniendo nerviosa. Suelo ser muy idiota a veces... —le digo, sin dejar de mirar hacia el punto fijo que he puesto sobre el suelo de madera.

Entonces, noto cómo por el rabillo del ojo, Gillian se gira y se acerca a mí con cautela, mientras que yo, simplemente, me mantengo en mi sitio, para no volver a meter más la pata.

—Si quieres que te lleve a casa, solo dímelo y lo haré —susurro y toco mi dedo pulgar con los otros dedos para despejar la mente hacia otro lugar.

Sé que Gillian no es una mujer cualquiera y que puede llegar a ser algo complicada a veces, pero yo debería dejar de hacer demasiadas preguntas sobre temas que ella no quiere abordar.

Y eso debo comprenderlo.

Entonces, para mi sorpresa, ella se pone entre mis piernas y agarra mis mejillas con ambas manos para que pueda observarla a esos ojos que me deslumbran. Trago saliva con nerviosismo y su roce hace que mi piel se erice.

—¿Por qué eres tan distinto a otros hombres? —me pregunta, y yo levanto una ceja extrañado ante su frase.

—¿Soy distinto?

—Y mucho —responde y con su dedo pulgar acaricia mis mejillas, consiguiendo que me relaje demasiado, soltando un poco las manos de la barandilla—. Aunque tenga un poco de mala hostia hoy, no significa que no quiera disfrutar un poco más de tu compañía, J., porque eres el único hombre con el que realmente me siento cómoda.

Y con esa última frase basta para que me rinda ante sus pies y mi corazón empiece a latir más y más rápido de lo normal, consiguiendo hacerme temblar, y ella lo nota, ya que poco a poco se va acercando a mí y esta vez, sin importarnos lo más mínimo lo que pueda ocurrir después, estamos a punto de besarnos.

Pero una fuerte ráfaga de viento hace que me tambalee y mis manos, que en estos momentos están sudorosas, hacen el resto, consiguiendo que mi cuerpo caiga de espaldas y mis ojos se abran

de par en par al sentir que ya no puedo agarrarme a nada. Pero lo único que me da tiempo es a ver la reacción de Gillian que pasa de tranquilidad a susto e intenta agarrarme por los pies, pero ya es demasiado tarde. Cuando comienzo a caer y me doy fuerte contra el agua del mar, siento como si me hubiese caído sobre el asfalto.

—¡Jasper!

Mi cuerpo llega a unos metros de la profundidad del mar sin poder sentir ni un solo músculo por el golpe recibido del agua contra mi espalda, con lo que no consigo moverme y solo aguanto el poco aire que pude tomar tras la caída.

Pero cuando creo que no voy a poder subir, alguien entra en el mar y comienza a nadar hacia mí. Gillian agarra mi camisa con fuerza y me sube al exterior tomando, esta vez, mucho aire y quejándose de dolor en silencio por mi espalda.

—¡Coño! ¡¿Pero tú eres idiota?! ¡¿Cómo te atreves a ponerte de esa forma?! —me grita Gillian, que me acaba de salvar y yo, simplemente, puedo observarla enfadarse conmigo —. ¡Me has dado un susto de muerte, gilipollas!

—Gillian... me duele la espalda —susurro, en apenas un susurro y ella agarra de nuevo mi camisa para llevarme debajo del muelle.

Pero sin salir del mar, me pego a una de las columnas de madera que hay en el sitio y espero a que el dolor se pase un poco, mientras que Gillian me observa preocupada.

—En tu puta vida te vuelvas a poner en lugares así —me vuelve a decir, y yo asiento en respuesta.

Pero Gillian me vuelve a sorprender abrazándome fuertemente y poniendo sus piernas sobre mis caderas. Yo, sin pensármelo dos veces, le devuelvo el abrazo, sintiéndome como si estuviese en casa.

Disimuladamente, puedo ver que su vestido veraniego flota literalmente alrededor de ella en el agua, aprieto mis labios ante esta escena y cierro mis ojos, intentando distraerme con otra cosa.

—No me vuelvas a dar un susto así, por favor... —susurra en mi oído, consiguiendo que mi piel se ponga de gallina. Susurro un simple «vale» que lo marca todo para ella.

Gillian levanta su cabeza y pega sus labios sobre los míos con fuerza. Sin dejar de abrazarla, yo sigo ese beso como si lo deseara más que cualquier otra cosa. Como si la persona que tengo en mis brazos es la más importante de mi vida y disfrutamos de ese beso tan único en su forma de ser. Nuestras lenguas parecen conocerse, ya que cuando se rozan se entienden perfectamente, y mi corazón está a punto de salir al exterior, parte por el susto recibido de la caída como por este momento que haría temblar hasta la más dura piedra del lugar.

—¿Por qué me es imposible separarme de tus labios? —susurra ella, alejándose apenas unos milímetros de mi boca y, con los ojos cerrados, solo puedo acercarla más a mi cuerpo.

—¿Por qué eres tan única, Gillian? —pregunto, pero, en vez de respondernos cada uno por las preguntas que hemos hecho, seguimos con este increíble beso que consigue hacer temblar cualquier parte de mi cuerpo.

Ella pone sus manos sobre mis hombros y comienza a descender hasta llegar al primer botón de mi camisa. Comienza a desabrocharlo hasta llegar al botón número cuatro para ir retirando la prenda y poder quedar expuesto mi torso ante ella.

Yo solo puedo seguir besándola, mientras que Gillian sigue intentando quitarme la prenda a pesar de la dificultad que tiene por culpa del agua. Disfruto de su tacto, hasta que ella se separa y yo abro los ojos, observándola como si fuese la única que hay en este mundo.

—Creo que... deberíamos parar—murmura, y yo asiento en respuesta.

Pero, en vez de hacer caso a esa frase, ella vuelve a mis labios, disfrutando de ese pequeño placer y nos quedamos así, en el agua, besándonos el uno al otro y marcando un antes y un después en esta noche estrellada de Cuba.

12

Ligubre

Una semana había pasado desde lo ocurrido en el muelle.

Una semana había pasado de la increíble caída que sufrí y del sublime beso que nos dimos nosotros dos bajo el lugar.

Una semana que he tenido que hacer reposo en mi pequeño piso por la pequeña lesión de espalda que recibí y que me supo a gloria.

Pero, lejos de todo eso, ahora me encuentro de copiloto en el coche de Ernesto, esperando junto con Gillian —que está en los asientos traseros— preparándose para el siguiente combate que tendrá lugar dentro de una hora. Muy lejos de la ciudad.

Como no estoy en condiciones de conducir, le he pedido por favor a Ernesto que fuese él quien nos llevase y, ahora mismo, él nos ha dejado en la gasolinera para que pudiese ir al baño, ya que, según él, tiene la vejiga pequeña.

Niego con la cabeza mientras observo por el espejo retrovisor como Gillian se pone una rebeca y no precisamente porque haga frío, porque eso es lo último que he tenido desde que he llegado a este país. Al verla, sonrío para mis adentros, sintiéndome atraído cada día más por ella y más extraño a la vez.

—Gillian... —susurro sin dejar de observarla desde el espejo.

Ella hace un pequeño ruido con la garganta diciendo:

—¿Mmm?

Me aclaro la garganta y aprieto mi pulgar con la mano por los nervios antes del combate ilegal que tendrá lugar en un antiguo gimnasio de la zona.

—Por favor, protégete cómo te he estado enseñando.

Gillian deja de hacer lo que está haciendo y me observa por el espejo retrovisor con una mirada pasiva y sin decir nada, solo asiente para volver a lo suyo y me deja aún más preocupado que hace unos segundos.

Son estos momentos en los que ni siquiera sé qué decirle y solo deseo que el idiota de Ernesto venga para que no se siga prolongando más esta agonía que siento al saber que ella ni siquiera estará protegida por una simple toalla, como hacen en todos los combates de boxeo, porque ni eso se puede hacer en un combate clandestino cuando ves que tu luchadora está a punto de morir.

Ni siquiera se puede tirar la toalla en estos lugares...

—Perdón, perdón. Yo no tengo culpa de que el sitio sea tan lejos, *brother*.

—Déjate de tonterías y arranca —respondo sin más.

Cuando ya Ernesto está sentado en el asiento del conductor, arranca el coche como yo previamente le había dicho.

Durante el trayecto, puedo observar cómo cambia el paisaje. De unas casas llenas de

colores a otras un poco más desastrosas, dándome a entender que iremos a un sitio donde abunda mucho más la pobreza.

Intento dejar de pensar en la pelea de esta noche y en cómo, seguramente, vendrá Gillian después de la misma. Y la única manera es despistándome, observando las vistas.

Aprieto mi mandíbula inconscientemente, si no fuese porque me acabo de morder parte del labio al hacerlo y vuelvo a mirar por el espejo retrovisor, casi a oscuras por la poca iluminación que hay en la carretera, y veo cómo Gillian me observa por la misma.

Nuestra mirada se clava en un simple espejo de un coche, mientras que el conductor está más atento en la carretera. Puedo ver que ella intenta mover su boca, pero como no soy un excelente lector de labios, ni siquiera sé qué es lo que quiere decir. Pero ella se acerca a mí, poniendo sus labios sobre mi oreja y sin que Ernesto se percate, me susurra: «no te preocupes».

Vuelvo a apretar mi mandíbula y sabiendo que aunque ella me diga esa frase, la tranquilidad en mí no existirá hasta que la vea salir con vida de esa pelea.

—Aquí estamos —dice Ernesto, aparcando el coche frente a un gimnasio que tiene un letrero algo oxidado.

Esto me da a entender que este barrio es todo lo contrario a lo que he conocido de Cuba y, posiblemente, se asemeje más al barrio de Gillian.

Me bajo del auto junto con ella, mientras que Ernesto se queda un rato más, para asegurarse de ponerle el seguro a todas las puertas de su coche.

—Protégete bien la cabeza, Gillian. Si te dieran un golpe mal dado...

—Lo sé —me responde ella, clavando sus ojos verdes sobre los míos perdidos, y entra en el lugar, gracias a una contraseña que le han dado anteriormente.

Cuando los tres entramos, solo podemos ver a muchos hombres con unas pintas horribles y otros pocos como si fuesen adinerados. Esta vez el escenario es mucho más distinto al de la otra vez, con un *ring* de verdad. Pero la mala espina que tuve la otra vez, sigue en el mismo sitio, esperando que no vuelva la policía a interrumpir como ese día.

Agarro del antebrazo a Gillian, antes de que siga hacia delante y la hago mirarme.

—Todavía estás a tiempo de escapar.

Pero con esa frase, que se queda en el aire, ella niega con la cabeza y me susurra:

—No puedo escapar.

Y con las peores ganas de toda la historia, la ayudo a colocarse los nuevos guantes que le he regalado y sube al *ring*, sola, frente a la otra contrincante. Rezo en voz baja para que todo salga bien, pero dudo que eso sirva. Así que mientras Ernesto y yo nos quedamos quietos detrás del cuerpo de Gillian, ella se prepara para lo que viene.

—¡Bueno! ¿Están listos para más acción? —pregunta el *showman* que hay en medio de las dos chicas en el *ring*, y todos gritan como simios salvajes—. Pues, ¡que comience la batalla!

Un timbre suena varias veces, dando a entender que la lucha ya ha comenzado y las dos luchadoras empiezan a moverse de un lado a otro, esperando cuál de las dos dará el primer paso.

Mi corazón está a punto de pararse cuando la primera en dar el puñetazo es la otra chica, pero Gillian esquiva con perfección ese gancho y se dirige al estómago de la mujer, consiguiendo que grite de dolor.

Agarro mi camisa con fuerza y aguanto la respiración sin dejar de mirar el horrible momento que estoy viendo, aunque para muchos es un gran espectáculo que dos chicas jóvenes se peguen entre ellas.

A medida que pasan los minutos y cada una recibe un golpe casi en igualdad, lo paso peor,

esperando en cualquier momento para poder llevarme a Gillian lejos de aquí. Pero de nada serviría y eso es lo que más me jode saberlo.

Por cada golpe que se lleva Gillian, otro golpe imaginario me llevo yo, como si fuese una patada en el estómago que no me deja respirar.

Lo paso mal, muy mal, cuando veo que se lleva un fuerte golpe en su rostro y cae al suelo desplomada. Acercándome a ella lo máximo que me dejan, bajo el *ring*, toco su cabeza con mi mano temblorosa, pero Ernesto no me deja hacerlo por las consecuencias que ocurran después y por la seguridad tanto de ella como la mía.

—Ni se te ocurra tocarla mientras está en combate, J. —dice seriamente por primera vez en todo lo que llevo conociéndolo.

Pero antes de que el árbitro llegue a terminar de contar hasta diez, ella se levanta y pega un fuerte gancho de izquierda hacia la mandíbula de la otra chica, que casi ya lo estaba celebrando, dejándola *K.O* en el suelo y sin poder levantarse durante largos minutos.

—¡Y LA GANADORA ES GILLIAN!

Ella levanta las manos en señal de victoria, mientras que yo puedo respirar con tranquilidad al ver que la agonía ha acabado, solo por esta noche, y Ernesto me da varios toques en la espalda.

—Este lugar, aunque digan que no hay reglas, hay muchas normas secretas que solo sabrás si las incumples.

Yo abro la boca al ver lo que me acaba de decir Ernesto con pasividad y aprieta la mandíbula como si supiese perfectamente lo que ha dicho.

—Si tú, como entrenador, tocas mientras está en combate a tu luchadora... ella muere.

Abro los labios sorprendido por sus palabras.

—¿Qué?

Ernesto me pide que me calle y, observando el lugar, espera que nadie de los que organizan estas peleas nos haya escuchado.

Gillian baja del *ring* y, con miedo, agarro su muñeca para que pueda bajar del mismo con cuidado. Con una simple mirada basta para que ella sepa el nivel de preocupación que llevo encima por ella y nada más que por ella.

Rozo con mi pulgar, con cuidado de no hacerle daño, su frente ensangrentada. Pero Gillian le quita importancia sonriéndome, esperando que no siga apretando mi frente por el estrés contenido. Y, quitándose los guantes con rapidez, se los entrega a Ernesto que los agarra sin dudar.

—Me alegro de que hayas conseguido ganar después de tanto tiempo, Gillian.

Ante la extrañeza de esa voz y por el rostro de pánico que pone ella, yo me giro para observarlo, pero con un fuerte jalón de camisa que me hace Gillian, consigue que no me mire para ese hombre y vuelvo a mirar yo para ella.

Puedo notar que en su mirada abunda el miedo y que lo último que quiere es que observe a esa voz. Eso es lo que ella me da a entender.

—¡Jasper Fleming! He oído hablar de ti... —dice esa voz, esta vez dirigiéndose hacia mí.

Y sabiendo que esta vez Gillian niega con la cabeza, esperando que no mire a ese hombre, decido ignorar las súplicas silenciosas que me da ella.

Cuando mi mirada observa a un hombre de unos treinta años o más, su mirada no me da ninguna tranquilidad. Un hombre con demasiados anillos dorados en todos sus dedos se dirige hacia mí y luego observa a Gillian con una sonrisa pícara. La miro por unos segundos y juraría que es la primera vez que ella está asustada por alguien.

Gillian agarra mi mano hacia mi espalda, para que ese hombre no lo vea y yo decido seguir

la corriente, esperando que el hombre no se percate nada más allá que de nuestras miradas.

—¿Y usted es...?

—Oh, por favor..., Gillian, es de mala educación que no le hayas hablado del rey de este lugar —dice con orgullo, señalando todo este sitio y dando a entender que es el jefe de las peleas clandestinas.

—Es... Vladimir... —susurra temblorosa, sin dirigirle la mirada.

—El mismo —susurra sonriente.

Yo trago saliva, mientras que Gillian solo consigue arrugar mucho más mi camisa con miedo, como si se sintiese segura detrás de mí. Y desde este momento sé que ese hombre tiene algo que ver con lo que está pasando ella.

—Vladimir... No eres cubano, ¿verdad? —pregunto, intentando disimular un poco las ganas de partírle la cara a este hombre por obligarla a hacer estas peleas.

—Antepasados rusos. A mi abuelo siempre le gustó el nombre de Vladimir. —Con la misma, él se acerca a mí y susurra—: Pero aquí me llaman Diablo. —Sonríe maliciosamente, alejándose de nosotros y puedo ver que tiene un diente de oro—. Disfruten del dinero, se lo han ganado. Y Gillian, hoy puedes estar tranquila. —Nos giña un ojo, mientras que uno de sus acompañantes nos entrega una bolsa suponiendo que está llena de billetes.

Pero, mientras que Ernesto tiene sujeta la bolsa en una mano y con la otra los guantes, los tres estamos tensos ante la tensión que nos ha producido ese hombre y, sobre todo, a Gillian, que no ha dejado de agarrarme la parte de atrás de mi camisa.

—Vámonos —les digo a los dos y, sin decir nada más, nos marchamos de este lugar tan tétrico para dirigirnos al coche de Ernesto.



Durante el trayecto en coche nadie habla. Sabiendo que nos espera como casi dos horas en coche hasta llegar a La Habana y poder estar tranquilos después de la noche de hoy.

No dejo de darle vueltas a la escena con ese tal Vladimir. No comprendo nada, ni del porqué tanto Gillian como Ernesto se pusieron tensos ante su presencia. Era como si todo se volviese negro para ellos dos, sobre todo, para ella. Pero lo peor de todo fue esa última frase que le dijo a ella.

«Hoy puedes estar tranquila».

¿A qué se refería con eso? Acaso significa que puede descansar de la pelea de hoy... ¿O es que hay algo más?

Tantas preguntas sin respuesta no me sirven de nada. Y mucho menos para saber qué es por lo que está pasando ella.

Para cuando me doy de cuenta por el espejo lateral del coche, estoy comiéndome las uñas inconscientemente y rápidamente dejo de hacerlo. Hasta que algo en la parte de atrás del coche se escucha. Observo por el espejo retrovisor para ver que Gillian rebusca y rebusca en la bolsa de dinero algo desesperadamente y achino los ojos ante su reacción.

—Gillian, ¿qué haces? —pregunto, colocándome mejor en el asiento del copiloto y Ernesto, por unos segundos, también mira a Gillian por el espejo.

Pero, al ver que ella no me responde y sigue inmersa buscando algo que, posiblemente, no sea nada más que dinero. Comienzo a tensarme más después de todo el día de hoy pensando en la puta pelea.

—Gillian, por favor. ¿Qué estás haciendo?

—Cállate —dice ella rápidamente.

Veo que Gillian saca un aparato pequeño de no más de tres centímetros que parpadea y ella se dirige a la ventana de manivela, girando la rueda con rapidez para que esta se abra y con la misma, lo tira a la carretera.

—¿Qué demonios era eso? —pregunto girando mi cabeza hacia atrás para verla mejor.

—Un micro.

Abro los ojos mientras aprieto mi mandíbula con fuerza.

—¿Por qué coño nos han puesto un micro? —pregunto y observo, no sé por qué, a Ernesto.

—¿Por qué crees tú? —pregunta sin retirar la vista de la carretera—. ¿Por qué crees que te advertí que no te acercaras a ella? —vuelve a preguntar, refiriéndose a Gillian—. A ti y a mí, como entrenadores, no nos pasará nada siempre y cuando estemos callados, pero si intentamos ayudar a Gillian para que salga de esta mierda, nos cortan la cabeza a los tres.

Observo a Gillian, que parece que está deseando que el asiento se la trague y así se pueda marchar de este coche, donde Ernesto la señala como culpable.

—Ella no tiene culpa, Nesto —la defiende.

—Lo sé —responde él y observa a Gillian por el espejo—. Pero comprende que no me voy a jugar mi vida por ti, Gillian. Lo siento de verdad... No puedo ayudarte a salir de esto. Solo puedo ser tu entrenador, como J.

—Yo no les he pedido que me ayuden.

—Tu mirada lo pide a gritos, *chama* —vuelve a decir él ante la respuesta de ella.

Ernesto niega con la cabeza, mientras que Gillian la agacha, avergonzada de lo que estamos hablando.

—Yo sí me jugaría la vida por ella... —susurro, mientras dejo la respuesta en el aire y observo las vistas nocturnas y respiro profundamente, ignorando todo lo demás sabiendo que esa frase es cierta en todos los sentidos.



—Oye, hermano. ¿Por qué coño no me has puesto gasolina en el coche?

Observo a Ernesto con cara de mala hostia mientras me toco la espalda después del golpe del otro día.

—¿En serio me echas la culpa a mí de que no pusieras gasolina en tu coche? —Hago énfasis en la palabra «tu» y luego niego con la cabeza—. Ya no utilizo tu coche. Tengo uno propio.

Saco fuertemente el aire que tenía guardado y de mi bolsillo saco un reloj de mano que siempre llevo encima. Está a punto de ser las doce de la noche y lo único que estamos haciendo es estar parados en los aparcamientos de una calle que desconozco. Y me parece que Ernesto también...

Miro por unos segundos a Gillian que se acaba de bajar del coche y observa el gimnasio

que hay abierto a unos metros de nosotros. Mientras Ernesto llama a su primo Mango por una de las cabinas de teléfono público que hay cerca de aquí, yo me acerco a Gillian para ponerme a su lado y mirarla desde mi posición. Respirando hondo y preguntándome por qué no he hecho más nada por ella hoy, meto mis manos en los bolsillos y sigo su mirada.

—¿Quieres entrar mientras esperamos al primo de Nesto? Parece que ahora no hay nadie en ese gimnasio —hablo tranquilamente, a pesar del día de hoy.

Ella, en vez de responderme, simplemente, asiente con la cabeza lentamente y sin mirar al dueño del coche que nos ha dejado tirados en una calle desconocida, entramos al gimnasio.

Saludamos al que creemos que es el dueño del lugar y observo que el gimnasio es distinto al que vamos nosotros tres a entrenar. Es un sitio cerrado, con un pequeño cuadrilátero en el centro y alrededor varias máquinas de entrenamiento. Me acerco al dueño del local y le digo si nos podemos quedar un rato hasta que venga un amigo nuestro. Así que teniendo la aprobación del hombre, Gillian y yo nos sentamos dentro del cuadrilátero y miramos a Ernesto, que todavía está fuera, cerca de su coche y que, por lo visto, está discutiendo con su primo por el teléfono.

—En el fondo, Ernesto se preocupa por ti —susurro a Gillian que está más interesada en sus manos que otra cosa.

Ella me observa por unos segundos y levanta una ceja con extrañeza ante mi frase, como si no se lo creyese y fuese un simple invento que me acabo de sacar de la manga.

—No te lo crees ni tú...

—Pensé que no te importaba lo que los demás pensasen de ti —digo, intentando pincharla para que ella se enfade un poco y se esfume ese rostro preocupado que tiene desde lo que dijo Ernesto antes. Y, sobre todo, por lo de ese tal Vladimir.

—Claro que no me importa.

—Sí... Se nota.

—¿Por qué no te vas un poco a la mierda? —pregunta, consiguiendo así mi objetivo, que era cabrearla un poco.

Sonríó para mí mismo mientras seguimos sentados juntos. Por unos segundos me acerco a ella con la intención de retirar un poco esa sangre que se está escurriendo por su rostro con un pañuelo que siempre llevo encima. Pero ella, rápidamente, se retira para mirar hacia otro lado.

—Por favor, Gillian...

Ella me observa pero no se acerca, simplemente, se queda ahí mirándome por cada segundo que pasa. Puedo notar que ella va a decirme algo y que yo seré todo oídos para ella, entonces mira al dueño del gimnasio unos segundos, como si esperase que no nos estuviese mirando y luego dedica su mirada hacia mí.

—Hoy lo pasaste peor que la primera vez en la pelea —susurra Gillian cuando me deja quitarle ese rastro de sangre y yo asiento lentamente, intentando concentrarme en esa herida.

—No es sencillo —murmuro, intentando no recordar lo mal que lo pasé viéndola allí, pegándose con otra mujer ilegalmente, mientras que venía el supuesto rey de las peleas.

Nada más pensar en eso recuerdo el rostro de miedo que puso ella cuando llegó ese tío.

—Pensé que no... pero odié verte angustiado —dice, y yo dejo de hacer mi labor para poder observarla mejor—. No merezco que te preocupes por mí.

Yo achino los ojos cuando me responde con esa frase que esconde miles de cosas y niego con la cabeza, dándole a entender que se merece todo menos que le den de lado.

—Llevo tiempo preocupándome por ti, Gillian.

Ella deja de responderme y simplemente traga, como si le costase creer lo que le acabo de

decir, aunque sé que en el fondo sabe que me preocupo por ella. Y demasiado diría yo.

—Sé que quieres hacerme miles de preguntas.

Retiro el pañuelo de su rostro y la miro mucho mejor esta vez, analizando su mirada y pensando en cada palabra que ella me ha dicho.

—Tengo miles de dudas, y más ahora que he visto a ese tal Vladimir... Pero no las haré, porque sé la respuesta. Y no quiero agobiarte, como lo hice en el muelle.

Ella sonríe un poco al nombrarle el muelle y mira hacia otro lado con sus mejillas algo sonrojadas.

—La noche que fuimos al muelle fue la mejor de mi vida, J.

Yo sonrío sin poder evitarlo y pienso en todo lo que ha ocurrido en poco tiempo. Por lo que, sin pensármelo mucho más, saco otro pañuelo limpio y un bolígrafo que tenía en el bolsillo de la camisa, para así escribir el número del motel por si ella un día tiene que llamarme.

—Toma. Este es el número del motel —le digo mientras ella agarra el pañuelo.

—¿Por qué me lo das?

—Por si un día necesitas mi ayuda o si solo quieres hablar. —Trago saliva costosamente, esperando otra respuesta suya, pero nunca viene.

Hasta que al rato de estar en silencio, ella lo rompe diciéndome:

—Es tan... extraño.

—¿El qué? —pregunto, arrugando la frente.

Gillian mueve los hombros con pesadez, pensando a lo mejor en una posible respuesta para mí. Yo solo puedo observarla a su lado y sentados en este cuadrilátero, mientras esperamos que Ernesto arregle lo de la gasolina y esperando que no vuelva a abrir esa boca que tiene.

Ella solo puede mover y mover, consiguiendo arrugar un poco el pañuelo y mirando hacia un punto fijo del lugar. Yo, ansioso por su respuesta, espero en silencio, bajo este techo desconocido de un gimnasio distinto y lejano al nuestro. Entonces, Gillian pone su cabeza sobre mi hombro, descansando y yo sonrío como un idiota ante ese gesto.

—Cuando estoy a tu lado —dice sin más— es como si todo lo que he conocido en mi vida, solo fuese una mancha en un diario. Y contigo a mi lado escribiese una página completamente nueva y limpia.

—En el fondo eres romántica.

—Muy en el fondo.

—Gillian, realmente la noche del muelle disfruté contigo. ¿Por qué no podemos tener otra salida así?

Ella se reincorpora y me observa algo nerviosa.

—¿Otra cita?

—Sí... —susurro rápidamente y con el corazón a punto de superar el límite de rapidez.

Pero cuando ella va a decir algo, Ernesto entra con su primo escandaloso y muevo los ojos con pesadez.

Se nota que son primos.

—¡Venga chicos! Ya es hora de sobar —dice Mango desde la puerta del local.

Gillian y yo nos despedimos del dueño del gimnasio y llegamos al coche algo cansados por el día de hoy, y nos dirigimos de nuevo a la carretera. Esta vez los tres callados y una pequeña sonrisa mía se escapa, llamando la atención de Ernesto que me mira como un gilipollas viendo una novela que suele ver su abuela.

Así que cuando dejamos a Gillian sola a estas horas de la noche, con la poca gracia que me

hace, en el gimnasio al que vamos nosotros para que ella pueda dirigirse a ese barrio peligroso y que no quiere que la llevemos, Ernesto aprovecha para hablar.

—Enamorado no, lo siguiente.

13

Verdad

Si tuviese que elegir entre estar solo durante el resto de mi vida o ir de bar en bar con Ernesto, sin lugar a dudas elegiría lo primero.

¿Por qué digo esto? Porque en este mismo momento estoy en un bar con un Ernesto borracho como una cuba. Ni siquiera sé por qué decidí aceptar a su petición, supongo que porque no tendría nada mejor que hacer.

Así que mientras mi amigo sigue tragando como si no tuviese estómago, yo simplemente me decanto por la única cerveza que tengo en la mano desde que entramos aquí y pienso en lo que ha estado pasando todos estos días. Sobre todo, por el último combate que tuvo Gillian y que se hizo hace dos días. Ni siquiera puedo dejar de pensar en lo asustada que estaba, a pesar de haber ganado, cuando aquel tipo se acercó a nosotros.

Toco con la yema de mi dedo índice el borde de la botella de cristal de cerveza, mientras observo un punto fijo del bar. Justo sentados en la barra del mismo y con un camarero que no deja de limpiar vasos con el mismo paño sucio y viejo, observo el cristal que hay detrás de las botellas de Whisky.

Por más que lo intento no puedo dejar de preocuparme por Gillian. Y, por más que lo ensayo, su rostro lleno de miedo cruza en mi mente.

No hace falta ser un idiota para saber que ese hombre tiene las de ganar con todo lo que le rodea a ella. Miles de preguntas se amontonan en mi cabeza y ninguna es buena.

Lo que más me gustaría saber es cómo se metió Gillian en eso. ¿Fue en algún momento de su vida que no tendría dinero o, simplemente, es otro tema?

Me resulta imposible que fuese por dinero, ya que como bien ha dicho ella, lleva metida en esto mucho tiempo, tanto que incluso fue criada así. Eso me da a entender que a ella le inculcaron unos valores completamente distintos y le enseñaron a hacer cosas que un niño no tendría que hacer a su edad.

—Oye, hermano... ¿Sabes que te quiero? —dice embobado Ernesto, alargando demasiado las palabras de la borrachera que lleva encima.

—Sí, lo sé.

—Pero ¿sabes que te quiero mucho? Tanto... que te dejo que me pagues la gasolina — responde con una sonrisa mientras intenta darme un pequeño toque con el puño, pero no atina y tengo que agarrarlo para que no se caiga.

—Creo que ya has bebido demasiado... —hablo, haciéndole una señal de cabeza al camarero para que se lleve todas estas cervezas que ha ido amontonando Ernesto desde que llegó.

El camarero le trae un vaso de agua y él lo mira como si no fuese gran cosa.

—Muchos en el mundo morirían por un vaso de agua —le digo cuando lo veo mirar con extrañeza.

—Oye... —dice seguido de un hipo y a punto de quedarse dormido encima de la mesa de madera—. Llevas días muy pensativo con lo de Diablo.

Trago saliva y lo vuelvo a observar, esta vez con la misma cara que puso él cuando el camarero le entregó el vaso de agua.

—¿Tanto se me nota?

—No... Lo que se te nota es que estas *enamoraíto perdío*, hermano. —Traga un poco de agua y vuelve a ponerlo sobre la mesa con cara de mal gusto—. Vaya, esto está de *pinga*^[3] —le dice al camarero con cara de pocos amigos.

Vuelvo a agarrar la cerveza, esta vez sin darle un trago mientras pienso en lo que me ha dicho.

—Explícame algo: ¿qué es lo que le hace ese hombre a Gillian? Tú, al igual que yo, viste el temor que había en sus ojos después de ver a ese tal... Vladimir.

Espero unos segundos a que él me conteste, pero cuando no escucho respuesta alguna, lo observo, viendo que está dormido sobre sus brazos cruzados en la mesa, aprieto la mandíbula con cabreo.

—¡Nesto! ¡Tu abuela está aquí!

Él levanta la cabeza con rapidez, mirando hacia todos lados del lugar con los ojos abiertos de par en par.

—¡Abuelita, no he bebido nada! —dice velozmente y me observa, mientras que yo le regalo la cara de mala hostia—. Oh... Claro... Yo creo que Gillian sufre cuando llega a ese barrio al que nunca deja que vayamos.

Trago saliva cuando él me dice eso y, sin lugar a dudas, dejo la cerveza a un lado mientras observo el espejo que tengo frente a mí.

—Una vez conocí a una chica que estaba metida en esto hasta el fondo, socio. Y ella me dijo que cada vez que perdía una pelea, abusaban sexualmente de ella como castigo. —Abro los ojos como platos cuando él me dice eso y lo observo a pesar de lo mal que está de tanta bebida—. Por eso ganar era su máxima prioridad. Y creo que a Gillian le ocurre lo mismo, al igual que todas las mujeres que luchan ahí.

Aprieto mi puño con fuerza sin sentir los dedos de mi mano y cierro los ojos mientras intento controlar la respiración. Ahora todo tiene sentido y el magnífico hijo de puta de la otra noche lo confirmo gracias a Ernesto. Es en este momento cuando todo comienza a cobrar sentido y más ahora.

Y no me pienso quedar con los brazos cruzados ahora que Ernesto me acaba de decir una verdad dura de la realidad en la que vive Gillian. Una asquerosa realidad, en la que viven muchas mujeres.

—Es como... algo parecido a una trata de personas. Pero en vez de prostituirse obligatoriamente pelean para que otros se lucren por su actividad.

Miro a los ojos ya cerrados de Ernesto y, acercándome a él para que pueda verme, toco su hombro para que no se duerma.

—¿Qué le ocurrió a esa chica?

Ante esa pregunta, Ernesto abre los ojos y su mirada se torna oscura como una noche sin luz constante. Pero él no busca una respuesta clara, sino que intenta sacar las palabras adecuadas como si eso le afectase sentimentalmente.

—Tenía heridas internas, cortes por todo el cuerpo, moretones y la mataron con un disparo

en la cabeza... La habían torturado por hablar más de la cuenta —susurra intentando mirar hacia otro lado como si recordase esa escena o si la hubiese visto con sus propios ojos—. Era mi mejor amiga, J.

Abro la boca para decir algo, pero mejor me callo y observo la culpabilidad que tiene mi amigo como si un peso pesado lo cubriese todo el tiempo.

—Fue mi culpa por indagar demasiado y querer saber más. Porque siempre la veía decaída... Siempre. Por eso no quiero preguntarle nada a Gillian ni mucho menos saber nada. — Él me mira con los ojos rojos, pudiendo ser por el alcohol o por lo que le ocurrió a su mejor amiga—. Antes era como tú, Jasper. Y por preguntar demasiado y querer más respuestas, alguien a quien yo apreciaba mucho murió... ¿Quieres que eso le pase a Gillian?

Y con esa pregunta basta para que los dos dejemos ese tema de lado y no volvamos a tocarlo, al menos, durante el tiempo que estamos en este lugar bebiendo cerveza y dejando que el tiempo pase, como la tristeza de Gillian.



—¡Viejo! ¡Quiero verte mover esas caderas! —grita una mujer que vive en la parte de abajo del motel y el hombre al que se refería está sentado en una de las sillas de plástico que hay colocadas en una parte del aparcamiento.

—Yo hace años que no las muevo —responde el hombre con cabreo.

—Venga, mi vida. Seguro que las movías y muy bien en tu juventud —vuelve a decir la mujer mientras baila al son de la música cubana que hemos puesto todos los vecinos para hacer una pequeña fiesta esta noche.

A la abuelita parece que le gusta hacer una fiesta cada cierto tiempo los domingos por la noche con todos los que vivimos aquí. Así que yo soy la nueva incorporación. Estamos todos juntos, sentados frente a una mesa y en medio de los aparcamientos, con unos farolillos colgados por cada rincón del lugar, dándole un toque sutil.

Así que mientras unos bailan y otros hablan sin parar, yo, simplemente, me quedo sentado dándole vueltas a lo que me dijo el muy borracho de Ernesto. Hasta que el mismo viene y me da un fuerte bofetón en la espalda.

—Ay, lo siento. No me acordaba de lo de tu espalda, *brother*... —Se sienta a mi lado y se coloca como si estuviese en el sofá de su casa—. Estás en candela, primo.

Yo lo miro con extrañeza y levantando una ceja le pregunto:

—¿En candela?

—Sí, coño. Significa que estás muy feo, estás mal... ¿Qué te pasa?

Yo muevo los hombros, intentando que no tenga importancia, pero parece que Ernesto no me va a dejar tranquilo durante un buen rato, al menos, hasta que no le diga lo que me ocurre.

—No dejo de darle vueltas a lo que me dijo tu «yo borracho».

—Eres un tío que le da muchas vueltas a las cosas, muchacho.

—Lo sé... —susurro mientras veo cómo muchos disfrutan de la noche bailando como si fuese la última.

—Mira a tu alrededor... —dice, para luego acercarse a mí y susurrarme—: Y disfruta.

Me quedo un rato en silencio y niego con la cabeza ante lo que me acaba de decir. Pero una sonrisa se me escapa de la boca.

—¡Esto es Cuba, hermano! —grita, levantándose de la mesa, señalando todo este lugar y observándome—. Olvídate de todos tus problemas y deja descansar tu mente por una noche.

Niego con la cabeza y Ernesto se dirige a su hermana Lizeth, que en estos momentos tiene un libro entre las manos, cosa que siempre suele hacer desde que la conozco. Sin lugar a dudas, es totalmente distinta a su hermano.

Bueno, Ernesto es Ernesto.

—¿Así es como piensas pillar a un *jevito*?

Su hermana se le queda mirando con cara de pocos amigos y cierra el libro para luego dejarlo encima de la mesa.

Aún me parece extraño que «jevito» aquí signifique «novio».

—¿Y a ti qué te importa, *hermanito*? —responde con recochineo a Nesto.

—Oh, venga. Metida entre esas páginas solo soñarás con hombres que no existen, *chama*.

Y lo más gracioso no es ver a Ernesto intentar que su hermana se mezcle con todos en la fiesta, sino como ella lo ignora agarrando su libro y leyendo de nuevo por donde lo dejo. Intento ocultar mi risa, para que ninguno de los dos se percate de que estoy escuchando y él, sin avisarla ni nada, agarra su libro y lo cierra sin ni siquiera ponerle el marcapáginas. Yo toso repetidas veces al ver el rostro que se le ha quedado a Lizeth e intento mirar hacia otro lado.

—¡Serás cabrón! Malparido... —dice ella, levantándose de la mesa.

—¡A bailar! —grita Ernesto, ignorando los insultos de su hermana, agarrándola de la mano y llevándosela a la pista imaginaria de baile en el aparcamiento.

Mientras veo a algunas personas bailando y otras simplemente hablan, como bien dije antes, yo me quedo sentado disfrutando de la vista. A pesar de que hoy no tenga ganas de bailar y que parezco un bicho raro en Cuba por esa misma razón: no me importa. Sonrío cuando veo al viejo discutir con la mujer de antes. Me divierto viendo a los dos hermanos bailando, a pesar de la discusión de antes. Disfruto de esta música y de este sentimiento único que tienen todos ellos.

Entonces, escuchando esa canción que hay de fondo, yo solo puedo levantar la cabeza y observar la noche estrellada de Cuba, casi a punto de llegar agosto. El poco tiempo que llevo viviendo aquí y que ha conseguido cambiar mi vida por completo. Un lugar increíble, con el que siento que he encontrado mi puesto en este mundo, a pesar de las contradicciones que me ponía antes de llegar al aeropuerto el mes pasado.

—Jaspito, ¿estás disfrutando de la fiesta? —Escucho la voz de la dueña de todo esto y me estoy comenzando a acostumbrar que me llame así.

Levanto la cabeza de la silla de plástico y la miro con una sonrisa.

—Sí... Es increíble todo esto —susurro y ella se sienta en la silla que hay a mi lado para charlar un rato conmigo—. Has creado una gran familia en este motel.

—Me gusta llevarme bien con todo el mundo. Y pienso que todos merecemos una oportunidad —responde ella sin más.

Ella saca de su bolsillo un puro y lo enciende para luego comenzar a fumar a mi lado, llegándome todo el humo del mismo a mi olfato. Pero conociendo a esta mujer, mejor que no la cabree. Por lo que me alejo un poco, para así poder respirar mejor.

Y sin venir a cuento en esta misma noche, decido hacerle una pregunta a una mujer que ha vivido mucho más que cualquiera de los presentes.

—¿Alguna vez te has enamorado? —Al escuchar de mi propia voz lo que le acabo de

preguntar a esta mujer que hay frente a mis ojos, una pizca de arrepentimiento se asoma.

Pero una vez hecha una pregunta, nunca más se retira.

—¿Quién no lo ha hecho alguna vez? —me responde con otra pregunta que deja más que claro que su sonrisa lo afirma.

Rozo mi barba de tres días a modo de poder pensar mucho mejor y con más claridad para la siguiente pregunta que le haré. Siendo, posiblemente, el inquilino más preguntón que ha tenido en su vida.

—¿Y cómo supiste que era la persona correcta?

Dejando la pregunta en el aire, ella toma otra calada de su puro y lo echa al exterior, mirando hacia otro lado como si buscara una inspiración para su próxima respuesta.

—Nunca se sabe —dice sin más. Pero sé que esa no es su única respuesta, por lo que yo sigo observando cada movimiento de la anciana—. Pero el destino es muy caprichoso y si él quiere que estén juntos, lo estarán. —Ante su nueva respuesta, me observa a los ojos y se acerca a mí, achinando los suyos—. Ha llegado a mis oídos que la chica del otro día es muy problemática...

—¿Y cree en esos comentarios?—digo sin más, sin importarme lo que piense ella de Gillian.

—Yo no juzgo a nadie por lo que hace en su vida privada. Y tú más que nadie deberías saberlo —me contesta con tranquilidad, junto con una sonrisa de las suyas—. Por cierto, tienes una llamada en la recepción.

Y, al decirme esto, se levanta guiñándome un ojo y luego se marcha con los demás a seguir esa charla interesante que tienen los que están sentados.

Yo, sin esperar un segundo más y extrañándome de esa llamada, me levanto rápidamente de mi silla de plástico y voy camino hacia el pequeño lugar junto con el ruido que hay en el exterior y cierro la puerta, para que no se escuche demasiado.

Observo el teléfono de disco de color verde aceituna, que en estos momentos está descolgado encima de la mesa llena de papeles que suele tener siempre descolocado la dueña y me siento frente a la mesa para, acto seguido, agarrar el teléfono.

—¿Diga? —pregunto, esperando una voz lejana en el teléfono.

Pero solo puedo escuchar una respiración entrecortada de alguien, notando como si esa persona estuviese temblando de frío o de miedo. Y en Cuba, dudo que alguien tiemble por frío.

—¿Hola? —vuelvo a hablar, para que la persona que esté detrás del teléfono me diga algo.

Y en el mismo instante que yo voy a colgar el teléfono, por si acaso es una simple broma, alguien carraspea, como si intentase decir algo.

—Jasper...

La voz de Gillian hace saltar todas mis alarmas y vuelvo a pegar el teléfono a mi oreja izquierda con rapidez.

—Gillian, ¿estás bien? —pregunto rápidamente por miedo a que le haya pasado algo malo y me esté llamando por eso mismo.

Pero de nuevo el silencio es el protagonista en estos momentos y solo puedo tener paciencia hasta que ella pueda decir algo más que mi nombre.

—Sí... —murmura tan bajito que casi no la escucho, pero hago un fuerte esfuerzo por entenderla y, con el corazón en un puño, espero a que ella siga hablando—. Solo quería escucharte.

Mis cejas se juntan cuando escucho esa frase de tres palabras y me extraño completamente

por la complejidad de ese mensaje porque en el fondo sé que ella no está bien y mucho más conociéndola.

Pero antes de decir otra gilipollez que haga que ella me cuelgue o, simplemente, se enfade conmigo, decido seguirle la corriente. Porque sé que de esta manera la protegeré mejor de lo que estaba haciendo antes... Si pregunto demasiado, ella sufriría las consecuencias y eso es lo último que quiero.

—Nunca pensé que me llamarías —digo, sonriendo falsamente, sabiendo la gravedad del problema y puedo sentir una pequeña risa tras la llamada.

—Sí... —Sorbe un poco su nariz, notando que ha estado llorando y luego carraspea de nuevo, con la voz temblorosa—. Estaba... aburrida.

Sonrí de nuevo con desgana y con ese simple mensaje sé que a ella le ha pasado algo esta noche y que simplemente quiere hablar conmigo... O pedirme ayuda de una forma sutil por si alguien ha decidido espiarla.

—Espero verte mañana en el entrenamiento... —susurro, intentando trasmitirle una frase distinta, que si ella lo entiende, sabré si está bien o no.

Con esto quiero saber si realmente está bien, con un lenguaje distinto. Si no puedo saberlo de una forma, puedo hacerlo de otra.

—Aunque esté sin fuerzas, siempre iré.

Trago saliva, confirmando lo que ya me imaginaba y no podía ser menos, cuando oigo que vuelve a sorber de nuevo con la nariz. Con esto, consigue que se me rompa el corazón. Saber que ella lo está pasando realmente mal y yo ni siquiera puedo hacer nada para ayudarla.

Así que durante unos minutos hablamos de tonterías y cosas sin sentido, simplemente, para distraernos los dos de las cosas malas que nos rodean. En este caso, lo malo que le rodea a ella. Y aunque esté hablando conmigo mientras se ríe por algunas cosas que digo yo, sé que lo malo que le ha estado ocurriendo durante el día de hoy no se le va a olvidar.

Solo soy una persona que intenta ayudar con palabras, pero hay veces que las palabras no sirven por horrible que suene.

Gillian lanza un suspiro sonoro, como si estuviese cansada de la vida o de todo lo que le está ocurriendo.

—Lo mejor que he hecho hoy ha sido llamarte, J.

Y luego, su voz deja de sonar para oírse el final de la llamada tras colgarme el teléfono.

14

Prohibido

—¿Dónde está Gillian?—le pregunto a Ernesto cuando lo veo coquetear con una de las chicas que entrena boxeo aquí.

—No sé, *brother*. Debería de haber venido hace treinta minutos —me responde él y yo niego con la cabeza, poniéndome de los nervios.

Ella podrá ser muchas cosas, pero nunca llega tarde a un sitio. Y desde que anoche me dejase aquella llamada, me ha sido imposible dejar de pensar en su voz temblorosa y llorosa. Así que mientras sigo esperándola, doy vueltas y vueltas en el gimnasio como si esperase a alguien en un hospital y me siento en las gradas del lugar.

Durante los siguientes cinco minutos, veo que Ernesto todavía sigue coqueteando con la chica y niego con la cabeza, sabiendo que este hombre nunca va a cambiar.

Comienzo a abanicarme con una hoja de papel por el horrible calor que hace hoy en este lugar. Me habré quejado muchas veces de las altas temperaturas que tiene Cuba, pero hoy se supera, siento cómo mi camiseta de tiras se pega más a mi cuerpo por el sudor y eso que no soy un hombre que sude demasiado. Pero ¿cómo no voy a sudar? Con este calor...

—Perdona la tardanza. Tuve un pequeño problema cuando iba a salir... —dice la voz de Gillian y yo levanto la cabeza rápidamente, dejando de abanicarme.

—Menos mal, chica. Pensé que te habías olvidado con esa cabeza hueca que tienes —le responde Ernesto y ella deja la mochila cerca de mí, para luego sacar los guantes viejos y estropeados, esos de los que pensé que se había librado.

Por el rabillo del ojo puedo ver a Ernesto que me observa por la expresión que acabo de poner y me levanto del asiento.

—¿Y los guantes que te regalé? —pregunto, observando cada movimiento que ella hace.

Una arruga se dibuja en el espacio que hay entre mis cejas y ella lo ve a la perfección.

—Oh... Pensé que... No quiero estropearlos para entrenar —dice mientras traga saliva e intenta olvidarse de algo que acababa de recordar.

Aprieto mi mandíbula y, aguantándome para no hacerle un millón de preguntas y sin dejar de mirarla, pongo mis manos en mis caderas.

—Ernesto.

—Dime —me responde rápidamente él, notando la tensión del momento.

—¿Puedes preparar el saco de boxeo para Gillian?

Y sabiendo que no es necesario prepararlo, simplemente, Ernesto responde con un «sí» deseando irse de nuestro lado, sabiendo que entre ella y yo va a ver algo más que palabras.

Así que mientras Ernesto aligera el paso para irse al lugar que le dije, noto que Gillian traga saliva e intenta alejarse lentamente de mi cercanía.

Pero yo, rápidamente, agarro su brazo y la hago girarse hacia mí. Analizo su mirada,

esperando encontrar una respuesta concisa, pero solo puedo observar como sus pupilas se dilatan ante el momento.

—Anoche... ¿Por qué me llamaste?

Ella mueve los hombros como si no tuviese importancia.

—Quería hablar contigo.

—Ambos sabemos que no era solo para eso —susurro, sin dejar de mirarla ni un solo segundo.

Gillian, al verme así, trata de aguantar la mirada, pero solo lo consigue apenas unos segundos y luego los retira, observando un punto fijo del lugar. Ninguno dice nada más: todo está dicho y, mucho más, ahora que sé del peligro que sufre ella si sigo metiendo el dedo en la llaga. Por lo cual, retirando mi mirada de su rostro misterioso y lleno de culpa como si hubiese hecho algo malo anteriormente, observo sus guantes viejos, dejándome claro que el que quiera que sea no quiere que lleve cosas para protegerse mejor de los golpes.

Y cambiando de un rostro más demacrado por todo lo que está pasando, suelto su mano delicadamente y me doy la vuelta, negando la cabeza y sintiendo los ojos verdes de Gillian clavados en mi nuca para caminar hacia donde está Ernesto. Ella trata de decirme algo al verme así y lo único que consigue es carraspear y luego seguirme.

—Bueno, hoy va a ser un entrenamiento distinto al de las otras veces —le digo a Gillian.

Ambos, Ernesto y Gillian, me observan extrañados. De mi mochila saco unos guantes para mí y, acto seguido, saco vendas para cubrir mis puños de los golpes como le he enseñado a hacer a Gillian. Ellos dos me siguen mirando como si fuese el nuevo de la clase y yo les dedico una mirada para que dejen de mirarme.

Y lo hacen.

—Bueno, hoy vamos a luchar tú y yo, Gillian. Ernesto será el árbitro —digo mientras me acerco al saco que guardó Ernesto, y lo señalo—. Vamos a calentar unos minutos dando golpes al saco y luego comenzaremos con el entrenamiento.

Gillian, que parece que no ha entendido nada de lo que he dicho, se acerca sigilosamente a mí, mientras que yo observo cada movimiento de ella. Aprovecho para ponerme los guantes rojos que me compré el otro día para cuando utilizase este entrenamiento con ella y comienzo a sentirme agobiado por el calor que desprende este lugar.

—¿Cómo que vamos a luchar? —pregunta lentamente con las cejas muy juntas.

—No vamos a pegarnos de verdad —le aclaro y ella mueve la cabeza lentamente.

Entonces, sin más preguntas por parte de nadie, los dos comenzamos a dar puñetazos en el saco de boxeo para así poder calentar y estar bien a la hora de empezar la pequeña batalla. Tengo en mente algunos trucos para Gillian que la ayudarán mucho a la hora de luchar contra los rivales.

—¿Seguro que no fuiste boxeador? —pregunta Ernesto y yo, sin ni siquiera mirarlo, asiento con la cabeza—. Pues tienes una buena técnica.

—Mi padre nos enseñó a mi hermano y a mí todos los trucos que sabía de boxeo.

—Vaya... ¿fue boxeador? —pregunta Ernesto, deseando saber más sobre mi padre.

Yo, sin decirle nada, dejo de dar golpes al saco para poder mirarlo. Le sonrío mientras que asiento con la cabeza y respiro profundamente.

—En su juventud lo fue.

—*Wow*, hermano... Y ahora tú estás en la cuna del boxeo. —Señala este lugar orgullosamente—. Aquí han entrenado los mejores boxeadores y muchos de ellos son cubanos.

Yo asiento con una sonrisa y vuelvo a mi calentamiento junto con Gillian, que ha estado

escuchando atentamente lo que yo he dicho sobre mi padre.

—Como el magnífico Kid Chocolate... Un artista del *ring* —responde Ernesto, sentándose por un lateral del cuadrilátero.

Vuelvo a asentir y luego observo a Gillian.

—¿Comenzamos la batalla? —pregunto, y ella asiente en respuesta.

—Hermano, estás que pareces una piscina —dice Nesto, riéndose.

—Hace un calor de mil demonios hoy.

—Pues quítate la camiseta, que aquí casi nadie la tiene —me indica él y yo observo a todos los que boxean aquí y, sin duda, es cierto.

Me quito de nuevo los guantes y, quitándome la camiseta blanca, no siento ningún aire fresco en el aire. Tiro la prenda en la esquina del *ring* y subimos los dos al cuadrilátero. Le explico a Gillian que no habrá golpes solo simulaciones para que ninguno de los dos salga herido para, de esta forma, conseguir que tenga más técnica y que el próximo combate, como el de la semana pasada, tenga el mismo éxito, pero con menos heridas.

Pero mientras le explico, puedo ver que ella no deja de observar mi estómago, como si estuviese hipnotizada por lo que estuviese viendo. Yo sigo su mirada y me observo el estómago, para luego volver a observarla y llamar su atención.

—¿Qué pasa?

Gillian, con los labios entreabiertos, traga saliva costosamente y niega con la cabeza.

—Eh... Oh... Nada, nada.

—Ya me has visto sin camisa, Gillian.

Ella mueve los hombros ante mi respuesta y aprieta sus labios fuertemente.

—Sí, y por eso me estás despistando.

Muevo los ojos hacia arriba y, con una sonrisa, camino hacia la esquina del cuadrilátero para así poder agarrar mi camiseta y ponérmela de nuevo.

—No, no —se apresura a decir ella—. No es necesario que te la pongas... Con el calor que hace.

—Gillian, hay que entrenar y así lo único que consigo es distraerte.

—Que te he dicho que no te la pongas, coño —me dice con muy mala hostia.

Suelto la camiseta rápidamente mientras la observo con los ojos como platos y el ruido que hace la garganta de Ernesto, como si se estuviese aguantando la risa, hace que lo miremos al instante.

—Sigán, sigán... —dice él, apretando mucho los labios para no reírse.

Yo niego con la cabeza, mientras que Gillian parece disfrutar de las vistas por la sonrisita que tiene dibujada en su rostro.

Comenzamos la pequeña batalla y, sin ni siquiera rozarnos por cada golpe que hacemos, vamos entrenando. A veces esquivo sus «golpes» y la engaño poniendo mi puño cerca de las costillas que, en estos momentos, no ha sabido proteger a la perfección. Así que, físicamente, le voy enseñando como tiene que actuar ante su propia defensa, porque en el boxeo no solo es importante dar golpes, sino también esquivarlos y defenderse.

Movimiento tras movimiento, ella poco a poco va entendiendo todo lo que le estoy enseñando y, aunque solo sea una parte del entrenamiento de la semana, es suficiente para que en un futuro lo aplique. Aunque tendremos que mejorar en muchos aspectos.

Esquivo rápidamente uno de sus golpes, agachándome frente a ella, pero al hacer este movimiento, Gillian me pega fuertemente justo en la nariz, dejándome casi mareado y paro un

poco el ejercicio.

—¡Oh, mierda! Lo siento, Jasper —dice rápidamente, acercándose a mí y quitándose sus guantes con rapidez.

—Vaya, vaya, hermano. Tienes un imán para las hostias. —Comienza a reírse Ernesto nada más terminar su frase, consiguiendo que me entren más ganas de darle a él una buena patada en sus huevos.

—Lo siento, Jasper... De verdad. —Ella sube mi barbilla para ver cómo tengo la nariz y sus ojos se agrandan como si viese algo extraño.

—No pasa nada, Gillian. No es la primera vez que me llevo un regalo así en el boxeo. — Sonríe cuando la veo tan preocupada.

Gillian busca algo con rapidez y, casi chillándole a Ernesto, le pide una toalla que tiene en su mochila. El mismo se la entrega y Gillian, con una voz demasiado estricta, me obliga a sentarme sobre el *ring*. Ella se pega a mí y Ernesto no es menos, ya que también se acerca como espectador.

Ella pone la toalla sobre mi nariz y la misma comienza a mancharse de un color rojo. Yo agarro la toalla rápidamente y le hago una señal a los dos para que no se preocupen tanto.

Ni que fuese la primera vez que me dan un golpe en el rostro.

—No se preocupen, chicos. Estoy bien...

—No, no estás bien. Tienes que ir al médico —dice Gillian y Ernesto, simplemente, asiente, sin dejar de mirarme la nariz llena de sangre.

Muevo los ojos hacia arriba, cansado, y asiento con la cabeza.



Dos días después del pequeño accidente en el cuadrilátero, me encuentro metido dentro de mi coche, esperando cualquier movimiento en la calle.

He decidido que si no puedo hacer preguntas, al menos puedo observar. Así que ahora estoy vigilando el barrio de Gillian, esperando cualquier pista o indicio de lo que ocurre dentro de cada una de esas casas completamente viejas y poco cuidadas, nada comparadas con las que hay en el centro de la ciudad.

Es por ello que ni siquiera Ernesto sabe lo que estoy haciendo esta noche, a mitad de semana y en un barrio poco agradable.

Las luces de las farolas están encendidas, pero alumbran muy poco y muchos coches demasiado bien cuidados —una completa contradicción de lo que es el barrio— me llaman la atención.

Si los dueños de esos coches viven aquí, ¿cómo pueden tener coches tan lujosos en una calle que podría abundar el miedo y la miseria tranquilamente? Y la única respuesta que le puedo dar ante todo esto es porque aquí esta mafia —porque eso es lo que son los hombres de Diablo—, hace sus negocios aquí. Y no me extrañaría que, aparte de Gillian, vivan más mujeres luchadoras en esta zona, en cada una de esas casas.

Y como bien dijo el Ernesto borracho, esto es como una trata de personas, pero que en vez de prostituirlas ilegalmente, las obligan a pelearse entre ellas para el mismo propósito: lucrarse.

Aprieto el volante, a pesar de que el coche lo tenga apagado y demasiado lejos de esa calle para que no me vean ninguno de ellos. Me es imposible no pensar en Gillian y, sobre todo, en cómo puedo sacarla de este sitio. Sé que Ernesto me dijo que es prácticamente imposible, pero siempre hay una manera... Siempre hay algo que se puede hacer.

Y, a partir de ahora, en tan solo tres segundos, puedo ver por el rabillo del ojo la silueta de alguien al lado de mi coche.

Un fuerte ruido se escucha rompiendo la ventana de mi vehículo y la única reacción que tengo yo es taparme el rostro con los brazos para que los cristales no me hagan daño.

Acto seguido, alguien consigue abrir la puerta de mi coche y, para cuando quiero mirar, un fuerte golpe en la cabeza hace que cierre los ojos, perdiendo el conocimiento.

15

Tortura

Una suave luz frente a mis párpados y un fuerte dolor de cabeza consiguen que me despierte poco a poco, hasta poder abrir por completo los ojos y observar a un hombre frente a mí, observándome.

Levanta su mano rápidamente para luego estamparse en mi mejilla izquierda y ahora sí se puede decir que he abierto los ojos.

—*Che*, ya era hora de que te despertases. —Habla con un acento argentino muy marcado.

Con mis labios entreabiertos intento asimilar qué es lo que está pasando, por lo que observo el lugar en el que estoy. En este momento, es cuando me doy de cuenta de que mis brazos están atados en la parte de atrás de la silla en la que estoy sentado. Me observo a mí mismo y estoy atado de pies y manos en la misma, con tan solo mi ropa interior puesta, y mis alarmas se encienden.

Unas manos se ponen sobre mis hombros y muevo la cabeza hacia ambos lados, descubriendo que hay dos hombres a cada lado de mí.

Una risa proveniente del hombre con el acento argentino se escucha por todo el cuarto y hace que lo mire.

Este lugar está completamente oscuro, pero una lámpara estropeada ilumina parte de las cosas que hay aquí dentro e intento observar esa mesa que hay detrás de él, pero su mano agarra mi barbilla con brusquedad y me hace volver a mirarlo a los ojos, que no logro distinguir por lo oscuro que está.

—¿No sabés que en este lugar está prohibido el paso? Sos reboludo.

Ignoro completamente lo que me ha dicho para volver a ver el lugar y buscar una ventana para saber si sigo aún en la misma calle o, simplemente, me han llevado a otro lugar. Pero, de nuevo, su mano se estampa en mi mejilla, consiguen hormiguearme ese lugar.

—¿Contéstame ya?! —me grita, y yo aprieto la mandíbula, sin decirle nada.

Trago saliva cuando él les hace un gesto con la cabeza a los hombres que hay al lado de mí y mi corazón comienza a ir casi a mil por hora.

Veo cómo uno se agacha para retirar el asiento de la silla y parte de mi zona se queda sin poder apoyarse, solo en el borde el asiento es donde puedo sentarme. Respiro entrecortadamente al ver que otro le entrega al argentino un pequeño látigo de tiras y ya puedo imaginarme qué tipo de tortura me van a hacer.

—Si te portás bien, no te quitaré los calzones. ¿Comprendés? —dice, y yo, simplemente, observo atentamente cada movimiento que hace. Entonces, él observa al hombre que quitó parte de la silla donde, supuestamente, estoy sentado—. Prepárame la vara de hierro.

El hombre asiente y no comprendo lo que significa esa frase. Si es una simple frase en clave o es que piensa torturarme también con eso.

—Si hablás... no habrá problema —susurra cerca de mí, y yo cierro los ojos, esperando que esto pase pronto—. ¿Qué hacías aquí?

Ante su pregunta, decido no hablar para no involucrarla a ella a pesar de lo que me vayan a hacer ellos.

Él resopla, como si no le gustase lo que estoy haciendo y se aleja un poco de mí, sin dejar de analizarme.

—Te lo vuelvo a repetir: ¿Qué estabas haciendo aquí?

Aprieto los labios fuertemente, esperando el primer contacto con el látigo y, al ver que no quiero decir nada, se acerca al hombre de detrás de él con las manos cruzadas y le susurra algo al oído, por lo que el mismo asiente en respuesta.

—Visto que no querés ayudar... tendremos que tomar medidas estrictas.

El hombre al que le habló se acerca a mí con unas tijeras y comienza a cortarme la única tela que tenía sobre mi cuerpo, retirándolo por completo y yo cierro los ojos, mientras aprieto los dientes.

El argentino se pone a mi izquierda y, sin mirarlo directamente, puedo observar que por el rabillo él mueve su brazo derecho y, con toda la fuerza del mundo, estampa el látigo en mi zona íntima, haciéndome temblar de dolor y sufrimiento. Un pequeño chillido se escucha en mi garganta e intento aguantar el primer impacto.

—¿Trabajás para la poli?

Vuelvo a quedarme callado por su segunda pregunta y otro impacto, más fuerte y doloroso que el anterior, sacude mi cuerpo. Una lágrima traicionera se escapa y comienza a hacer un suave recorrido por mi rostro hasta la barbilla. El argentino se burla de mí y comienza una risa que contagia a todos los que están en la sala menos a mí.

—Duele, ¿verdad? —pregunta, pegado a mi oreja como una mosca cojonera—. El impacto que hace el látigo en tu piel más sensible, entre el trasero y tu... *amiguito*.

Lo observo con cara de pocos amigos y él vuelve a reírse, como si esto le divirtiese.

—Habla y no te volveré hacer esto. —Señala el látigo y yo trago saliva—. ¿Venís a ayudar a una de las luchadoras?

Mi silencio sigue en activo sin importarme que vuelva a seguir haciéndome esto.

Sé que la culpa es mía por no hacer caso a lo que me decía Gillian y ahora lo estoy pagando. Pero lo último que pienso hacer es meterla en esto. Si ellos me pueden hacer daño a mí, lo demás no me importa.

Él se aleja lentamente y juraría que puedo contar los segundos nerviosamente en la mente, antes de que comience, y varios latigazos seguidos se estampan en mi regazo, dejándome, seguramente, marca.

—Vaya, me estás dejando el suelo perdido de sangre —dice, y siento cómo el sudor comienza a aparecer por el momento que estoy sufriendo e intento que la sensibilidad no salga al exterior—. Pero vos estate tranquilo. Tu polla no sangra, es tu culo.

Los otros dos comienzan a reírse ante la última frase y yo solo puedo mirar hacia abajo, temblando y respirando profundamente para aguantar todo lo posible lo que me venga encima.

—Niño, traéme la vara de hierro recién salidita del horno.



Con la puerta cerrada, las cortinas corridas y una suave luz que sale de la lámpara que hay frente a mi mesa de noche de madera es suficiente para poder recuperarme física y mentalmente de la tortura que sufrí por culpa de mi curiosidad y por lo gilipollas que soy.

Hace tres días que ocurrió y lo único que he hecho es quedarme en la cama, sin poder moverme y sin salir a ningún lado. Sé que Ernesto ha estado varias veces intentando llamar a mi puerta, pero ninguna he abierto ni quiero hacerlo. Me siento un estúpido por no hacer caso de lo que me decía Gillian y el miedo porque ella sepa lo que he hecho se incrementa.

No me quiero acordar cuando la vara caliente se puso sobre mi pecho y creo que juraría que preferiría el látigo a eso. Supongo que eso es a lo que me expongo si no hago lo que me pide ella.

Varios toques en la puerta se escuchan y esta vez, para mi sorpresa, no es Ernesto.

—Jasper, por favor, abre la puerta. —La voz de Gillian se escucha detrás y observo la hora.

Son casi las once de la noche y mis alarmas se encienden, esperando que ella no insista en que abra la puerta para que no me vea.

Sé que se enfadará conmigo por lo que hice y si la veo tendré que contárselo. No puedo ocultarle algo a ella... No puedo.

—¡Jasper, por favor! Llevo días llamándote al teléfono del motel y me han dicho que no te han visto. Ernesto me dijo que no sabe nada de ti y yo sé que estás ahí... Por favor, abre. — Escucho la preocupación en su voz y cierro mis ojos con fuerza, despeinándome el pelo.

Varios toques en la puerta se escuchan durante unos minutos y, al rato, se deja de escuchar. Me siento como un idiota malnacido por no abrirle la puerta y no decirle lo que he hecho.

Sé que cometí el peor error de mi vida en ir allí, pero no por la tortura, sino por el miedo de que se diesen cuenta de que fui por Gillian y que ahora ella esté en más peligro de lo que ya estaba. A pesar de que no dije nada para así poder protegerla y de que ellos se pensaban que yo era un policía infiltrado, no estoy tranquilo. Pero me gané esa tortura por lo gilipollas que soy por no hacerle caso a ella.

De pronto, escucho que alguien forcejea con la ventana de mi piso y mis ojos se abren cuando la consigue abrir. Levanto la cabeza y veo cómo el cuerpo de Gillian se cuelga por la ventana.

—¿Pero...?

—Cállate, gilipollas. Llevo días preocupada por ti y no dabas señales de vida. Te vengo a visitar y ni me abres. Pareces una puñetera vieja acostado en la cama —dice, sin parar de hablar y con cara de mala leche mientras se acerca a mí y yo me tapo con la mano derecha el golpe que me dieron en el ojo aquellos tres.

Trago saliva, con el corazón a punto de salirse de mi boca y, cuando siento que la cama baja un poco por el poco peso de Gillian, solo espero que no me haga muchas preguntas, sintiendo ahora lo que siente ella cuando viene al gimnasio golpeada por alguien.

—¿Qué te pasa? —pregunta con cariño, sintiendo su mirada sobre mí.

Yo apenas puedo mirarla, más bien observo el viejo reloj que tengo sobre la mesa de noche, esperando poder encontrar respuestas para ella.

—¿Por qué no has venido a los entrenamientos? Si... no te encontrabas bien, podías

habérselo dicho a Ernesto. Lo comprendo. —Comienza a hablar y yo comienzo a mordirme el labio por nerviosismo—. Me tenías preocupada, Jasper.

Intentando buscar las palabras sabias para poder decírselas, parece que el tiempo que transcurre entre que ella me dijo la pregunta a las palabras que yo estoy buscando pasa, cuando ella toca mi brazo derecho y se acerca mucho más a mí.

Con el corazón en un puño, solo pido que no me haga mirarla, para que no descubra el moretón que tengo en el ojo.

—Jasper, quiero verte la cara.

Pero no hago caso a lo que me dice y una mano suave se posa sobre la mía, para así poder retirarla lentamente y juraría que su expresión cambia drásticamente al verme lo que le he estado ocultando.

—¿Quién te hizo eso? —pregunta rápidamente con extrema preocupación.

Yo saco un fuerte sonido de mi garganta, deseando que me trague la tierra y esperando no llevarme una bronca de su parte.

—Vas a odiarme por esto... —susurro, mirándola, y ella niega con la cabeza, como si ya se oliese lo que le voy a decir.

Se levanta lentamente de la cama y comienza a caminar por mi piso.

—Dime que no has ido a mi barrio... —dice lentamente, esperando una respuesta completamente distinta a la que le voy a dar.

Pero no puedo mentir.

No puedo hacérselo...

—Fui.

Gillian pone la mano derecha sobre su cabeza y echa para atrás su cabello, mientras observa un punto fijo de la ventana que hay a escasos metros de mi cama, donde yo me encuentro y ella niega repetidas veces con la cabeza.

—Gil, lo siento...

Ella se gira sobre sus propios talones y me observa con furia contenida en sus ojos verdes. Me mira como si fuese un gilipollas, un idiota que no hace caso a lo que le dicen. Y estoy completamente de acuerdo con ella.

—¿Tú eres idiota? —pregunta, y su enfado se nota a lo lejos. Yo intento moverme un poco para poder mirarla frente a frente mientras ella se enfada conmigo—. ¿Antepones tu curiosidad a mi propia seguridad y, sobre todo, ante la tuya? —Traga saliva al igual que yo, y puedo ver como su rostro se tiñe de rojo por el momento—. Pero, ¿tú qué quieres? ¿Morir? Dime, ¿eso es lo que quieres?

No dejo de mirarla a los ojos, porque sé que esa bronca me la tengo que llevar. Soy un idiota por ponerla en peligro y ni siquiera tuve el suficiente cuidado para que nadie me viese. En el fondo, todo lo que ella me ha dicho a base de preguntas es cierto: antepuse mi curiosidad y mi preocupación por ella, por su seguridad.

Pero en vez de decir algo más, dejo que ella siga enfadándose conmigo.

—Te dije expresamente que no te acercases a ese lugar. Te lo dije una y mil veces. Pero tú me ignoraste simplemente ¿para vigilarme? O porque... ¿O porque te da la real gana? —sigue hablando, y yo trago en seco por eso—. En vez de mejorar una cosa, lo que has hecho es empeorarla más todavía. Seguramente que ante la ronda de preguntas que te hicieron les dijiste que venías a por mí, ¿verdad? Porque eres un gilipollas. ¡Un puto cobarde! —Ella señala hacia algún lugar en específico y yo sigo observándola sin decirle nada—. Esa gente tortura,

simplemente, para sacar información. Y a esas personas no se les escapa nadie. ¡Nadie, Jasper!

Ante sus palabras, ella cree que yo le he dicho algo a esa gente que me torturó durante horas, pero no es así. La culpa fue mía y no pensaba involucrarla por mucho que me torturasen.

—¡Te odio, Jasper! ¡Te odio! —pronuncia las palabras correctamente, mientras que me hace daño como si fuese una daga. Incluso, haciéndome mucho más daño que lo que me hicieron ellos—. No quiero verte ni una puta vez más, ¿me oyes? No quiero verte jamás.

Se sienta en el suelo, frente a la pared y comienza a llorar por mi maldita culpa. Abriendo, tal vez, la caja de Pandora.

—Nadie aguantaría las torturas de Tino. Nadie...

—Gillian...

Hago un amago de moverme, pero las palizas que me dieron el otro día me lo impiden. Así que ella se levanta del suelo y, con lágrimas en los ojos, se dirige hacia la puerta de mi piso.

—Gillian, por favor, no te vayas —digo rápidamente, esperando poder levantarme de la cama, pero vuelvo a caer de nuevo en la misma y un fuerte quejido sale de mi garganta, llamando la atención de ella.

Miro al suelo, esperando que se me pase el dolor y una mano se posa sobre mi rodilla izquierda. Gillian están frente a mí, con el rostro preocupado, alejando muy lejos el enfado que tenía hace apenas unos segundos.

Un silencio comienza a inundar la habitación y puedo observar los ojos llorosos de ella.

—¿Te torturaron? —pregunta con la voz entrecortada.

Y mi silencio es suficiente para responder a su pregunta.

Pone la mano sobre su rostro, secándose las lágrimas, y ahora no sabría decir si llora por lo que le hice o por lo que me hicieron a mí.

Así que poso mis manos sobre sus mejillas húmedas y acerco mi rostro junto al suyo. Y son estos momentos en los que me siento bien, tranquilo y a gusto frente a ella. Son estos momentos en los que cuando estoy a su lado me siento como en casa. Y es raro decirlo de alguien a quien solo conozco de dos meses. Pero me siento bien así.

—Todas las luchadoras hemos pasado por la silla de la tortura y por el famoso látigo de Tino —susurra, y me sorprendo por lo que acaba de decir.

—¿Tú también? —pregunto en voz baja.

—Al principio, cuando no quería esta vida, sí.

Gillian coloca sus manos sobre mis caderas y nos quedamos unos minutos así, en silencio y escuchando nuestras respiraciones.

—Comprendo que si has tenido algo que decir, lo hicieras... —murmura, y yo me separo un poco de ella para poder observar sus preciosos ojos.

Niego con la cabeza ante la atenta mirada de extrañeza de ella cuando hago este gesto y acaricio sus mejillas con cariño.

—No dije absolutamente nada.

Ella abre la boca, asombrada, y me mira como si estuviese loco.

—¿Estás loco? Ese hombre, con el que no habla, saca la vara.

—Sí, lo sé—susurro y le enseño la pequeña cicatriz que tengo sobre mi pecho, aún reciente.

Observo atentamente su expresión que es de completa preocupación, y su respiración se torna entrecortada a medida que pasan los segundos. Gillian retira un poco más la tela de mi camiseta y roza con sumo cuidado la rozadura por el alrededor. Respiro profundamente cuando noto que mi corazón va muy rápido y ella pueda notarlo. Entonces, ella me observa sin dejar de

tocarme la herida.

—Jasper, ¿por qué no hablaste?

Arrugo la frente ante su pregunta.

—Hace un rato casi te vas de mi vida porque pensabas que les había dicho algo.

Ella se queda un rato en silencio, observando la herida y luego me vuelve a mirar a los ojos.

Yo, sin embargo, no puedo evitar dejar de mirarla atentamente y con amor.

—Hubiese preferido que hablaras a que te hicieran esto.

Niego con la cabeza ante su frase.

—No pienso dejar que te hagan más daño y, mucho menos, por mi culpa.

—Pero ¿por qué, Jasper? ¿Acaso preferías que te mataran a no decir nada?

Vuelvo a negar con la cabeza porque parece que ella aún no ha entendido por qué lo he hecho y río en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de ti, Gillian. ¿O es que no lo entiendes? —Ella abre mucho los ojos ante mi confesión y yo no me echo para atrás por miedo a lo que ella me vaya a decir—. Sé que cometí un error yendo allí y que soy un gilipollas... Pero me preocupo por ti, Gil.

Gillian abre sus labios intentando buscar las palabras idóneas para este momento, pero la verdad es que no me importa si no dice nada. Al menos, pude deshacerme de la espinita que tenía en el pecho desde hacía tiempo y se lo he dicho.

No es necesario prolongar algo que sientes sin necesidad... Porque nunca sabes cuánto tiempo tienes para decirlo.

—Jasper, no merezco la pena.

—No te tires mierda, Gillian. Vales mucho más que el oro. No dejes que nada ni nadie te diga que no mereces la pena porque eso es mentira. Y sé que tú, en el fondo, lo sabes.

Sus ojos vuelven a brillar, pero como si mis palabras le hubiesen hecho mella en el pecho. Una pequeña sonrisa se escapa de sus labios y observa de nuevo mi cicatriz. Yo hago un pequeño gesto de dolor al intentar moverme de la cama y me maldigo a mí mismo.

Gillian me observa con preocupación y me obliga a acostarme en la cama, pero con cuidado de no hacerme más daño de lo que ya he hecho yo mismo. Acariciándome el rostro, me sonrío con tristeza, como si en el fondo se sintiese preocupada por lo que me hicieron.

—Gillian, la culpa es mía por meter mis narices donde no debo.

—Déjame ver las heridas.

Me quedo callado ante lo que me acaba de decir y niego con la cabeza.

—¿Qué?

—Quiero verte las heridas que tienes del látigo.

—Ah, no... Ni de broma, Gillian.

—Oh, por favor, J. Ya te he visto desnudo —responde sin tapujos.

—Gillian, no.

Ella me dedica una mirada de asesina y juraría que hasta miedo da cuando me mira así.

—Me las vas a enseñar por mis narices... Sí o sí.

—¿Y el «no» es «no» para los hombres no sirve?

—No —responde sin más, y cierro los ojos fuertemente, ahora sí deseando que la tierra me trague.

—No me hagas esto, por favor. Es demasiado vergonzoso.

Gillian pone las manos sobre su cabeza, moviendo su cabello de un lado a otro, dejándola

más hermosa de lo que ya es y me vuelve a mirar algo cansada.

—Jasper, necesito verte para saber si te quedará cicatriz. Si son heridas muy profundas hay que cicatrizarlas.

Cierro fuertemente los ojos y, acto seguido, mirándola con cautela y analizando su mirada, me giro lentamente boca abajo, observando el cabezal de la cama y deseando que esta escena pase rápidamente.

¿Es raro que diga que prefiero que lo haga Ernesto a que lo haga ella?

—Joder, esto va a ser la escena más vergonzosa de mi vida.

—Si estás enamorado de mí no te tendría que dar vergüenza.

Carraspeo cuando comienzo a notar que Gillian baja suavemente el pantalón, apenas un poco y yo cierro los ojos pensando en otra cosa.

—Eso surtiría efecto si tú también estuvieses enamorada de mí... —susurro con lejanía y noto la mirada de ella sobre mi nuca.

Un pequeño silencio se escucha y luego ella vuelve a ponerme bien los pantalones, dándome un pequeño toque sobre el mismo con cuidado.

—Tienes varias heridas, pero no te dejarán cicatriz. Lo que si te quedará marca en el pecho por lo de la vara.

Me giro cuando veo que ella se mueve de la cama para ponerme mejor en el mismo y la observo mucho mejor así.

—Gracias y lo siento. No sé qué podría hacer por ti para pedirte perdón por lo que hice.

Ella se queda un rato en silencio mientras mira hacia algún lado de la habitación, para luego clavar sus ojos verdes sobre los míos azules.

—Hay algo que podrías hacer... —murmura nerviosa, como si le costase decirlo.

—Lo que sea.

Gillian se queda callada unos segundos y luego abre la boca. Sé que diga lo que me diga haré lo que sea para que me perdone por casi ponerla en peligro.

—Enséñame a leer y escribir.

16

Sentimientos

Agosto de 1978.

—Esto es una mierda.

Dejo de escribir en la pizarra verde y observo a Gillian que, en estos instantes, está sentada sobre mi cama con una libreta entre sus manos. Levanto la ceja ante lo que acaba de decir y dejo la tiza en un hueco de la pizarra.

—Esa lengüita, Gillian—llamo su atención para que deje de leer lo que estaba haciendo antes de que maldijera.

Ella deja la libreta sobre mi cama y echa fuertemente el aire entre sus labios, mientras que sus hombros caen con desgana. Gillian mueve su cabello de un lado a otro y sus ojos buscan algo de tranquilidad.

Hará cosa de dos semanas comencé a darle clases a Gillian para que aprendiese a leer y escribir. Nunca le he preguntado por qué nunca fue a clases de pequeña, pero no quiero hacerlo tampoco: ya me imagino la respuesta. Así que después de aquel día en el que ella descubrió lo que yo había hecho, decidimos ocultárselo a Ernesto con la excusa de que me había puesto enfermo por una comida que había comido. Y, a partir de ahí, comenzamos con las clases.

No sé cómo lo consigue hacer, pero ella viene a mi piso de lunes a viernes sobre las nueve de la noche y se marcha a las once. Y digo que no sé cómo lo hace porque me pregunto cómo puede salir sin que nadie la vea en aquel barrio tan conflictivo en el que ella vive.

—Ay, Jasper... Leo como un robot —susurra derrotada, y yo niego con la cabeza ante su actitud.

—Gil, no se aprende de la noche a la mañana.

Ella comienza a rascarse ferozmente la frente y mueve su pierna derecha con nerviosismo. Yo, al verla así, me siento a su lado y espero unos segundos.

—Esto es humillante...

—Gillian, como tú hay muchas personas —digo, observándola.

Ella niega con la cabeza como si no se creyese que esto fuese tan difícil.

—Hasta un niño sabe leer mejor que yo.

Saca todo el aire que tenía dentro y yo dejo que pase el silencio.

—Cuando una persona está comenzando en algo, es normal que tenga fallos: todos lo cometemos. Y tú, ahora mismo, estás aprendiendo a leer y escribir —digo tranquilamente y con paciencia—. Esto es algo muy importante en tu vida porque de esta manera nadie te engañará para que firmes un papel o nadie te tendrá que leer un texto para que lo puedas comprender. —Consigo que ella me mire y juraría que le gusta cuando le hablo así—. Al principio, es difícil, pero poco a poco irás progresando, y yo te voy a ayudar.

—Me va a costar mucho.

—Nada se regala en esta vida —le digo muy seguro de mí mismo y consigo verla sonreír.

Me levanto de la cama y me vuelvo a poner delante de la pizarra, donde estaba escribiendo el abecedario completo, para que ella sepa cómo se escribe, tanto en mayúscula como minúscula, y cómo se lee.

Sé que esto es bastante difícil, tanto para ella como para mí que la estoy enseñando, pero esto se puede hacer. Con el tiempo se puede.

Así que durante la próxima hora, nosotros dos estamos en mi piso estudiando el abecedario con tranquilidad. Pero, de un momento a otro, puedo notar el silencio en todo el lugar y pienso que ya va siendo hora de descansar.

—Bueno, Gillian. Hoy es viernes, ¿te parece que lo dejemos ya para la semana que viene? Es bueno dejar una pequeña pausa en los estudios.

Ella asiente con la cabeza y pone sus cosas en su mochila mientras yo voy borrando la pizarra y la coloco de una manera que no nos moleste ni a mí ni a Gillian. Para cuando me doy la vuelta, puedo ver que ella no retira la mirada sobre mí y yo sonrío para ella, para que sepa que lo está haciendo bien.

—Jasper... —susurra en voz baja y yo solo soy capaz de escucharla.

Una simple luz proveniente de mi lámpara es la que nos ilumina, ni siquiera la luz de la luna —que hoy está escondida— está junto a nosotros. Medio metro es lo que nos separa e incluso en esta separación es palpable la tensión que hay entre nosotros. Y la verdad es que no ayuda nada que estemos en mi piso solos.

—¿Estás mejor? —pregunta, aún frente a mí, y sin ni siquiera moverse un poco.

Sé perfectamente a lo que se refiere y, sobre todo, después de estar estas semanas junto a mí esperando a que me pusiese mejor después de la tortura. Ya me he ido acostumbrando a esa pregunta y siempre le digo que estoy bien, aunque no a la perfección. A lo que ella, simplemente, responde asintiendo la cabeza y luego se marcha de mi piso. Así que, alejándome de ella y acercándome a la puerta para poder abrirla en acto seguido, respiro profundamente.

—Estoy mejor, Gil.

Pero cuando tengo en mis manos el pomo de la puerta, sus dedos rozan mi muñeca derecha y yo abro los ojos completamente ante su gesto inusual.

—Me gusta que me llames Gil —susurra cerca de mi oreja, a lo que yo tiemblo por su cercanía—. Pero sé que me estás mintiendo —vuelve a decir, y yo dejo de respirar por su respuesta de tan cerca que está.

Pero, rápidamente, su mano aprieta esa zona de abajo y yo aguanto el dolor, alejándome de ella rápidamente.

—Joder, Gillian.

—Dices que no mientes, pero en cuanto a tu salud sí que lo haces —dice sin más, y yo solo la puedo mirar.

—No quiero preocuparte.

—Pues me preocupas, J. Así que no me mientas —responde cabreada, y juraría que me encanta cuando hace eso.

Ni siquiera sé por qué, pero a pesar de que ella, en estos momentos, esté a punto de sacar su vena del cuello, yo solo puedo sonreír como un gilipollas ante su reacción, y Gillian solo es capaz de observarme con más mala hostia que antes.

—¿De qué te ríes? ¿Acaso te hace gracia?

Trago saliva y me tranquilizo al observar sus ojos verdes sobre los míos.

—Te ves mona cuando te pones de mala hostia.

Ella entreabre los labios y luego me observa con extrañeza mientras se cruza de brazos y mueve la cabeza de un lado a otro, intentando ver si soy normal por lo que le acabo de decir.

—Y tú eres gilipollas.

Nos quedamos unos segundos callados, sin decirnos absolutamente nada, y dejamos que el tiempo corra sin importarnos cuánto pasa. Solo nos preocupamos por mirarnos sin que importe todo lo demás. Juraría que mi corazón comienza a moverse más y más rápido cuando esa extraña tensión que llevamos sintiendo desde que nos conocemos se incrementa, hasta el momento en el que los labios de Gillian se ponen sobre los míos, sorprendiéndome.

Cuando ella comienza el beso, mis manos, involuntariamente, se dirigen a sus caderas, mientras que ella posa sus pequeñas manos sobre mi cuello. Saboreándonos el uno al otro, disfrutando de este pequeño momento.

Entonces Gillian me pega a la pared y yo solo soy capaz de abrazarla más a mí para que cualquier pequeño milímetro que quede deje de ser un espacio vacío entre nosotros. Y ahí es cuando comienzo con un pequeño juego de dedos, poniendo mis manos bajo su camiseta y subiendo poco a poco, sonriendo para mí mismo al descubrir que no lleva nada en sus pechos. Un pequeño gemido se escucha salir de la garganta de ella y eso hace que la excitación comience a ser mucho más fuerte.

Tan rápido como ocurre, yo solo puedo ser capaz de levantarla y poner sus piernas abiertas sobre mis caderas, sin dejarnos de besar, para llevarla a mi cama. Así que durante el pequeño trayecto a mi cama, no sé cuántas veces ha conseguido ella despeinarme por completo y volverme más loco por ella todavía. La acuesto con cuidado sobre el colchón, pero ella poco cuidado tiene comparado conmigo, y agarra mi camisa con fuerza para luego romperla completamente, consiguiendo que varios botones se caigan por el camino.

Y así es como comienza un recorrido de sus deliciosas y tortuosas manos por todo mi torso, hasta conseguir que llegue a mis pantalones y una de sus manos consiga meterse bajo las mismas, haciendo que cierre los ojos y susurre algo inaudible.

—Nunca dejas de sorprenderme... —susurra ella en mi oído al estar acariciando mi miembro con poco cuidado.

Ante su frase, hago yo lo mismo que ella hizo con mi camisa y arranco por la mitad su camiseta, consiguiendo liberar a sus dos montañas y mi boca se hace agua al instante. Observo a Gillian unos instantes y, al ver el brillo tan intenso que tiene en estos momentos, le regalo una de mis sonrisas y comienzo a besar cada pecho con ganas. Poniendo mis manos bajo su espalda y levantándola un poco hacia mí lamo cada uno de ellos, consiguiendo que ella gimiera mi nombre en voz muy baja y disfrutando del momento, clavando sus uñas sobre mi espalda semidesnuda.

Sus piernas se ponen sobre mis caderas empujándome hacia ella y aumentando más la excitación del momento.

Dejo de besar sus pechos y me acerco a sus labios para besarlos con cariño. Retiramos nuestras ropas el uno al otro, tirándolas por todo el piso y disfrutando de cada paso, cada momento y cada segundo que pasamos el uno al otro.

Cuando ninguna prenda de ropa nos molesta sobre nuestro cuerpo, volvemos a besarnos, esta vez con más pasión, haciendo que cada célula tiemble en mi cuerpo. Mi mano se pone en los cajones de mi mesita de noche, buscando con desesperación un condón, para luego ponérmelo, y luego me coloco frente a ella, preparado, y la miro con la respiración entrecortada.

—Jasper, si lo hacemos, solo será sexo. No puedo prometerte amor.

Trago saliva, sabiendo que esas palabras han podido hacer más daño que el cuchillo más afilado de todos y aprieto mis labios, cerrando los ojos y pegando mi frente sobre la suya. Soy muy consciente de lo que ella me dice, y supongo que es lo único que ella quiere de mí.

—Lo sé.

—Si te voy a hacer más daño por esto, mejor paramos...

Busco las palabras adecuadas y en el fondo sé perfectamente que será solo sexo para ella, aunque para mí no lo sea por completo. Si hago esto será peor para mí, pero realmente quiero hacerlo, aunque salga malherido luego.

—Supongo que seré masoquista.

Y ante mi última frase, basta para que ella ponga sus manos sobre mi cuello y me acerque a ella para besarla.

Con lentitud, comienzo a enterrarme en ella, pudiendo sentirme como en casa. Con lentitud comienzo a moverme, entrando y saliendo de ella, besándola y sintiendo también sus uñas clavándose una y otra vez en mi espalda. Beso su cuello, pegando mis labios sobre esa delicada piel suya. Aprieto mi cuerpo junto al de ella, pero con cuidado de no aplastarla al ser mucho más grande que ella.

Gillian gime una y otra vez, pudiendo notar esa vena que se le hincha en el cuello y eso hace que el ruido que ella saca de su garganta me excite mucho más, volviéndome loco como solo ella sabe hacerlo. Disfruto de este momento al máximo, deseando que no se me olvide jamás todos esos momentos con ella. Una capa de sudor comienza a salir al exterior. Los dos juntos nos devoramos como si fuese la última vez que nos fuésemos a ver y no dejamos de movernos. Cierro mis ojos, apretando inconscientemente mi entrecejo y creo que puedo notar la mirada intensa de ella sobre mí cuando hago esto y, al abrir mis ojos, veo una extraña mirada por parte de ella que me deja sin aliento. Una mirada completamente distinta a la que siempre me ha enseñado y eso hace que su sonrisa, junto con esas mejillas sonrojadas por el momento, se quede grabada en mi mente.

Sus manos bajan hacia mis nalgas, apretándolas y acariciándolas, pero con cuidado de no hacerme demasiado daño en esa zona.

Murmullos eróticos y jadeos son lo único que se puede escuchar en esta habitación, en este pequeño espacio que hemos conseguido nosotros dos, para nosotros solos y yo, viendo que ella quiere que vaya mucho más rápido, le hago caso y comienzo a ir mucho más rápido con mis embestidas, hasta que a los pocos segundos ella logra estallar en un increíble orgasmo que hace temblar hasta la ventana y, al poco rato, la sigo hasta desplomarme sobre ella con cuidado y la abrazo por miedo a que se vaya después.

Y como dos amantes escondidos en un rincón del mundo, por miedo a que los demás vean que esto está prohibido, nos acariciamos esperando recuperarnos de este increíble momento. Y, sabiendo que las palabras sobran, pego mi cara sobre mi parte favorita de su cuerpo, su cuello, y me dejé llevar por sus caricias.



—¡Mierda! —Escucho un fuerte grito que me hace despertarme, asustado, y abro los ojos con rapidez por completo.

Puedo ver que estoy en mi propia cama y que en una esquina de la habitación está Gillian buscando algo en mi ropero de madera. Tan rápido cómo la veo a ella con sus pantalones vaqueros puestos solamente, mi mirada se dirige hacia el reloj de la mesita de noche, que marcan las seis de la mañana.

Tan rápido como compruebo que esa hora es correcta y, sobre todo, al verla a ella aún aquí, me siento en la cama con una simple sábana tapándome poca cosa y la observo intrigado.

—Gillian...

—No te hagas ilusiones, J. Me he quedado dormida —dice rápidamente, sin dejarme acabar la frase—. No, no, no... ¿Dónde tienes tus abrigos?

Abro los labios, aún medio dormido y, sintiéndome como en una nube tras lo ocurrido anoche, señalo el sitio donde los tengo.

—Hace mucho calor para un...

—Lo sé, lo sé. Pero no voy a ir semidesnuda por las calles de Cuba.

Me tira la camiseta que le rompí anoche y sonrío para mis adentros por ello.

Entonces, para cuando ella ha encontrado una sudadera en condiciones y que le queda el triple de grande, se la pone y agarra su mochila para luego agarrar el pomo de la puerta. Yo, en cambio, solo me quedo observándola, esperando al menos un «hasta luego» de su parte.

Ojalá no fuese tan complicado.

Pero ella solo se queda quieta ahí, esperando algo o que le diga algo para ella quedarse y eso es lo que me extraña.

—No tenía que haberme quedado dormida.

—Lo sé... Espero que no te hagan daño por mi culpa, Gillian.

Ella mueve la cabeza de un lado a otro y luego me observa con esa misma mirada de anoche.

—No es por eso... —susurra, solo sabiendo ella a lo que se refiere.

Cuando abre la puerta y aún puedo ver que casi todo está oscuro, excepto por una pequeña luz del sol que comienza a salir del horizonte, Gillian vuelve a quedarse quieta y luego me mira con culpabilidad.

—Sabía que te iba a hacer daño con esto.

Niego con la cabeza, intentando quitar un poco de drama al asunto y trago saliva.

—Yo mismo me expuse a ello. Es mi culpa —respondo tranquilamente, aunque en el fondo me maldigo por enamorarme de alguien que no siente lo mismo que yo.

Gillian va a salir, pero tan rápido como me levanté hoy, ella vuelve a entrar y cierra la puerta con brutalidad, haciendo que me sobresalte por ello.

—¿Por qué tienes que ser tan irresistible?—dice, corriendo hacia mí y poniéndose sobre mi cuerpo para volver a besarme.

17

Amor

Me habían dicho antes de mudarme a vivir una nueva vida en Cuba que este archipiélago era muy hermoso, pero a la vez demasiado caluroso para vivir. Y la verdad es que estaban en lo cierto. Estamos a principios de agosto y si les soy sincero, no he notado la diferencia en estos dos meses que llevo aquí.

El horrible calor que hace en este lugar me sorprende y me voy acostumbrando muy lentamente a este clima. Me seco el sudor que sale de mi frente por el pequeño ejercicio que estoy haciendo con Gillian en el *ring*, como llevamos haciendo varias semanas, y le enseño trucos para que pueda durar más en la pelea y que se proteja mucho mejor la cabeza.

De nuevo, vuelve a relucir sus guantes viejos, pudiendo imaginarme que sus manos sufren por cada golpe, ya que esos guantes no le pueden proteger nada. Aprieto mi mandíbula al ver que hace un pequeño gesto con la boca de molestia por esa cosa que lleva en sus manos y que, tranquilamente, le daría una patada al primer cubo de basura que viese por mi camino.

—¿Estás bien? —pregunto y ella, simplemente, asiente con la cabeza, por lo que decido no ahondar más en el tema—. Cambiemos de ejercicio.

Bajamos del *ring* y le entrego mi mochila a Ernesto, que no ha dejado de ligar con una chica durante todo el tiempo.

—Oye, Nesto. ¿Tu abuela no te dijo que le hicieras la compra para poder hacer la comida? —pregunto, llevando a cabo mi plan y una risa se le escapa a Gillian a mis espaldas.

La joven que estaba hablando con él lo observa con extrañeza y, sin decirle nada más, se marcha lejos del gimnasio para seguir con su ejercicio.

Le pongo la mano sobre el hombro, dándole unas palmadas y diciéndole que vuelva a su puesto de trabajo.

—Oye, hermano... ¿Pero qué haces? A esa mamacita la tenía ya en el bote. —De vuelta ese acento tan cubano y tan marcado es lo que me hace ver que más cubano que él no hay nadie.

—Hay cosas que hacer, Ernesto.

Él se cruza de brazos, enfadado por joderle un posible ligue y me dirijo al saco de boxeo que está libre para preparar a Gillian.

—Un compinche nunca le fastidia el ligue a otro.

—Pero en horario de trabajo no —le respondo cuando pone ese rostro sé que él tiene que tener la última palabra.

—Pues ustedes follan como conejos y no les digo *na'*.

Sí, sin duda tenía que decirlo.

Abro los ojos y lo observamos, tanto Gillian como yo. Trago saliva con nerviosismo y noto la mirada de Gillian sobre la mía, como si intentase decirme algo con su mente.

—Oh, venga. ¿Se creen que me chupo un dedo? En privado hay mucho roce carnal entre ustedes, chicos. Si la semana pasada se escuchaban sus gritos por todo el motel —responde y juraría que las mejillas de Gillian comienzan a teñirse de rojo por primera vez, sin ser el deporte el que lo haga.

Hace ya una semana que tuvimos nuestra noche de pasión en mi pequeño piso. Una semana que ella, esa noche, se quedó conmigo y solo quedó en eso: en simple sexo. O como dicen aquí: echar un palo. Aunque para mí no solo fue sexo.

—Chicos, aunque tengan una relación de «aquí te pillo, aquí te mato», los quiero igualmente.

—¿No habrás bebido, verdad? —le pregunta Gillian y yo estoy mucho más tenso que cualquier cosa.

—No. Pero para que me olvide de lo ocurrido con lo que me hiciste con esa chica, Jasper, ¿por qué no vamos a La Rosa esta noche? Hoy es viernes y ya saben... —Mueve las cejas de arriba abajo y nos volvemos a mirar Gillian y yo.

Yo espero con impaciencia la respuesta de ella y me despeino un poco el pelo, haciéndomelo hacia atrás.

—Por mi bien —responde ella y luego me observa, esperando a que yo responda lo mismo.

—Tú lo que quieres es ver chicas —le digo con diversión a Nesto, para ocultar un poco la incomodidad de lo que dijo antes Ernesto y también para no decir una respuesta demasiado rápida.

Gillian comienza a mover su pierna derecha con rapidez, como si esperase ansiosamente una respuesta mía y eso me sorprende de ella.

—¿Sí o no, *brother*?

Miro los ojos verdes de Gillian y una sonrisa se escapa entre mis labios, haciéndome imposible ocultarlo. Pero para ella es contagiosa, ya que me devuelve la sonrisa con esas mejillas sonrojadas y ya estoy deseando estar solo con ella esta noche, como aquella vez que nos conocimos y las veces que hemos estado en esa discoteca.

—Por supuesto que sí.

Ernesto aplaude con felicidad, mientras que Gillian intenta ocultar su felicidad dándome la espalda. Yo, en cambio, decido que ya va siendo hora de empezar el ejercicio nuevo para Gillian y a los pocos segundos, mientras yo agarro con fuerza el saco de boxeo detrás, ella comienza a repartir puñetazos. Izquierda y derecha, izquierda y derecha, en ese mismo orden y yo aguanto los ganchos que ella reparte en el saco, con la mirada de Ernesto observando y tomando nota de lo que podría mejorar o que no.

Y seguimos entrenando sin prisas, para cuando nos llegue la carta de la próxima pelea.



La música cubana se hace palpable desde las puertas de la discoteca, pudiendo ver que toda la gente que hay aquí dentro baila y baila con un sentimiento único. Mientras la misma cantante que siempre vemos de lejos en este lugar canta, pero nadie presta atención y el sentimiento latino de este lugar cada día consigue acostumbrarme mucho más rápido.

La última vez que vine a esta discoteca fue hace cosa de un mes, y vine con Gillian y Nesto. Creo que ya se está haciendo una costumbre que nosotros tres salgamos los viernes por la noche para disfrutar. Aunque yo soy más sencillo y disfruto junto a ella.

—Esto sí es vida —dice muy alto Ernesto por el fuerte ruido que hay aquí dentro y se adentra a la pista de baile tan rápido como ve a un grupo de chicas bailando en el mismo.

—Parece que estaremos solos durante el resto de la noche —le digo en el oído a Gillian para que me pueda escuchar, y ella ríe al ver a Ernesto bailando.

La verdad es que Ernesto es feliz tal y como es, y eso es de admirar.

Mientras nuestro amigo está en la pista de baile intentando ligar con alguna chica, Gillian y yo nos vamos a la barra del bar para pedir bebidas.

—¿Quieres una cerveza? —pregunto, observándola, y ella me responde con un «sí».

Le indico al camarero dos cervezas con los dedos de mi mano y espero unos segundos a que él lo prepare. Los pone sobre la barra y yo los tomo para dárselo a Gillian, pero al girar mi cabeza no la encuentro y miro hacia ambos lados para buscarla, hasta que la encuentro a tres metros de mí, subida a un escalón, para dirigirse a las mesas, varias de ellas vacías —ya que la gente está en la pista—, y me hace un gesto con su dedo para que me acerca a ella.

Yo, sin más espera, voy a donde está ella con las dos cervezas en la mano y me siento en el lugar que ella quiere para estar junto a ella.

En este lugar se puede ver tranquilamente toda la discoteca, sentados en una esquina y poniendo nuestras bebidas sobre la mesa. Ahora, a pesar de haber demasiada gente en este lugar, se podría decir que estamos solos, lejos del enterado de Ernesto.

—Jasper, ¿puedo hacerte una pregunta?

Ante su tono de voz, yo la observo con atención y espero unos segundos, mirando sus ojos verdes, ahora brillantes por las luces de la discoteca.

—Claro.

Gillian comienza a darle vueltas a su cerveza y observa un punto fijo de la mesa, pensativa.

—¿Por qué yo? —pregunta dudosa y yo abro los labios con extrañeza.

Antes de darle una respuesta, intento descifrar si a lo que se refiere es porque estoy enamorado de ella o si, simplemente, es porque estoy ayudándola a todo esto del boxeo clandestino.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a lo que me refiero, Jasper... —susurra, y yo no dejo de mirarla, escuchándola atentamente—. De todas las mujeres que hay en el mundo, ¿por qué te fijaste en mí?

Trago saliva y sus ojos vuelven a mirarme, esperando que le dé una respuesta clara y concisa. Pero le daré algo mucho mejor que eso.

—Porque si todos pudiésemos elegir de quien nos enamoramos, la vida sería muy distinta.

Ella se queda callada ante mi respuesta, pero como si no fuese suficiente saca un sonido sonoro de su garganta y luego observa pensativa su cerveza como si tuviese la mente en otro sitio.

Yo, mientras, solo la puedo observar con amor. Un amor que jamás había sentido y sonrío como si fuese un idiota ante la cercanía de ella.

—Uno no decide de quien se enamora, Gillian.

Noto como ella comienza a tocarse las mejillas como si las sintiese calientes y me imagino siendo sus manos para poder acariciar su piel. Le doy un trago a la cerveza y vemos cómo los demás bailan ahora una canción más lenta que canta la cantante con su grupo.

—¿Recuerdas aquella noche en el muelle? —me pregunta, y yo vuelvo a mirarla, sonriendo

al recordar aquel día.

—Como para no hacerlo.

Puedo ver que comienza a ponerse nerviosa, algo muy distinto a su manera de ser, y yo arrugo la frente al verla de esta manera. Me acerco un poco más hacia ella, agradeciendo que estos asientos sean corridos y dejo un leve espacio entre nosotros.

—¿Y también recuerdas que te dije que en La Rosa es el único lugar donde tengo libertad?

Dejo de respirar sin querer ante su respuesta y aprieto mis dientes, sin ni siquiera saber qué decir ante lo que me acaba de explicar.

Mis manos comienzan a sudar y creo que ella quiere hablar de algo más íntimo, algo privado de lo que ha estado ocultando y que yo, como un enterado, he querido saber. Pero quiero asegurarme que quiere hablar porque ella quiere y no porque yo la estoy agobiando.

—Puedes preguntarme lo que quieras... Pero no todo puedo respondértelo.

Niego con la cabeza mientras aprieto fuertemente mis labios. Dejo la cerveza sobre la mesa y cruzo mis manos sobre la misma, pensando qué le voy a decir. Y miles de preguntas que he estado teniendo de aquí para atrás atraviesan mi mente como espadas afiladas.

—Gillian, si no quieres hablar de ello... No quiero que te enfades conmigo como siempre.

—No es por eso. Es que... —Deja de hablar y traga saliva, buscando las palabras idóneas—. Es que necesito decírselo a alguien. —Sus ojos verdes me miran y juraría que puedo ver mucha confianza en ellos—. Y tú eres el único en quien confío.

Un latido muy fuerte se hace notar, consiguiendo que ponga mi mano sobre mi pecho disimuladamente. El asiento comienza a caer un poco, viendo cómo ella se acerca un poco más a mí, para que cualquier espacio que haya entre nosotros desaparezca. Y la calidez de ella se siente muy bien.

Al ver que no respondo, ella saca una pequeña risa amarga de sus labios y niega con la cabeza, haciendo que me llame mucho la atención.

—Tanto tiempo preguntando, queriendo respuestas, y ahora que tienes oportunidad de saber esas respuestas que buscas... ¿No dices nada?

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

Puedo ver su sonrisa relucir y ya he perdido la cuenta de cuantas veces lo ha hecho hoy.

—Empieza por donde tú quieras.

Rasco mi barbilla con nerviosismo y a la vez ansioso por las preguntas que quiero hacer. Y entonces me viene algo a la mente.

—¿Por qué ya no te pones los guantes que te regalé?

Por su expresión, podría decir que su respuesta puede ser muy oscura o algo muy traumático para cualquier persona. Y creo que por eso mismo llevo semanas sin hacerle preguntas, porque la hago recordar esas cosas malas por las que tiene que pasar por culpa de esa mafia que hay en las peleas.

—Gillian, si no quieres responder...

—No puedo ponerme guantes nuevos. Cuando comienzas en este mundo en el que estoy metida, te dan unos guantes y aunque con el tiempo se estropeen, tienes que seguir utilizándolos para siempre —dice, mirando sus manos entrelazadas sobre sus rodillas—. Cuando me los regalaste, estaba tan emocionada por ese detalle que hiciste por mí que... sinceramente, me olvidé de las consecuencias.

Mi puño se cierra ante lo que me imagino que son las consecuencias y creo que mejor no le pregunto cuáles son para asegurarme.

Puedo notar que ella me observa con una pequeña risa burlona, aunque cuando la veo hacer eso, sé que esa sonrisa la pone para calmar un poco el cauce que hemos abierto los dos.

—Adelante, pregunta lo que tienes en mente.

Niego con la cabeza ante su respuesta y ella pone los ojos en blanco, pensando a lo mejor que soy un poco idiota por no querer preguntarle. Porque sé que si lo hago, estropearé esta noche que ella está tranquila, y es lo último que quiero.

—¿Abusan de ti?

Al sacar a la superficie esa pregunta, de la que ya me imagino la respuesta, ella aprieta sus labios, consiguiendo que le salga una pequeña arruga cerca de sus labios y carraspea, pero no evita la pregunta, como si ya esperase a que yo mismo se la hiciera.

—Sí —responde con total sinceridad y yo cierro mis ojos con fuerza, como si me doliese a mí mismo—. Se lo hacen siempre a todas las luchadoras que incumplen alguna regla... sobre todo, si pierdes un combate. Les haces perder dinero a los jefes y tienes que pagárselo de la forma que ellos quieran. —Deja de hablar unos instantes, observando a las personas que hay en el lugar disfrutando de la noche, mientras que nosotros hablamos de cosas duras—. Por eso no me he vuelto a poner los guantes. No porque no quiera. Cuando mi jefe descubrió esos guantes, primero los quemó y luego... Ya te harás una idea.

Pongo mi mano sobre mi frente, intentando que todo lo que me está diciendo entre en mi cabeza sin que me sea tan doloroso. Pero nada más pensar en todo lo que pasa ella en ese lugar, más ganas me entran de llevármela lejos de aquí y salvarla para que, al menos, sea feliz.

—Al principio me resistía. Pero al ver que era mucho peor de lo que ya de por sí es... tenía que hacer lo que él decía.

—Dime quién te obliga a hacer eso —pregunto rápidamente, mirándola atentamente y a punto de salirse el corazón por la boca.

Pero, al ver que ella niega con la cabeza, sé que esa respuesta no la puedo tener.

—No puedo.

—Dijiste que aquí puedes hablar.

Mueve los hombros, sabiendo que eso es cierto, pero no servirá de nada.

—Y así es, pero si te lo digo... —Me devuelve la mirada—. Tú mismo irás a por él. Y sé perfectamente que si vas a por él, te matarán. Y eso es lo último que quiero en mi vida. Tengo una mierda de vida, pero desde que llegaste tú, todo es muy distinto.

Pasa su lengua sobre sus labios y luego vuelve su mirada sobre su cerveza. Y de nuevo la canción cambia a otra con más ritmo, mientras que nosotros dos ignoramos a las demás personas que caminan cerca de nosotros, divirtiéndose de la noche y disfrutando de todo lo demás.

Mis ojos buscan ahora los suyos, que están perdidos sobre la mesa, y durante unos instantes dudo si poner mi mano sobre la suya, y digo que «dudo» por miedo a que a ella a lo mejor no le guste la idea. Pero ignoro todo lo demás y hago caso a lo que dice mi corazón. Así que me acerco a ella un poco más, con cautela, y poniendo cariñosamente mi mano sobre la suya, le transmito tranquilidad. Una tranquilidad que comienza a hacerse visible cuando Gillian saca el aire que tenía metido dentro de su pecho.

—Todas las luchadoras tenemos un jefe... Alguien que puja por nosotras... Alguien que cree que es nuestro dueño.

—Nadie es dueño de tu vida, Gillian.

—En la lucha clandestina, sí.

Trago saliva al tener demasiada información de la que me imaginaba que iba a tener y por

cada cosa que me dice quiero abrazarla para que, al menos, se sienta un poco segura en mis brazos. Pero sé que eso no servirá de nada cuando salga de este local y volvamos a la cruda realidad.

—¿Cómo te metieron en esto? —pregunto, acariciando su mano y ella me hace cosquillas con su dedo pulgar—. ¿Te secuestraron?

Niega con la cabeza y aprieta su mandíbula, como si ese episodio no lo quisiera recordar.

—Esa respuesta no quisiera responderla, J.

Asiento con la cabeza al ver lo afectada que está por esa pregunta y respondo:

—Lo comprendo.

—Ya hacía tiempo que no me resistía. —Al susurrar eso, consigue llamarme la atención el tono que utiliza—. Pero llegaste tú y sentí...

Y el silencio vuelve a inundarnos, pese a la fuerte música que hay aquí dentro.

—¿Qué sentiste?

Rápidamente, niega con la cabeza, como si estuviese mal lo que fuese a decir o si, simplemente, estuviese prohibido.

—Nada —se apresura a responder, arrepintiéndose de lo que acaba de decir y no queriendo responderme.

Y cuando responde así lo mejor es no insistir y dejarlo pasar hasta que ella desee decírmelo, como esta noche.

—¿Por qué la policía no hace nada?

Ella hace una risa burlona, como si la pregunta fuese increíblemente estúpida para ella. Algo claro y lógico que a lo mejor a mí se me escapa por completo y la observo atentamente, esperando una respuesta.

—La policía también está metida, Jasper.

Abro los labios con extrañeza ante sus palabras y recuerdo aquella vez que interrumpió la policía en la primera pelea suya que vi.

—No puede ser... ¿Cómo que está metida? ¿Y aquella vez que...?

—Fue una estrategia. El boxeo mueve mucho dinero, al igual que la droga, y si los juntas...

—Un negocio.

—No todos los policías son así, pero la gran mayoría son corruptos y quieren dinero sucio —susurra por lo bajo ante esa última frase, como si temiese que hubiese algún policía aquí dentro pasando un buen rato un viernes por la noche.

Traga saliva nerviosa, como si tuviese algo que decirme y no lo quiere hacer, ya sea por vergüenza o por miedo. Así que yo solo espero a que ella quiera decirme algo más y si no lo hace, no pasa nada.

Yo sigo acariciando su mano, esperando que se vuelva a relajar como antes, a pesar de la rabia e impotencia que tengo dentro de mí al saber que no puedo hacer nada para poder sacarla de ese mundo en el que la han metido. Solo espero poder ayudarla en lo máximo que pueda. Y si puedo evitar que le sigan haciendo daño, mejor.

—Nunca supe lo que era el sexo consentido y por placer... Solo tú me has dado esas dos cosas y añadiéndole una más: el cariño. Eres el único que realmente me trata asquerosamente bien y yo te trato asquerosamente mal —me responde con tristeza.

—No digas eso, Gillian —respondo rápidamente cuando rompe a llorar desconsoladamente y yo me pego a ella para abrazarla con amor.

Ella me devuelve el abrazo fuertemente mientras pega su rostro sobre mi camisa blanca,

sintiendo cómo se humedece por sus lágrimas. De mi bolsillo trasero le saco un pañuelo de tela que siempre tengo encima y Gillian comienza a secarse, sin separarse de mí.

—No quiero responder a más preguntas por hoy —responde ella.

—No lo hagas, Gil... —susurro, entendiéndola completamente.

No sabría decir cuánto tiempo nos pegamos abrazados, sin importar todo lo demás. Así que yo la abrazo fuertemente hacia mí para que se sienta segura, y ella pega su frente sobre mi cuello y me abraza por la cintura demasiado fuerte. Beso repetidas veces su coronilla para que se sienta mejor y ella, poco a poco, deja de temblar para poder relajarse con tranquilidad y sorbe por su nariz sonoramente.

Yo, en cambio, me alejo un poco de ella para poder besar con cariño su frente, pudiendo ver que estos minutos, que podrían ser interminables para muchas personas, para mí han sido segundos y le dedico una increíble sonrisa a ella, consiguiendo que retire su mirada de la mía para comenzar a reírse por lo bajo, contenta porque haberme contado algo que ya le estaba haciendo daño de esconderlo tanto tiempo.

De pronto, una canción lenta comienza a sonar. Y tan rápido como pasa de una canción a otra, todas las personas comienzan a bailar lentamente al ritmo de la música.

—¿Quieres bailar conmigo?

Su sonrisa se puede ver desde el otro lado de la discoteca y ella me responde:

—Nunca le diría que no a un baile contigo.

Me levanto, tendiéndole la mano a ella y, sin dudar, la acepta con rapidez, y cogidos de la mano nos dirigimos a la pista de baile.

Poniendo delicadamente mi mano sobre su cintura y con la otra tomando su mano, comenzamos un lento baile sobre la pista. Gillian posa su mano sobre mi hombro y me mira sonriente con una pequeña lágrima traicionera cayendo sobre su mejilla, pero yo, rápidamente, le doy un delicado beso sobre la misma, atrapándola con mis labios.

Ella, con las mejillas más sonrojadas que nunca y sorprendiéndome por las veces que le ha pasado hoy, apoya su cabeza sobre mi hombro, pegándose en mi cuello, pudiendo notar que ella comienza a sentirse muy bien de esta forma.

Mientras que las otras personas van a su ritmo, nosotros estamos en nuestra propia burbuja, bailando pegados y disfrutando de este pequeño momento a pesar de que la realidad nos estampe en la cara todos los días, sobre todo, a ella. Pero, a pesar de todo eso, sé que yo no pienso dejarla sola en ningún momento y que quiero estar a su lado, quizá no siendo su pareja, pero sí alguien importante en su vida.

Siempre y cuando ella quiera.

Respiro profundamente, sintiéndome como en casa cuando estoy a su lado y creo que podría olvidarme de todo lo demás si yo quiero. Así que abrazo un poco más a Gillian y seguimos disfrutando de este baile y de esta canción, con las luces azules recorriendo todo el lugar, viéndose sobre nuestras pieles, sabiendo lo oscuro que es el lugar y juraría que ella dice algo inaudible, que solo ella sabe y que nadie más podría saberlo.

—Ojalá este momento nunca acabase... —susurra pegada a mí, con su cabeza apoyada sobre mi hombro y yo pego mi nariz sobre su cabeza, pudiendo inhalar a la perfección ese perfume tan natural de ella.

—No tiene por qué acabar si tú no quieres —respondo y cierro los ojos, mientras, seguimos bailando como si fuésemos dos idiotas enamorados.

18

Dolor

El ruido de alguien aporreando mi puerta me despierta como si fuese mi maldito despertador ruidoso. Levanto la cabeza con pesadez por haberme quedado hasta las tantas con Gillian y Ernesto en la discoteca anoche.

Observo el reloj, mientras, la voz del cabrón de Nesto se escucha tras la puerta. Y maldita sea por él. Veo que las agujas del reloj marcan las siete y media: ese hombre se queda corto de espacio para poder correr por su vida.

¿Quién en su maldito juicio despierta a alguien un sábado a las siete y media de la mañana?

Sí, amigos... Ese hombre es Ernesto.

—¡Venga, *brother!* Tengo que decirte algo importante. Deja ya de roncar. —La inconfundible voz de Ernesto se escucha desde lo lejos de mi habitación.

Niego con la cabeza, mientras que me cuesta abrir un ojo por lo poco que he dormido.

Me coloco los pantalones y abro la puerta con lentitud mientras con la otra mano me rasco la cabeza, y ahí está. Ernesto me observa de arriba abajo con extrañeza y luego se mira a él mismo, como si estuviese comparando su propio físico al ser demasiado flaco.

—Normal que Gillian babe cada vez que te ve sin camisa. ¿Cómo coño consigues tener abdominales? Yo también quiero volver locas a las chicas —dice sin más, como si estuviese enfadado por no tener el mismo físico, y yo niego con la cabeza.

—Se llama hacer ejercicio.

Aprieta la mandíbula como si eso fuese demasiado trabajo para él y asiente lentamente, pensando en la próxima frase que va a decir.

—Tú lo que eres un mierda, hermano.

Abro los ojos al verlo insultar así y me río en voz baja por eso.

—¿Qué pasa, Nesto?

Niega con la cabeza y luego me mira a los ojos.

Observo un leve movimiento desde el otro lado del pasillo casi al final del motel: en el piso de Ernesto sale una mujer joven y con curvas, con tranquilidad. Luego, vuelvo a mirar a mi amigo.

—Gillian llamó hace diez minutos.

Me quedo quieto al escuchar su nombre y abro los labios con extrañeza ante su frase. Mientras esa mujer comienza a caminar en dirección a nosotros, yo no puedo evitar quedarme callado y pensando por qué llamaría Gillian. ¿Me llamaría a mí? ¿O pasaría algo malo donde vive? Dejo de apoyarme en el marco de la puerta y pongo mis manos sobre mis caderas.

Mi amigo, al ver que no respondo porque estoy esperando a que él siga hablando, se rasca la nuca y luego me mira.

—Hay pelea esta noche.

Y al escuchar esa frase pongo mi mano sobre mi pelo con asombro y cierro mis ojos con fuerza por lo poco que me gusta verla pelear en esos sitios inhumanos. Eso no me lo dijo ayer, ni a mí ni a Ernesto.

—¿Cuándo le llegó la carta?

—Hoy —susurra rápidamente por mi pregunta.

—Joder...

Noto la mirada preocupante de Ernesto y me huelo a que hay algo más que esa pelea. Analizo su mirada, antes de preguntarle por algo más y la luz solar comienza a ser presente en este día de sábado a pesar de lo temprano que es.

—¿Qué pasa, Nesto? —pregunto y él vuelve a apretar la mandíbula con fuerza—. ¿Hay algo más?

Abre la boca dos veces seguidas, pensando si decírmelo o no, y luego asiente en respuesta.

—Esta pelea es diferente que las otras.

Achino los ojos, enfadado de lo lento que me lo está diciendo y mis alarmas se encienden por cada segundo que pasa.

—¿Cómo de diferente?

Él respira hondo, mientras que la chica que hay en el pasillo se para un momento, como si estuviese buscando algo en su bolso.

—En la vida de una luchadora. Cada vez que una de ellas gana varias veces seguidas las peleas, tiene que enfrentarse a otra que ha ganado las mismas veces... Pero con la diferencia de que ganará la que quede con vida.

Una vez escucho su frase con la piel de gallina, doy la vuelta, dándole la espalda a Ernesto y trago esas palabras que me ha dicho él con preocupación. Mi corazón está a punto de salirse de mi pecho y las ganas de llevarme a Gillian lejos de aquí son mucho mayores... Pero así será peor para ella. Y la idea de pensar que esta noche, posiblemente, sea la última vez que la vaya a ver...

No puede ser. Tiene que ser una broma pesada.

—¿No podemos hacer nada para evitar eso?

—Una vez llega la carta, ya no se puede hacer nada —responde claramente.

Me giro rápidamente enfadado y me acerco a él.

—¿Cómo cojones es que no sabía esa norma?

—Ni siquiera yo lo sabía. Y parece que Gillian nunca había ganado tantas veces consecutivas para llegar a eso. Pero son las normas de la lucha clandestina y, por desgracia, una tendrá que morir esta noche.

Entro rápidamente a mi piso para ponerme una camiseta de tiras y, antes de ponérmela, cierro la puerta de mi casa.

—Voy a llamarla.

Con cara de extraño, Ernesto me observa mientras que yo estoy poniéndome la camiseta para poder irme a la recepción y así llamar a Gillian.

—¿Estás loco? No la puedes llamar —me responde con autoridad y agarra fuertemente mi hombro para que no me mueva de mi sitio.

—¿Por qué no?

Él aprieta sus labios, intentando negar con la cabeza sin que se note demasiado.

—¿Eres gilipollas o qué? Ella no puede recibir llamadas desde su casa. ¿O es que te has olvidado cómo es el barrio en el que ella vive? —Me mira, esperando una respuesta física mía y luego me señala hacia algún lugar invisible—. ¿O no sabes lo que le hacen a ellas cuando se

saltan alguna norma?

Me quedo quieto nada más decirme eso y mis hombros caen por toda la información que he obtenido en la mañana de hoy en apenas unos minutos. De pronto, observo a la chica que ha estado pasando por todo el pasillo del motel lo más lento posible y Ernesto la mira con la boca llena de agua.

Yo, mientras, observo la escena extrañado y con la idea de la pelea de esta noche.

—Hola, papi —susurra la chica con una sonrisa, y parece que a Ernesto tendré que darle el babero.

—Hola, hola... ¿Me vas a llamar después?

La chica mueve los hombros y sus caderas, dándole la espalda a Ernesto y bajando las escaleras sin responderle con palabra. Yo cruzo los brazos, observando a Nesto que parece que se le va a romper el cuello mirando para la chica joven.

—¿Y esa chica? —pregunto.

—Oh, dirás esa *mami*. Disfrutamos anoche como nunca. —Él mueve las cejas de arriba abajo con una sonrisa estúpida y yo niego con la cabeza.

—¿No decías que las paredes son de papel?

Ante mi pregunta, él me mira con extrañeza intentando ver hacia donde voy a ir y, mientras camino para bajar las escaleras, noto su mirada en mi cuello.

—Sí, ¿por qué?

—Pues mucho no hiciste, porque yo no he escuchado nada —le respondo y puedo escuchar cómo se ofende a mis espaldas—. Tenemos que irnos, Ernesto. Hay que preparar las cosas para la pelea de esta noche...

Y con la mirada cabizbaja y el miedo que tengo a que Gillian pierda la vida hoy en el *ring* me dirijo hacia mi coche para así poder comprarle algunas cosas que le ayudarán a sobrevivir o a resistir mejor en la pista. Y, sobre todo, a preparar un plan para que nadie muera esta noche.



Muevo mi dedo índice y corazón haciendo un pequeño ruido sobre la puerta del coche de Ernesto. Mientras que él conduce para que vayamos a recoger a Gillian en nuestro gimnasio, yo tengo mi brazo sobre la ventana abierta del auto, algo pensativo y demasiado preocupado en lo que vaya a pasar esta misma noche.

Las estrellas bañan el cielo oscuro y las luces de La Habana iluminan la ciudad, consiguiendo que sea la noche casi perfecta si no fuese por los acontecimientos que sucederán dentro de unas pocas horas en las calles más oscuras de Cuba.

Observo a las personas que caminan pensando en su propio mundo y en sus propios problemas, pero que, a pesar de ello, son felices y viven el día a día como nunca. Una ciudad llena de vida y, sobre todo, alegría. Sin importar la pobreza que tengan algunos y la riqueza de otros en cada rincón de la isla. Observo las calles por cada lugar que pasamos e intento distraerme un poco de la preocupación que tengo en mi cabeza... Pero, a pesar de lo bello que es todo este sitio, no sirve de nada para poder distraerme.

Absolutamente de nada.

—Hermano, no te comas el coco demasiado. Si esta noche sale bien el plan, Gillian y la otra luchadora saldrán sanas y salvas —susurra sin quitar la vista de la carretera.

Aprieto mi mandíbula al pensar en lo que hemos estado pensando Ernesto y yo para poder conseguir que la pelea no se haga esta noche. No sabemos si servirá, pero será suficiente para conseguir tiempo y que Gillian salga de allí con vida.

Cuando mi amigo aparca frente al gimnasio y veo a Gillian en la misma puerta del mismo esperándonos, yo me dirijo a Ernesto y le digo: «Danos cinco minutos».

Y con un asentimiento de cabeza, basta para bajarme del auto con la mayor rapidez posible y dirigirme a Gillian que estaba a punto de bajarse la mochila para poder abrir la puerta de detrás del coche. Pero no la dejo hacer eso, ya que agarro con rapidez su codo y me la llevo con velocidad hacia dentro del gimnasio a pesar de sus quejas y bofetones que me da en mi espalda.

Un día de estos terminaré en un hospital.

—¿Pero qué coño haces? —pregunta cuando ve que la llevo hacia las duchas del gimnasio y entro dentro de una de ellas, corriendo la cortina de la misma y poniéndose ella sin escapatoria en la esquina del pequeño lugar—. ¿Te has vuelto loco o qué?

—¿Cómo se te ocurre ocultarme el magnífico dato de la racha de victorias?

Pongo mis manos a cada lado de sus hombros, observando atentamente y con mucha preocupación sus ojos verdes, que me miran con asombro por como acabo de reaccionar.

—Jasper, no es momento ni lugar...

—Sí que lo es, Gil.

Y el silencio parece que acontece en este mismo sitio entre nosotros dos, yo esperando una respuesta clara de ella y Gillian observándome como si fuese un completo gilipollas. Y en parte creo que ella tiene más que razón.

—¿Te parece una broma que el premio de esta pelea sea salir con vida? —Me quedo callado al lanzar la pregunta y analizo su mirada—. Porque a mí no me lo parece.

—J., por favor... No me seas infantil.

Abro mis labios, atónito por lo que acabo de oír y cierro mis ojos con fuerza y, a la vez, enfadado por esto.

Estamos nosotros solos en este baño, en esta ducha, en este mismo sitio, a pesar de que Ernesto nos esté esperando fuera en el coche para poder irnos al lugar de la pelea, donde gente borracha y drogada estará de público, y gente mafiosa estará deseosa de ver derramar sangre entre dos chicas jóvenes.

—¿Sabes lo jodido que es verte pelear? ¿Lo que sufro viendo cada golpe que te dan y no poder hacer nada al respecto? —cuestiono al ver la dureza de sus ojos sobre los míos.

—Nadie te obliga a que seas mi entrenador.

Ante su respuesta, me quedo callado. Tal vez porque, seguramente, ella tenga algo más que decirme para, tal vez, rematar todo lo que estamos hablando en tan pocos minutos.

—Follamos dos veces y ya estás enamorado de mí. —Me observa cómo si fuese un extraño y yo solo puedo sentir que mis fuerzas comienzan a fallar—. No me quiero ni imaginar si te llevo a decir que estoy enamorada de ti. Vamos, me pides que me case contigo seguramente... —susurra y niega con la cabeza, mientras, espero la próxima frase que dirá, tal vez para echarme la bronca por hacerle esto o, simplemente, para destruirme—. Menos mal que no lo estoy.

Me quedo observando un punto fijo en el suelo, doliéndome mucho más estas palabras que me dice ella que cualquier puñetazo fuerte en el rostro o en cualquier otro lado.

Bajo mis brazos con pesadez hacia mi cuerpo y vuelvo a observar cómo sus ojos se clavan

en los míos como dagas.

—Y si no te lo he dicho es porque es mi puta vida y punto.

Un fuerte sentimiento de dolor aparece en mi pecho, como si fuese una gran oleada y solo puedo tragarme lo que dice ella con enfado.

—¿Sabes? Me arrepiento de haberte contado todo aquello anoche —me dice con la voz baja y llena de rabia—. Eres el mayor error de mi vida, Jasper. Y ojalá te fueras de ella.

Me empuja fuertemente contra el mármol y se marcha de las duchas cabreada, mientras que yo solo puedo quedarme aquí intentando asimilar todo lo que me ha dicho ella en apenas un minuto.



Durante el viaje en coche hacia la siguiente parada estamos todos completamente callados. Más concretamente Gillian y yo.

Mientras que ella se coloca con enfado la protección de sus manos, yo solo puedo observar el cielo distraído, pensando en todo lo que ha pasado en tan pocas horas y, sobre todo, en lo que me ha dicho ella. Sea verdad o no, lejos de todo eso, duele igualmente. Casi tanto como si me abriesen una herida dolorosa en lo más profundo de mí.

—¿Estamos en un funeral y no me había dado de cuenta, chicos? —se ríe Ernesto para calmar un poco el momento y ninguno de nosotros dos le decimos nada.

Saco un leve suspiro mientras observo el lugar, esta vez completamente diferente a la de otras veces. Estamos en un barrio muy poblado, pero con la diferencia de que en un local, que en estos momentos está abierto, se puede ver mucha gente junta —todos hombres— en medio de una puerta. Muchos fuman, otros beben y otros, simplemente, empiezan a contar dinero delante de otros con su fajo de billetes para la pelea.

Yo trago saliva cuando Ernesto aparca lejos de todo ese público y yo me bajo para poder abrir la puerta de atrás, donde se encuentra Gillian, y sentarme al lado de ella, a pesar de la mirada que me está regalando ahora.

Yo solamente puedo sacar de mi mochila gasas y algodón para así poder ponérselo a ella a la hora de pelear. De esta manera, con esos guantes tan viejos, no se hará tanto daño con ellos puestos.

—Dame tu mano... Esto te ayudará mucho a la hora de pelear. Así no te harás tanto daño cuando des golpes —susurro, sabiendo que Ernesto se encuentra fuera del coche, esperando a que nosotros dos salgamos del mismo para dirigirnos al lugar.

Ella me entrega su mano sin quejarse y yo la tomo con las manos temblorosas. Y ya ni siquiera sé por qué tiemblo, si por la pelea que tendrá lugar ahora o por lo de antes con Gillian.

No la miro a los ojos porque ni siquiera sé cómo hacerlo después de lo sucedido entre nosotros, y comienzo con mi labor completamente concentrado.

Ninguno de los dos dice nada y creo que ya sobran las palabras para el resto de la noche.

Una vez acabo con sus dos manos, pongo sus guantes viejos en sus manos y los abrocho bien. Me levanto de mi asiento sin poder mirarla y sin decir más nada y me pongo al lado de Ernesto, esperando a que ella salga del mismo.

Tarda su tiempo y ni siquiera sé por qué, pero cuando sale no dice nada y sigue recto hacia el lugar. Posiblemente, un garaje o un piso subterráneo. Ernesto y yo la seguimos, y juraría que siento la mirada de enterado de mi vecino como queriendo saber qué es lo que ha pasado entre Gillian y yo en los aseos del gimnasio, pero tendrá que quedarse con las dudas.

—La luchadora Z-14 ya está aquí —escucho decir a uno de los que están demasiado bien trajeados comparado con las otras personas borrachas que están alrededor del lugar.

Y, como bien me imaginaba, bajamos todos por una escalera y llegamos a un sitio completamente amplio para haberse construido bajo una casa vieja. Con un *ring* en medio de todo y mucha gente con dinero sucio en sus manos.

Puedo ver que Gillian está nerviosa, aunque intenta no sacarlo a la superficie y, ante esto, yo me acerco a ella a pesar de lo de antes, y, aun sabiendo que está enfadada conmigo, susurro en su oído:

—Por favor, ten cuidado.

Ahora es ella la que no me mira, pero puedo ver como sus hombros caen, viendo cómo se relaja un poco al escuchar mi voz y me extraña eso después de todo lo que sacó antes.

Ella sube al cuadrilátero frente a la otra luchadora que tendrá tres años más que Gillian o un poco más, y comienza la tortura para mí.

—Oye, ¿qué pasó entre Gillian y tú en el gimnasio? —pregunta Ernesto.

—Nada —le respondo sin dejar de retirar mi vista de la de Gillian, y deseo por mi vida que ella salga viva de aquí y que el plan salga bien.

—¿Estáis listos para más acción?! —La voz de un hombre con una forma de hablar muy distinta a la de los latinos se hace ver por todo este lugar y ya sé que ese hombre tiene que ser de algún lugar de España.

—¡SÍ! —gritan todos como simios, y es ahí cuando el hombre da la señal para que las luchadoras comiencen a pelear.

Yo no puedo evitar mirar a Gillian con miedo a lo que ocurra ahora, y las dos luchadoras, como si tuviesen miedo de acercarse, solo dan vueltas entre sí, esperando que una comience con la pelea.

Pero Gillian no será la primera y es la que esquiva el golpe de su contrincante, llevándose la decepción de muchos de los que hay aquí.

Yo cierro mis ojos, tembloroso, y deseando que todo esto pase y que sea ella la ganadora de esta noche, aunque tuviese que vender mi alma al diablo para que así sea.

—No me creo lo de la racha de victorias, hermano...

Observo a Ernesto cuando Gillian consigue dar su primer golpe a la otra chica.

—¿A qué te refieres?

—Ella solo ha ganado uno desde que nosotros la entrenamos y las otras peleas que ella ha tenido antes de que nosotros comenzáramos a ser sus entrenadores... Digamos que no eran demasiado buenas —dice y yo clavo mi mirada sobre él.

—¿A dónde quieres llegar?

Ernesto me mira y levanta las cejas hacia un hombre que hay sentado en una silla lejos de todo, pero que lo puede ver completamente bien todo el lugar, como si fuese el rey de todo esto. Y ahora entiendo...

Ese hombre es el tal Diablo.

—No hay reglas, ¿recuerdas? Y Diablo es el que manda en este sitio.

Mi corazón está a punto de salirse de mi boca y veo cómo ese hombre se ríe, mientras tiene

a dos chicas jóvenes a su lado.

Yo aprieto la mandíbula al ver que Gillian está sufriendo una tanda de golpes y ya no aguanto ni un minuto más.

—Dame eso, Ernesto.

—¿Ya? ¿No es demasiado pronto?

—¡La está matando, tío! Dámelo ya —digo casi en un grito y mis nervios comienzan a subir cada vez más.

Él me entrega lo que le he pedido y, sin esperar un segundo, destapo lo que contiene el cubo y, sin importarme que alguien me vea, tiro demasiado lejos el gas lacrimógeno al suelo para comenzar los gritos y el desespero de las personas que hay alrededor disfrutando del combate y esperando ver muertes en el mismo.

Cuando el humo comienza a subir considerablemente, yo me subo con rapidez al cuadrilátero sin que nadie me pueda ver y saco a Gillian de allí con velocidad, agarrándola de sus piernas y llevándomela entre mis brazos lo más rápido posible. Pero, por primera vez en el día, hoy no escucho sus quejas.

La pongo en el suelo una vez que salimos del cuadrilátero y le entrego un paño para que se lo ponga en la boca.

—Hay que irse de aquí —les digo y ellos asienten en respuesta.

Pero con el barullo de gente que hay en estos instantes casi no podemos salir correctamente y yo me quedo atrás por culpa de ello.

—¡Ha sido él quien lo ha tirado! —grita uno de los trajeados y lo veo frente a mí con una navaja en sus manos y, en segundos, siento cómo la misma atraviesa en mi costado.

Pero Ernesto le pega fuertemente al mismo y cae al suelo enseguida.

—¿Eres gilipollas o qué?! ¡Vámonos! No te quedes parado —grita Ernesto y yo solo puedo sentir el dolor en mi costado.

Caminamos rápido hasta llegar a nuestro coche y entramos los tres a nuestros asientos. Ernesto no para de decir palabrotas, Gillian asombrada por lo que acaba de pasar y yo con un dolor intenso en mi cuerpo.

—Esto ha sido una locura... —susurra Ernesto, pero, de pronto, al ver que no dejo de quejarme, abre sus ojos completamente y observa el sitio que no dejo de tocarme, ahora lleno de sangre—. ¡*Brother!* Estás sangrando...

Ante su grito, Gillian rápidamente se alarma y se acerca a mí para verme y yo intento que no sea tan grave.

—No es nada.

—¿Cómo que no es nada? Menuda suerte que tienes, hermano. Eres un imán para los golpes —me dice Ernesto cómicamente a pesar del momento.

Veo cómo la puerta de mi lado se abre y Gillian aparece con preocupación, poniéndose frente a mí y retirando mi mano para poder ver la herida de la navaja. Sus ojos se abren y comienza a brillar por culpa de las lágrimas.

—No, no, no... —susurra con preocupación y con miedo. Agarra mi brazo con fuerza y me obliga a salir de mi asiento para sentarme en la parte de atrás del coche, sentándose ella junto a mí —. Arranca el puto coche, Ernesto —dice ella completamente nerviosa mientras me obliga a ponerme de espaldas a ella y Gillian tapa la herida para que no salga más sangre—. Aguanta, Jasper... Por favor, por favor, por favor...

—¿A dónde vamos? —pregunta Ernesto y yo, simplemente, comienzo a cerrar mis ojos sin

yo quererlo.

—A mi casa —responde Gillian antes de que yo cierre los ojos.

19

Enamorada

—Jasper, por favor... —Escucho la voz de Gillian demasiado lejana para ser verdad—. Abre los ojos...

Y eso intento, pero me pesan los ojos, haciendo que me sea imposible que pueda abrirlos. Pero su mano puedo notarla sobre mi mejilla y la otra sobre mi herida. Juraría que puedo notar cómo le tiemblan las manos.

—¿Cómo está? —Ernesto se escucha por el otro lado y estoy perdido de dónde me encuentro.

Consigo abrir un poco los ojos y observo que aún estoy en el coche. Una suave luz ilumina parte del auto por dentro, pero apenas llega por los asientos traseros donde nos encontramos Gillian y yo. En la ventana puedo ver que todo está a oscuras, tal vez, estamos pasando por una de las carreteras abandonadas que hay en el lugar y, en estos momentos, mi cabeza está sobre el hombro de Gillian, pero mi cuerpo está apoyado sobre el asiento. Ahora noto la mano de Gillian acariciando mi rostro, sin poder dejar de temblar.

—Sangra mucho y está muy pálido... —Su voz tiembla, al igual que su cuerpo y me abraza más fuerte, tal vez por miedo a que cierre los ojos y no los abra más—. No sé qué hacer, Ernesto... Está perdiendo mucha sangre —dice con la voz entrecortada.

—Vamos a llegar a tiempo, pero creo que es mejor ir al hospital.

—Si lo hacemos será peor para él por culpa de Vladimir y lo último que quiero... es que ese hombre le haga algo a Jasper... —susurra apenas audible ella.

—Sus matones ya se lo han hecho —responde duramente.

—Por favor, Nesto... Solo llévame a mi casa para así poder curarlo.

Escucho silencio y creo que me vuelvo a olvidar del lugar en el que me encuentro cuando mis ojos se vuelven a cerrar por completo.



Alguien me da toquecitos suaves en mi mejilla. Esa mano tiembla sobre mi rostro y juraría que puedo reconocer quién es la dueña de esos dedos. Cuando abro los ojos con lentitud, veo el rostro de Gillian a unos centímetros del mío, con los ojos rojos y deseando que despierte.

Y cuando lo hago, su sonrisa deslumbra el lugar como perlas.

—Jasper, aguanta un poco, ¿vale? —susurra temblorosamente y yo solo puedo observarla.

Ni siquiera pensaba que el cuchillo llegase tan a fondo de mi costado, pero aparte del dolor

que siento, cuando me decido a mirar hacia esa zona, la mano de Gillian —que en ningún momento la ha retirado de ahí— está llena de sangre, como mi ropa.

Hago un leve sonido de dolor cuando ella aprieta un poco más la zona y ella pega su rostro sobre mi cabeza.

—Aparca por la calle trasera, Nesto —dice ella y ni siquiera sé dónde estamos.

—Eso está hecho, *chama*.

Juraría que solo pasan unos segundos, pero no me importa, porque a pesar del dolor que siento en mi costado por la herida de arma blanca, saber que estoy en los brazos de Gillian me hace sentir un poco mejor, aunque sienta demasiado calor en mi cuerpo.

—Vale, ¿dónde aparco? —Ernesto pregunta y Gillian le dice algo que no consigo escuchar a la perfección.

—Hay que tener cuidado de las ventanas que están abiertas. Que no nos vean, Nesto —susurra en voz baja ella, y Ernesto, a los segundos, se encuentra al otro lado de la puerta para poder ayudarme a salir.

Entre ellos me ayudan a bajar del coche y caminamos hacia una puerta. Por el aspecto del sitio juraría que estamos en el barrio de Gillian, ese que tanto me prohíbe. Ella se dirige a la puerta con rapidez y toca cuatro veces, como si fuese una contraseña que tuviese ella con otra persona.

Trago saliva, a punto de marearme y caerme, pero Ernesto me sujeta y la puerta que hay frente a nosotros se abre.

De ahí sale un hombre de unos cuarenta años. Lleva una camiseta blanca y unos pantalones negros, pero mis ojos se fijan en que él lleva una pistola en su mano derecha, como para protegerse.

—Chiquilla, ¿pero qué haces aquí? —pregunta una voz masculina y él nos observa asombrado—. ¿Y estos dos? Te van a hacer daño como te vean los guardias traer a gente que no sea de la banda.

—Archie, por favor, necesito tu ayuda... —responde ella con nerviosismo.

Intento apretar la zona de la herida, para que no salga más sangre, pero las fuerzas comienzan a fallarme.

—¿Estás herido, joven? —Escucho la voz del hombre y para cuando abro los ojos, él ya está cerca de mí observando la herida.

—Por favor, Archie... No puedo llevarlo al hospital, ya sabes por qué y... y necesito llevarlo a mi piso, por eso necesito ir por la puerta trasera... —habla Gillian y creo que el hombre no le niega nada al verla en ese estado.

Él nos mira, tanto a mí como a Ernesto, y luego asiente en respuesta.

—Vale, pero tú no puedes entrar. Solo él porque está herido —le habla a Ernesto y él no dice nada, solo hace un gesto que no consigo ver.

El tal Archie me ayuda a entrar en su casa, junto con Gillian y luego Ernesto, tras observar que nadie lo está vigilando, entra en su coche y se marcha, pero no sin acordar antes que Gillian lo llame para saber cómo estoy.

—¿Qué es lo que le ha pasado? —pregunta Archie mientras me ayudan a subir las escaleras.

—Es mi entrenador y no sé exactamente qué ha ocurrido, pero durante la pelea empezó a salir humo con un olor fuerte y todo se volvió un infierno en ese lugar —le responde ella—. Y cuando entramos los tres al coche nos dimos cuenta de que estaba sangrando.

—Vale, ahora le miro la herida. Pero no tiene buena pinta, chiquilla.

Ella no responde y solo oculta su rostro para que no la vea.

—Esperen... —susurro apenas audible. Gillian me observa rápidamente y Archie no deja de caminar hasta llegar a una habitación sin ventana, lo que me extraña enormemente.

—Sé que te duele, pero aguanta un poco más, joven —responde él y se dirige a un mueble, hasta retirarlo de esa pared.

Gillian me sujeta con pesadez, sabiendo que yo peso lo suyo, por lo que intento mantenerme un poco para que así sea mejor para ella. Archie vuelve de nuevo tras abrir esa puerta que había detrás del mueble con una llave y pasamos los tres por la puerta, llegando a un baño y el ruido de Archie cerrando la puerta tras nosotros se escucha demasiado.

—Vamos —dice él y salimos del baño hacia un pequeño pasillo, de nuevo entrando por otra habitación, esta vez con dos ventanas con las cortinas corridas y Archie vuelve a hablar—. Gillian, trae varias toallas para ponerlas sobre su cama y que la sangre caiga ahí —dice él y Gillian sale del cuarto con rapidez.

¿Esta es la casa de ella?

Intento observar el lugar, pero la sed que estoy comenzando a sentir y las ganas de respirar más sangre me hace ver que ya estoy perdiendo demasiada sangre.

—Necesito agua... —susurro y vuelvo a tambalearme, pero el señor no me deja y me sujeta con fuerza.

—Primero lo primero, muchacho. Vamos a curarte esa herida y luego podrás hacerlo.

Unos pasos rápidos se escuchan por el pasillo y Gillian vuelve con varias toallas en las manos.

—Rápido, ayúdame a colocarlas —dice Archie, y ella lo ayuda a ponerlo sobre la cama muy rápidamente—. Vamos a tumbarte.

Él me vuelve a sujetar y me pone sobre la cama, sintiendo mucho frío por todo esto. Gillian me quita la camisa y ya no me vuelvo a mover en lo que llevo de noche, estando algo más cómodo sobre la cama de ella. El hombre me observa la herida y niega con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunta Gillian con preocupación mientras agarra mi hombro y mi mano con las suyas.

—Tengo que ir a mi piso de nuevo para tomar las cosas que necesito para curarlo. Presiona en la herida, pero con cuidado —responde él.

Entonces, el silencio abunda desde el momento en el que ese hombre se marcha del cuarto, y Gillian solo es capaz de concentrarse en que la sangre no vaya a más. Sus lágrimas ya no están, han dejado de caer por sus ojos y ahora solo lo sustituye su preocupación y, a la vez, el miedo de que algo me pase.

A pesar de todo lo que me ha dicho hoy, tal vez porque yo la provoqué, ahora parece que todo eso se ha esfumado y solo piensa en quedarse conmigo hasta que me encuentre mejor. Pero ante su preocupación, yo levanto mi mano con pesadez por la debilidad que tengo en estos momentos y pongo un mechón de pelo tras su oreja, pudiendo ver que Gillian me observa y su labio inferior tiembla por el momento que estamos pasando.

Trago saliva, la poca que ya me queda y rozo suavemente su delicado rostro con mis dedos, intentando demostrarle con gestos lo que con las palabras no me sale... que no se preocupe por mí.

Gillian rápidamente pone su mano llena de mi propia sangre sobre la mía y cierra los ojos con fuerza, esperando algo.

Tan rápido como eso, viene Archie con demasiadas cosas en sus manos. Se pone a mi lado y

Gillian se aleja un poco, sin dejar de temblar. Pero Archie, al verla en ese estado, se levanta de la silla y se acerca a ella.

—Gillian, espera en el pasillo.

Ella niega repetidas veces diciendo:

—No... No, no. Yo me quedo con él.

—Chiquilla, en ese estado en el que estás...

—¡Yo me quedo con él, Archie!

Él se queda en silencio unos segundos, con los ojos cerrados y luego vuelve a mirarla, esta vez con más seriedad que antes.

—¿Quieres que él esté bien? —Le lanza la pregunta y ella afirma con rapidez—. Pues espera en el pasillo. No tardaremos mucho, Gillian. Te lo prometo.

Gillian me observa con miedo y luego observa a Archie, sintiendo cómo si ellos fuesen padre e hija y luego, asintiendo con la cabeza, se aleja de la cama con lentitud, como si no quisiera abandonarme y luego cierra la puerta una vez fuera de la habitación.

—Vamos a curarte.

Asiento con la cabeza cuando él me dice eso e intento aguantar el dolor mientras Archie desinfecta la herida. Al ver mis gestos de dolor frena un poco y contando tres segundos de descanso, vuelve otra vez a hacer lo mismo.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —me pregunta él, concentrado en su trabajo.

Aprieto los dientes con fuerza, sabiendo que esto es necesario para que se cure correctamente e imagino que este hombre sabe lo que hace.

—Jasper.

Seca la herida con una gasa y luego con un hilo la va cerrando.

—Jasper, ¿cómo te lo hiciste?

Agunto la respiración, esperando a que este mal trago pase e intento pensar en otra cosa que no sea en esto.

—Me clavaron un cuchillo.

—Me lo imaginaba por la profundidad. ¿Y por qué te lo clavaron? —me pregunta de nuevo y mientras él me va curando la herida como si fuese un médico, yo lo observo con extrañeza—. Venga, que no soy gilipollas.

Trago saliva y cierro mis ojos para respirar profundamente.

—No quería que a ella le pasara algo esta noche, por lo que lancé un gas lacrimógeno y uno de los matones me descubrió.

Él se queda en silencio escuchando mi historia y sigue con su labor. Pero por sus gestos creo que está pensando en muchas más cosas a parte de la historia. Observo cómo agarra una gasa y la pone sobre la herida, tapándola, para que así se cure después. Me pone más gasa rodeando mi estómago y espalda para sujetar la gasa, y luego se levanta de su asiento, quitándose los guantes que se puso antes para poder tocar la herida.

Sus ojos marrones me miran y analiza mi mirada.

—Gillian no se pone así por ningún tío, ¿lo sabes? —pregunta, y yo no entiendo a lo que se refiere.

—¿Qué quieres decir?

Archie hace una mueca como si se quisiera reír de mí y luego niega con la cabeza.

—Hasta un niño vería que ella está enamorada de ti, muchacho.

Yo trago saliva y luego se despide de mí para salir del cuarto y vuelve a cerrar la puerta del

mismo, dejándome a solas con mis pensamientos por unos minutos. Puedo escuchar que él y Gillian están hablando en el pasillo, pero no consigo escuchar nada y solo puedo observar la habitación atentamente.

Parece una casa vieja pero bien cuidada, con sus muebles de madera limpios y cuidados. Varios cuadros pintados perfectamente a mano de paisajes de Cuba se reflejan en la habitación, algunos colgados y otros descansando en el suelo. Una pequeña luz de la lámpara que hay al lado de mí, sobre la mesita de noche, es la que ilumina el lugar y puedo ver la hora, a punto de ser las doce y media de la noche.

Un ruido se escucha de lejos y una puerta se cierra con fuerza, junto con varios pasos que se escuchan de nuevo en el pasillo. La puerta de la habitación se abre y entra una Gillian algo destrozada, con un vaso de agua en su mano derecha y una toalla con la otra. Sin decir nada, se acerca a mí y me entrega el agua en las manos.

—Gracias... —susurro, mirándola a los ojos.

Pero ella no lo hace, simplemente, se queda mirando las gasas, donde tengo la herida, y aprieta su mandíbula. Cuando acabo de beber, se lo pongo sobre la mesa de noche y vuelvo a colocarme en la cama.

—Voy a quitarte esas toallas —susurra con la boca muy pequeña y yo intento levantarme para ayudarla, pero no me deja por la mirada que me echa y trago saliva con nerviosismo.

—Gillian, ¿estás bien? —pregunto sin dejar de mirarla a los ojos, pero ella intenta ocultar su voz y vuelve a esquivar mi mirada.

Quita las toallas y vuelve a salir de la habitación, diciéndome: «Ahora vuelvo».

Pero, lejos de que ella vuelva, solo puedo escuchar de fondo un pequeño llanto proveniente de ella, que hace que me levante de la cama con pesadez y, con lo rápido que yo puedo ir, salgo del cuarto con solo el pantalón puesto y la veo allí, pegada a la pared del pasillo, llorando a escondidas.

—Gillian... —susurro su nombre al verla en ese estado y ella se gira rápidamente para verme con enfado.

—¿Qué haces aquí? Vuelve a la cama antes de que sangres más... —dice ella cabreada y con lágrimas en los ojos.

—Hey, Gillian... ¿Por qué lloras?

Ella no habla, simplemente, se seca las lágrimas y sigue temblando su cuerpo con preocupación, a pesar de que ya estoy fuera de peligro, gracias a que me han salvado, tanto ella como Ernesto y Archie.

—Porque soy una gilipollas contigo... y no te mereces eso.

Abro los ojos rápidamente cuando habla así y recuerdo lo que ha ocurrido esta tarde. Me acerco a ella y pongo mi mano bajo su barbilla, haciendo que levante la cabeza para que pueda mirarme.

—Gillian, no te preocupes por eso. Lo comprendo.

Ella niega con la cabeza con los ojos cerrados y luego mira al suelo.

Yo trago saliva y no sé qué más puedo decir. ¿Duele cuando ella me trata así? Claro... Pero también hay que saber todo lo que ha pasado y por lo que sigue pasando en su día a día.

Gillian, de pronto, me observa con sus ojos completamente bañados en lágrimas y juraría que brillan más que cualquier estrella en el cielo o la misma luna llena. Y odio verla de esta manera... Odio verla sufrir.

Alargo mi mano izquierda, poniéndola sobre su mejilla para poder secar sus lágrimas y noto

cómo ella se siente bien al hacerle esto. Sus ojos vuelven a abrirse para abrir paso a otro nivel completamente distinto.

—¿Por qué no me abrazas? —susurra entre lágrimas.

Abro los labios queriendo decirle una respuesta, pero solo soy capaz de volver a cerrarlos y mirarla una vez más.

—Porque no sé cómo vas a actuar si lo hago.

Gillian asiente, comprendiéndome por esa frase que tanta verdad esconde, pero lejos de enfadarse por ser sincero o querer marcharse de nuevo de mi lado, me mira con esos hermosos ojos verdes de los que me he enamorado y me sonrío.

—Abrazame... por favor —me susurra, y eso me es suficiente para hacerle caso y poner mis brazos sobre su espalda, abrazándola como puedo a pesar de lo mal que me encuentro.

Nos quedamos así por un largo rato, que para mí solo pasan unos segundos. Gillian me abraza fuerte, pero con sumo cuidado de no hacerme daño sobre mi herida, pegando su cabeza sobre mi pecho y siento cómo llora como si fuese una niña. Yo solo soy capaz de darle besos sobre su cabeza y abrazarla con cariño.

Al poco, ella se separa con pesadez y agarra mi mano para dirigirnos a su cuarto, cerrando la puerta tras de sí y yo poniéndome en la cama de nuevo, pero no sin antes ver que Gillian se sienta en la silla en la que hace un rato se sentó Archie.

Agarra la toalla para luego secarme los sudores que tengo debido a la herida que tengo y, al menos, no me siento tan pálido como antes. La toalla comienza a pasarla sobre mi rostro, junto a la mirada concentrada de ella sobre mi cuerpo. Luego pasa poco a poco sobre mi cuello, seguido de mi torso y ahí para. Trago saliva al sentirme relajado ante esto que hace ella y lo que puede conseguir hacerme.

—Lo siento... —murmura y yo pongo mi dedo sobre sus labios.

—Tú no tienes la culpa.

Ante mi respuesta, ella no me contesta, pero tiene otras cosas que decirme.

—¿Quién te hizo esto? ¿Por qué esa bomba de humo? —Hace una pausa pequeña y luego abre los ojos, como si estuviese asombrada—. ¿Fuiste tú?

—Tenía que hacerlo.

—¿Estás loco? Por eso ahora mismo tú estás herido —responde alterada, acostumbrándose un poco a los cambios de humor que tiene ella.

—De no ser por eso, ahora no estarías aquí... —susurro, y ella deja de hablar, comprendiendo por primera vez que me preocupo por ella.

Gillian asiente con la cabeza y sé que nosotros dos tenemos millones de cosas que contarnos, pero creo que lo mejor es que descansemos del horrible día de hoy. De todo...

—No decía en serio lo de esta tarde... —susurra apenada.

Pongo mis manos sobre sus mejillas y la acaricio con cariño, sonriéndole con amor. Y puedo notar cómo ella se siente bien.

—Lo sé...

Ahora lo sé, a pesar de lo que me dolió antes.

Pero sé perfectamente que cuando ella se enfada, como muchas personas, no dicen lo que realmente sienten. Que no piensan las palabras que van a utilizar.

—Jasper... —susurra, sin dejar de mirar mis labios y luego mis ojos, como si tuviese algo metido dentro que quiere sacar, y yo solo soy capaz de escucharla.

—Dime.

Abre los labios por unos segundos y luego los cierra rápidamente, como si lo que me fuese a decir fuese muy doloroso para ella, le costase o, simplemente, tuviese miedo de las consecuencias.

Exactamente, no sabría decir qué es lo que realmente está pensando ella.

—Yo... —Traga saliva nada más decirme eso y luego sus mejillas se sonrojan, pero niega con la cabeza, como si estuviese desechando una idea para que, acto seguido, me responda seguramente con otra respuesta—. ¿Puedo abrazarte?

Yo, con la duda de qué respuesta me iba a dar, asiento con la cabeza con una sonrisa y nos acostamos juntos, ella sobre mi pecho, acariciando con su mano derecha mi cicatriz de la otra vez por la tortura, y yo la abrazo como si fuese ese granito de arena que me hacía falta para ser feliz.

20

Distancias

Despierto sintiendo la caricia de alguien sobre mi pecho. Un despertar dulce que consigue hacerme sonreír como un gilipollas estando un poco cansado. Es por ello que cuando abro los ojos, no sé dónde me encuentro, pero solo por unos segundos hasta que puedo ver unos grandes ojos verdes observándome con cariño.

Yo, enseguida, recuerdo los sucesos ocurridos por la noche y paso mi mano por toda la línea de su espalda. Gillian, sin decirme apenas nada y sin dejar de mirarme, pone su cabeza sobre mi pecho con cuidado de no hacerme daño en la herida.

—Hola —susurra ella sin dejar de sonreírme, escondiendo un poco su rostro en mi pecho con esos ojos que tanto me gusta mirar.

—Hola —canturreo un poco con la voz ronca y pongo mi mano sobre su cabello, echando atrás unos mechones que tiene sobre su cara.

Ella parece disfrutar de mi gesto y solo puede cerrar los ojos.

Un pequeño pinchazo siento en el costado, dándome aviso de que ella está apretando con su cuerpo sin querer en la herida, pero yo, en vez de decirle nada, me callo y sigo de esta forma con ella.

—Archie... —comienzo a hablar sin dejar de mirar su pelo desmoronado y ella abre los ojos rápidamente para mirarme—. ¿Es tu padre? —Hago esa pregunta y la respuesta se queda en el aire durante unos segundos.

Gillian me besa en el pecho y luego se acerca un poco más a mí, dejando apenas unos centímetros de mi boca a la suya.

—No —responde, colocando su codo sobre la almohada sobre la que estoy acostado, para poner su cabeza apoyada y luego, con la mano que tiene libre, roza mi labio inferior haciendo una línea imaginaria—. Pero es como si lo fuese.

—No sabía que había gente que te pudiera ayudar en este barrio —hablo, pensando en todo lo que no he podido pensar anoche, y ella hace un pequeño gesto con los labios, como si no fuese realmente cierto mi frase.

—Si me pudiesen ayudar de verdad, ya hubiese salido de este sitio desde hace años —responde claramente y yo aprieto mi mandíbula.

Retiro mi mirada de la suya para poder observar más claramente su habitación, pudiendo ver que esos muebles de madera salen a relucir gracias a los pequeños rayos de luz que salen de la cortina. Y me pregunto: ¿habrá alguien vigilándola tras estas ventanas?

—Ojalá pudiese ayudarte a salir de esto —murmuro, mirando hacia un punto fijo del cuarto.

—¿Acaso no lo haces ya? —La miro rápidamente nada más escuchar su respuesta y, ante mi cara de duda, Gillian sigue hablando—. Si no hubiese sido por ti, quizá ahora no estaría aquí.

—No digas eso. No quiero ni siquiera oír eso —le respondo rápidamente y ella me besa con rapidez en los labios, callándome.

Su mano recorre mi mejilla izquierda, haciendo pequeños círculos con sus dedos en mi piel. Yo, en cambio, ante esta sorpresa, no puedo hacer otra cosa que seguirle el beso, pudiendo sentir que es algo necesitado tanto para ella como para mí. Después de una horrible noche que los dos no queremos ni acordarnos, despertar así consigue que todo mi cuerpo se relaje.

Pero me separo de ella, con sus ojos algo asombrados por lo que acabo de hacer y la observo con los labios entreabiertos.

—¿Por qué me besas de esa manera? Si solo soy alguien con quien tuviste sexo dos noches —susurro apretando mi mandíbula fuertemente.

Ante mi pregunta, Gillian solo es capaz de buscar una respuesta digna de admiración contando diez segundos antes de responderla. Pero yo solo puedo esperar ansioso y recordando las veces que me ha dicho eso, sin tener que haber utilizado esas palabras exactas.

—Sé que yo mismo me tengo que echar la culpa porque siempre me has avisado —sigo hablando mientras ella solo puede mirarme atentamente como meto más la pata, posiblemente—, pero...

—Jasper —me llama por mi nombre y la observo rápidamente—. No podemos estar juntos.

Ante su respuesta, casi podría decir que el techo se me cae encima por su completa sinceridad. Y lo más gracioso es que ya me imaginaba esa respuesta, ya sea por la vida que lleva ella o, simplemente, porque ella no siente nada... Lejos de lo que me haya dicho Archie anoche.

Así que mientras siento su mirada sobre mi rostro, yo solo soy capaz de mirar a un punto fijo, apretando fuertemente mi frente. Pero creo que ella no ha acabado aún de hablar, por el rabillo del ojo puedo notar cómo sonrío y su dedo se pone en medio de mis cejas, aplicando un suave masaje en el sitio.

—Siempre te sale una arruga aquí cuando le das muchas vueltas a algo.

—Sí... —susurro, intentando sonreír un poco y creo que ella comienza a reírse suavemente, siendo música para mis oídos.

—Que no podamos estar juntos, no significa que no quiera estar a tu lado —responde, y juraría que podría escuchar los latidos de mi corazón—. Jasper, te digo eso porque... —pasa su lengua sobre sus labios y luego vuelve a hablar— porque si alguien de este lugar descubriese queuviésemos algo...

—Te harían daño —murmuro, y ella niega con la cabeza rápidamente.

—Te lo harían a ti... y eso es lo último que quiero.

Noto la respiración fuerte de Gillian, como si estuviese intentando aguantar las lágrimas y luego me vuelve a abrazar, poniendo su cabeza sobre mi pecho.

Yo no soy menos y le devuelvo el abrazo, poniendo mis manos sobre su espalda, arrugando sin querer su camiseta y respiro profundamente, deseando que ella y yo pudiésemos tener una vida más normal y poder tener una relación sin que nadie nos obligue a estar separados.

—Ayer me enfadé mucho. No estoy acostumbrada a que alguien que no sea Archie se preocupe por mí. Y me pusiste de muy mala hostia... —susurra, consiguiendo sacarme una sonrisa por esa última frase—. Y comencé a decir cosas que no pensaba... Incluso cuando vi esa mirada tuya de tristeza... Creo que no me voy a poder olvidar de esa cara que pusiste después de soltarte todo aquello.

Dejo pasar unos segundos, silenciando toda la habitación, antes de volver a abrir la boca para poder seguir hablando.

—Yo quiero algo más contigo, Gil... No solo una noche —confieso, pasando mis manos por su espalda y abrazándola mucho más que antes—. Quiero dormir a tu lado y, luego, despertarme junto a ti sin que entres en pánico y salgas huyendo de mis brazos.

Ella sorbe un poco por la nariz, pero no siento ninguna lágrima caer a mi pecho, por lo que le doy un casto beso sobre su coronilla, sintiendo cómo ella me devuelve otro beso, pegando sus labios sobre mi pecho.

—No puedo darte eso, J., por más que me duela... no puedo dártelo.

Y creo que, aunque me diga esas palabras sin ningún mal, queman en mi pecho como un fuego intenso que se propaga rápidamente.

—¿Y qué podemos hacer?

Cuando lanzo mi pregunta al aire, juraría que puedo contar los segundos que se queda ella pesando bien en su respuesta antes de dármele. Y solo soy capaz de observar arriba, donde se encuentra ese ventilador de techo, cuyas alas son de madera.

—Aunque sea la que más me duela... Lo mejor sería tomar distancias entre nosotros.

Abro la boca para decir algo, pero, en el fondo, es la respuesta que más lógica tiene de todas las posibilidades que podría haber entre nosotros. Aunque me duela admitirlo, para que ninguno de los dos siga sufriendo, lo mejor será seguir por nuestros caminos.

Cierro mis ojos con fuerza, intentando que esto que me está diciendo sea solo una broma, pero, conociendo a Gillian, sé que no será posible esa broma. Noto cómo ella se mueve de mi pecho para darme un casto beso sobre mi nariz, consiguiendo que la mire e intentando regalarle una sonrisa, no dejo de abrazarla.

—Sé que no era la respuesta que querías, yo tampoco... Pero es la más realista —expresa con tristeza, mirándome atentamente, como si quisiera aprenderse de memoria cada parte de mí.

—Sé que es la más realista, ¿pero no hay otra distinta?

Ella niega con la cabeza, para decirme:

—Ojalá la hubiera...

Nos quedamos un rato mirándonos, sintiendo cómo desvanecemos ante la decisión que debemos tomar en nuestros caminos, en nuestras vidas. No nos separamos mientras los minutos pasan y creo que ya llevamos un buen rato así, en esta posición. Pero sin importarme cuanto tiempo duramos de esta manera, juntos, solo espero que el tiempo transcurra lentamente para poder disfrutar más de su compañía.

Gillian, de pronto, se levanta de la cama con sumo cuidado de no hacerme daño en el proceso y camina lentamente por su habitación.

—Quiero que estés aquí hasta mañana por la noche, para que puedas descansar y nadie de aquí se percate de que estás en mi piso. Luego le diré a Archie que te lleve a tu casa.

Asiento ante su respuesta y ojalá pudiese cambiar el tiempo para que toda esta situación fuese completamente distinta.

Ojalá...

Y entonces, cuando Gillian dice que va a hacer algo de comer, yo la detengo con mi voz y ella, simplemente, se queda de pie en el marco de la puerta, mirándome.

—¿Tienes mi mochila? —pregunto con la voz un poco cabizbaja y ella asiente en respuesta—. ¿Puedes abrirla y mirar lo que hay dentro? —vuelvo a preguntar y ella, con duda, hace lo que le digo.

Se dirige hacia una esquina de su habitación y del suelo agarra mi mochila para luego abrirla con cautela como si dudase ante lo que ella vaya a hacer. Pero al abrirla, sus ojos se

agrandan con rapidez y luego me observa con sorpresa y algo de felicidad.

—¿Guantes nuevos? —pregunta con ilusión contenida.

—Sí y quiero que esta vez solo los utilices para entrenar. No quiero que te lesiones las manos por esos guantes tan viejos, pero tampoco quiero que ese hombre del que me has hablado te haga más daño por mi culpa —susurro, y ella levanta una ceja, pero antes de que hable y me diga todo lo contrario, le vuelvo a contestar—. Quédatelos, Gillian... Créeme que te ayudarán mucho en los entrenamientos.

Ella saca esos guantes nuevos que le compré ayer antes de verla y luego corre hacia mí para abrazarme con mucha fuerza.

—Cuidado, Gil —digo sonriendo y con la voz afectada del dolor que tengo en la costilla.

—Perdón —se apresura a decir—. Jasper, no tenías por qué.

—Sí que tenía por qué —respondo observándola a los ojos—. Supongo que si acordamos poner distancia entre nosotros... lo mejor es que Ernesto sea un mejor entrenador que yo, para que cada pelea que debas hacer no te hagas demasiado daño —le digo tristemente, y ella aprieta la mandíbula con la misma mirada que la mía, asintiendo con la cabeza.

Ella observa los guantes con pena.

—Poner distancia entre nosotros es lo mejor que podemos hacer, J. —vuelve a decirme, y yo asiento—. Me encantaría haberte conocido en otra vida, donde yo fuese una simple chica y tú un simple chico...

—A lo mejor podría pasar —murmuro.

Nos quedamos en silencio los dos unos minutos, pero el timbre de la puerta de su piso resuena varias veces y ella se sobresalta, mirando para el pasillo y luego para mí. Con el gesto de su dedo índice poniéndose sobre sus labios me dice que no hable y eso es lo que hago. Así que, con rapidez, ella se levanta de la cama, dejando sobre una silla los guantes y sale del cuarto cerrando consigo la puerta. Y a partir de ahí solo puedo escuchar los pasos de ella por el pasillo de la casa. Tarda unos segundos, antes de que pueda oír la puerta abrirse y de nuevo el silencio inunda el lugar.

—Has tardado en abrir. —Escucho una voz masculina y juraría que lo he escuchado antes.

—Sí... es que... es que estaba en el baño —dice Gillian en muy baja voz.

Me pongo tenso ante lo que estoy escuchando de lejos y solo soy capaz de quedarme quieto en el lugar para no hacer ningún ruido y así no poner en un aprieto a Gillian.

—Anoche tuviste suerte —le responde con ironía ese hombre—. Si no fuese por tu chico, ahora no estarías aquí.

Ella no contesta y puedo imaginarme que estará mirando el suelo por el tono de voz que tiene el tipo.

Intento moverme un poco para quedarme sentado en la cama y lo consigo hacer sin ningún ruido en el acto. Pero, de nuevo, el silencio inunda el lugar y observo un punto fijo para poder seguir escuchando lo que tiene que decirle.

—Te estás tomando muchas molestias por ese hombre... Una de las reglas es que no estés con hombres fuera de la banda, Gillian. Eres una luchadora, no una chica normal y corriente que se puede enamorar de otra persona —dice con la voz grave y yo aprieto con fuerza mi puño ante la ignorancia de sus palabras—. Trabajas para mí. Eres de mi propiedad, ¿vale? Sin mí, no serías nada, Gillian... Nada —susurra esa última palabra y de nuevo el silencio vuelve al lugar.

Yo hago todo un esfuerzo para no tener que levantarme y ver quién es ese hombre, para así poder estamparle mi puño en su rostro con toda la fuerza posible. Pero lo último que quiero es

meterla en más problemas a ella.

—Lo sé... —susurra ella con la voz temblorosa.

—¿Crees que puedes hacer lo que quieras sin pedirme permiso? Estás muy equivocada, niña. —Puedo escuchar cómo camina por el salón de la casa unas botas con pasos decididos—. Solo yo puedo tocarte a mi antojo.

Y esto es lo que hace que esté a punto de levantarme de la cama y estamparlo contra la primera pared que vea en mi camino. Entiendo que ese es el hombre que obliga a Gillian en contra de su voluntad a tener relaciones sexuales con él.

—Lo sé... —vuelve a decir ella con la voz rota y casi podría decir que se me cae el alma escucharla así.

—¿Lo sabes? Pues explícame cómo es que has acabado acostándote con ese entrenador tuyo —responde duramente y Gillian solloza en voz baja—. ¿Te crees que soy gilipollas? ¿Qué no me iba a dar de cuenta? —Una risa sale de su garganta y yo solo soy capaz de cerrar los ojos con fuerza mientras aprieto fuertemente los dientes, intentando calmarme para no salir de donde estoy escondido—. Tú no sirves para tener pareja y tarde o temprano él terminará huyendo por la vida tan destructiva que tienes... Así que hazme un favor y sepárate de él, no querrás que envíe a los matones para que lo maten.

Ella no dice nada y luego el hombre se despide de ella, escuchando cómo cierra la puerta y, contando varios segundos, salgo de la habitación para encontrármela en mal estado.

Y, sin pensármelo dos veces, voy hacia donde se encuentra ella y la abrazo, siendo este el último abrazo que podemos tener nosotros dos antes de que tomemos nuestro camino.

Y que por mucho que me duela y por mucho que quiera ayudarla, no quiero que nada le ocurra a ella. Y más porque sé que si sigo aquí, aunque sea ese hombre el que amenace con hacerme daño a mí, la que terminará herida física y emocionalmente será Gillian.



—Supongo que esto es un adiós... —habla con tristeza Gillian, antes de salir por la puerta de la casa de Archie.

Después de estar un día y medio en su casa, a pesar de que lo último que quiero es irme de su lado, tengo que hacerlo para que ella, en cierto modo, esté mejor. Es por eso que Archie se ha alejado unos metros para dejarnos a solas y así poder despedirnos como es debido.

Yo solo puedo acercarme a ella, tomar su rostro entre mis manos y darle un casto beso en sus labios, demostrando lo que siento por ella, aunque esto no es nada comparado con lo que realmente siento por ella.

Gillian me devuelve el beso, poniendo sus manos sobre mis caderas con cuidado de no hacerme daño y creo que cuando separamos nuestros labios, ninguno de los dos quiere marcharse del lado de la otra persona, aun siendo casi las once de la noche y con Archie esperando a unos metros a que nosotros dos acabemos de despedirnos. Pero me da la sensación de que no consigo poder decirle todo lo que quiero y creo que ella siente lo mismo.

—Sí...

Aprieto mis labios y solo puedo cerrar los ojos para poner mi frente junto a la suya. No

quiero que esto acabe. No quiero que esta sea nuestra última vez... Y espero que esto no sea así porque, por mucho que ella me pida que me marche, en el fondo sé que no lo haré del todo.

Me he enamorado de una chica con la que no puedo estar... Y a veces me duele pensar que quizá lo mejor hubiera sido no haberme marchado de Florida, pero, inmediatamente, desecho esa idea al saber que este lugar es mucho mejor que el lugar de donde vengo y, mucho más, porque he conocido a esta chica tan única, que a pesar de no poder estar junto a ella, la quiero con locura.

Gillian abre la boca, como si quisiera decirme algo, algo que lleva escondiendo desde hace tiempo, pero vuelve a cerrar sus labios al ver que no es capaz de decirlo y yo solo puedo disfrutar un poco más de su cercanía.

—Te amo —murmuro de golpe, consiguiendo que ella abra los ojos con rapidez y Archie se acerca a la puerta, para abrirla y asegurarse de que no haya nadie vigilando.

Tras decirle esas palabras, solo espero unos segundos a su reacción, pero al ver que se queda sin habla y Archie casi me saca del lugar rastras, le doy un último beso en su sien y me doy la vuelta, quedándose en mi mente esa mirada suya de sorpresa por esas dos palabras tan simples y tan difíciles de decir.

—Vamos, muchacho. Si alguien nos ve, estaremos muertos —dice Archie, cerrando la puerta de su casa, impidiéndome ver otra vez a Gillian y subo a su coche rojo a punto de caerse el color—. Siento meterte prisa y más sabiendo que te estás despidiendo de ella... —susurra él y yo niego con la cabeza cuando arranca el coche para marcharnos.

—No pasa nada —murmuro con tristeza mirando hacia la casa, donde está ahora Gillian.

Pero no contento con estar en silencio mientras me lleva a mi casa, él quiere hablar y comienza diciendo:

—Gillian no se atreve a decirte que te quiere porque tiene miedo.

Yo lo observo y solo soy capaz de cerrar los ojos, sin poder borrar mi imagen del rostro triste de ella.

—¿Miedo de qué?

—De las consecuencias.

Niego con la cabeza, deseando que todo esto fuese un sueño y despertase junto a ella, pero creo que eso no va a suceder.

—¿Puedes hacer algo por mí, Archie?

—Por supuesto, joven.

Me quedo un rato pensando bien en la respuesta y luego vuelvo mi mirada hacia la nada, observando pasar las calles de La Habana por la noche y sin dejar de pensar en esos ojos verdes de los que me enamoré.

—Protégela por mí —le digo sin más y él asiente en respuesta.

—Ya lo hago, muchacho.

—Pero no solo eso. Si algo malo pasa, llámame... No quiero que nada malo le ocurra —digo sinceramente, y Archie, sin decir más nada, sonrío y asiente con la cabeza nuevamente.

Me gustaría decir que esto es solo un «hasta luego» entre Gillian y yo, pero siendo realistas esto es lo único que podemos hacer los dos... Separarnos. Para que así ella no sufra y yo tampoco. Para que ella pueda seguir con su vida y yo con la mía.

Aunque sufrir, sufriremos igual, pero de otra manera.

21

Tiempo

Dos meses después. Octubre de 1978.

El sonoro ruido de la bocina de algunos coches es más que palpable en mi cuarto. Ni siquiera el despertador ha sido capaz de poder despertarme antes del sonido de los coches a pesar de no haber muchos. Me maldigo a mí mismo por mudarme a uno de los lugares más concurridos de la ciudad.

Me siento en el borde de la cama, poniendo mis pies descalzos sobre el suelo helado y miro hacia mis manos, entrelazándolas al instante.

—Joder —susurro con la voz ronca.

Es la cuarta noche consecutiva que no consigo que su rostro se esfume de mis sueños. Cada vez que llega la oscuridad y cierro mis ojos, solo soy capaz de ver esos hermosos ojos verdes de los que me enamoré hace meses. Pero a pesar de que hayan pasado dos meses desde la última vez que la vi... A pesar de haberme marchado del motel y de todo para irme al centro de La Habana, no ha servido de nada para que no me haga demasiado daño.

Gillian seguirá en mi mente por mucho más tiempo.

Niego con la cabeza, intentando olvidarme de su rostro, siendo costumbre ya cada mañana y me dirijo hacia el baño para darme una ducha mañanera rápida y cambiarme con mi uniforme de trabajo, poniéndome una camisa blanca corta acompañada de un pantalón de vestir de color negro. Agarrando lo necesario para irme, me asomo al balcón y respiro ese aire tan natural del lugar, pudiendo oler el mar que está a dos calles de aquí.

Salgo de mi piso, para poder irme del pequeño edificio, y subirme a mi coche, el que tanto me ha costado poner en marcha desde que lo compré. Cuando después de varios minutos intentando arrancarlo lo consigo, me sumerjo en la carretera para empezar un día como otro cualquiera de estos últimos dos meses.

Lo último que pensaba era que me olvidaría por completo del mundo clandestino en el que estaba sumergido para dedicarme de lleno a otra vida mucho más distinta a esa. Y hay algo dentro de mí que lo agradece, mientras que hay otra parte que no piensa lo mismo.

Observo las casas que dejo atrás por cada sitio que paso con mi coche. Cada lugar, cada rincón de este archipiélago. Pero no conozco por completo Cuba, para ello necesitaría una vida entera para descubrir todos los rincones que hay. Y espero poder cumplir eso último. Porque para haberme ido de Florida para poder vivir una vida nueva, he tenido que volver a vivirla por segunda vez en este país y me duele pensar en ello.

Todavía siento como si eso fuese muy reciente, como si hubiera pasado tan solo unas horas desde ese adiós tan amargo. Aunque me haya recuperado de esa herida física, la otra herida, la

emocional, no se recupera tan fácil.

Saco todo el aire que tenía metido dentro de mi pecho y aparco frente al bar donde trabajo de camarero, observando ese letrero tan llamativo donde se puede leer: «Cuba Mía». Camino directamente hacia las puertas abiertas del lugar y lo primero que hago es saludar al matrimonio que trabaja aquí, mis jefes.

—Buenos días —saludo, consiguiendo una respuesta muy cubana por parte de los dos.

Me adentro al pequeño local y entro en la cocina para poder ponerme sobre mis caderas el delantal corto, poniendo en él la libreta para apuntar y un bolígrafo.

—Parece que alguien no duerme por las noches, mi amor —dice Luis a su esposa en voz alta para que yo lo escuche, y niego con la cabeza mientras limpio un poco la barra del bar.

—Deja al muchacho. A lo mejor está pasando por una mala época —responde Amanda, mirándome fijamente.

Yo pongo los ojos en blanco ante las frases que siempre oigo de parte de ellos y dejo de hacer lo que estaba haciendo para observarlos atentamente.

Para llevar poco tiempo trabajando aquí se había convertido en costumbre que este matrimonio me dijera estas cosas cada vez que entraba por la puerta y eso es por la sencilla razón de que mis ojeras se ven desde lejos. Ojeras ocasionadas por la falta de sueño y las veces que puedo dormir... solo la veo a ella.

—Solo me está costando dormir, no es otra cosa —les digo, quitándole importancia al tema y por la sonrisa forzada que me dedican ellos dos a la vez, deja mucho que desear que me crean.

Mientras que Luis se marcha a la cocina y Amanda se queda colocando las mesas, yo me quedo quieto, con mis manos sobre la barra y pensando en todo lo que puede cambiar en la vida de una persona por otra. Si me he marchado del motel, alejado de Ernesto y de aquel gimnasio... es para que no acordarme a ella. Nos prometimos que nos alejaríamos por nuestro bien, para el bien de ella. Porque a veces la distancia ayuda, pero lejos de lo que pueda ser bueno para los dos, me hace más daño. De nada sirve que me aleje de ella todo lo posible. Gillian ya se ha colado en mis entrañas para no irse más.

Al ver que Amanda me observa con extrañeza al quedarme mirando para un sitio fijamente, me giro, fingiendo que coloco algunos estantes llenos de bebidas alcohólicas y respiro profundamente mientras el dolor que hay en mi pecho se incrementa cada vez que pienso en ella.



Durante el día de hoy, clientes vienen y van, mientras que yo les atiendo tras la barra, poniéndoles las bebidas y cafés que me pidan. Como lleva siendo costumbre, consigo olvidarme un poco de las penas gracias al trabajo y a las personas tan amables y simpáticas que conozco todos los días en el bar, amando Cuba por lo única que es.

Es por eso que cuando termino de trabajar por la noche, doy una pequeña vuelta por la ciudad, ahora llena de luz tras la oscuridad de la noche, y lo observo todo con el objetivo de tener la mente en la carretera y de olvidarme de otras muchas cosas. Freno con cuidado al llegar a un cruce y giro mi cabeza, viendo la gente pasar de un lado a otro en su propio mundo. Algunos son gente mayor que habla animadamente como cualquier otro día y otros muchos son gente joven,

saliendo con sus amigos y disfrutando de esta noche sin luna llena.

Una melena morena me llama la atención desde mi coche. Solo consigo verla de espaldas, pero es suficiente para que mi corazón vaya tan deprisa que tengo que colocarme en el asiento y mis ojos se abren como platos siendo más brillantes que una simple estrella.

—No puede ser ella... —susurro para mí mismo, y sigo con la mirada a esa chica, que tiene el mismo pasear de Gillian.

Juraría que me he quedado sin respiración al verla, pero cuando se gira, todo mi mundo cae sobre mí al descubrir que es una chica distinta y que ella no es. Varias pitadas de coches se escuchan a mis espaldas y los autos que están detrás de mí me insultan por pegarme media hora parado en medio de la carretera y sacudo la cabeza para volver a mí. Arranco el motor y vuelvo a conducir, pero ya es suficiente para que la imagen de ella vuelva a mi mente.

Observo el reloj, donde las agujas del mismo marcan las diez de la noche y decido hacer un pequeño recorrido como llevo haciendo desde hace unos días atrás cuando Luis me recomendó El Malecón para visitarlo. Al estar cerca, aprovecho para aparcar por algún lugar y, al hacerlo, camino por la gran avenida cerca del largo muro. Me subo al mismo y me siento de cara al mar, con las luces de la ciudad de La Habana reflejándose en el agua.

Desde que llegué a Cuba, nunca he podido decir que me haya sentido solo. Pero en estos dos últimos meses así es como me siento y, posiblemente, debo echarme la culpa por ello. Gillian me dijo que me alejara de ella, no de todo el mundo... Aunque yo soy así. No puedo hablar con Ernesto porque sé que volvería a recordarme mucho más a ella y él no tiene culpa de las cosas que tengamos nosotros dos.

Prometer algo es tan difícil y más si es dar distancia a una persona a la que realmente le tienes cariño, pero a ella ya no es tenerle solo cariño, sino amor.

La brisa fresca del lugar hace que mi pelo se mueva hacia un lado, consiguiendo despeinarme completamente. Al sentir los pies libres sin el suelo sobre mis pies hace que tenga ganas de seguir sintiéndome así por mucho tiempo. Pero tengo que despertarme para seguir con mi día a día. Al abrir los ojos veo cómo la gente pasa detrás de mí de un lado a otro, paseando y hablando animadamente, mientras que otros, simplemente, se sientan sobre el bajo muro de este precioso lugar.

Creo que ya va siendo hora de volver a casa.



Me dirijo con confianza hacia el saco de boxeo que puse colgado en la pared de mi cuarto. Necesito despejar la mente y todo lo que pasa en mi día, y la única manera es esta. Me pongo una pequeña protección sobre mis nudillos y, sin más dilación, comienzo a pegar al saco como si la rabia que tengo contenida saliera fuera de mi cuerpo.

Golpeo una, dos, tres... De izquierda a derecha.

—Un, dos, tres —digo por cada gancho que doy, por cada golpe.

No me importa estropearme los nudillos a pesar de tener la protección puesta, porque a veces de nada sirve. Ya los he tenido peor en otras ocasiones.

Uno, izquierda.

Dos, derecha.

Tres, izquierda.

Así, en ese orden, doy con toda mi fuerza al saco de boxeo que en ningún momento deja de moverse.

Comienzo a sudar y dejo de dar puñetazos para poder quitarme la camisa, de tal forma que esté más cómodo para seguir con lo que estoy haciendo. Y de nuevo, vuelvo a empezar.

Por cada golpe que doy los músculos de todo mi cuerpo, pero, sobre todo, mis brazos y hombros se tensan. Por cada golpe siento que algo doloroso se marcha por unos momentos de mi cuerpo. Por cada golpe siento que el mundo deja de descansar sobre mis hombros para poder estar liberado de cualquier problema que haya tenido en toda mi puta vida.

Mis ojos comienzan a quemar y empiezo a ver todo nublado, pero ni con esas dejo de pegar al saco para liberarme de todo el estrés que me guardo para mí mismo. Me maldigo por haberme enamorado de alguien que quiere alejarse de mí, por el simple hecho de que no quiere hacerme daño y me vuelvo a maldecir por lo idiota que soy.

¡Ni que fuese tan difícil pasar página!

Pego un fuerte derechazo al saco.

Pero, por desgracia, es muy difícil pasar página tan rápidamente.

Otro golpe en seco se escucha por todo el cuarto y aprieto mis dientes sobre mis labios a punto de hacerme sangre.

Puedo notar que mis ojos siguen quemando mucho más que antes, por aguantar las malditas lágrimas que guardo por las noches y parece mentira que lo diga, pero me debilito al pensar en ella y nada de esto ha sido en vano. De nada sirve pegar golpes... De nada sirve intentar despejar la mente, porque todas las malditas noches volveré a este piso, para estar solo, como todos los malditos días. Me acuesto en mi cama derrotado, observando el techo y sintiendo que dos lágrimas traicioneras salen de mis ojos para hacer un recorrido lento por mis mejillas.

Un recorrido tortuoso que solo consigue hacerme sentir más solo que antes.

Ojalá todo esto fuese más sencillo.

Ojalá pudiese estar con ella sin que nadie nos amenace.

Ojalá...

El sonido del teléfono que tengo en el salón suena y me extraña que alguien siquiera me llame. Me levanto de la cama con pesadez, sintiéndome pesado y retiro la protección que tengo sobre mis nudillos para poder verlos casi rojos por el esfuerzo de hace apenas unos minutos.

Cuando llego hacia el teléfono, descuelgo y respiro profundamente para que mi voz no salga herida.

—¿Diga?

Un ruido como de alguien respirando profundamente se escucha tras el teléfono y eso me hace extrañarme al no saber quién me está llamando.

—¿Quién es? —vuelvo a preguntar sin poder esperar demasiado tiempo y el susurro inaudible de alguien en el fondo se escucha.

—¿Jasper? Soy Archie.

Mis ojos se abren con rapidez al escuchar la voz de ese hombre que me curó y abro los labios, pero no sé qué decir.

Después de tanto tiempo sin saber nada de Gillian, saber que Archie me llama significa algo malo después de la promesa que me hizo... Pero espero que no sea así.

—Archie, ¿qué ocurre? ¿Le pasa algo a ella? ¿Está bien? —Me alarmo y mi voz suena

desgarrada.

—Joven, tranquilo —intenta tranquilizarme él al verme alterado y cómo para no estarlo—. Jasper, no quiero que te asustes, ¿vale?

—Con decirme eso me basta para tener todas mis alarmas encendidas.

Un silencio se escucha de fondo y juraría que todo mi mundo vuelve a caer sobre mis hombros al imaginarme cualquier escenario posible en el que esté ella de por medio.

—Gillian ha tenido una mala pelea hoy —susurra y mi corazón se para—. Está mejor de lo que crees, pero, aun así, se ha llevado una fuerte paliza, por no contar lo que le ha hecho ese hombre después... —vuelve a susurrar con la voz llena de odio y yo quiero volver a ese lugar para encontrarme con ese hombre que le ha estado haciendo daño a Gillian y reventarlo.

—Por favor, dime que no... —murmuro, esperando que no le haya hecho eso que siempre me ha dicho Gillian que le hacen cuando pierde una pelea.

—Sí, Jasper...

—¡Joder! Archie, te dije que la protegieras, no que dejaras que le hicieran más daño.

—Si la protejo de la manera que tú quieres, será peor para ella y para mí —responde como si estuviese decepcionado con lo que le acabo de decir y yo cierro mis ojos con fuerza.

—Tengo que ir donde está ella.

De nuevo, el silencio se apodera de la línea y un susurro de una mujer se escucha de fondo.

—Ellos están esperando a que vengas para matarte, Jasper. No vas a poder ayudarla si estás muerto —me advierte él y yo cierro mis ojos de nuevo, a punto de perder más los papeles.

Pero aguanto la respiración unos segundos, para así poder relajarme. Necesito tener la mente despejada, necesito relajarme para así poder saber cómo está ella... Y, tal vez, escuchar su voz después de estos meses tan duros.

—¿Puedo hablar con ella?

Ante mi pregunta, puedo escuchar como Archie retira el teléfono de su oreja para dirigirse a alguien y sé perfectamente que ese alguien es ella. Pero la voz suave y adolorida de ella se escucha a lo lejos como dice un «no» por respuesta.

—Jasper, ella no quiere hablar contigo... Se derrumbará más todavía —dice él, y yo agacho mi cabeza para observar el suelo.

—Como si yo no estuviese hundido ya... —digo en voz baja, pero que él escucha perfectamente. Respiro profundamente y estoy decidido a decírselo aunque sea por medio de Archie—. Al menos, dile que la amo.

Basta decir esas palabras para que algo dentro de mi pecho me oprima mucho menos y me sienta tranquilo, aunque no se lo haya dicho directamente a ella.

—Se lo diré, joven.

Y con esa última frase, basta para que la llamada termine, volviendo a sentirme vacío en una ciudad grande.

22

Caracol

La música cubana resuena por el bar de una manera que se puede escuchar tranquilamente. Algunos clientes están en las mesas tomando un aperitivo ahora por la tarde y dos ancianos, que siempre vienen a la misma hora, están sentados tras la barra del bar frente a mí mientras les sirvo dos copas.

—Hoy hace un buen día, muchacho. ¿Vas a salir con alguna *jeva*? —pregunta el anciano que lleva un bigote blanco tan llamativo que cualquiera se quedaría mirando para esa zona.

Yo, con una simple respuesta de «hoy no tengo ganas de salir», vuelvo a mi trabajo, limpiando algunos vasos y observando la televisión que tenemos colgada sobre la pared. Un partido de béisbol se ve, a pesar de esas rayas que tiene la imagen por lo viejo que está el aparato.

Los ancianos, al ver que siempre les contesto lo mismo cuando llega el viernes, vuelven a lo suyo, hablando y hablando de cosas de béisbol y boxeo. Podría jurar que cada vez que escucho la palabra «boxeo» la vena que tengo en mi cuello se hincha como un globo de feria e intento escuchar la canción que hay de fondo cuando se escucha otra nueva, con la voz de una mujer y música muy de la época.

Seco los vasos con el paño que tengo en mi mano y lo coloco meticulosamente sobre la madera. Vuelvo a hacer el mismo gesto, así hasta limpiar todos los vasos que tenía pendientes, antes de que mi jefa me vuelva a traer más vasos y platos para limpiar.

La campanita de la puerta del bar se escucha, significando que otro cliente ha entrado e ignoro cualquier cosa de esa para ponerme a limpiar todo lo que me acaba de poner mi jefa. A los pocos segundos, con el grifo de agua en marcha, escucho cómo alguien se sienta en la butaca de madera. Al arrastrar la silla por el suelo consigue que esta haga un chirrido y yo levante la mirada para observar quién es el nuevo cliente ruidoso.

Mis ojos se abren como platos al verlo.

—¿Ernesto? —pregunto, como si no me creyese que estuviese frente a mí.

Su piel morena y esa sonrisa socarrona que siempre trae llama la atención a los ancianos que hay a su lado, pero no es por Ernesto, sino porque es la primera vez en dos meses que me ven actuar de esa forma.

Juraría que después de la llamada de Archie, hace ya dos semanas, mi corazón late con fuerza de nuevo al pensar que puedo volver a ver a Gillian gracias a Ernesto... Pero eso es pensar demasiado.

—Me llamo —me dice con diversión y, sin duda, sus bromas siguen como siempre lo han hecho, sacando sonrisas.

Niego con la cabeza mientras me dirijo a la nevera y agarro una cerveza de las que a él le

gusta y se la pongo frente a su rostro, sin vaso ni nada, solo la botella.

Ernesto sonríe con suficiencia y toma la cerveza sin más, dando un fuerte trago, escuchando cómo hace ese ruido al beberse el alcohol. Vuelvo a lavar los vasos, esta vez con un poco de nerviosismo sabiendo que querrá saber el porqué me alejé y alguna noticia sobre ella.

—¿Qué haces aquí? —comienzo a preguntar yo, y él levanta una ceja, como si fuese gilipollas por esa pregunta.

—¿Tú te has *dao* un golpe en la cabeza o algo cuando eras chico? —dice con una voz de muy mala hostia y yo solo puedo hacer un amago de sonrisa—. Te marchas sin decirnos nada y... te vas al centro de la ciudad. ¿Así, sin más? Anormal.

—Tuve que hacerlo, Ernesto —susurro al ver el rostro de los ancianos, observándonos y escuchando la conversación claramente.

Trago saliva con más nerviosismo porque conociendo a Ernesto sé que no se va a quedar callado con lo que tiene que decirme. No se quedará nada guardado. Así que mientras los ancianos están calladitos, tomando un trago de su copa en silencio sin retirar la mirada de nosotros dos como si estuviesen en un partido de tenis, yo solo soy capaz de apretar la mandíbula, deseando, y a la vez no, tener noticias de Gillian.

Joder, cómo la echo de menos.

—*Brother*, ¿por qué no me dices *nah*? Coño, yo pensé que era tu amigo.

Aprieto mis dientes, sabiendo que él es el que menos culpa tiene en esta pelea. Dejo de hacer lo que estaba haciendo para poner mis manos sobre la barra de bar con un metro de separación.

—Tuve que alejarme de ella.

—Lo sé, me he tragado sus lágrimas durante dos meses, hermano —dice cabreado y mis ojos se agrandan a la vez que se entristecen al escuchar eso.

Y las preguntas se amontonan cada vez más.

Los ancianos se miran entre sí como si no tuviesen ni idea de lo que está pasando y de lo que estamos hablando, pero ignoro eso y sigo dedicando mi tiempo con Ernesto, del que tanto tiempo llevo sin saber de él.

—Si me quedaba en ese motel, todo me recordaría a ella.

—¿Hasta mi cara? —pregunta con más cabreo y levantando más la voz, llamando la atención de todo el bar, y yo respiro profundamente, mereciéndome esta bronca.

—Hasta tu jodida cara, Nesto. ¡Joder! —Levanto yo también la voz, sintiéndome estúpido por lo que he hecho por una mujer—. La amo, hermano. La amo a más no poder... Y tú me recuerdas a ella cada vez que salimos a la discoteca o nos marchamos a esos lugares tan jodidos. —Lo observo cuando le digo lo que tenía guardado y él relaja sus músculos faciales—. Al menos, necesitaba un tiempo alejado de todo eso... Solo un tiempo.

Nos quedamos un rato en silencio, mientras que los ancianos no bajan la guardia y vuelven a tragarse otro trago, terminando sus vasos pero sin soltarlo de sus manos. Miro hacia el fregadero y cierro mis ojos, sabiendo que lo he jodido todo en tan solo dos meses. Una amistad que nunca he tenido y la fastidio... Por ella.

Pero ella...

—Así que mi jodida cara —dice Ernesto, con la voz esta vez divertida y yo lo observo con extrañeza mientras una risa amarga sale de mi garganta.

—No me malinterpretes —respondo, esta vez con diversión.

—Ya, ya... Pero se te echa de menos. Y no solo en el motel.

Asiento con la cabeza, sabiendo todo lo que he hecho en tan solo dos meses y a todas aquellas personas a las que he alejado, simplemente, para poder olvidarme de ella. Aun sabiendo que ha sido peor esto que otra cosa.

—Quiero olvidarme de ella, de verdad que quiero... —susurro, dejando un vaso limpio sobre el fregadero y cierro mis ojos sin poder olvidarme de ella—. El otro día me llamó el hombre que la ayuda en ese barrio y me dijo que Gillian había llegado fatal de una pelea.

Ernesto saca un fuerte suspiro y, dejando de beber su cerveza, asiente con la cabeza y arrugas en la frente como si recordara esa noche a la perfección.

—Sí, *brother*... Mejor que no hubieses estado en esa pelea, porque casi la... —Se calla rápidamente al ver mi rostro de angustia y saber que iba a terminar con esa palabra tan odiosa y dolorosa para cualquiera.

—Por eso quiero pasar página, pero ¿cómo? —pregunto de nuevo y noto cómo los ancianos siguen en su puesto, sin dejar de escuchar la conversación.

—El tiempo ayuda mucho, pero alejarte de los que te importan no es la solución.

Observo a Ernesto tras su frase y puedo notar que está muy pero que muy enfadado por haberme marchado de aquella forma.

Aprieto mi mandíbula cuando él me dice esas cosas y luego Ernesto hace una señal hacia su cerveza vacía, pidiéndome que le dé otra. Hago el mismo recorrido para poder entregarle una nueva cerveza fría, dándosela frente a sus ojos. Y juraría que cada vez que ve una cerveza nueva se le iluminan los ojos como si viese a una mujer que le gusta.

Miro la televisión por unos segundos, viendo cómo sigue el partido de béisbol en la cadena y cómo algunos clientes que están sentados en las mesas, menos los ancianos —que solo están esperando al siguiente movimiento de ficha que haremos Ernesto y yo— observan atentos.

—Ella te ama, tío.

Muevo los ojos con cansancio al escuchar esa misma frase que me ha dicho Archie otras veces y niego con la cabeza, como si fuese la típica canción que te cansas de escuchar una y otra vez.

—Siempre es la misma frase: «Jasper, ella te ama», «Jasper, ella está colada por ti»... Si lo estuviese realmente, no me trataría como lo hace —le respondo algo cabreado.

—¿Pero tú te oyes? —pregunta como si no se lo creyera—. Has arriesgado tu vida más de una vez por ella ¿y dices eso? —Niega con la cabeza para tragar un poco de su bebida y me sorprende lo difícil que es que se emborrache este hombre—. Estás enfadado con ella solamente.

—¿Y si la dejase de amar? —vuelvo a preguntar, intentando hacerme el fuerte.

Pero, como si a él no le sorprendiese eso que acabo de decir, comienza a soltar una carcajada que hace que todos los del bar se queden mirando a Ernesto como si fuese un chalado.

—¿De qué te burlas? —digo, sin saber la respuesta.

—De tu ignorancia, amigo... De tu ignorancia. Por no decirte nada más fuerte.

Aprieto mis dientes, casi rechinándolos, y echo hacia atrás el cabello que se me ha quedado entre los ojos.

Niego con la cabeza y me alejo un poco de la barra, para fingir que voy a colocar algunas bebidas que tengo en el estante detrás de mí.

—No soy ignorante.

Una risa amarga sale de su garganta, consiguiendo levantar una ceja para poder girarme a mirarlo de nuevo ante ese sonido tan extraño que ha hecho.

—Si no lo fueses, no te habrías alejado de la gente que te importa. Por eso eres un

ignorante. Pero eres mi amigo, casi como un hermano... Y eso se perdona, supongo.

Respiro fuertemente y vuelvo a girarme sobre mí mismo, tomando el dinero que me han dado los ancianos para ponerlo en la caja y aprovecho para poner en orden mis pensamientos. A pesar de que no me guste lo que estoy oyendo de sus palabras, en el fondo sé que es completamente cierto.

Hasta yo mismo soy un ignorante si digo que voy a dejar de amarla, tal vez con el tiempo... Pero, mientras, estoy que no me puedo quedar en pie en ningún sitio que voy. Solo voy de mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa. Si eso es vivir la vida en Cuba... Es que realmente soy un ignorante y más por alejarme de todo lo que encontré cuando llegué a este país.

—Menos mal que te advertí cuando la conociste: «Oye, *chamo*... Esa chica es candela». — Intenta repetir esas palabras más o menos cómo las dijo en su momento, la noche que conocí a Gillian, y aprieto mi mandíbula con fuerza por cuarta vez.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Tenías razón?

Niega haciendo un gesto con su dedo índice, poniéndolo frente a mí.

—Que tú tenías razón, hermano. Eso es lo que quiero decir —responde, dejándome sin palabras—. Porque has encontrado el amor, aunque no sea como tú esperabas. Y es que nadie conoce a alguien queriendo ser lo que espera porque la vida terminaría siendo aburrida. Cuba terminaría siendo aburrida por esa regla de tres.

Y abro los ojos porque, por una vez en la vida, lo que dice Nesto es completamente cierto.

Así que durante la siguiente media hora, él se dedica a beber más cerveza y yo a ponérsela sobre la barra mientras seguimos hablando como dos buenos amigos a pesar de lo mal que me he comportado con él y su familia... los del motel.



Después de que Ernesto, como buen amigo, se esperase a que terminase mi turno, ya que hoy podía salir antes, se terminó por beber más cervezas de lo normal, teniendo que llevarlo al motel para que no condujese en su estado. Es por eso que durante el trayecto a su casa, a lo que era antes mi casa, mucho antes de lo ocurrido con Gillian, puedo sentirme un poco mejor tras haber hablado con él de ella. Y es que, aunque me sienta cabreado, la quiero y lo último que quiero es olvidarla, porque siendo sinceros... Nunca he sentido nada como lo que siento por Gillian.

Dos meses alejado de todas aquellas personas que se preocupaban por mí, de nada han merecido la pena y esto me deja una enseñanza que tengo que grabármela en el cerebro: nunca hay que dejar de lado a aquellas personas que te tienden el hombro, simplemente por tu estado de ánimo. Puede ser o no el peor de todos, pero hay un límite.

Y es que si para mí han sido los peores meses que he pasado después de la muerte de mi hermano, en el fondo sé que ella lo ha tenido que pasar igual que yo.

Niego con la cabeza mientras aprieto el volante con fuerza, sin apartar la mirada de la carretera. Ojalá que todo esto pase con el tiempo y me sienta mejor conmigo mismo. O, tal vez, siga sintiendo algún deje de amor por ella. No lo sé, yo no puedo ver el futuro... Pero, sea lo que sea, no me arrepiento de haberla conocido, a pesar de todo lo que haya dicho estos días o haya pensado.

Que esté enfadado porque Gillian haya querido tomar esa decisión no es problema para que no la siga amando.

Y es que ¡joder!... Cómo la amo.

Saco un fuerte suspiro cuando veo el letrero del motel de lejos y una oleada de recuerdos me llegan a la mente. Habré vivido ahí tres meses, pero es que esos tres meses fueron increíbles para mí. Varios meses en los que llevo viviendo en Cuba y no me arrepiento de la decisión que tomé a principios de año, decidido a tomar un vuelo y venir a vivir aquí.

Meses inolvidables.

—Ernesto, ya hemos llegado —lo llamo cuando lo descubro roncando en el sitio del copiloto y un trozo de saliva se le cae por su boca—. ¡Ernesto, tu abuela!

—¿Qué?! ¿Qué?! —Levanta la cabeza con pánico mientras se seca la baba con la lengua.

Lo que nunca falla.

—Vamos, que ahí está tu casa.

Él asiente en respuesta, todavía borracho, y comienza a bajarse del coche, tropezándose con todo lo que encuentra. Pero, antes de marcharse, se acerca a la ventana del coche, teniendo la última palabra.

—¿Conoces el restaurante El Caracol? —pregunta sin más y, al ver mi rostro sin comprender qué es lo que me está diciendo, vuelve a abrir la boca sin dejar de hablar borracho—. Mañana a las nueve de la noche te quiero allí.

Da dos golpes en el capó del coche y se larga sin ni siquiera decirme la dirección.

—¿Pero qué...? —susurro para mí mismo mientras sigo viendo cómo Ernesto se tambalea de un lado para otro y la escena que veo de cómo sube un Ernesto borracho las escaleras del motel es para enmarcarla de por vida.



Tras preguntarle a varias personas y estar husmeando con mi mapa ya arrugado dónde cojones se encuentra el restaurante que me dijo Ernesto ayer, ahora se puede decir que me encuentro aquí, sentado en la barra y esperando a ver qué es lo que quiere.

Tal vez sea, simplemente, para tomar una cerveza conmigo y emborracharse de nuevo como ayer. Y la verdad, eso es lo último que quiero.

No me siento con ganas de nada y si he venido es porque no me ha dado tiempo a decirle que no. Y es un gesto feo no venir sin avisar con antelación. Así que imaginando que Ernesto quiere ligar con alguna chavala que esté aquí, para que luego ella lo ignore y beba más cerveza, yo me quedo en la barra tomando agua, aunque suene extraño. No me gusta nada ahogar las penas en alcohol. Si tomo algo, será para pasarlo bien o saborear el sabor, no para emborracharme sin más.

Arreglo mi camisa blanca, arremangando las mangas de la misma y echo mi pelo oscuro hacia atrás. Muevo el pie cansado de esperar y observo el reloj de bolsillo que suelo llevar siempre conmigo, un reloj con años de antigüedad.

—Las nueve y media... Qué puntual, Ernesto —susurro para mí mismo con ironía.

Jodido Ernesto. Qué cabrón es, jugándomela como siempre.

Observo el lugar, sin lugar a dudas no parece un lugar donde le guste quedar a Ernesto. Es

bastante lujoso, diría que caro también. Muchas mesas en el interior y con una terraza llena de gente. Todo hace que este lugar sea muy bueno y la clientela lo demuestra. Los cocineros están abarrotados de tanto trabajo y el hombre que está detrás de la barra me pone un cóctel frente a mí.

Arrugo la frente ante ese gesto y lo observo con una ceja levantada.

—Perdón, pero yo no he pedido eso.

—Una joven hermosa te acaba de invitar —dice con un perfecto castellano, pudiendo ver que el camarero es de España, y yo abro los ojos ante su respuesta.

—¿Quién lo ha pagado? —pregunto lentamente, quedándome sin respiración.

Él, simplemente, se dedica a hacer un gesto con la cabeza señalando a una mujer que está sentada en una de las mesas de la terraza.

23

Noche

Observo, como si fuese un idiota, a la chica que está sentada a varios metros en la terraza. Mi boca se entreabre y ella me mira con cierta timidez, una timidez que he visto pocas veces en ella y que esas veces solo lo he visto cuando ha estado conmigo a solas.

Juraría que todo lo que he pasado estos dos meses, todo el sufrimiento que he tenido en vano, se detienen, rompiéndose con solo una simple mirada que me dedica.

Sin hacer más caso de lo que me diga el camarero, yo agarro la copa y, sin retirar la mirada de esa joven tan hermosa con un vestido verde veraniego, me dirijo a ella esquivando a aquellas personas que se interponen en mi camino, haciendo que tarde más para llegar a donde está esa chica de ojos verdes, y desesperándome por llegar más rápido después de estar dos meses sin verla y, sobre todo, dos meses sin poder sonreír como lo hacía antes.

Respiro profundamente, deseando en mi interior no meter la pata después de estar sesenta días sin sentir su sola presencia en un lugar. Mi corazón palpita como si fuese la primera vez que nos viésemos.

Y juraría que su sonrisa se ensancha más y más por cada segundo que transcurre entre nosotros.

Siento que el tiempo se va a agotar, que no terminaré de cruzar este pasillo lleno de personas y se acabará mi oportunidad de estar con ella. Deseo más que a nada empujar a todas esas personas que se interponen en mi camino, entorpecidome, y abrazar a esa chica que me espera impaciente.

Pero debo ser más tranquilo y no mostrarme de esa forma frente a ella. Y lo digo por lo último, no por lo demás.

Al llegar a su mesa, pongo una mano en mi bolsillo, para ocultar que estoy temblando de miedo porque ella huya de nuevo, y trago saliva, haciendo que mi sonrisa salga a la superficie para que solo ella pueda disfrutarlo y mi respiración se hace irregular cuando sus ojos verdes no se retiran de los míos azules.

—Hola, Gil —susurro con la voz temblorosa, y podría decir que hasta ella ha notado mi voz infantil, a pesar de que mi cuerpo intente ocultarlo.

—Hola, Jasper...

Respiro con dificultad y le hago una mirada para saber si el asiento que hay libre al lado de ella está libre. Me imagino que sí, pero por educación hay que preguntar.

—Este asiento es para ti —responde y yo ya no sé qué más decir.

Cuando me siento y estoy a su lado, una oleada de sentimientos pasan en mi pecho y miles de preguntas aparecen en mi cabeza, para poder y querer preguntárselos, pero no estoy seguro de actuar bien de esa forma, después de estar separados durante dos largos e interminables meses.

Ella parece leer mi mente y posa su mano sobre la mía que descansa en la mesa. Mi piel se pone de gallina, reconociendo a la perfección ese toque suyo y las ganas de besarla se hacen infinitamente grandes.

Su mirada se aparta de la mía después de haber estado un buen rato sin dejar de observarnos y comernos con la mirada, y se queda observando nuestras manos.

—Sé que tienes muchas preguntas sobre estos dos meses —susurra, y ahora me doy cuenta de que aquella llamada de Archie advirtiéndome de que Gillian había sufrido una fuerte paliza hace unas semanas se hace visible en su rostro.

Camuflado por el maquillaje, Gillian tiene el ojo un poco morado, una herida debajo de la ceja y las marcas de unos dedos en su antebrazo. Sospechando y sabiendo que esa última marca no está hecha a consecuencia de aquella pelea, sino por lo que le hacen mucho más tarde si pierde. Y nada más saberlo hace que mi sonrisa se esfume y mi cabreo aumente, por saber todo lo que sufre y yo no poder hacer nada para impedirlo.

Yo no digo nada, a pesar de las miles de preguntas que tengo para ella, no digo nada. Solo vuelvo a mirarla, tomo su rostro con la mano que tengo libre y hago que ella me observe con esos hermosos ojos de los que me enamoré.

Mientras el camarero pasa por nuestra mesa preguntándonos qué queremos para cenar, yo hago un gesto con la mano de una forma bastante mal educada para mí y esto hace que salga rápidamente de nuestra pequeña atmósfera y mi atención no se desvía de la de Gillian, sin poder dejar de mirarla con admiración.

Y es ahora, cuando la tengo frente a mí, que me sé que ha sido imposible pasar página por todo lo que siento por ella.

—Te amo —le digo sin más, tomándola por sorpresa y, después de todo lo que hemos sufrido, separo mi mano de la suya y tomo su rostro para posar mis labios sobre sus labios.

Gillian, al tomarla por sorpresa, no se mueve, solo se queda quieta unos segundos mientras que yo sigo el beso sin profundizar mucho. El ruido que escuchábamos de fondo, dejamos de oírlo por este simple gesto, por estar en nuestra propia burbuja como hacemos siempre que estamos nosotros dos solos.

Y entonces ella reacciona agarrando mi camisa con fuerza para que me pegue más a ella, a pesar de que la mesa que tenemos frente a nosotros nos lo impida.

Nuestros labios vuelven a ser viejos conocidos, sabiendo el porcentaje de suavidad que tiene cada uno de los dos y, joder... se siente tan bien el estar así con ella que pasaría toda una eternidad besándola sin cansarme.

Pero las dudas se arremolinan de nuevo en mi mente y separo mis labios de los suyos, acabando el beso y dejando a Gillian con ganas de más.

—¿Cómo sabías que iba a estar aquí? —pregunto sin retirar mis manos de sus delicadas mejillas.

Ella, con los labios entreabiertos por el beso, intenta decir algo, pero parece que la he sorprendido tanto que no sabe que decir ahora mismo.

Sus ojos recorren cada parte, cada gesto de mi cara, y juraría que sus mejillas comienzan a sentirse calientes y no sabría bien por qué, si es por el beso que acabamos de tener, por el ambiente en el que estamos o por tener mis manos sobre su cara.

Gillian respira profundamente, queriendo hablar de todo, y pone sus manos sobre las mías, tocando un poco sus dulces mejillas.

—Ernesto me debía un favor y le pedí que mintiera para que vinieses a este restaurante —

susurra, y yo sonrío como un idiota cuando hace apenas cinco minutos que creía que Ernesto estaba siendo impuntual.

—Pues me has dado una buena sorpresa.

Ella calla, no dice más nada. Solo un amago de sonrisa, y luego retira su mirada de la mía para observar otras mesas que hay alrededor de la terraza del restaurante. Y me imagino que a lo mejor ella quiere decirme algo por todo o por nada.

—Lo siento mucho —suelta sin más y yo agrando los ojos ante su disculpa.

—¿Por qué? —pregunto, y ella traga saliva con nerviosismo.

—Por estos dos meses. Lo siento mucho... Pensé que era la solución a mis problemas, que sería lo mejor para ti. —Abre sus labios, tomando aire y luego me observa con los ojos brillantes—. Pero lo único que he conseguido es sufrir más, mucho más... La noche que te llamó Archie fue la peor de todas. Tenía una pelea con una mujer un poco mayor que yo y no... podía dejar de pensar en ti y en nuestra despedida y... Y en tu declaración... Tenía la mente en otro sitio: en ti. Y terminé casi inconsciente por mi culpa.

—No fue tu culpa, Gil.

Pego mi frente a la suya y, sin duda, se siente más que bien al estar así con esa persona.

—Sé que te he dicho innumerables veces que es solo sexo..., pero no es así. Créeme, quiero decirte todo lo que siento por ti, sin preámbulos. —Entreabre los labios como queriendo decirme algo más y yo solo puedo mirarla como un idiota enamorado—. Pero es demasiado pronto para mí... Y pensar que no podemos estar juntos, no ayuda.

—¿Por qué dices eso? Tú no sabes lo que tiene el destino para nosotros, lo que el futuro puede hacer...

Mi «yo» soñador sale a la luz y en el fondo espero no haber metido la pata con esas cosas que pienso para mí mismo. Pero Gillian, lejos de reírse de mí, me dedica una de sus mejores sonrisas naturales y me da un casto beso en mis labios.

—No hay hombres como tú, Jasper.

—Claro que no. —Intento bromear un poco para que ella ría y lo consigo a la perfección.

Le hago un gesto al camarero para que venga y, esta vez, sí nos atiende sin que nos moleste como antes. Gillian y yo pedimos la cena y cuando el camarero se marcha, tengo miles de preguntas más para ella. Y por la mirada que me pone Gillian, seguro que ella también.

Rozo con el dorso de mi mano esa dichosa herida que tiene en la ceja con sumo cuidado de no hacerle más daño y Gillian hace un gesto con los labios en señal de que aún le debe de doler y retiro mi mano rápidamente.

—¿Estás bien?

Y ante mi pregunta, ella niega con la cabeza.

—Ni física ni mentalmente —susurra sin más.

Retiro un mechón de pelo que me está poniendo nervioso de su rostro y se lo coloco detrás de la oreja, encantándome la sensación de su pelo suave entre mis dedos.

El ruido de los tenedores chocando contra el plato se hace eco por todo el lugar, las personas hablando y el sonido del mar de fondo es lo que más se escucha de todo. Y, aun así, no soy capaz de retirarle la mirada a esa chica que está frente a mí.

—¿Estás enfadado conmigo? —me pregunta, con miedo ante mi respuesta.

Yo arrugo la frente ante lo extraña que es esa pregunta para mí y, aunque en el fondo he estado triste por esta distancia tan dolorosa, no estoy enfadado con ella.

—¿Qué? Gillian, claro que no... Por supuesto que no me gustó alejarme de ti como me

pediste y, aunque intenté pasar página, no pude—susurro, sin poder dejar de mirar esos ojos verdes tan suyos y que ahora están a punto de retirar la mirada, pero no la dejo, poniendo mi mano bajo su barbilla y haciendo que ella me mire.

—¿Y... eh? —intenta preguntar algo, pero su voz falla y deja de hacerlo rápidamente.

—Dime —respondo con la voz grave con la mirada clavada sobre ella.

—Nada, nada... —murmura con timidez e intenta alejarse un poco, notando cómo comienza a ponerse nerviosa. Cosa bastante difícil en ella.

—Gil, puedes ser sincera conmigo.

Sus ojos verdes vuelven a clavarse sobre los míos, pero esa seguridad que vi hace un rato ha desaparecido para invadirla la inseguridad que tiene en estos instantes.

Cuando va a abrir los labios para hacerme esa pregunta que tanto ansiaba hacerme, el camarero —tan puntual—vuelve para dejarnos los platos frente a nosotros y diciéndonos que aprovechemos la cena.

Ella se aclara la garganta y antes de probar bocado, como yo, hace esa pregunta que tanto tenía en su mente.

—¿Has... estado con alguien más durante estos meses? —pregunta, temiendo la respuesta y ahora comprendo por qué ha estado así.

Sonríó imaginándome que le ha tenido que costar demasiado hacerme esa pregunta y luego su mirada se marcha hacia un punto fijo de la mesa. Yo suelto el tenedor y pongo mi mano sobre la suya, tomando la iniciativa que había hecho ella.

—No he estado con nadie más, Gil. Yo no me olvido fácilmente.

Gillian lanza un fuerte suspiro como si tuviese todo el aire metido dentro de su pecho y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. Intenta disimularla, pero no lo consigue.

Cenamos tranquilamente, pareciendo más una cita, la primera cita si podría simplificarlo mejor, y hablamos de todo lo que hemos pasado durante estos meses. Meses duros y difíciles que hemos pasado. Le pregunto por todo lo que ha pasado este tiempo sin mí y, aparte de ser completamente sincera conmigo hablándome de lo duro que lo ha pasado con ese hombre que tanto le jode la vida, evita decirme quién coño es el que le hace eso a ella.

Pasan los minutos y los minutos y seguimos hablando, dejando esta vez de lado todos estos meses y hablamos de lo que nosotros queremos hacer, de lo que nos gusta, de casi todo sin dejar nada de lado. Y sin duda, la sorpresa de esta noche y esa faceta de ella es lo que hace que me enamore mucho más de ella, consiguiendo perderme en esa sonrisa que pocas veces saca y que esta noche perdería la cuenta de cuantas veces ha reído.

E incluso, al acabar la cena, seguimos hablando de nosotros mismos y de muchas tonterías que incluso me parecen importantes en ella misma.

—¿Te apetece bailar? —pregunto, consiguiendo que ella agrande los ojos y observe el lugar de la terraza y negando con la cabeza.

—¿Aquí? Ni hablar —dice con diversión—. Además, ni siquiera hay música.

—Pues sin música —le respondo, y me levanto de la mesa para tomar su mano a pesar de que no le haga mucha gracia.

Me la llevo a la pista imaginaria de la terraza y la agarro de la cintura, ganándome la mirada de algunas personas que hay en el lugar. Las mejillas de ella se tiñen de rojo y juraría que las ganas de darme un buen puñetazo se nota en su mirada. Pero la ignoro y disfrutamos de esta noche sin importar lo que los demás nos digan. Comenzamos a bailar sin música y, poco a poco, aunque por el rabillo del ojo, ella sigue mirando hacia las personas de la terraza que nos miran y algunos

nos aplauden. La beso en la frente para que se despiste y no mire más hacia todos lados.

Solo a mí.

Sus ojos se posan sobre los míos y me dedica otra sonrisa que me encanta y, ¡joder!, es mucho más perfecta de lo que ya me imaginé.

Con la noche estrellada sobre nuestras cabezas y una noche llena de alegría, después de tantas otras sin poder cerrar los ojos, al imaginarme a ella pasándolo mal y, sobre todo, queriendo estar a su lado.

Y seguimos bailando sin música en algún lugar de La Habana, bajo este cielo de Cuba.



Gillian se sube un poco su traje y se pone encima de mí, mientras que yo soy ahora el que se pone a mirar a ambos lados de la calle oscura alarmado, con una farola iluminándonos. Sentados en un banco después de dar un paseo, solo podíamos estar juntos, como si de una pareja de tratase. Ella comienza a chupar mi cuello, seguramente dejándome un chupetón y esta sensación sería increíble de no ser porque estamos en un lugar público, a pesar de que no haya nadie en este sitio ahora.

—¿Te da vergüenza bailar en público sin música, pero no que estemos a punto de hacerlo en plena calle? —pregunto asombrado.

Ella deja de besar mi cuello y comienza a hacer movimientos con su pelvis sobre mi miembro, queriendo torturarme un poco.

—No estamos haciéndolo en plena calle, solo nos besamos.

—Pues tu cuerpo me dice lo contrario. —Sonrío, poniendo mis manos en sus caderas y observándola, tan única como siempre.

Retiro para atrás su cabello, para poder ver a la perfección su cuello y poder dejar un casto beso, saboreando esa piel tan deliciosa de ella.

—Jasper.

Cuando ella dice mi nombre de esa manera, yo dejo de hacer lo que estaba haciendo para separar un poco mi rostro del suyo y mirarla mejor.

—Dime... —digo con miedo ante lo que vaya a decirme.

Y el susto porque me vuelva a decir que no podamos estar juntos aparece a la superficie.

—Sabes... que hay gente que me vigila.

—¿Ahora nos están vigilando? —pregunto rápidamente y ella niega con la cabeza—. ¿Cómo lo sabes?

Traga saliva y se pega mucho más a mí, como si tuviese miedo de que me escapara de sus brazos. Y eso va a ser muy difícil.

—Porque Archie me ayudó a darles esquinazo y ahora piensan que estoy en el piso.

Respiro con tranquilidad, pero sé que no era eso solo lo que quería decirme.

—¿Y qué ocurre? ¿Vas... a volver a irte? —cuestiono con pánico.

—¿Qué? —responde ella alarmada—. No, claro que no.

Vuelvo a soltar el aire que tenía ahorrado en mi pecho y ella me acaricia la cara con esas manos que me vuelven loco.

Niega con la cabeza de nuevo y vuelve a poner su frente sobre la mía con amor, esta vez

sintiéndome querido por ella.

—Claro que no, entonces ¿para qué haría esto?

Sacudo los hombros, sintiéndome como en una nube al saber que no volverá a irse así sin más y escucho lo que realmente me va a decir.

Gillian me besa en la frente y me observa atentamente.

—Pero la gente no puede saber que estamos juntos...

Al decirme esto, empiezo a entender en qué juego quiere que estemos. Y me pongo a pensar. Aunque no me guste la idea, es la única forma de poder estar juntos, y la observo.

—¿Quieres decir... que nuestra relación sea secreta?

—¿Para que nadie te haga daño por mi trabajo? Sí... —susurra con temor a mi reacción.

Y, con un gesto en mis labios, muevo la cabeza.

Si esta es la única forma que podemos estar juntos nosotros dos... Creo que podré soportarlo.

Escuchando el mar de fondo y teniendo a la chica de la que estoy enamorado frente a mí, acaricio suavemente su rostro y aprieto mi mandíbula. Esta ha sido una noche que me costará olvidar durante el resto de mi vida y que ojalá recordase de viejo junto a Gillian.

—Que lo nuestro sea secreto —hablo decidido.

24

Íntimo

Mis manos recorren su cuerpo desnudo mientras ella da pequeños saltitos sobre mí, consiguiendo ponerme más duro de lo posible. Estoy sentado sobre mi cama y ella sentada encima de mí, dándome la bienvenida a su entrada. Gillian, con los ojos cerrados y las mejillas sonrojadas por el sexo, sigue moviéndose, pudiendo sentir sus paredes sobre mi miembro.

Y ¡joder! qué bien se siente.

—Mierda... —susurra en mi oído sin dejar de arañarme la espalda por cada movimiento que hace ella y comienzo a acostumbrarme a las palabrotas que lanza de vez en cuando.

Yo estrujo su culo, pegándolo mucho más a mí y, acto seguido, le doy una nalgada suave escuchando cómo gime con esa voz tan suya. Me pongo cada vez más duro, más excitado, cuando ella comienza a dejar pequeños chupetones en mi cuello, pero lejos de todo lo demás, yo la alejo un poco de mí, dejando de sentir sus pechos sobre mi torso y admiro esa imagen de ella desnuda sin dejar de moverse, dándonos placer mutuamente.

Con ganas de sentir sus pezones sobre mi boca, no espero más y comienzo a pasar mi lengua sobre su pecho derecho, mordisqueando con suavidad, dándole el placer necesario a ella y dándole la atención que necesita.

Gillian, sin dejar de moverse, gime más y más, pero no contenta con que yo le dé demasiado placer, agarra mi cabello por detrás y tira de mi cabeza, soltando su pezón de mi boca y me observa a los ojos con demasiada hambre en ellos. Pone sus manos sobre mi pecho y me empuja para que me acueste en la cama, quedándose en el mismo sitio que estaba para moverse sobre mí, sin dejarme moverme.

Mueve sus caderas en círculos sobre mi pene y yo impido cerrar mis ojos, por lo placentero que es esto, para poder verla en todo su esplendor. Su cabello está suelto, cayendo en cascada. Sus ojos me observan llenos de lujuria y lo único que deseo ahora es que ella vaya más rápido, que este ritmo tan lento es tortuoso para mí.

Pongo mis manos sobre sus caderas, pero ella las agarra rápidamente y las pone a cada lado de mí, impidiendo hacer nada en su cuerpo.

—Hoy mando yo, Jasper —susurra con la voz entrecortada y suelta mis manos, obligándome a que las deje donde están ahora.

Cierro mis ojos inconscientemente cuando empiezo a sentir el orgasmo acercarse y creo que ella no se queda atrás. Una capa de sudor se pone sobre su rostro, levanta la cabeza, sin dejar de moverse, y gime muy fuerte, significando que ya ha llegado al clímax, pero no para y sigue moviendo sus caderas hasta asegurarse de que yo también llego y vaya si lo consigue.

Sonríe victoriosa cuando la sigo a los pocos segundos y saca mi miembro de su entrada, para acostarse al lado de mí.

Los dos observamos acalorados y con la respiración entrecortada el techo de mi cuarto, dejando que la sacudida del orgasmo deje de hacer efecto sobre nosotros y recuperar el aliento.

—Guau... —susurro sin saber qué más decir y ella lanza una pequeña carcajada.

—Sí, guau... —dice sin más, y nos miramos en ese mismo instante. Sus ojos, ahora brillosos, analizan los míos, seguramente iguales que los de ella—. ¿Es normal que quiera más? —pregunta inocentemente, después de demostrarme hace apenas unos minutos que era la que manejaba la situación.

Yo sonrío cada vez más, sin poder ocultar esa estúpida sonrisa que tengo en la cara y me pongo de lado, con la cabeza apoyada en mi mano y sin dejar de observar su rostro sonrojado por el ejercicio.

—Eso mismo tendría que preguntarte yo —respondo, colocando el dorso de mi mano izquierda sobre su frente, bajando poco a poco por su cuello, llegando a pasar por el extremo de uno de sus pechos y sigo bajando hasta llegar a su clítoris.

Gillian levanta una ceja, esperando a ver cuál será mi siguiente movimiento y sonrío con suficiencia al ver que espera que mi mano recorra esa zona suya.

Y no va mal encaminada.

—Ahora me toca a mí utilizar la imaginación —murmuro en su oído, retirando mi mano de allí abajo y sintiendo cómo se decepciona al hacer eso. Pero me pongo encima de ella, separando sus piernas y sin hacer nada más, apoyo mi mano derecha al lado de su cabeza y ella se queda expuesta debajo de mí.

Sonrío, deseando empezar, y vuelvo a poner mi mano en su clítoris, comenzando a trazar pequeños círculos y dándole placer solo con mi mano.



—Jamás me imaginé estar así con un hombre —me dice Gillian mientras disfruta de mi caricia sobre su rostro.

Estamos acostados, con una pequeña sábana tapándonos. Nos observamos con cariño tras dos horas de actividades en la cama. Yo me concentro en poder trazar una línea sobre su cara, maravillándome por lo mucho que le está encantando.

—¿A qué te refieres?

Ante mi pregunta, ella sonrío encantada de mi caricia.

—Después del sexo, disfrutando el uno del otro, hablando de tonterías, abrazados y relajados. —Al decirme eso, basta para que comprenda qué es lo que quiere decir, tras todo lo que ha sufrido a lo largo de su vida—. Sé que esta no es la relación que quieres tener, pero...

—Con que tú estés conmigo, lo demás me da igual. —No dejo que ella termine la frase y sus ojos se ponen sobre los míos.

Nos volvemos a besar. Un beso tímido, pero que es igual de importante que cualquier otro beso. Y juraría que es la primera vez que la he visto sonriendo. Sí, la he visto reír, pero no las veces que yo desearía. Pero ahora... ahora es distinto.

La noto más relajada, sin tener prisa para irse de mis brazos, disfrutándonos el uno al otro sin tener solo sexo. Sé que esto que estamos teniendo será en secreto, pero me es suficiente si

puedo estar con ella. Llámenme idiota, pero todo lo demás no me importa lo más mínimo. Con ella a mi lado es suficiente.

—¿Qué hora es? —pregunta sin dejar de mirarme.

Ante su pregunta, yo levanto la cabeza para poder ver la hora y luego la observo, pegando mí frente a la suya.

—Son las siete.

—En media hora tendré que irme —me dice ella.

Hoy es viernes, lo que significa que ella tiene pelea.

Eso consigue que mi preocupación aumente y que no la quiera soltar jamás. Enseguida, Gillian nota que la abrazo fuertemente y comienza a rozar con suavidad mi espalda, trazando largas líneas de arriba hasta abajo, intentando relajar mi cuerpo.

—Voy a estar bien, Jasper —susurra en mi oído.

—No se siente bien saber que irás a esas peleas ilegales —reconozco.

Sus ojos verdes vuelven otra vez hacia mi campo visual y quiero hablar sobre cosas más personales durante esos minutos que nos quedan juntos en el día de hoy.

—¿Quién es tu padre? —pregunto, comenzando a indagar más en su pasado.

Ella, al escucharme, hace un gesto con su rostro como si le diese asco pensar en quien es.

—Mejor que ni lo sepas —dice, como si le molestase que le hiciera esa pregunta.

Y es cierto, nunca me ha hablado de sus padres. Yo quiero saberlo todo de ella, incluso hasta lo más mínimo e insignificante que, a lo mejor, a Gillian le parece una estupidez, pero que para mí es lo más importante del mundo.

Pero supongo que el amor nos hace estúpidos y felices.

Y así es como me siento en estos instantes.

—Jasper.

Al escuchar mi nombre saliendo de su boca, suelto un pequeño sonido de mi garganta para que sepa que la estoy escuchando.

Anonadado por este pequeño momento que para mí es más que suficiente, noto cómo ella se mueve debajo de mis brazos y apoya su cabeza sobre mi pecho, observándome de camino.

—Llevamos meses conociéndonos, pero tú solo sabes cosas de mí... Pero yo de ti casi nada —comienza a hablar y yo arrugo la frente—. Sé que eres de Florida, que te gusta el boxeo y odias el cigarro. Pero quiero saber más cosas de ti.

Sonrí ante su atenta mirada sobre la mía y retiro un trozo de mechón de sus ojos y lo pongo detrás de su oreja.

—Pregúntame lo que quieras, Gil.

Ella, apretando demasiado la mandíbula, se sienta en la cama tapándose con la manta y yo arrugo mucho más la frente, preguntándome qué es lo que quiere saber de mí.

—Hace meses vi en tu cuarto una foto tuya con otro hombre... Se parecía mucho a ti y parecían estar felices —habla, y yo empiezo a dejar de sonreír cuando ya sé que es lo que me quiere preguntar—. ¿Es tu hermano, verdad?

Un tema que no he querido tocar nunca ha vuelto para abrir viejas heridas. Tal vez, sabía que en un futuro tenía que suceder o, tal vez, nunca he querido seguir por esa línea. Pero tarde o temprano tenía que pasar y ¿quién mejor para hablar de esto que con Gillian? Porque es cierto, yo sé muchas cosas de ella, pero ella de mí casi nada.

Respiro profundamente y ni siquiera sé qué decir ni por dónde empezar. No me imaginaba hablando de esto frente a alguien.

—Si es un tema que no quieres tocar, lo comprendo... —se apresura a decir ella y yo, al verla, vuelvo a sonreír solo para ella.

—Solo es un tema del que nunca he hablado con nadie. —Aprieto mi mandíbula, deseando hablar de esto y, a la vez, de escabullirme. Pero ha llegado la hora de hablar—. Sí, era mi hermano —susurro, y ella cambia su expresión rápidamente—. Murió hace tiempo, por eso quise irme de Florida para no tener tantos recuerdos en mi mente.

—Lo siento —murmura ella, y me besa la frente con delicadeza.

Yo muevo los hombros, intentando no pensar demasiado en ello y la observo a los ojos.

Gillian se pega mucho más a mí, dándome cariño, y yo me siento lleno al sentir sus manos sobre mis hombros.

—¿Qué le pasó?

Consigo recordar a duras penas lo ocurrido aquella noche en Florida. No hay día que no me arrepienta de ello y que no tema porque pase en un futuro a alguien a quien yo quiero mucho.

Yo levanto la mirada para poder observar sus maravillosos ojos verdes que tan hipnotizado me tienen.

—También era boxeador, como tú. Era bastante bueno y yo era su entrenador. Ni te imaginas la de peleas que teníamos por tonterías mínimas —digo, y saco una risa amarga de mi garganta—. Te hubiera caído bien.

Gillian sonríe y dice:

—Seguro que sí...

—Pero una noche tuvo una mala pelea, un mal golpe en una zona del rostro y murió al instante —digo, recordando aquella noche tan dolorosa que tuve—. Los médicos hicieron lo posible, pero ya era demasiado tarde para mi hermano.

—No tenía que haber sacado el tema...

—No, no. Me ha gustado hablarlo con alguien —digo apresuradamente, y ella sonríe como una niña pequeña al descubrir que solo se lo he dicho a ella. Mi vista no puede evitar mirar hacia el reloj que ya marca la hora dicha por ella y mi corazón cae en picado al temer lo que ella pueda sucederle esta misma noche—. Ya son y media.

Ella se gira para poder observar el reloj y luego me echa una mirada de cariño, de las que solo ella sabe hacer, y me besa en los labios. Un casto beso que lo es todo para mí.

Y la mujer a la que amo se levanta de la cama completamente desnuda, sin avergonzarse de su desnudez, y comienza a vestirse con la ropa que tiramos en el suelo de mi cuarto. Yo no puedo evitar mirarla por lo hermosa que es y luego, cuando ya ha acabado de vestirse para tomar su mochila, se dirige a mí y me da otro beso en los labios.

—Llámame cuando acabes la pelea, ¿vale? —pregunto—. Da igual a la hora que sea, llámame cuando estés en tu casa a salvo.

Noto cómo ella observa una pequeña arruga que me sale en la frente y con su dedo intenta hacer que esa arruga desaparezca. Y lo consigue.

—Te prometo que todo saldrá bien.

Y antes de que se vaya de mi cuarto, yo me levanto desnudo, sin importarme en lo más mínimo lo demás, y la tomo por sorpresa para, esta vez, darle un beso como ella se merece.

Alejando su rostro para verme los ojos, con las mejillas sonrojadas, retira mi pelo hacia atrás y me observa con atención.

—¿Puedes decírmelo? —pregunta, sabiendo a lo que se refiere.

—Te amo —digo sin pelos en la lengua y luego ella se marcha de mi piso, como si le

costase alejarse de mí y yo me quedo solo, preocupado y deseando que todo esté bien.
Pero no siempre es así.

25

Escondidos

Limpio los vasos sucios con una sonrisa que hasta podría asustar a cualquiera de mis clientes que están aquí. Incluso, podría jurar que el señor mayor que siempre viene a la misma hora de la tarde, todos los días, me mira como si fuese un extraño disfrazado de persona.

Varias imágenes aparecen en mi mente de las dos semanas que llevamos juntos Gillian y yo a escondidas. Bien es cierto que no era la relación que yo quería, pero estar con ella de esa manera me es mucho más que suficiente.

Nunca me imaginé estar tan enamorado de alguien como lo estoy de ella en estos momentos. No sé si esto irá muy lejos o será algo para toda la vida, pero quiero aprovechar todo este tiempo al máximo con Gillian. Ser feliz con ella o, quizá, irnos a otro lado y ya creo que estoy imaginándome cosas que a lo mejor no van a pasar. Sobre todo, porque a pesar de que ella no me haya dicho que me quiere, a lo mejor, simplemente, quiere estar un tiempo conmigo y ya está...

Y ojalá que eso último sean paranoias mías y quiera tener algo mucho más.

Recuerdo la semana pasada cuando ella se marchó a su pelea, la primera semana que estábamos juntos como una pareja. El miedo que sufrí porque ella no estuviese bien era horrible, tanto, que no se lo deseo a nadie. Pero todo acabó, toda la agonía terminó cuando esa llamada que tanto ansiaba comenzó a sonar aquella madrugada y escuchar su voz antes de irme a dormir me relajó por completo.

—Creo que nunca lo había visto tan contento —susurra mi jefa al cliente que tengo frente a mí y yo salgo de mi ensoñación al verlos a los dos hablando, sin dejar de mirarme.

—Da hasta miedo verlo... —le responde el viejo, y yo los miro como si no tuviesen otra cosa que hacer.

Ellos me sonríen como si fuese un completo gilipollas y, luego, mi jefa se marcha a hablar con algunos clientes que están sentados en las mesas del lugar. Mientras, yo sigo limpiando vasos en la barra. Puedo escuchar el sonido de la puerta abrirse y de ahí entrar a un Ernesto como si la vida le fuese divinamente.

Tiempos buenos para ambos, supongo.

—Hola, Nesto —saludo cuando él se sienta en la silla que hay frente a mí, detrás de la barra.

Él me devuelve el saludo y, sin decirme nada, yo le pongo una cerveza de las suyas y comienza a tragar como si no tuviese estómago.

Este hombre en un futuro tendrá el hígado a reventar como siga bebiendo de esa manera.

—¿Te gustó la sorpresa? —pregunta, después de darme cuenta de que fue él quien acordó con Gillian una cita a «ciegas» conmigo.

Yo sonrío, recordando a la perfección aquella noche, y lo observo con detenimiento.

—No sé cómo agradecértelo, tío...

—¿Qué tal con un «de nada, hermano»?—pregunta con diversión, levantando una ceja en el acto, y yo dejo de limpiar vasos—. ¿Hubo algo esa noche? —me pregunta, sabiendo a lo que se refiere.

Pero entre Gillian y yo prometimos no decir nada a nadie sobre nuestra relación y, por mucho que quisiera saber el punto de vista de otra persona, no podré decírselo por mucho que quiera.

Una promesa es una promesa.

Así que mientras el clima cálido que hay en este bar gracias al cigarro encendido de uno de los clientes que hay detrás de Ernesto, interrumpiendo el aire limpio y odiando ese olor, hago una pequeña mueca con los labios, fingiendo que no hubo nada entre nosotros. Cuando la verdad es que lo hubo todo.

—¿Nada? —Niego con la cabeza con su pregunta—. Vaya, y yo que creía que sí... Pero, al menos, habréis hablado de todo este tiempo separados.

—Sí, claro.

Algo dentro de mí dice que Ernesto no se cree que no hubiese algo entre nosotros, ni siquiera se lo cree mirándome a los ojos. Pero, por alguna extraña razón que desconozco, él no me lo quiere decir, tal vez, para que Gillian y yo estemos bien de esta manera, tranquilos de momento... Hasta que vuelvan a empezar los problemas.

—Más te vale esta vez no desaparecer como la última vez. No sabes lo que estuve buscándote, simplemente, para echarte la bronca, mamón —me dice, aún resentido por lo que le hice.

Y comprendo que aún esté enfadado, pero o era eso o que ellos sufriesen por mi culpa.

—¿Cómo va Gillian con las peleas? —pregunto, queriendo indagar más sobre todo lo que me he estado perdiendo todo este tiempo.

—Bueno, después de que ustedes quedasen, ha mejorado. Incluso, la semana pasada ganó la pelea... Aunque momentos antes de ir, al llegar ella al gimnasio, tenía una sonrisa tan estúpida como la que tú tienes ahora —responde, con la misma ceja levantada.

—Vaya... Qué casualidad, ¿no? —hablo sin más, intentando quitarle hierro al asunto y preguntándome hasta cuánto podrá olerse este hombre que le estoy mintiendo.

—Sí, pura casualidad... —Alarga la palabra «sí» y luego sonrío, guiñándome un ojo y sin decir nada más del tema.

Yo, sin dejar de observarlo con cautela, me digo a mí mismo: «Qué hijo de la gran puta es este». Parece tonto pero no lo es. Y sonrío mientras niego con la cabeza, volviendo a limpiar vasos como si fuese mi especialidad.

Pero algo se le cruza por la cabeza a este hombre, ya que al rato de hablar de Gillian, observa a sus lados que nadie nos está escuchando para luego acercarse a mí y dejar la cerveza a un lado.

—¿Te acuerdas de Vladimir? El jefe de todo... lo que ya sabes —dice, intentando hacer monosílabos para que yo entienda qué es lo que me está diciendo para que nadie más se entere.

—Como para no acordarme de su cara, ¿qué es lo que ocurre con él?

Ernesto mueve su dedo índice, chocándolo contra la barra de madera, y observa pensativo hacia algún punto de todas las bebidas que tengo a mis espaldas.

—Quiere extender más el boxeo clandestino hacia Estados Unidos, *brother* —me dice, y yo solo soy capaz de agrandar los ojos por lo que me acaba de decir.

—¿De verdad? —le pregunto, y él asiente con la cabeza—. Pero no puede hacerlo.

—Sí, si compra a toda la policía que él quiere.

Dejo el vaso que estaba limpiando sobre el fregadero y me quedo observando para un punto fijo del mismo. Y no puedo evitar pensar en todas esas personas jóvenes que se verán obligadas a practicar eso ilegalmente y sin su consentimiento.

—Hay que evitar que haga eso.

—¿Cómo? —pregunta rápidamente, clavando su mirada sobre la mía y me es suficiente para ver la gravedad de la situación sobre su rostro—. Tú solo eres un entrenador que ahora está trabajando en un bar, mientras que yo tengo estudios de medicina y trabajo sustituyéndote.

—¿Tienes estudios de medicina? —curioso sorprendido.

—¿Y cómo crees que auxilio a las luchadoras en el combate? —Levanta una ceja, respondiéndome con otra pregunta, y yo coloco mis manos sobre la barra, apoyándome sobre la misma.

No puedo evitar pensar en Gillian y en lo jodido que es toda esta mierda para ella. Ojalá pudiese llevármela bien lejos de aquí, cambiarnos los nombres y vivir una vida normal ella y yo. Con discusiones de pareja normales y no de cosas como el boxeo clandestino y todo en lo que está metida en contra de su voluntad. Es ahora que me doy de cuenta de que aún no la conozco totalmente, pero que quiero conocer todo de ella.

Aun así, todo este asunto resulta ser demasiado peliagudo como para poder encontrar una solución y salir de esta, gracias a la «no ayuda» de los policías, ya que están comprados por ese tal Diablo.

—El caso es que para que él consiga extender el boxeo a otras partes del mundo, hará un torneo entre las veinte mejores —dice lentamente, sin dejar de mirarme, y yo siento que mi corazón se va a parar al entender que Gillian será una de ellas—. Lo peor no es eso, sino que para que el boxeo sea más interesante, cada vez que haya un combate gana la que quede con vida... Y no les importa perder luchadoras, si pueden conseguir más allá donde vaya.

Mi corazón deja de moverse al escuchar todo lo que me está diciendo Ernesto y todo lo que he estado construyendo en mi vida, todo lo poco que he vivido con Gillian, se destruye al descubrir todo esto.

Y aunque me huelga que ella será una de esas luchadoras, quiero asegurarme de que a lo mejor es una mentira que ha creado mi subconsciente.

—Y... ¿Ella? —Intento hacer la pregunta que tanto me cuesta hacer y, para mi desgracia, Ernesto asiente con la cabeza seriamente.

Cosa que Ernesto nunca está serio para eso.

—Sí, amigo... Gillian tendrá que hacerlo también. Nos llegó una carta como que ella está entre las veinte mejores y... ya sabes. Una vez llega una carta de Diablo, no puedes destruirla así sin más.

Comienzo a sentir que el aire me falta y las ganas de pegarle a algo se sienten dentro de mí. Saber que la persona a la que amo tendrá que vivir o morir sobre un *ring* es lo que más me duele y no solo por el hecho de saber que lo hará por obligación... No quiero eso para ella, por eso necesito llevármela lejos de aquí... Muy lejos.

Y creo que Ernesto lee mi mente, cuando me dice lo siguiente:

—No puedes llevártela de aquí, hermano. Por mucho que ella quiera, va contra las reglas y la que acabará mal será ella, no tú.

—No lo entiendes, Ernesto.

—¿Crees que no lo entiendo? —pregunta con la mirada llena de rabia y recuerdo lo que me dijo una vez sobre aquella chica—. Estuve en tu misma situación hace tiempo y nada acabó bien para ella.

—¿Y cómo consigo que no participe en esa mierda? —vuelvo a preguntar, removiéndome el pelo de un lado a otro como un loco.

—No lo sé, pero lo último que puedes hacer es intentar llevártela lejos de aquí o la matarán delante de ti como modo de castigo para ambos. —Me habla con experiencia y yo solo puedo bajar mis hombros con desgana, sin saber qué hacer, sintiéndome un completo inútil y deseando que Gillian tuviese una vida normal y aburrida—. Y lo de la última vez, ya no colará...

Pero los sueños nunca se cumplen y como bien dije una vez: «No podemos elegir de quién nos enamoramos».



Caminamos de la mano Gillian y yo por las calles de Cuba, en esta noche tan estrellada. A pesar de hacer calor, esta noche está un poco fresca, por lo que le pongo a Gillian la rebeca que tenía colgada en mi mano para poder dársela y que se lo ponga.

Ella me da las gracias mientras seguimos caminando con tranquilidad, dando un paseo y observando la hermosa noche que hay aquí, en esta ciudad, y pudiendo ver a la perfección la playa, ya que caminamos por un paseo marítimo donde las personas suelen caminar mucho a estas horas de la noche.

Durante el trayecto, yo no dejo de pensar en lo que me ha dicho Ernesto en el día de hoy. Vaya a donde vaya siempre habrá un obstáculo para poder seguir juntos nosotros dos y, aunque me duela decirlo, a veces pienso que nos estamos engañando los dos saliendo a escondidas a pesar de que sea lo que más feliz me hace... Estar con ella.

Pero a veces las cosas no salen como uno espera, y lo que yo espero, nunca llegará.

Saber que ella participará en ese torneo ilegal hace que mis tripas se remuevan y quiera poder llevármela lejos, muy lejos de este lugar para poder, al menos, protegerla.

Pero esto no es fácil...

Nada fácil.

—¿Qué te ocurre, Jasper? —pregunta Gillian, tomando mi mano con delicadeza y sintiendo su mirada sobre mi rostro indescifrable.

Carraspeo un poco y luego la observo.

Bien, ella no me ha dicho nada del torneo y de que el boxeo clandestino se quiera extender, pero necesito saber más cosas y saber qué es lo que ella piensa sobre todo esto.

Pero no sé si haré bien en hacerlo.

—Nada. —Me decanto por decir lo más fácil que se me ocurre en vez de ser tan complejo como para fastidiarle la noche.

Las únicas veces en las que ella está tranquila y se lo tengo que joder yo mismo con mis preocupaciones.

Pero parece que Gillian no piensa lo mismo que yo y frena rápidamente, consiguiendo que sacarme de mi ensoñación. La observo a los ojos, sorprendido.

—Jasper, no sé qué te ocurre... Pero llevas toda la noche así y no me gusta verte de esta manera —me dice, mientras que yo solo puedo apretar mi mandíbula, consiguiendo que los músculos de mi mandíbula se tensen, de tal forma que podría comerme los dientes yo mismo—. Dímelo, Jasper... por favor.

Observo sus preciosos ojos verdes, ahora preocupados por mi bienestar y yo, simplemente, soy capaz de cambiar mi mirada llena de miedo para observar el mar, que está al lado de nosotros.

—¿Cuándo pensabas decirme lo del torneo?

Ante mi pregunta, noto cómo ella se mueve para ponerse frente a mi mirada llena de angustia.

—¿Cómo lo sabes?

Yo levanto la ceja, indicándole que fue Ernesto quien me lo dijo y ella, simplemente, quiere darle un puñetazo en los huevos a nuestro amigo.

—¿Cuándo Gillian? —vuelvo a preguntar, y ella solo niega con la cabeza antes de darme una respuesta clara.

—Joder, Jasper... No quería decírtelo para no preocuparte.

—¿Para no preocuparme? —repito su pregunta y cierro mis ojos, intentando relajarme—. Me importas, Gil... Más que nada, pero si no me cuentas esas cosas, no sé qué pensar.

—¿A qué te refieres? —me contesta, esta vez asustada por, quizá, lo que le vaya a decir.

Niego con mi cabeza, sin dejar de mirarla y apretando mis labios me preparo para decirle lo que tengo que decir.

—Te amo, pero no quiero sufrir más de lo que ya he sufrido contigo... De verdad, eres la mujer más perfecta que he visto en mi vida, pero... por mucho que quiera ayudarte...

—Por favor, no sigas... —susurra dolorida, y yo abro los ojos al verla.

—Gil...

—No, por favor —vuelve a decirme y yo, simplemente, me callo ante eso—. Siento no habértelo dicho y sé lo que estás sufriendo por mi maldita culpa, pero no puedo hacer otra cosa... No puedo, J. No puedo, de verdad...

Intenta respirar con dificultad y yo solo soy capaz de mirarla a los ojos ante lo que me acaba de decir. La amo, más que a nada en el mundo, pero esto no es fácil, y cualquiera no podría aguantarlo de esta manera. Ver a tu pareja sufriendo en silencio y, sobre todo, por culpa de una red clandestina que la tiene para su propio antojo, pero lo peor es saber que no puedes hacer nada para evitarlo.

Y, aun así, sigo aquí, amándola y deseando tener un maldito plan para que ella tenga una vida como cualquier persona, como cualquiera.

—Tengo miedo de perderte y soy egoísta por decirlo —dice con lágrimas en los ojos y mi corazón se rompe en pedazos al verla de esta manera.

Así que, a pesar de todo, a pesar de que ella no quisiera contármelo, no puedo hacer otra cosa que tomarla en mis brazos cuando comienza a hipar, sabiendo de todos los problemas internos que tiene y todas las ideas que he tenido el día de hoy de lo que sufro o no al estar con ella. Dejo que lllore sobre mi hombro y acaricio su pelo, besándola con cariño.

—Gillian, te amo, y dudo que pueda amar a otra persona como te amo yo a ti —susurro en su oído mientras que ella sigue llorando en mi hombro—. Te amo y no quiero que tengas duda de ello, pero o dejamos esta relación o me dejas que haga algo para ayudarte.

—Vas a morir si haces algo.

—Prefiero ese riesgo a perderte a ti —respondo rápidamente, cerrando los ojos y sintiendo su cálido abrazo, ahora tembloroso por la conversación que acabamos de tener juntos.

—Si... Si quieres dejarme, estás en tu derecho —murmura con la voz rota y yo la aprieto más a mí, doliéndome esa palabra tanto que juraría que aunque fuese la mejor solución para los dos, sufriríamos mucho más que aquellos dos meses que pasamos separados.

—No pienso dejarte —respondo decidido y prometiéndome que la sacaré de esta mierda para que ella pueda ser feliz de una vez por todas.

Gillian no dice nada, solo llora más, escondiendo su rostro en mi hombro y apretándome mucho más a ella, por miedo a que me marche.

Pero no lo voy a hacer.

Pudiendo escuchar las olas romper contra el muro que tenemos a nuestro lado y nuestros cuerpos negándose a separarse, solo soy capaz de poder sacar una lágrima por este sufrimiento que sé por el que está pasando ella sola. Y quiero que sepa que no lo está, por mucho que se empeñe en que no es así y que ella es fuerte e independiente... Pero, a veces, hasta las personas más fuertes, necesitamos a alguien que nos guíe, que nos dé un abrazo cuando lo necesitamos y que nos diga que todo saldrá bien.

Y eso, por mucho que no quiera, es lo que en el fondo desea ella.

Sus manos comienzan a recorrer mi espalda y empiezo a notar que se relaja ante mi abrazo, después de la pequeña discusión que hemos tenido en este paseo marítimo, pero seguimos sin separarnos ninguno de los dos, tampoco hacemos ningún amago para alejarnos, así que nuestro abrazo se prolonga por mucho más tiempo que cualquier otro y mis lágrimas siguen saliendo tímidamente al exterior.

—Te amor, Jasper —murmura sin más, sin esperarme siquiera esas dos palabras tan significativas para mí y mi corazón late con esperanzas.

Abro los ojos sorprendido y la aprieto mucho más a mí, temiendo esta vez yo que sea ella la que se aleje de mí.

Y como dos amantes escondidos, nos quedamos abrazados bajo la noche estrellada de Cuba.

26

Descontrolados

Noviembre de 1978.

Olvido todo lo demás y me adentro en La Rosa, el lugar donde nos conocimos Gillian y yo, con la diferencia de que esta vez vamos cogidos de la mano.

Hacía mucho tiempo que no entraba en este lugar y, a pesar del olor a cigarro y a cerrado, la buena energía que hay aquí dentro es palpable incluso en lo más lejano del lugar. Pero, sin importarme en lo más mínimo todo eso, con una sonrisa en el rostro, Gillian y yo caminamos hasta una de las mesas libres que hay a los bordes de la discoteca, dejando así libre de espacio la pista de baile.

A punto de acabar el año y repasando todo lo que me ha pasado en tan pocos meses y nada más saber lo rápido y a la vez lento que ha pasado, me deja observando a esa chica de la que me enamoré.

Todavía, tras semanas de lo ocurrido en el paseo marítimo, no puedo dejar de sonreír y repasar esa frase tan significativa para mí que me dijo ella.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunto a Gillian, que se ha puesto un vestido increíble, y me sonrío.

—Una cerveza.

Me levanto de la mesa para dirigirme a la barra y pido dos cervezas al camarero que hay tras ella. Mientras espero a que el joven me entregue las bebidas, yo observo a las personas que hay aquí dentro, bailando al ritmo de la música cubana. Pero algo me llama la atención y ni siquiera sé por qué observo a la cantante que hay lejos, cantando en el escenario. Su mata de pelo no me deja ver su rostro, pero juraría que la he visto en algún otro sitio. Posiblemente, sean ideas mías, pero yo nunca olvido una cara.

—Aquí tiene, caballero —me dice el camarero, dándole las gracias por ello y me marcho hacia donde está Gillian, fumando como hacía tiempo que no la veía.

—Pensé que lo habías dejado... —susurro, al sentarme junto a ella y entregando su bebida.

Ella echa otra calada a su cigarro y luego echa el humo lejos de mí, ya que sabe que odio ese olor.

—Nunca lo he dejado, pero intentaba evitar fumar a tu lado —dice sin más mientras echa otra calada y yo niego con la cabeza.

—Con lo malo que es para la salud —digo, intentando provocarla un poco.

—¿No me digas? —pregunta, y esta vez echa el humo en mi rostro, para fastidiarme y yo solo puedo toser por su gesto.

Vuelvo a negar con la cabeza, escuchando la música que hay en la discoteca y cómo se amontonan más personas dentro del lugar, notándose que es un sábado.

—Deberían prohibir fumar dentro de los locales —sugiero y creo que Gillian me clava la mirada en la nuca.

—Eso nunca pasará.

Levanto una ceja con diversión y sonrío para decirle:

—A lo mejor en un futuro mi predicción se hace cierta.

Gillian echa otra calada y luego apaga su cigarro para levantarse de la silla y agarra mi mano con rapidez para llevarme a la pista de baile.

—No te me quejes tanto y vamos a bailar —grita por la música fuerte que acaban de poner ahora y yo, sin esperar ni un segundo más, acepto su petición.

Nos dirigimos al centro de la pista y comenzamos a bailar juntos, divirtiéndonos, viviendo juntos esta noche como pareja.

Y, a pesar de que hayamos estado siendo una pareja en secreto, me he ido acostumbrando a todo esto, a estar con ella. Para el poco tiempo que hemos estado juntos tras nuestra separación, Gillian se ha metido tanto en mi piel que resulta doloroso si ella se llegase a marchar o me dejase, a pesar del arrebató que tuve hace unas semanas deseando que nosotros dos fuésemos una pareja normal.

Todo no se puede tener en la vida y a veces, por desgracia, la vida te hace sufrir. Pero algo dentro de mí me dice que no me aleje de ella, que siga a su lado. Es cierto que a veces, aunque ames a alguien demasiado, para su bien lo mejor es acabar con la relación, pero supongo que después de sufrir demasiado los dos en los meses que no nos vimos, estar así con ella es lo mejor que podría pasar, dentro de lo que cabe.

Ojalá pudiera ayudarla a salir de todo este mundo del que ella quiere salir, ojalá fuese otro tema todo... Pero como bien he dicho, todo no se puede tener y mientras esté con ella y pueda ayudarla dentro de lo que puedo, seré medianamente feliz.

—¿Estás bien? —me pregunta, subiendo un poco el tono de voz por la fuerte música que hay de fondo, y yo asiento con la cabeza, sonriendo y acercándome más a ella para poder besarla en la pista.

Nunca imaginé que podría amar a alguien en tan poco tiempo.

Nunca pensé que podría ser amado por otra persona a pesar de que no sea muy abierta conmigo la mayoría de las veces.

Pero ese «nunca» ha cambiado y ahora puedo decir que es lo mejor que me ha pasado en la vida... Y lo mejor es haberla conocido aquella noche de verano en esta discoteca cubana en la que tan buenos recuerdos poseo.

Gillian comienza a rozar su mano en mi torso con delicadeza, consiguiendo abrir mi camisa sin que las personas que hay a nuestro alrededor se percaten de ello y yo me pongo en alerta, a la vez que comienzo a excitarme cada vez que ella me toca.

Sigue bajando con lentitud, pudiendo ver en su rostro lujuria e intento aguantar por cada roce que hace su mano en mi cuerpo, hasta que llega a mi cinturón, dudando que sea lo que va a hacer y yo sonrío con suficiencia.

Se decanta por agarrar el cinturón y acercarme mucho más a ella.

Yo, jugando a su mismo juego, comienzo a rozar mi mano frente a su rostro, dejando de bailar por unos instantes los dos, quedándonos quietos y ajenos a lo que hacen los demás y es que ninguna persona se entera de lo que hacemos, ya que están inmersos en sus vidas, por lo que me da libertad para lo que le voy a hacer ahora a ella.

Bajo mi mano con mucha lentitud, una lentitud que podría ser bastante tortuosa para ella y

disfruto al ver que sus labios se entreabren, dejándome el camino fácil para poder poner mi dedo pulgar en su boca y, dejándome sorprendido, comienza a sorber y morder mi pulgar haciendo que un buen amigo mío comience a moverse en mis pantalones.

Trago saliva ante ese gesto y luego beso su frente, retirando mi mano de su rostro.



—¿Alguna vez has peleado en el *ring*? —pregunta Gillian, tras bailar durante un buen rato juntos en la pista.

Ahora, sentados frente a frente en la mesa, escuchando más música nueva de fondo, no hemos dejado de hablar de nuestras cosas y conociéndonos mucho más de lo que nos conocíamos.

Me quedo pensativo ante su pregunta y bebo un trago de mi cerveza mientras pienso en lo que le voy a decir.

—Sí, pero hace muchos años ya... Era un adolescente y solo fueron siete combates para una competición —digo, dándole vueltas a mi cerveza y la miro a sus preciosos ojos verdes, que no se han retirado de mi rostro en ningún momento—. Aunque quien era muy bueno fue mi hermano, por eso decidí ser su entrenador... No se me daba bien dar ganchos de derecha, ni dejar *KO* a ningún contrincante.

Ella lanza una pequeña carcajada, encantándose por lo que estoy escuchando lejos de la música de la discoteca y yo me inclino un poco más hacia ella.

—¿Qué pasa? —me pregunta de nuevo, dejando de reírse sin dejar la mueca de la risa y yo muevo la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Me gusta observarte.

Su mirada, de repente, cambia, y yo puedo notar la tristeza que hay en ella. Cuando la conocí no me imaginé que fuese una chica fuerte por fuera pero sensible por dentro. Y la comprendo.

Ella ha sufrido demasiado en su vida. Que yo sepa, Gillian nunca ha tenido una infancia perfecta, tampoco me lo ha querido contar, pero me lo imagino. Su vida no ha sido un caminito de rosas y me fastidia mucho saberlo porque, ojalá, ella pudiese ser más feliz y tener una vida como se merece.

Alargo mi mano frente a ella y la pongo sobre la suya, para que me observe.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

Ante mi pregunta, ella asiente con la cabeza y yo la ladeo para intentar descubrir qué es lo que le ocurre.

—¿Y qué pasa, Gil?

Mueve sus hombros y luego retira su mirada de la mía de nuevo.

—Te mereces a alguien mejor que yo —dice, y yo arrugo la frente por su respuesta.

—Ese alguien eres tú, Gillian —digo sin más, y ella traga saliva, temiendo algo que no me quiere contar.

—Hay algo que no te he dicho y que es importante que sepas... —susurra y yo arrugo más la frente por miedo a lo que me vaya a decir.

Espero a que ella se quede pensativa un rato, suponiendo si querrá decírmelo o no, y mi

corazón se pone en un puño.

Mientras la gente sigue con su vida, nosotros dos solo podemos estar metidos en nuestra propia burbuja, ajenos a lo que hagan los demás dentro de este local y del mundo entero, y solo soy oídos para esa chica de la que estoy completamente enamorado.

—Mi...

—¡Esto es Cuba, amigos! —grita un hombre borracho al lado de nosotros, interrumpiendo a Gillian y dándome un fuerte bofetón en mi espalda que casi me podría dejar sin ella misma.

Observo al hombre con cara de pocos amigos por interrumpirla y luego vuelvo a mirar a Gillian que traga saliva y aprieta sus labios con mucha fuerza.

—Dime, ¿qué quieres contarme?

Intenta abrir sus labios, pero se queda dudosa y luego niega con la cabeza.

Y, conociéndola, ya no me lo va a contar esta noche.

—Nada... —susurra, volviendo a beber de su cerveza, y yo bajo los hombros con cara de mala hostia al señor que fastidió el momento.

Pero algo en mi campo de visión resulta familiar y, al observar a la cantante en la barra, mis ojos se abren como platos al descubrir quién es.

—Gillian... —susurro su nombre y noto la mirada de ella sobre la mía. Hago un gesto hacia la joven que está en la barra y le digo—: ¿Esa no es la hermana de Ernesto?

—Qué coño... —murmura ella y diría que está igual de sorprendida que yo.

—¿Pero cuántos años tiene para trabajar aquí de cantante? —me dirijo a mi novia y ella mueve los hombros sin comprender nada.

—¿Ernesto lo sabrá?

Yo niego la cabeza ante su pregunta, recordando aquellas escenas que presenciaba al ver cómo se peleaban ellos dos porque ella estaba más inmersa en sus libros que otra cosa. De pronto, ella nos observa y juraría que su tonalidad de piel comienza a cambiar de tono hasta llegar a un blanco pared.

—Mejor no decirle nada de esto a Ernesto, ¿verdad? —pregunta ella y yo asiento con la cabeza.

—Buena idea.

Los dos le hacemos un saludo a Lizeth y ella, por unos segundos, duda si aceptarnos el saludo o seguir con su propio camino, pero, en vez de eso, comienza a caminar hacia nosotros con las piernas temblorosas y luego se queda unos segundos a cinco metros de nosotros.

—Hola... —susurra.

—No sabíamos que cantabas aquí —le digo, y ella comienza a rascarse la cabeza con desesperación.

—Llevo varios meses trabajando en este local y gano algo de dinero. Por favor, no se lo digan a mi hermano porque como lo sepa se lo dirá a nuestra abuela y ella me dejaría encerrada el resto de mi vida —murmura apretando los dientes y nosotros la tranquilizamos.

—No te preocupes, no se lo diremos —le responde Gillian, y juraría que la joven baja los hombros como si se sintiese tranquila al escucharnos.

Y es así como comenzamos a hablar los tres y a pasar la noche tranquilamente.



El sonido del teléfono fijo resuena por todo mi pequeño piso, consiguiendo que me despierte con demasiada mala hostia, y me levanto con pesadez observando la hora.

¿Las tres de la madrugada?

¿Quién coño llama a estas horas?

Me acerco al salón y descuelgo el teléfono para escuchar de fondo a alguien agitado.

Tras despedirme esta noche de Gillian en la discoteca, encontrarme con que alguien que me llame a las tres de la madrugada me da mucho qué pensar.

—¿Diga? —pregunto con enfado y a la vez con voz soñolienta.

Solo puedo escuchar de fondo el sonido de una respiración muy agitada y demasiado fuerte como para ser normal en una persona a no ser que sea asmática. Pero algo comienza a ir mal y yo me pongo en alerta por eso mismo.

—Jasper, soy Archie... —Vuelve a escucharse una respiración muy fuerte por su parte y luego sorbe por la nariz como si le costase respirar bien.

—¿Archie? ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo a Gillian? —Mis miedos comienzan a hacerse realidad al escuchar de nuevo un silencio de fondo junto con esa respiración y yo solo soy capaz de apretar mi mandíbula y ponerme tenso.

—Tienes que venir... Diablo ha entrado al piso de Gillian y, por lo que estoy escuchando, nada va bien ahí dentro.

—¿Qué? —Pego un fuerte grito y tan rápido como escucho eso mis mayores temores se hacen realidad—. Joder, ya voy para allá. ¡Intenta evitar que le haga daño!

—Por eso te llamo, joder. Yo no puedo entrar. Si Diablo descubre que estoy ayudando a Gillian matarán a mi hija y a mi mujer... A Gillian la quiero como una hija, pero no puedo arriesgarme, Jasper... Por favor, tienes que venir —susurra eso último, sorprendiéndome por todas las cosas que me ha dicho en menos de un minuto—. Sálvala.

Y basta para decirme eso, para colgar la llamada y no perder el tiempo.

27

Renacer

Salgo de mi piso lo más rápido que puedo y entro en mi coche sin ni siquiera ponerme el cinturón de seguridad. Arranco apretando el acelerador hasta el fondo y el coche consigue ir lo más veloz posible, sin importarme que el motor se muera por ello.

Necesito ir rápidamente hacia donde está ella para poder sacarla de allí. He esperado más de lo necesario y en el fondo sabía que algo de esto pasaría, siempre lo supe. ¿Pero cómo podía ayudarla? ¿Cómo? Con las amenazas constantes y todos los problemas que hemos tenido durante todos estos meses...

Pero eso ha quedado atrás y yo no pienso aguantar más que a ella le ocurra algo. Esto ha llegado a su punto álgido y ahora me dirijo a toda velocidad, recorriendo las calles de La Habana a estas horas de la noche y sabiendo que es peligroso para los demás, pero solo me importa una persona. Si no llego a tiempo, no sé qué le pasará. Ni siquiera quiero pensar en lo malo, solo en sacarla de ese maldito lugar que le ha jodido la vida.

Con, posiblemente, suerte —si es que a esto se le puede llamar suerte— llego al barrio sin importarme que los demás, los que están detrás de las ventanas observando, me vean. Sabiendo que tuve que dejar el boxeo clandestino por lo que hice hace apenas unos meses y que si me encuentran, me darán una paliza o le harán daño a ella, me bajo del coche con rapidez y me dirijo a la puerta principal con paso decidido, pero antes de poder hacer algo para abrir la puerta por donde he visto que ha entrado ella en muchas ocasiones, alguien se adelanta a mí.

Un hombre de mi edad está detrás de la puerta con una pistola, apuntándome, pero reacciono mucho más rápido que él y le retiro el arma cómo me enseñó mi padre cuando estuvo en el ejército. Sin soltar el arma, con la culata de la misma, se la estampo en toda la cabeza, consiguiendo que ese hombre caiga al suelo inconsciente.

—¡Acaba de entrar! —Escucho a uno de ellos y varios disparos comienzan a sonar por todo el edificio.

Tan rápido como pasa eso, me escondo tras una de las paredes y siento que ellos se acercan a mí. Apretando el arma y con las manos temblorosas, por miedo a lo que pueda pasar esta noche, la puerta principal del edificio se vuelve a abrir y yo me pongo en alerta, levantando el arma a punto de disparar a diestro y siniestro que se encuentre por mi camino.

Pero veo a un Ernesto de lo más extraño frente a mí, levantando las manos y levantando una ceja.

—¿Tú eres mamón? ¿Cómo le vas a disparar a tu *brother*? —dice él con ese tono cubano tan perfecto

—¿Ernesto?

—Me llamó Archie. Hay que sacar a Gillian de ahí —me responde él con rapidez y entran dos hombres más de una altura mucho mayor que Ernesto y yo vuelvo a levantar el arma—. ¡Eh!

Tranquilo, son amigos míos.

De pronto, uno de sus amigos levanta el arma con rapidez y me apunta, consiguiendo que mi corazón vaya demasiado rápido, al punto de pararse, y dispara a alguien que está detrás de mí.

—¿Pensabas que te iba a disparar a ti? —pregunta el que disparó con una sonrisa, y yo niego con la cabeza—. Iremos nosotros primeros, puesto que sabemos disparar... No creo que haya más de diez en este edificio.

—Pues adelante —dice Ernesto y ellos van delante.

Sin decir nada, comienza una pelea de bandas entre los que están a favor del boxeo clandestino y los que no. Mientras los dos amigos de Ernesto disparan con su arma a los otros, Ernesto y yo sorprendemos a algunos con ganchos de derecha, como sabemos hacer gracias al boxeo. Como un buen equipo, seguimos adelante, hasta que consiguen disparar a uno de los amigos de Ernesto en el brazo. Pero no pasan más de cinco minutos cuando el último que creemos que está protegiendo la puerta del piso donde se encuentra Gillian cae también al suelo gracias a la magnífica puntería de Ernesto.

Los cuatro llegamos a la puerta, pero oímos cómo más personas entran dentro del piso, consiguiendo que nos alarmemos.

—Entra tú, nosotros nos quedaremos aquí —dice Ernesto y yo abro los ojos—. Saca a Gillian de ahí y llévala a la casa de Archie en el pasillo secreto. Ahí nos veremos después... Pero saca a Gillian.

Asiento con la cabeza, sorprendido de que él me esté diciendo esto, cuando siempre ha defendido que nos mantuviésemos alejados de ella y de todo lo que tenía que ver con toda esta mierda del boxeo clandestino.

Abro la puerta, que está entreabierta, y luego la cierro al ver que no hay nadie en el salón del piso. Escucho de nuevo demasiado alboroto en las escaleras del edificio y trago saliva por miedo a lo que me vaya a encontrar en el piso y del estado en el que tiene que estar Gillian. Deseo que esté bien y no le estén haciendo daño, pero el primer grito de Gillian no tarda en escucharse, procede de su habitación, y mis alarmas se encienden.

—¡Para, por favor! —grita ella con la voz rota.

Con paso decidido, agarro una botella de cerveza que estaba sobre la mesa que hay en el salón, la rompo en la pared para que se quede por la mitad y abro la puerta del cuarto con violencia.

La escena que presencio es la peor que podía haberme imaginado en la vida: un hombre corpulento está sobre ella en su cama, ejerciendo fuerza e intentando quitarle la ropa a Gillian, mientras que ella, sin conseguirlo, intenta quitárselo de encima.

Mis venas comienzan a salir y con demasiada rabia contenida por todo lo que le están haciendo, agarro con fuerza la botella y, sin esperar más, la estrello con todas mis fuerzas en la cabeza de ese hombre, logrando que este caiga al suelo, cerca de la cama. Corro sobre Gillian para asegurarme de que no le ha hecho más daño de lo que ya ha estado haciendo.

—¡Gillian! —grito, acercándome a su rostro e intentando tapparla con la sábana. Sus ojos rojizos se hacen notar desde lejos y acaricio su rostro para hacerle ver que estoy con ella y que nadie más le hará daño.

—¿Quién coño eres tú para impedirme lo que estaba haciendo? —Escucho a ese hombre y mis ojos se agrandan al saber quién es.

Archie me dijo que era Diablo quien le estaba haciendo daño. Yo aprieto mi mandíbula. Miles de preguntas que tengo desde hace mucho tiempo comienzan a tener respuestas sin haberlas

buscado.

—Vladimir...

—Jasper Fleming, te llevo buscando mucho tiempo por haberte tirado a mi hija sin mi consentimiento —responde con los dientes apretados y saliéndole sangre por toda la cabeza.

Mi mundo se para y mis músculos se tensan al escuchar eso último. Observo a Gillian, que está semidesnuda en su cama, tapándose con la sabana, con varias heridas en la frente y sin poder dejar de llorar, sin siquiera poder moverse, y aprieto mucho más mi mandíbula.

—¿Es tu hija? —pregunto con cautela, sintiendo las lágrimas salir sin previo aviso, sin ni siquiera darme cuenta, y sintiendo cómo escuecen al mismo tiempo que mi vena del cuello comienza a hacerse más visible.

Él sonríe con suficiencia, como si se sintiese orgulloso de todo lo que le ha estado haciendo a Gillian y, sin que él me vea, vuelvo a agarrar el trozo de vidrio que se había quedado en el suelo tras estallar en su cabeza.

—Gillian es mi hija y hará lo que yo le diga y cuándo se lo diga —susurra con rostro de dolor tras el impacto. Me levanto de la cama para dirigirme hacia él y terminar matándolo yo mismo.

Pero Gillian agarra mi muñeca con rapidez, como si temiese que Vladimir me hiciese daño, pero no hago caso de lo que sus gestos me dicen.

—Por favor, Jasper... —murmura con la voz temblorosa, y yo solo estoy absorto por lo que pienso hacerle a ese hombre que está frente a mí.

—Escúchame bien, depravado. A una mujer no se le hace eso jamás y, mucho menos, a tu propia hija —le digo con la mandíbula tensa y él comienza a soltar una carcajada que hace resonar por todo el pequeño piso—. Estás enfermo.

—¿Y tú no? Estás dispuesto a morir por ella —responde, y yo niego con la cabeza—. Maté a su madre, nada me impide mataros a los dos.

Pero, sin esperármelo, él me suelta un fuerte puñetazo en el rostro cerca de mi ojo, y caigo al suelo. Al instante, él se pone sobre mí para agarrarme el cuello. Al sentir que él tiene mucha más fuerza que yo, comienzo a quedarme sin aire... Pero, sabiendo que este hombre me subestima, yo agarro el vidrio que escondí, esperando el momento adecuado, y lo acerco a su cuello con rapidez. Le hago una larga línea de un extremo al otro, logrando que salga demasiada sangre, al abrirle una vena, ahogándose casi al instante.

Me lo quito de encima, escuchando cómo se ahoga con su propia sangre, y yo me dirijo hacia Gillian, preocupándome por ella y buscándole ropa para que se la ponga. Sin que ella me diga nada, tomo una de sus maletas y, con rapidez, la lleno con su ropa, sin importar que no la tome toda, y la cierro.

—Vámonos —susurro, alargando la mano para que ella me la tome y, sin más demora, lo hace.

—¿A... a dónde vamos? —pregunta con lágrimas en los ojos.

—No lo sé, pero lejos de aquí —susurro en voz baja, entrando en el baño y abriendo la puerta secreta que tiene Archie preparada para cuando Gillian necesita ayuda.

Pasamos por el pequeño pasillo, y nos encontramos con que Archie no para de dar vueltas, nervioso y preocupado por nuestro bienestar y, al vernos, su rostro se ilumina y se acerca a los dos abrazando a Gillian al momento.

—Lo siento mucho, niña... Pero...

—Lo sé —susurra Gillian destrozada y yo agarro su mano con fuerza.

Archie me observa y traga saliva, para luego dirigirse hacia uno de sus cajones y agarra un sobre bastante gordo. Vuelve a acercarse a nosotros, que no nos separamos en ningún momento, y extiende el sobre para dármele a mí.

—Toma, lo necesitaréis allá a donde vayáis —susurra, y yo levanto una ceja sin saber qué es eso.

Tomo el sobre y lo abro para ver su interior, pero al descubrir lo que hay, niego con la cabeza y se lo vuelvo a entregar.

—No podemos aceptar eso, Archie. Es mucho dinero.

—Dinero que no me hace falta, pero a ustedes sí —vuelve a susurrar, y yo sigo pensando en que no es buena idea—. Ya me lo agradeceréis, Jasper, Gillian. Ahora solo importa que salgáis de aquí con vida y vivan por fin esa vida que siempre han querido... Sobre todo, tú, Gillian. —La observa y yo también lo hago. Siento que su cuerpo tiembla por lo que acaba de pasar e intento acariciarle más la mano, para que sepa que estoy con ella—. Ya es hora de que seas feliz.

Respiramos profundamente, sobre todo yo, al sentirme un completo inútil porque podría haber evitado esta escena sacándola de esta mierda mucho antes. Guardo el sobre en mi bolsillo del pantalón.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Ernesto ha ido a recoger tus pertenencias en tu piso, esperaremos un poco y luego ellos os llevarán en coche —nos dice sin dejar de mirarnos—. He hablado con un amigo que me debe un gran favor y que posee un barco. Él os llevará a Estados Unidos y a partir de ahí podréis hacer lo que queráis, pero no le digáis a nadie dónde os quedáis a vivir... Ni siquiera a mí.

Nos quedamos un buen rato en silencio, sin saber qué decir y de esta posible despedida tan amarga que jamás imaginé que pasaríamos.

Gillian solo es capaz de acercarse a mí y agarrarme con fuerza, sin dejar de mirar a todos lados por miedo a que alguien entre por la puerta y se acabe todo esto. Yo la abrazo, dejándole claro que jamás me alejaré de ella y que ya, por fin, no voy a dejar que nada ni nadie le vuelva a hacer daño.

—Ahora ya pueden vivir felices juntos, sin miedo a que nadie les haga nada —vuelve a decirnos Archie, y siento cómo Gillian se relaja en mi pecho al escuchar esa frase.

Y ¿para qué mentir? Yo también me relajo en sus brazos al saber que ella vuelve a nacer para, esta vez, ser feliz, como siempre quiso vivir.

28

Vivir

Mi vista observa el rostro magullado y lleno de dolor de Gillian por los golpes que le asestó aquella bestia que era su padre... Si es que se le puede llamar así por todo lo que le ha llegado a hacer.

Jamás pensé que todo esto pasaría en solo una noche. Que descubriese demasiadas mierdas en tan pocas horas y que la chica de la que estoy enamorado esté aún mucho más destrozada que cuando la conocí. Y, a pesar de todo ello, jamás pienso alejarme de ella, todo lo contrario. Pienso estar a su lado para lo bueno y lo malo, como llevo estando todos estos meses.

Ella no deja de observarse las manos temblorosas mientras estamos escondidos en una furgoneta de camino a las afueras de La Habana, muy lejos del lugar. Sabiendo exactamente que esta será la última noche que pasaremos Gillian y yo en Cuba para poder vivir una vida más tranquila, distinta a la que ella ha vivido siempre.

Y prometo hacerla feliz como nunca antes ella había soñado.

Me muevo de la furgoneta que no tiene ni cinturones ni sillones, siendo así peligroso para nuestra seguridad, para así poder estar junto a ella. Dudando si es buena opción tocarla después de todo por lo que le ha hecho esta misma noche ese cabrón, me decanto por tomar una de sus manos y acariciarla con delicadeza, para que ella sepa que estoy a su lado cueste lo que cueste.

Sus ojos brillan y no es ese brillo habitual del que me he acostumbrado cuando está a mi lado, no... Es ese brillo que tiene cuando ha estado llorando, ese brillo que significa que lo ha pasado mal, muy mal. Y ese brillo es el que más odio.

Ella me mira con amor y, a la vez, con miedo por lo que vaya a pasar cuando nos marchemos de Cuba. Sintiendo que no sabe qué hacer con su vida después de eso. Y la comprendo, porque yo también me siento así.

—Gracias... —susurra Gillian.

Yo, sin decirle nada, asiento con la cabeza sin apartar esa sonrisa que tengo en mis labios solamente para ella.

La furgoneta, al llegar un bache, se mueve de un lado a otro haciendo que nosotros dos nos movamos al mismo instante como el auto. Con cuidado de cualquier movimiento brusco que haga el mismo, agarro la mano de Gillian con fuerza y ella hace lo mismo conmigo, mientras que Ernesto y otro de sus amigos están sentados en los asientos delanteros de la furgoneta, maniobrando y vigilando que nadie nos siga desde que abandonamos aquel barrio tan tenebroso.

Nuestras maletas están al lado de nosotros esperando a que nos marchemos a otro lugar a vivir y es que ni siquiera sé qué es lo que hay que hacer... Este año comencé a vivir en Cuba por una nueva vida después de todo lo ocurrido y, antes de que acabe el año, estaré comenzando otra nueva con alguien muy especial.

No me arrepiento de nada en esta vida porque, ahora mismo, no estaría aquí con Gillian. No

la hubiera conocido y quién sabe qué estaría haciendo yo ahora mismo de no ser por ello.

—Gira a la izquierda, ahí nos esperará José en el puerto —dice Ernesto al hombre que conduce y siento que Gillian besa mi mejilla derecha con delicadeza sintiéndose muy bien al hacerlo.

El auto vuelve a hacer un movimiento fuerte al girar a la izquierda y nosotros tenemos cuidado de hacernos daño ante estos movimientos. Pero a los cinco minutos, la furgoneta frena haciendo un ruido extraño en los motores dando a entender que ya está más que viejo el mismo.

—Ya hemos llegado, familia —nos dice Ernesto, y se baja del coche para abrirnos una de las puertas correderas. Tomo las maletas mías y las de Gillian, ayudado por Ernesto.

La expresión de Ernesto es muy distinta a la de otras veces, a la que siempre suele poner de risa, broma o de felicidad. Noto que en su mirada hay tristeza, intranquilidad, pero en el fondo se siente relajado de haber sacado a Gillian de aquel horrible sitio.

—Gracias, Nesto.

Me guiña un ojo y luego me da un fuerte golpe en la espalda, dejando claro que me echará más que de menos por mi futura ausencia.

—Buenas noches, José. Venimos de parte de Archie —habla el amigo de Ernesto, y observamos a un hombre de mediana edad y con un libro en la mano.

Se quita las gafas y nos observa con atención mientras yo solo soy capaz de observar el barco que hay tras él, estando todos en el puerto.

No es un barco grande, pero suficiente para transportar mercancía. Supongo que tendremos que escondernos ahí para poder fugarnos de Cuba. La observo por unos segundos, viendo el miedo que recorre su mirada sin dejar de mirar hacia sus espaldas, esperando a que nadie nos haya seguido.

Aprieto mi mano sobre la suya para poder tranquilizarla de nuevo y ella me observa rápidamente, abriendo los ojos como platos y veo cómo sus hombros caen, relajándose un poco.

Sé todo lo que ha pasado en tan solo unas horas y que la tensión aún nos recorre las venas. Incluso cuando nos despedimos de Archie sentía que algo de mí dejaba atrás y ella también lo sintió. Pero haremos lo posible por seguir adelante y crear una nueva vida.

—¿Quiénes son los que viajarán con nosotros? —pregunta, dando a suponer que ya lo sabe tras la llamada que le hizo Archie a un hombre hace unas horas.

—Son ellos dos. —Nos señala Ernesto y luego el hombre nos mira de arriba abajo a nosotros dos.

—Bien. Le debo una muy grande a ese hombre —dice, refiriéndose a Archie y luego se dirige a nosotros—. El barco saldrá dentro de una media hora. Puedo esconderos en uno de las habitaciones pequeñas que hay hasta que lleguemos a Florida.

—¿Florida? —pregunta Gillian y luego me observa con la misma sorpresa que yo—. Jasper, tu eres de allí, ¿verdad?

Trago saliva y asiento con la cabeza. Nunca imaginé que volvería allí y menos esta noche. Pero es la única opción que tenemos para poder comenzar otra nueva vida y asiento con la cabeza de nuevo para observar de nuevo el puerto, sabiendo que echaré de menos, y mucho, Cuba.

—Pueden entrar ya, antes de que esa gente nos sigan —habla de nuevo José, imaginándome que conoce a esa banda del boxeo clandestino.

El hombre nos ayuda a mí y a Gillian a subir las maletas al barco, pero antes que nada me quedo a un metro de Ernesto y él sonríe con nerviosismo mientras niega con la cabeza.

—Hermano, nunca pensé que diría esto sin estar borracho —me dice con las manos en los

bolsillos y traga saliva—: Te echaré de menos, *brother*.

Se acerca a mí para darme un abrazo y yo le correspondo del mismo modo, sabiendo que dejaré a un gran amigo atrás, tal vez para siempre o no lo sé.

—No podré decirte a dónde vamos —le explico.

—Lo sé.

Nos alejamos y comienzo a caminar junto a Gillian sobre la escalera del barco y vuelvo a mirar hacia atrás al ver que ella se dirige rápidamente corriendo hasta Ernesto, bajando las escaleras en tiempo récord y lo abraza fuertemente.

Sonríó ante la escena, al ver que Gillian quiere a Ernesto como si fuese ese hermano pesado y protector que nunca quiere decir que la aprecia.

Nos despedimos de nuevo al volver Gillian a mi lado y respiro hondo, esperando que todo esto sea menos difícil de lo que parece.



—Es aquí —dice José, abriendo una de las puertas de todas las que hay en este pasillo y entramos en un pequeño cuarto que tiene una cama pequeña para una sola persona—. En unas horas estaremos en Florida.

El hombre se marcha y nos quedamos solos Gillian y yo en el cuarto con un silencio abrumador. Enciendo una pequeña luz y Gillian cierra la puerta del cuarto. Ponemos las maletas hacia un lado del mismo y, gracias a una pequeña ventana redonda que hay en el lugar, al lado de la ventana, podemos ver parte de Cuba.

Ella se sienta en la cama y yo me quedo de pie observándola con preocupación ante esas heridas visibles que tiene en su rostro.

—¿Qué ocurre? —pregunta, y yo tan solo soy capaz de negar con la cabeza ante lo tarde que actué esta noche para poder sacarla de las garras de aquel hombre.

—Odio verte llena de heridas.

Trago saliva y me acerco a una de las maletas que son mías y saco un pequeño botiquín que siempre suelo guardar en casa. Me acerco a ella, sentándome a su lado con su permiso y con un pequeño trapo seco esas zonas donde hay pequeñas gotas de sangre escurriéndose sobre su piel.

No dejo de pensar en todo lo que hemos pasado en tan poco tiempo y, cabe destacar, que me siento hecho polvo por todo ello y por todo lo que tiene que dejar ella atrás, al igual que yo. Porque si bien no ha sido un camino de rosas para ella, sé que aquí ha conocido gente que son como de su familia.

—Siento mucho no haber llegado antes, Gillian... —susurro apenado y aprieto mi mandíbula tanto que consigo rechinar mis dientes al instante, escuchándose a la perfección.

Ella toma mi rostro con sus manos y me hace acercarme a ella mucho más, casi rozando mi frente con la suya. Sus caricias me relajan y siento que ya estoy en casa, junto a ella.

—Jasper, me has salvado la vida... Llegases tarde... o no. Diablos ya me había hecho cosas peores mucho antes de la de hoy.

Vuelvo a tragar saliva con nerviosismo al imaginarme a Gillian de nuevo sufriendo aquella escena y cierro mis ojos con fuerza, deseando que ella nunca hubiese pasado por eso. Sus caricias

vuelven a ser notables en mi rostro y me hace pequeños círculos en mi mandíbula, para que no la apriete demasiado.

Al abrir los ojos, puedo verla observándome con esos ojos verdes penetrantes y soy incapaz de dejar de mirarla con miedo por todo lo que ha estado pasando en silencio.

—Necesitas descansar —murmuro, levantándome de la cama y quitándole los zapatos para que esté más cómoda.

—¿No... no vas a dormir conmigo? —me dice dubitativa, y yo la vuelvo a mirar.

Coloco mi pelo hacia atrás y analizo lo que me quiere decir su expresión.

—Después de lo que has pasado hoy no quiero ser una molestia para ti, Gillian —le digo y ella tan solo se queda observándome—. Además, quiero que estés cómoda. En esa cama solo puede dormir una persona.

—Jasper, lo eres todo para mí... No eres una molestia, créeme.

Muevo los hombros y en el fondo me enamora que me diga esas cosas. Pero es la verdad, después de lo que ha pasado esta noche, lo último que quiero es estorbarle e invadir su espacio personal.

—¿Dónde vas a dormir si no es en la cama? —me pregunta, y yo señalo el suelo—. No seas tonto, duerme conmigo... por favor —habla, haciéndome un hueco en la cama y, ante mi duda, ella vuelve a hablar—: Quiero estar a tu lado, Jasper... Quiero que me abracés y poder despertar a tu lado sin importarme todo lo demás.

Tras meditarlo durante unos segundos, accedo y me cuesto a su lado. A pesar del poco espacio que tenemos en la pequeña cama, conseguimos meternos. Abrazándonos y sintiéndome como nuevo a pesar de todo lo malo y lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

—¿Estás bien? —pregunto seriamente.

Ella me abraza un poco más fuerte que antes y pega su cabeza en mi pecho para decirme:

—Ahora sí.

Escuchamos el ruido del barco comenzando a moverse por el mar hacia Florida y yo solo quiero olvidarme de todo abrazado a ella, deseando que esto no sea tan duro como me imagino y creo que, por un lado, estoy feliz por estar con ella y, por el otro, estoy mal por marcharme de un lugar donde he conocido a gente increíble, donde he vivido cosas perfectas y donde me he sentido como en casa.

Pero lejos de todas esas cosas buenas, también he tenido cosas malas y he sufrido como jamás me imaginé que iba a sufrir en un lugar. Pero esto es lo que ocurre cuando vas a un lugar nuevo: vives experiencias, buenas o malas, pero las vives.

Y de eso es lo que se trata esta vida, de vivirla a pesar de todo lo malo que venga... Porque vendrán cosas malas siempre, siempre. Pero, a pesar de todo lo que pases, hay que seguir con la cabeza alta y aceptar las cosas como vengan porque no siempre puedes tener las cosas que quieres y cómo quieres... Y creo que esa es parte de la experiencia de la vida.

—Te amo, Gil... —murmuro, besando su cabeza con delicadeza y respirando profundamente, llenando mis pulmones de aire.

Gillian me responde de la misma manera, pero siento que no soy capaz de decir más cosas. Siento que tengo miles de cosas que decirle y no soy capaz de sacar ninguna de ellas.

Y lo gracioso es que creo que ella siente lo mismo que yo en estos momentos.

—Me gustaría hablarte de todo esto, Jasper.

Alejo un poco mi cabeza para poder verla a los ojos y analizar las palabras que me acaba de decir. Pero sé perfectamente que no es momento ni lugar para hablar de ellas. Sé a la

perfección que lo que ella necesita es estar tranquila, descansar y seguir viviendo, dejar que pase unos días antes de que quiera volver a abrir más heridas recientes de su corta vida.

Es por ello que vuelvo a besar su frente y me acerco a sus labios.

—Después de lo pesado que he estado durante estos meses para que me contases todo lo que te ocurría... Quiero que tu mente descansa por una noche, sin presiones, sin miedo a volver a despertar en esa cama de aquel cuarto, en aquel barrio de mala muerte. Descansa, tenemos mucho tiempo por delante a partir de ahora, querida Gillian —murmuro con una sonrisa y ella sonrío a la misma vez que yo como si, realmente y a pesar de todo, estuviese más relajada, más ella misma.

Y eso me entusiasma.

Nada más saber que nos espera un viaje que cambiará nuestras vidas completamente. ¿Miedo? Claro que tenemos, pero si lo hacemos juntos no tiene por qué ser tan temeroso. Todo se puede conseguir con esfuerzo y, aunque no todo se consiga, hay que seguir intentándolo.

—Temía no volver a verte. —Escucho su voz llena de preocupación.

Con una frase llena de significados y que, a la vez, asusta que hubiese sido cierto de no ser porque Archie me avisó... No sabría cómo estaría yo ahora ni mucho menos quiero saber cómo estaría esta chica de la que estoy enamorado.

—Yo también... —susurro la realidad más dura y noto cómo su cabeza se mueve para poder observarme.

—¿Qué sería de mí si no te conociera?

Ante su pregunta, tan solo puedo hacer un gesto con la cabeza sin ni siquiera saber que contestar ante eso.

—No quiero ni imaginarme cómo sería mi vida sin conocerte, Gil.

Sus ojos analizan los míos a la misma vez que observa mis labios como si deseara tocarlos todo el rato.

—Mucho más fácil sería —musita ella.

Yo cierro los ojos unos segundos para luego decirle:

—Si fácil significa no ser feliz... Prefiero lo complicado.

Una sonrisa de lo más sobresaliente sobresale de su rostro, consiguiendo que me contagie y nos olvidamos de todas las cosas por la que hemos pasado juntos y separados durante estas horas a las afuera de La Habana.

Es extraño admitirlo, pero lo mejor que me ha pasado en la vida ha sido ella. Y repito: es extraño admitirlo porque la vida de una persona está llena de experiencias y la más importante que me ha pasado está ahora entre mis brazos... Sin duda, es mil veces mejor lo complicado.

—¿Cómo crees que será nuestra vida en Florida?

—No nos quedaremos ahí, solo estaremos de paso —digo sin más, sin pensar siquiera esa respuesta, y ella vuelve a levantar la cabeza de mi pecho.

Levantando una ceja, solo es capaz de mirarme como si fuese un loco salido de cualquier rincón del mundo. Y, tal vez, sea cierto, pero ni siquiera yo puedo pensar con claridad ahora mismo. Solo puedo pensar en la persona que tengo frente a mí y querer que todo le vaya más que bien.

—Pero... Ahí te criaste. ¿No te haría ilusión volver? ¿No tienes familia allí? —Me bombardea a preguntas y vuelvo a sonreír ante este pequeño y gran momento que estamos teniendo en un cuarto de un barco.

—Tengo familia, pero sería volver a recordar cosas de mi pasado y, sobre todo, de mi hermano... Podemos ir a donde a ti más te guste, pero Florida no es un lugar al que yo quiero ir

por cuestiones personales, Gil —le contesto—. Y espero que me entiendas.

Ella no me dice nada solo asiente suavemente, pero su silencio habla por sí solo. Sé a la perfección que ella quiere indagar más de mi vida. Resulta lógico. Si yo conozco muchas cosas de su vida en Cuba, ¿por qué ella no puede saber cosas de mí cuando vivía en Florida? Sería justo, completamente justo. Pero, como he dicho anteriormente, no es momento para hablar de ello, y eso que lo que más deseo ahora mismo es contárselo.

Pero tenemos tiempo...

Ahora tenemos tiempo.

29

Elocuencia

En algún lugar de Florida.

Una vez que el barco nos dejó en Florida, el único lugar al que se dirigía y al sitio donde nació y me crié, varias preguntas, y a la vez miedos, que tenía años atrás aparecieron de nuevo. Bien es cierto que aquí me sucedieron muchas cosas buenas a la vez que me sucedían otras realmente malas como los malos momentos que llegué a pasar.

Estar aquí significa un nuevo apartado en mi vida, con la diferencia de que esta vez no estaré solo en el viaje.

Es por eso que observo a Gillian, después de estar todo un día en el barco casi sin poder dormir los dos por todo lo que nos ha llegado a pasar en tan pocas horas, y tomo su mano. Su mirada se dirige rápidamente hacia la mía y me sonrío a pesar de que esos golpes aún siguen en su rostro, recordando lo que hizo aquel cabrón.

—Vamos a buscar algo para pasar unos días y ya después veremos qué haremos —le digo.

—Vale... —susurra ella, sintiendo que algo muy pesado ha bajado de sus hombros.

Pedimos un taxi y le digo que nos lleve al motel más cercano posible, aceptando el chófer en llevarnos sin dudarlo.

Y, como ocurrió cuando llegué a Cuba, observo las calles del lugar, esta vez distinto a cómo las llegué a ver hace meses. Posiblemente, muy esperanzado de poder empezar una vida nueva con Gillian, pero, a la vez, apenado por dejar atrás a aquellas personas que conocí en aquella isla que sentí que era mi casa.

A pesar de todo ello, no me arrepiento de haberme marchado. No lo hago porque, en el fondo, esa era la única solución y, a la vez, la única forma de que Gillian pudiese salir de ahí bien, viva... Con cicatrices externas e internas, por desgracia.

Noto la mano de ella sobre la mía y consigo que deje de mirar distraído por la ventana del taxi para poder mirarla a ella.

Sus ojos verdes están algo rojos después de llorar toda la noche por todo lo que le ha pasado y sus labios algo hinchados por besarme tantas veces como hizo falta. Sé que en su mirada hay algo de arrepentimiento. ¿El porqué? Eso es lo que me pregunto y espero que no sea porque esté arrepentida por estar conmigo.

—Siento mucho que hayas dejado tu vida en Cuba por mi culpa —murmura de tal manera que el taxista tiene que poner más la oreja para oírnos.

Yo me acerco a ella para que solo ella me escuche.

—Gillian, me importas tú más que nada. Y no me arrepiento por dejar atrás algunas cosas por ti —le respondo, y noto que ella sonrío por esa frase—. Solo espero que no seas tú la que se arrepienta de que yo vaya a compartir contigo esa nueva vida...

Sus ojos se abren con sorpresa ante mi última frase y creo que no se esperaba que yo le dijese eso.

Mira hacia el taxista, al que pillamos *in fraganti* mirando por el espejo retrovisor, pero retira la vista rápidamente para volverla hacia la carretera. Gillian y yo volvemos a conectar nuestra mirada y ella niega con la cabeza.

—Tú estás chiflado, ¿verdad? —pregunta como si fuese un ignorante y yo levanto una ceja—. ¿Cómo me voy a arrepentir de algo que deseaba desde hace mucho tiempo? —vuelve a preguntar, y algo en mí se relaja al escucharla decir eso.

—Siento interrumpir, pero ya hemos llegado —dice el taxista, y nosotros dejamos de observarnos para poder atender al conductor.

Le entrego algo de dinero al mismo y Gillian y yo nos bajamos del coche, junto a nuestras maletas para entrar en el motel.

Esta vez, el lugar es completamente diferente al que estuve viviendo yo. El motel es algo más pequeño con un letrero demasiado luminoso. El aparcamiento también es pequeño y no estamos en un lugar alejado de la civilización, ya que cerca de aquí se encuentran algunos comercios pequeños y algunas casas pequeñas rodeadas de árboles.

Comienza a anochecer aquí en Florida y yo solo deseo estar en una cama, tranquilamente, para, al menos, olvidarme un poco de todo lo que ha pasado en todas estas horas.

Abro la puerta de entrada, dejando pasar primero a Gillian y observamos a un hombre de unos cincuenta años detrás de un mostrador viéndose demasiado aburrido observando el periódico. Seguramente, leyéndolo página a página.

—Buenas noches —llamo su atención y, tan rápido como me oye, deja de leer el periódico y, con una enorme sonrisa, nos atiende con amabilidad a los dos.

—Buenas noches y bienvenidos a este motel —nos dice.

Dejo las dos maletas en el suelo y me acerco al mostrador para hablar mejor con el hombre.

—Queríamos un cuarto para pasar la noche —hablo tranquilamente y, por el rabillo del ojo, veo cómo Gillian da unos pasos hacia adelante para observar algunos cuadros que hay pintados a mano colgados en la pared.

El hombre abre un cuaderno de notas, agarra un bolígrafo y me observa.

—¿Cómo se llama?

—Jasper Fleming MacQuoid.

El hombre comienza a escribir en él, donde solo veo mi nombre sobre esa hoja en el día de hoy, dándome a entender que no tiene casi ningún cliente en el motel y luego se dirige hacia una de todas las llaves que tiene detrás de él.

Pone sobre la mesa la llave con el número 14 y luego me dice cuanto será la noche.

—Veo que no hay mucha gente hoy... —indico.

El hombre comienza a observar el rostro de Gillian que está magullado por todo lo que le hizo aquel cabrón y luego me mira a mí, como si yo fuese el culpable de ello.

—Este fin de semana coincide con las fiestas del pueblo, por lo que muchos se marchan de viaje a las afueras del pueblo —me explica, y yo asiento con la cabeza—. Si desean algo más, estoy por aquí.

—Muchas gracias —decimos los dos cuando el hombre nos dice que pasemos buena noche.

Llegamos los dos al cuarto de arriba y, sin lugar a dudas, es cierto lo que nos dijo el hombre de la recepción.

Dejamos las maletas en el suelo, a un lado del cuarto y, cuando Gillian enciende la luz, miro

con detenimiento el lugar. A pesar de que por fuera parece pequeño, el cuarto es bastante amplio, con una cama para dos, un baño y un televisor frente a la cama.

Gillian se va directamente a la cama, para poder acomodarse y acostarse sobre la misma, observando el techo al instante.

Al tener la ventana cerca, cada vez que pasa un coche se ilumina todo el cuarto.

Me acerco a ella y me tumbo a su lado, mirando también el techo, como si los dos no nos creyésemos que hubiésemos salido con vida de Cuba, todo gracias a las personas que nos ayudaron.

Pasamos un buen rato en silencio los dos, escuchando, simplemente, el sonido externo del motel y dejando descansar la mente por un momento.

—Todo comenzó cuando tenía siete años —susurra ella, y dejo de observar el techo para poder mirarla. Ahora Gillian es la única que mira el techo para poder hablar de todas esas cosas que yo tanto ansiaba saber. Ahora es ella la que decide que quiere contarlo y yo la escucharé con toda la atención que ella se merece—. En aquel entonces, vivía con mi madre en Trinidad y, la verdad, lo poco que recuerdo de ella es que era una mujer magnífica, la mejor madre que alguien podría tener...

Yo no hablo, no la interrumpo. Simplemente, escucho con atención a lo que ella me está contando mientras observo su expresión y, a pesar de que su mirada no deje de mirar hacia el techo, sé a la perfección que a pesar de que le cueste contarlo desea hacerlo.

Quizá porque necesita hacerlo.

—Era... feliz —dice esa palabra como si fuese mentira que lo dijese ella—. Pero era una niña y nunca supe por qué venía aquel hombre, Vladimir, a nuestra casa. Venía tres veces por semana y esas veces que venía mi madre terminaba mal en todos los sentidos... Pero, como digo, era una niña y no sabía qué era lo que pasaba.

—¿Tu madre fue una luchadora clandestina?

Gillian me observa y asiente con la cabeza.

—Lo fue... Aunque no sé el porqué, y creo que nunca lo llegaré a saber.

Deja de mirarme para poder volver otra vez a mirar el techo, pero yo no pienso dejar de observarla con atención.

De nuevo, la luz de un coche ilumina el cuarto, a pesar de que tengamos una pequeña luz encendida, y respiro con profundidad al percatarme de lo mal que lo ha estado pasando ella a oscuras.

—Pero un día, mi madre me dijo que me escondiese en el cuarto y luego me encerró con llave. Yo estaba asustada, no sabía por qué había hecho hasta que vino aquel hombre... En aquella época no sabía que era mi padre, pero lo supe años después —murmura, y yo trago saliva.

—¿Qué le hizo ese Vladimir a tu madre?

Cierra los ojos por unos instantes y yo solo espero a esa respuesta que me estoy imaginando.

—La mató con un disparo en el rostro... Y nunca lograré olvidarme de esa imagen.

Abro los labios para decir algo, pero decido callarme al sentir que ella está volviendo a revivir esa imagen en su mente. Cómo me gustaría poder ayudarla a curar esas heridas internas... Pero hay cicatrices que ya no se curan.

Y las cicatrices internas son las que más perduran y las que más duelen.

—Luego, él me obligó a irme con él a la fuerza y, con el paso de los años, fue enseñándome por medio de entrenadores, para poder ser una luchadora clandestina —dice. Deja de hablar por unos segundos para mirarme y analizar mi rostro, quizá para resolver dudas que ella tiene—. Y

ese camino fue el más duro de mi vida.

—¿Nunca intentaste escapar?

Al hacerle esa pregunta, me arrepiento de haberlo hecho y cierro la boca al instante.

—Varias veces y cada vez que lo hacía venía el castigo. —Al hablarme de castigo temo hacerle la pregunta de qué castigo es, pero creo que me lee la mente, ya que asiente con la cabeza —. Si tu pregunta es si abusaba sexualmente de mí, la respuesta es sí... Desde los catorce años.

—Joder... —susurro, cerrando los puños con rabia.

—Me di de cuenta de que si lo evitaba era peor para mí, así que terminaba por acceder cada vez que él quería. Y no eran pocas las veces, todas las asquerosidades que hacía conmigo...

Al decirme eso, y sentir que su voz comienza a fallar, me acerco a ella sin esperar nada más y la acerco a mí para poder abrazarla con cariño. Imaginándome lo mal que lo ha tenido que pasar.

—Por eso, cuando te conocí en aquella discoteca, solo quería tener sexo contigo... Porque nunca había sabido lo que era estar con alguien de casi mi misma edad, lo que era el placer o, simplemente, el cariño en un momento como ese... Y siento mucho haberte tratado como un trapo al principio —me responde, y me devuelve el abrazo con fuerza.

—Gillian, no me tienes que pedir perdón por eso. Eso son cosas del pasado y sé que nunca podrás olvidarte de todo lo que te hizo aquel hombre, pero, al menos, quiero que ahora lo que vayas a vivir, lo vivas feliz... Bien y a salvo —le expreso con seguridad.

—Jamás pensé que estaría relajada, sin esperar que nadie me vigilase o me dijese qué es lo que tengo que hacer...

Pego mi frente sobre la suya y cierro mis ojos, tomando su rostro con mis manos.

—Ahora puedes hacer todas aquellas cosas que no podías hacer... Ahora, tú tienes el poder de tu vida, Gillian.

Ella levanta la cabeza con los ojos algo rojos y su mirada se posa sobre mis labios.

—Hay algo que quiero hacer ahora —me confiesa.

—Dime —le digo, y ella sonríe un poco.

—Y tú entras en el plan —vuelve a hablar, pero esta vez no deja que yo comience la frase cuando sus labios se posan sobre los míos, sin esperarme siquiera lo que iba a hacer.

Sus manos comienzan a recorrer mi torso con lentitud, tomándose su tiempo en descubrir nuevas partes ya encontradas e investigadas para ella. Yo, en cambio, disfruto de su roce mientras que sigo el beso como si me fuese la vida en ello.

Al sentir cómo sus manos caminan por mi piel, me siento en el mismo cielo e intento dejar que todo lo malo se aleje de nosotros, al menos, por este instante.

Tomo una de sus manos para que frene antes de que vayamos más allá.

Sus ojos me miran patidifusa, como si creyese que lo que acaba de hacer está mal, y no comprende por qué le he hecho parar.

—¿Qué ocurre? —pregunta, alejándose un poco de mí y yo, simplemente, la miro con admiración, con amor.

Agarro su cuerpo para sorpresa de ella y la pongo sobre la cama, poniéndola debajo de mi cuerpo y una risita sale de su garganta.

—Lo que más deseo en estos momentos es hacerte el amor... A pesar de que hayamos tenido muchas más ocasiones, esta será la primera vez que lo hagamos sin presiones, sin temor y, mucho menos, a esconderlo hacia los demás, sin alejarnos con un adiós y, sobre todo, quedándonos juntos —murmuro seriamente, acercando mi rostro sobre el suyo, y juraría que ella se ha quedado sin aliento por esas palabras que acabo de decir.

Dejamos que el silencio y solamente el sonido de los coches fuera del motel sea acompañado por nosotros dos. Solos, por fin, sin que nadie nos vigile, sin miedo a ser descubiertos, sin temor a perdernos el uno al otro.

Solos nosotros dos.

Gillian, con esos ojos verdes tan preciosos como piedras valiosas, toma mi rostro para volver a besarme y, por primera vez sin prisas, comenzamos a tocar nuestros cuerpos con amor, adoración. Beso su rostro magullado con cariño, dándole a entender que la cuidaré cueste lo que cueste. Comienzo a bajar con sumo amor por su cuello, succionando esa zona y dejándole una pequeña marca. Mientras que yo sigo en mis trece, dedicándome a ella, Gillian comienza a levantarme la camiseta, dejándome completamente desnudo de cintura para arriba y viendo cómo sonrío debajo de mí.

Pero, al verla así, comienzo a bajar mi mano por su cuerpo hasta llegar a su ombligo y, metiendo mi mano dentro de su pantalón junto con sus bragas, introduzco mi dedo índice poniéndome a jugar con su clítoris con pequeños círculos, consiguiendo que ella comience a gemir por lo bajo y mirándola a los ojos —que ahora tiene cerrados— cómo disfruta de mi toque. Cuando veo que ella comienza a gemir más y más, freno, consiguiendo que su mirada se clave en la mía como si estuviese enfadada y, esta vez, el que sonrío soy yo.

—Tenemos toda la noche, Gillian... Sin prisas —murmuro en su oído al comenzar a retirar su ropa de una en una, con lentitud y admiración.

Comenzando por su camiseta; luego, por sus pantalones junto con sus bragas, sintiendo que ella ya está algo mojada por mí; retiro su sujetador sin prisas.

Ella empieza a tocarme el trasero, apretándolo con fuerza y disfrutando de ello. Pone sus manos frente a mis pantalones y me los desabrocha, deseando que me los quite de una maldita vez. Y sintiéndome duro como una piedra ante ese sonido que solo ella hace, ante la suavidad de su piel y su magnífico olor, retiro mis pantalones junto con mi ropa interior y los tiro en el suelo.

Me pongo de rodillas frente a sus piernas para poder observarla con amor, grabando esa imagen en mi mente de ella desnuda, para que lo recuerde durante mucho tiempo y veo cómo ella se sonroja al verse demasiado expuesta ante mi mirada e intenta cerrar sus piernas y taparse sus pechos, pero yo se lo impido al tomar sus manos para ponerlas sobre su cabeza y comenzar a tomar uno de sus pezones en mi boca.

El sonido de su voz por los gemidos se hace notar por todo el cuarto y mi erección se hace cada vez más dura y a punto de dolerme.

Me separo un poco de su cuerpo y, con mis manos, abro sus piernas para comenzar a entrar, pero, antes de poder hacerlo, ella me frena con rapidez, con demasiada fuerza y la miro tan rápido como lo hace para ver que no le estoy haciendo daño o no ha cambiado de idea.

—¿Estás bien? —pregunto con temor a su respuesta y ella levanta una ceja, demasiado relajada.

—El condón, Jasper... No querrás tener una sorpresita dentro de nueve meses—me dice con diversión y algo sofocada por el momento.

Abro mis ojos ante lo que se me acaba de olvidar y, tan rápido como me lo dice, tomo una caja de condones que tenía en mi maleta y me pongo uno, para luego ponerme de nuevo encima de ella y entrar lentamente en su entrada.

Un leve gemido de satisfacción y amor se escapa de mi garganta al sentirla y escondo mi cabeza en su cuello. Comienzo a moverme, entrando y saliendo de ella con lentitud, haciendo el amor y sin importarnos todo lo demás.

Los minutos pasan y nuestros gemidos se hacen cada vez más fuertes, más altos y siento, al menos yo, que estoy en el mismo cielo con ella. Solo con ella.

Llegamos al clímax, cansados y sudorosos.

Me acuesto sobre ella con mucho cuidado de no hacerle daño y sus manos comienzan a acariciar mi espalda con afecto y juro que no quepo dentro de mí por lo feliz que estoy siendo esta noche junto a ella. Y noto cómo su sonrisa también se contagia.

—Jamás imaginé que sería feliz y ahora, mírame... —susurra, clavando sus ojos sobre los míos.

—Tan hermosa como siempre —apunto siendo un hombre enamorado.

Pongo mi cabeza sobre su cuello y descanso, sabiendo que cuando despertemos dará igual todo lo demás, porque estaremos juntos.

Y eso es lo que importa.

—Esta vez podremos dormir tranquilos, por primera vez —habla ella con felicidad e ilusión en su voz.

30

Mamá

El constante sentimiento de tener la sensación de alguien rozando su cabello en mi rostro es lo que me hace arrugar la cara. Quiero seguir durmiendo un rato más, pero de nuevo ese alguien vuelve a poner un mechón de cabello sobre mi piel, haciéndome cosquillas y queriendo rascarme.

Entonces, para cuando abro los ojos, me encuentro con una Gillian divertida, pasando su cabello sobre mí y consiguiendo despertarme con una sonrisa y, a la vez, con ganas de más de ella.

Aún ni siquiera ha amanecido y eso se nota cuando observo en la ventana que ni un solo rayo de luz aparece sobre la misma. Estoy boca arriba, con una suave manta tapándome un poco las caderas, al igual que Gillian, pudiendo ver a la perfección su espalda desnuda. Ella, en estos momentos, está apoyada sobre sus codos jugando conmigo y con su cabello, y con una sonrisa deslumbrante como para ser real y eso es lo que yo espero: que esto sea tan real como mi amor por ella.

El miedo que tengo por despertarme y ver que de nuevo vuelvo a aquel apartamento de Cuba, imaginándome a Gillian sufriendo aún por todo lo que ha hecho Diablo hacia ella es lo que me hace temblar nada más despertarme. Pero cuando Gillian posa sus labios sobre los míos con todo el amor del mundo, basta para que ese sentimiento y ese miedo se esfumen como el mismo humo.

—Hola —susurra ella con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados después de la magnífica e increíble noche que hemos pasado juntos.

Y, por lo que veo, ella ya lleva despierta bastante tiempo. Lo noto, ya que sus ojos están bastante descansados y brillantes, todo lo contrario a los míos, que están demasiado cerrados, imposible de abrirlos hasta que no pasen unos minutos más.

—Hola... —murmuro con la voz ronca y, a la vez, con ganas de dormir un poco más en esta cama junto a ella.

Gillian vuelve a tocarme, esta vez con sus dedos, por todo mi torso, sintiéndose como el mismo cielo cada vez que ella lo hace.

De nuevo una pequeña sonrisita aparece en su garganta, encantándome cómo ríe ella y solo ella.

—¿Llevas mucho despierta? —pregunto, levantando una ceja al mover la cabeza para observar la hora y sorprenderme al ver que tan solo son las siete de la mañana.

—Un poquito. —Vuelve a sonreír, tan feliz como jamás la había visto—. Pero no he podido evitarlo. Quería verte dormir...

Sus mejillas se sonrojan un poco, quizá por la calidez del momento y mi sonrisa mañanera se hace cada vez más pronunciada. Aprovecho para poder analizar sus heridas al ver que todavía se le nota, y mucho, los golpes que le asestó aquel hombre. Han pasado pocas horas y, aun así, siento como si fuese hace tan solo un momento lo que ocurrió aquella noche en Cuba.

Los ojos de ella se posan sobre los míos y, de pronto, se oscurecen, como si algo malo estuviese pensando. Sin poder evitar creer que es por todo lo que nos ha estado pasando, levanto mi cabeza con los labios entreabiertos.

—¿Qué te ocurre? —cuestiono preocupado.

Ella aprieta los labios sin dejar de observarme. La tranquilidad del lugar junto con los dos amantes que hay en esta misma cama basta para que estemos bien dentro de lo que cabe.

—Odié cómo te miró aquel hombre de la recepción... —murmura ella mientras se toca suavemente el ojo morado y las heridas restantes del rostro—. Creyendo que fuiste tú el que me hizo esto, cuando tú has sido el único en mi vida que jamás me has levantado la mano... — Termina la frase y yo entrecierro un poco los ojos al recordar cómo me miraba anoche el que nos dio las habitaciones.

—Gillian, no me importa. Solo importa lo que pienses tú de mí, lo demás da igual.

Respira fuertemente y luego acomoda su cabeza sobre la almohada, muy cerca de mí.

Nos quedamos un rato en silencio, mientras que el frío de Florida se hace notar un poco, y así pasan los minutos. El silencio de la mañana de hoy, por lo pronto que es, hace ver que pocas personas hay en la calle y la persona que más me importa en esta vida está junto a mí.

Por primera vez, nos quedamos a dormir juntos y juraría que aún estoy en una nube de felicidad. Sé lo jodido que es esto, dejar una parte de tu vida en un sitio, pero ya he dicho muchas veces que por ella lo dejaría todo.

Nos observamos en silencio, sin dejarnos de mirarnos, sin importar la hora que sea. Estamos juntos y eso es lo que importa. La cuidaré ahora de aquellas cosas malas que la rodeen mientras ella hace lo mismo conmigo. Por eso mismo, levanto mi mano para poder tocar su rostro, sentir su cercanía y su calidez sobre mi piel. Quiero dejarle claro que estoy con ella, junto a ella, para ella. Por favor, vamos a comenzar una vida tranquila, lejos del peligro y de cualquier persona que nos quiera hacer daño. Sé a la perfección que todo no sería de color de rosa ni mucho menos, pero, al menos, estaremos el uno con el otro.

Y comenzar a imaginar un futuro juntos es más que suficiente para saber lo enamorado que estoy.

—Quiero conocerte más —me dice Gillian, y yo la observo de nuevo—. Estamos en Florida, ¿por qué no me enseñas donde te criaste?

Aprieto mis labios, nervioso.

Sé que ella quiere saber más cosas de mí, pero el único lugar donde no me gustaría quedarme es aquí, en Florida.

Tan solo imaginar que deba estar un tiempo más aquí me agobia, pero por ella... supongo que haré un esfuerzo. Puedo hacerlo.

Y, ante mi gesto, sé a la perfección que ella nota lo poco que me gusta que ella sepa más cosas de mí, pero es justo que ella sepa... Aparte de que a pesar de que me avergüence, quiero sacar toda la mierda que llevo escondida.

—¿Por qué no te gusta nada este lugar, J.? Aquí naciste y pasaste una parte de tu vida... Sé que te recuerda a tu hermano, pero creo que hay algo más —murmura, y yo me quedo más que hipnotizado por lo inteligente que es.

Me quedo unos segundos callado y luego abro los labios para hablar.

—Soy un gilipollas, Gillian. Aunque tú me digas que no lo soy, la verdad es que soy un cabrón... —digo por fin, y cierro mis ojos, girando mi cabeza hacia otro lado de la habitación.

—Explícamelo.

Abro los ojos al escuchar lo rápido que me ha respondido ella y, cuando la miro, sus ojos me dicen todo lo contrario a lo que yo le respondí.

—Quizás tengas más fe en mí que yo mismo —vuelvo a hablar y ella sonríe.

—Primero, quiero escucharte y saber por qué crees que eres tan gilipollas, como bien tú mismo dices, y después poder juzgarte —recalca, como si no creyese mis palabras, y yo estoy dispuesto a demostrarle lo que fue, alguna vez, mi vida en Florida.

—Vale...



Jacksonville, Florida.

Tras estar tres horas de viaje en el autobús, el mismo nos deja en la parada más cercana de lo que, alguna vez, fue mi lugar.

Gillian, al bajar del auto público, observa el lugar con admiración. Su sonrisa se hace notar, mientras que gracias al maquillaje que ella misma se quiso poner disimula los golpes de su hermoso rostro.

Tomo su mano por primera vez en público, sin importar lo demás, y comenzamos a caminar con las maletas a nuestro lado. Ella ni siquiera sabe a dónde vamos a ir de este lugar, de mis raíces. Pero ni siquiera yo mismo me esperaba llevarla esta mañana, aunque en el fondo será lo mejor para mí porque de esta manera podré hablar con esa persona con el que me comporté como un auténtico gilipollas y Gillian podrá conocer más cosas de mí.

Algo nervioso, camino por el barrio, lejos de la ciudad, escuchándose el ruido de las ruedas de las maletas por la acera. La cancha de baloncesto está vacía, suponiendo que es demasiado temprano para que hagan un pequeño partido.

Observando el barrio, veo que casi nada ha cambiado, quizá algún letrero nuevo o que el barbero ha puesto un nuevo cristal, pero todo está casi igual que como lo dejé hace más de un año.

—¿Estás bien? —me pregunta ella, y yo la miro a los ojos para decirle con la cabeza, que sí.

—¿Te llevo yo la maleta?

Al hacerle la pregunta, ella niega con la cabeza y, de pronto, me paro frente a la escalera de una casa antigua de color beis. Me quedo unos segundos quieto, observando la casa y respirando fuertemente, mientras, medito si es buena idea hacer esto después de todo o si lo mejor es dar media vuelta y seguir con este conflicto innecesario.

Gillian no me dice nada, pero al notar que su mano me aprieta lo suficiente como para sentir la calidez de ella, me es más que suficiente para tomar ese paso y dejar atrás ese problema tonto.

—Ven... —le digo a Gillian, subiendo los escalones hasta quedarnos parados frente a la puerta de madera.

En el fondo, sé que ella quiere saber a quién voy a ver, pero no me dice nada. Quizá nota lo nervioso que estoy por hacer esto. Nadie sabe nada de esto y, a pesar de que a Gillian no le he contado nada, hoy sabrá qué es lo que me pasa, cuál fue mi pasado en Florida.

Toco el botón del timbre y luego me quedo quieto, apretando la mano libre con nerviosismo

después de soltar la maleta y dejarla en el suelo. Muevo mi pierna izquierda tembloroso y deseando por dentro que no esté en casa, pero cuando veo que la puerta se abre, siento que mi corazón se encoje al verla tras la puerta.

Sus ojos azules se sorprenden y juraría que la felicidad se hace notable en el ambiente después de todo lo que ha pasado. Sus arrugas se hacen más grandes en su rostro y yo casi no puedo ocultar una pizca de felicidad tras estar tanto tiempo sin verla. Su mano derecha se tapa la boca y pequeñas lágrimas comienzan a emerger de sus ojos, poniéndose roja al verme y dudando si es buena idea acercarse a mí o no, decide quedarse en el sitio donde está.

—Hijo... —murmura con la voz rota de dolor y yo no puedo evitar aguantar más por esta batalla que comenzó mi padre hace años y quedarme culpando a mi madre toda la vida.

—Mamá —digo por primera vez en mucho tiempo, con la voz afectada y la abrazo como hacía años que no hacía.

Ella me devuelve el abrazo sin pensarlo, con rapidez, y puedo sentir otra vez aquella niñez que tuve alguna vez en mi vida.

Las manos de mi madre me aprietan demasiado en la espalda y siento sus lágrimas sobre mi camiseta. Y soy consciente que la que más ha sufrido en este tiempo ha sido ella... Quizá por mi culpa... Quizá.

Pero, de pronto, mi madre se aleja de mí y comienza a secarse las lágrimas mientras observa a la chica que hay al lado de mí, observando la escena con cariño.

—¿No me la presentas? —pregunta ella, y luego miro a Gillian con una sonrisa.

—Gillian, ella es mi madre, Dorothy.

Ellas se observan con una sonrisa y cuando Gillian va a darle dos besos a mi madre, Dorothy la abraza de la misma manera que me abrazó a mí, con la diferencia de que ya no llora.

—Es... la mejor sorpresa que una madre soñaría —dice ella, y yo sonrío, a la vez que soy consciente de todo lo que la he hecho sufrir.

—Anoche llegamos de Cuba, y mi novia y yo queríamos encontrar un lugar para vivir... Solo estamos de paso —digo la palabra «novia» analizando la mirada de Gillian y esperando que no le importe, pero con esa sonrisa que me regala...

—¿Por qué no pasan? —pregunta mi madre y puedo notar las ganas que tiene de hablar conmigo, como yo con ella después de verla.

—Claro —susurro, y dejo que Gillian pase primero.

La casa está exactamente igual que como la dejé hace muchos años después de independizarme. Las fotos de mi padre y mi hermano aparecen en la pared y, cómo no, las de mi madre conmigo son las que más se repiten en ese lugar de la escalera.

—¿Por qué no dejan las maletas en la habitación de Jasper? Así descansan un poco, que tienen que estar cansados del viaje —sugiere mi madre.

Asiento con la cabeza y le enseño a Gillian mi habitación en la planta de arriba. Podría decirse que mi madre nunca ha querido tocar nada de nuestras habitaciones y mucho menos de la mía. Entre Dorothy y yo siempre ha habido un vínculo especial de madre e hijo, no era como la relación que tenía con mi hermano, ya que siempre él estaba fuera de casa con sus amigos o conociendo golpes nuevos que mi padre le enseñaba. Era muy distinto.

Digamos que yo era el niño de mamá, hasta que pasó lo que pasó.

Le sugiero a Gillian que se tome una ducha y ella, sin decir nada sobre lo ocurrido en la entrada de la casa, entra en el baño, y yo respiro con profundidad, sabiendo que es la hora de hablar de todo con mi madre.

Al llegar a la planta baja, donde se encuentra la cocina, mi madre está haciendo un café y yo sonrío recordando aquellas veces, aquellos días en los que llegaba la tarde y me tomaba un café con ella.

—Gillian está tomando una ducha, espero que no te importe... —le digo a ella y mi madre me observa con aquellos ojos tan iguales como los míos.

—No me importa... Se ve una buena chica —habla con sinceridad—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien.

Nos quedamos callados y yo no puedo quedarme quieto en un sitio. Es por eso que me quedo de pie tras la silla de la cocina y respiro con profundidad.

Mirando a mi madre, puedo ver que las canas se han apoderado de su cuero cabelludo, mientras que la veo más flaca de lo normal y no me extraña que sea por todo lo que ha pasado en silencio por culpa de la familia, de nuestra familia. Sobre todo, tras la muerte de mi hermano.

Me rasco la nuca con nerviosismo y luego miro hacia un punto fijo de la mesa.

—La verdad es que esta misma mañana no pensaba venir. Ni se me pasó por la mente... Pero Gillian quería conocer más cosas de mi antigua vida aquí —comienzo diciendo.

Mi madre me observa con cariño y, a la vez, algo temerosa por lo que le voy a decir. Ambos sabemos que debemos sacar este tema para que algo en nuestras vidas siga adelante y no nos duela más de lo debido. Es por ello que cuando el café termina de salir para poner dos tazas —uno para mí y otro para ella—, los dos nos sentamos, uno frente al otro, y puedo sentir la tensión que hay en este lugar.

—No importa, cariño. Sé que quieres sacar el tema, pero también sé que no te gusta hablar de ello... Conozco esa mezcla de emociones —susurra mientras sujeta la taza y deja que el café se enfríe un poco.

Aprieto mi mandíbula y luego pienso en todo este tiempo que no hemos hablado por mi culpa, por mí... Pero comienzo a pensar que gracias a Gillian debería tomar la iniciativa y no culparla por algo que jamás hizo.

—Mamá, sí que pasa. Te culpé durante años por algo que hizo papá —empiezo a decir antes de comenzar a tomar el café—. Nos jodió la vida... Fastidió la tuya y pensar que después de que él te engañase tantas veces, te hiciera daño mentalmente y que tú siguieras con él... Me enfadaba. —La observo a los ojos mientras le digo todo lo que he estado guardando tanto tiempo—. Papá nunca fue un santo e, incluso, después de que muriese aún seguí descubriendo cosas que él hacía y todos los hijos que tuvo a tus espaldas, y me dolía que no te respetase en nada. ¿Y todo por qué? ¿Por qué no sabía dejar la bragueta quieta? Porque, claro... Era un boxeador famoso y mucha pasta antes de quedarse arruinado...

Ella hace un amago de respirar mientras observa la taza como si se sintiese culpable, pero ella no es la que debería sentirse así... Y me arrepiento de haberla tratado de esa manera mucho antes.

Muevo mis dedos sobre la mesa mientras mi madre traga saliva por mis palabras.

—Por él dejé mi carrera en la universidad, lo que más quería hacer, ya que él pensaba que era de perdedores estudiar para ganarse la vida... Y siempre te culpé a ti —murmuro la bronca que tuve con ella cuando cumplí los dieciocho, hace seis años. Comienzo a sentir un nudo muy fuerte en la garganta y me atrevo a decir lo que llevaba años escondido, con la atenta mirada de mi madre frente a mí como si el cielo se le hubiese iluminado—. Siento mucho lo que te hice, mamá.

Y basta para decir eso para que ella se levante de la mesa y se acerque a mí para darme un segundo abrazo, lleno de afecto y cariño de una madre hacia su propio hijo.

Y, cómo no, yo le devuelvo el abrazo tan rápido como ella lo hace.

—Está todo bien, cariño... Todo está bien —me dice ella con amor y juraría que está sonriendo, feliz por haber hecho las paces con ella. Una mujer que ha perdido mucho y, a la vez, que ha luchado lo que no está escrito.

De pronto, ambos oímos un ruido proveniente del pasillo y mi madre y yo giramos la cabeza para ver de quién se trata.

Una Gillian, con el cabello húmedo y sujetando un portarretrato que se le acaba de caer al suelo como si estuviese espiando lo que estábamos hablando entre nosotros dos, está quieta sobre el pasillo con una sonrisa nerviosa.

Y, cómo no, yo le sonrío con cariño y, a la vez, sintiéndome tranquilo por haber hablado con mi madre.

31

Pareja

Abro los ojos con pesadez, intentando asimilar dónde estoy. Y solo puedo ver una habitación bastante conocida para mí mismo.

Al levantar la cabeza, puedo encontrar con que estoy solo en la cama, como si Gillian se hubiese despertado hace rato y, al ver de nuevo las paredes y los muebles, puedo decir con exactitud que es mi habitación cuando era un completo adolescente. Donde en cada esquina se pueden ver posters de fútbol europeo o, simplemente, boxeo.

Me levanto de la cama, poniéndome un suéter de los que tenía guardados en mi maleta y salgo del cuarto con tranquilidad.

Tras hablar con mi madre ayer de todo lo que hemos pasado por estos años difíciles para nosotros y sabiendo que ella es la única familia de sangre que me queda... Madre solo hay una.

Estuvimos hablando con Gillian todo el día de ayer, hasta que ella sugirió que nos quedásemos, al menos, esa noche para descansar. Es por eso que, a pesar de estar en casa de mi madre, en la casa donde me crie, Gillian y yo dormimos juntos. Claramente, no hicimos nada, solo dormir, pero me fue suficiente para hablar con ella durante toda la noche sobre todo esto que escuchó en el momento que empecé a hablar con Dorothy. Y me siento aliviado de no parecerle un monstruo por lo que he hecho en mi pasado.

Hablar con Gillian últimamente se hace más fácil, en el sentido de que me siento muy cómodo con ella y, sobre todo, porque también siento que ella tiene esa confianza conmigo como para hablar de esas cosas que le preocupa. Sé con exactitud que ella es una chica a la que le cuesta decir lo que siente y lo comprendo... Pero, poco a poco, siento que va perdiendo esa burbuja en la que ha estado encerrada durante mucho tiempo de su vida. Al menos, un poco.

Bajo por las escaleras hasta llegar al final donde, al levantar la cabeza, puedo observar en el sofá del salón a dos mujeres observando algo con diversión.

—Y aquí es cuando se desnudó en la puerta de una vecina para investigar qué es lo que tenía en medio de las piernas —dice mi madre, escuchando la risa de Gillian.

Abro los ojos como platos esperando que no esté haciendo lo que yo creo.

—¿Se puede saber que están haciendo? —pregunto, acercándome a ellas detrás del sofá y descubriendo ese álbum de fotos donde en la mayoría de esas fotografías salgo yo desnudo o comiéndome los mocos con tan solo tres años o poco más.

—Hola, Jasper. Le quería enseñar a Gillian tus fotos de cuando eras pequeño —me responde mi madre y observo la vergonzosa foto que me sacó mi madre en aquella época.

—¿Quién iba a decir que ibas a crecer de todos lados? —me pregunta Gillian levantando las cejas con cara de perversa.

Tapo mi cara mientras ella siguen viendo fotos mías de pequeño y niego con la cabeza mientras voy a la cocina para tomarme un café o algo para que me despierte de este sueño...

—Quédate el álbum y sigue mirando fotos, yo iré a la cocina a tomar algo —escucho que le dice mi madre a Gillian y luego unos pasos se dirigen hacia mí.

Tomando un sorbo del café, me giro sobre mis propios talones y observo a mi madre que cierra la puerta de la cocina para dirigirse a mí con cara de pocos amigos. Yo la miro algo sorprendido y suponiendo que lo que me va a decir no me va a gustar y me pregunto si está así por todo lo que le he estado haciendo sufrir todos estos años.

—¿Qué ocurre?

Pero mi pregunta se queda en el aire cuando ella se cruza de brazos y cambia su vista hacia las fotos que hay pegadas en la nevera. Negando con la cabeza vuelve a cambiar de vista para observarme de nuevo con una mirada fría.

—¿Tú la quieres? —me pregunta con una voz que en la vida le había escuchado.

Con cara de asombro, yo arrugo mi frente y asiento sin pensármelo dos veces.

—Por supuesto. ¿A qué viene eso?

Mi madre niega con la cabeza mientras que camina por la cocina como si estuviese pensativa o si, simplemente, se sintiera disgustada conmigo.

—He visto los golpes que tiene ella en el rostro —me dice enfadada y luego niega con la cabeza mientras clava su mirada sobre la mía confusa—. No he criado a un maltratador, Jasper.

Abro la boca, entendiendo lo que quiere decirme y niego con la cabeza. Sé exactamente qué cree, como lo hizo aquel hombre del motel, que yo le hice eso a Gillian. Y no es para menos que ella piense eso. Pero yo jamás le levantaría la mano. Claramente, tampoco puedo decirle qué es lo que pasó exactamente y eso es lo que mi madre quiere: saber qué ha pasado.

Es por eso que Dorothy está con cara de pocos amigos, porque también ha sufrido ese maltrato por parte de mi padre: fue una mujer maltratada y tiene miedo de que su hijo sea igual. Pero, la verdad, es que jamás he seguido el ejemplo de mi padre... Ni lo quiero hacer.

—Mamá...

—Hijo, siempre te he dicho que trates bien a las personas, a todas, pero ver que a la persona con la que estás ahora le has levantado la mano...

—No fue él, Dorothy —susurra la voz de Gillian y los dos la observamos, sin habernos dado cuenta que ella había abierto la puerta.

Yo aprieto la mandíbula. Sé que es mi madre y comprendo que crea que he sido yo, pero hay cosas que no se pueden contar y sé que lo que hemos pasado Gillian y yo en Cuba solo se puede quedar en secreto entre nosotros. Y, claro, cuando alguien ve a Gillian con la cara magullada y a mi lado es lógico que crean que he sido yo... Pero a mí solo me importa lo que piense una persona de mí mismo y sé que esa persona sabe cómo soy realmente.

Mi madre, sin entenderlo aún, mira a Gillian y analiza esos golpes que tiene en el rostro, que aún siguen siendo visibles, pero que cada día va desapareciendo.

—Su hijo jamás me ha levantado la mano si es lo que crees al verme con estos golpes en la cara —dice la respuesta que mi madre quería saber.

Dorothy, como si no entendiese nada, me observa, y luego analiza la situación.

—Gillian, no tienes que contárselo —murmuro, ganándome la mirada de mi madre, esta vez con una mirada desconcertada.

—Sí, Jasper... Es necesario. Ya te he dicho que odio que te miren y te señalen a ti por algo que hizo el cabrón de mi padre —habla con dureza y luego se dirige hacia mi madre—. Señora, su hijo es una persona maravillosa, la mejor que he podido conocer. Quizá, sea a veces un poco cascarrabias y tocanarices, pero cuando necesito ayuda está ahí y le da igual hacerse daño para

salvarme —comienza a decir ella, y mi madre sonríe un poco al describirme de aquella manera—. Nos marchamos de Cuba por problemas que yo misma tenía all  y su hijo me salv  de aquellas personas salvajes que me jod an la vida... Es el único hombre que me ha tratado bien. Y esto que ve en el rostro son tan solo pruebas de lo que he estado sufriendo durante años.

Mi madre, triste por lo que le ha contado Gillian, pero a la vez aliviada de que yo no haya sido el culpable de esos moretones, se dirige a mí para decirme:

—Lo siento, Jasper. Gillian...

—No me tienes que pedir perdón, mamá... Después de todo lo que has sufrido...

Y, tras este mal entendido, durante la mañana, Gillian y yo nos dedicamos a recoger nuestras pertenencias y luego, con sorpresa de que mi madre le diese a ella unas cuantas fotos mías cuando era un niño, para más vergüenza, nos despedimos de ella para seguir nuestra travesía por algún lugar de este país, para así poder encontrar esa vida que buscamos.

—Jasper, espero que nos veamos más veces —murmura, y con mi sonrisa le doy a entender que esta será una de las primeras visitas que le har .

—Claro que s  —respondo, y observo cómo Gillian camina por las escaleras hasta llegar a la acera y mira hacia el barrio ahora lleno de gente.

Pero noto que mi madre agarra mi mano derecha y luego me hace mirar para ella.

—Quiero que te quedes esto... Quizá un día lo necesites —murmura en voz baja para que Gillian no me escuche y yo observo lo que me ha dado.

Abro los ojos como platos al descubrir lo que es y miro a mi madre con sorpresa.

—Es... Es tu... —intento decir, pero mi madre me tapa la boca con uno de sus dedos y sonrío como un idiota.

—Te quiero, cariño —habla con sinceridad y yo le respondo con un «yo también».

Guardo en mi bolsillo lo que me ha dado y me voy con Gillian a la parada de autobús más próxima para buscar algún lugar distinto, a donde ella más desee.

Un destino nuevo.



— Atlanta?

—Demasiado cerca —responde ella, observando el paisaje del lugar.

Estamos ahora mismo en el autobús, por algún lugar de Georgia e investigando donde podemos irnos a vivir.

Observo el mapa completo de Estados Unidos y sigo investigando algún lugar lejos de donde puedan encontrarnos, pero un sitio acogedor... Como lo era Cuba.

— Dallas? —le pregunto, pero al ver su cara de disgusto, lo descarto—.  El Paso?

—Mmm... Puede, pero sigue diciendo.

Observo el mapa de arriba abajo y con un rotulador voy tachando donde ella me dice y redondeando lo que más o menos puede ser un lugar posible para quedarnos.

— Phoenix?

— Eso dónde está? —pregunta con la ceja levantada.

—Arizona.

Veo cómo piensa, pero luego me dice que no.

—¿Detroit? —pregunto otro lugar y sigo mirando el mapa.

—Demasiado frío.

—¿Washington?

—Tampoco... —susurra, y observa el mapa mientras yo ya no sé qué más decir, a pesar de todas las posibilidades que hay aquí.

—¿San Diego? ¿Los Ángeles? ¿San José? —empiezo a decir lugares a diestro y siniestro, y luego ella se calla unos segundos buscando un lugar.

Impresionado por todo lo que ha aprendido a la hora de leer y escribir a pesar de que hace unos meses no sabía hacerlo, ella pone su dedo sobre el mapa y yo levanto la ceja, mirándola a los ojos.

—¿Qué buscas?

—Shh... —me calla, siguiendo con lo que estaba haciendo.

Yo hago lo que me dice y tan solo me quedo mirando hacia lo que ella busca. No soy un hombre muy viajero y digamos que tampoco conozco todo el país al dedillo, simplemente Florida, pero quiero que ella sea la que elija ese lugar porque yo, vayamos a donde vayamos, seré feliz a su lado.

Pero, de pronto, cuando llega a California se queda unos segundos quieta, acercándose un poco más al mapa y buscando cerca de Los Ángeles. Y entonces, su dedo se queda frente a un lugar y una sonrisa se le cruza.

—Santa Bárbara.

Yo levanto la ceja al ver cómo la mirada se le ilumina y, ante mi mirada, Gillian sonrío mucho más por lo extraño que estoy en estos instantes.

—¿Tienes allí un novio que no sea yo? —pregunto con diversión y ella sigue sonriendo como una colegiala.

Me entrega el mapa y yo lo guardo en mi mochila.

—¿Recuerdas aquella noche que te reíste histéricamente en plena noche por mi extraña forma de hablar? —pregunta, levantando esta vez la ceja ella y yo asiento sin esperar ni un segundo.

Como para no recordarlo.

Entonces, ella se acerca un poco más a mí y toma mi mano, acariciándola con sus pequeños dedos, y yo hago un amago de sonrisa, esperando ansioso su respuesta.

—Te dije que parte de mi adolescencia la pasé en Santa Bárbara... Allí, Vladimir me hizo entrenar boxeo para aprenderlo de un profesional. Y bueno... Ahí conocí a muchas personas que sabían lo que estaba pasando, a pesar de que él hiciera lo posible para esconderlo y, aunque no podían hacer nada, siempre me ayudaron —susurra, como si recordase algunas cosas de su vida en ese lugar—. Sobre todo, el hombre que me enseñó boxeo. Ese hombre tendría en aquel entonces como unos cincuenta años y trabajaba en un gimnasio, bien sabía lo que era Vladimir, pero no podía hacer nada, ya que cualquier cosa bastaba para que Diablo me matase —termina de contar y yo aprieto mi mandíbula ante todo lo que me está contando.

—¿Por eso quieres volver? —cuestiono.

Saca todo el aire que tenía y luego me mira.

—Te parecerá raro, ¿verdad? —pregunta y yo, simplemente, niego con la cabeza—. Sé que fue en una época de mi vida donde el boxeo lo comencé a sentir en mis carnes, pero allí había gente que me comprendía y me ayudaba... Incluso un día me ayudaron a zafarme de las garras de Vladimir, pero ese día, al darse cuenta, me obligó a irme a Cuba de nuevo y ni siquiera pude

despedirme y darles las gracias a aquellas personas.

Noto cómo ella lo dice con pena y en el fondo sé que ese lugar lo sentía como si fuese su hogar. Que a pesar de haber nacido y sido criada en Cuba, su verdadero lugar está donde ella sintió que la trataban bien, donde más o menos fue feliz en una época de su vida.

—¿Vladimir no te buscará allí? —pregunto con algo de miedo y ella niega con la cabeza enseguida.

—Después de aquello, toda California y parte de Arizona, es tierra prohibida para él... Ni siquiera sus matones pueden entrar. Cuando pasó lo ocurrido, los policías pusieron carteles de él por todo el lugar... —dice con sinceridad y, como si fuese el lugar perfecto para ella, asiente con tranquilidad mirando hacia la ventana que hay a su lado—. Ahora, lo que era un lugar seguro para sus trabajos, se ha convertido en una pesadilla para él.

Aprieto mi mandíbula ante todo lo que me ha contado y luego la tomo de su mentón para que me mire a los ojos. Podría decir que ese brillo es de esperanza, esperanza por vivir en un lugar donde la trataron bien con alguien que la ama... Esperanza por tener una vida que ella jamás habría soñado que tendría. Y eso, también me hace tener esperanza por verla felizmente conmigo.

—Santa Bárbara será nuestro destino —murmuro con una sonrisa, poniéndome sobre el respaldo y descansando la cabeza, mientras que Gillian pone su cabeza en mi hombro, descansando también.

—Tu madre es una mujer admirable... —me dice con tranquilidad y yo sonrío ante lo que me acaba de decir.

—Ojalá fuese más como ella —le respondo sin mirarla y observo el pequeño pasillo del autobús.

—Eres como ella, Jasper. Que por culpa de tu padre hayas tenido discusiones con tu madre no significa que tú no seas como ella.

—Tal vez si sea mi culpa aunque lo niegue —hablo con realidad, sabiendo lo que digo y veo por el rabillo del ojo que ella niega con la cabeza.

—Si fueses mala gente, jamás te hubieses atrevido a tocar la puerta de tu madre y devolverle el abrazo para hablar con ella de los problemas que les rodeaban —comienza a decir y yo respiro profundamente—. Si fueses mala gente, jamás hubieses puesto tu vida en riesgo por mí... Jamás me habrías salvado si no fueses buena persona, Jasper.

Observo sus ojos verdes como la esmeralda y un sentimiento de calor empantanar mi pecho.

Un pequeño bache hace que nos movamos un poco en el vehículo público, pero ni aun así es posible de dejar de mirarnos a los ojos. Ni aun así me es inevitable mirar a sus ojos y susurrarle un «gracias». Ni siquiera así soy capaz de dejar de amarla... Ni aun así puedo de dejar de pensar en cada momento que realmente Gillian es el amor de mi vida.

—¿Por qué no te conocí antes? —pregunto y ella mueve los hombros como si no supiera.

—Quizá así lo quería el destino.

Y bien que era cierto.

Tan solo la conocía de pocos meses y ya estaba demasiado enamorado como para temer perderla. ¿Qué me había hecho Gillian?

«¿Qué me has hecho?».



*7 meses después. Junio de 1979.
Santa Bárbara, California.*

¿Quién me iba a decir que todo esto iba a pasar?

¿Quién me iba a decir que después de la tormenta viene la calma?

No era necesario que nadie me lo dijese, porque después de todos estos meses, de todo lo que ha pasado en poco tiempo, siento que soy feliz con ella.

Tras llegar a Santa Bárbara, una oleada de recuerdos sacudió a Gillian. Recuerdo a la perfección que varias lágrimas salieron de sus preciosos ojos cuando conseguimos comprar una casa al poco de estar juntos en ese lugar. Comenzamos una vida tranquila, siendo esa pareja que jamás creíamos que podríamos ser.

Empezamos a salir como novios, a pesar de que algunos vieses extraño que viviéramos juntos sin casarnos, pero eso no nos importaba ni a Gillian ni mucho menos a mí. Me había acostumbrado ya a dormir a su lado y cerrar los ojos, sabiendo que volvería a verla al día siguiente a mi lado... Y más felicidad que esa no había ninguna.

Hicimos amigos nuevos, vecinos nuevos e incluso Gillian volvió a ver antiguos vecinos de su adolescencia que me había contado aquel día en el autobús.

Por fin podíamos vivir nuestra vida tranquila sin ningún problema. Aunque recuerdos de Cuba sacudían de vez en cuando mi mente y las ganas de saber que era de Ernesto y su familia se incrementaban. Jamás lo diría, pero lo echaba de menos, porque fue un gran amigo en una época de mi vida y dudo que eso se iguale a otros nuevos amigos que había hecho.

Gillian se dispuso a estudiar y comenzó desde el principio. Dijo que siempre quería tener algo y a pesar de que le costase y yo le ayudase a estudiar, sin lugar a dudas estaba cumpliendo uno de sus sueños, y yo no podía estar más orgulloso de ella.

En cambio, yo no dejaba de buscar trabajo, bien que era bastante difícil al principio encontrar trabajo aquí, no era como en Cuba, pero con tranquilidad y paciencia, lo encontré. Gracias al dinero que nos había dado Archie para comenzar nuestro viaje habíamos sobrevivido los primeros meses hasta que encontré trabajo. Y ahora estoy trabajando de basurero por las pequeñas calles de Santa Bárbara. Bien, no es mi trabajo soñado, pero es más que suficiente para comenzar esta vida y para lo que tengo planeado en un futuro.

Es por eso que mientras Gillian se queda durmiendo, de lunes a sábado me despierto a las cuatro de la madrugada para comenzar mi día en el trabajo y así después poder llegar a casa sobre la una de la tarde.

Y es así como hemos pasado nuestros primeros meses viviendo juntos como pareja. No ha sido fácil, hemos tenido también nuestras discusiones. No me quiero ni acordar cuando discutimos por una tontería a principios de marzo... Y que por mucho que intente hacer memoria ni siquiera recuerdo de qué era el tema a discutir. Estuvimos como dos días sin poder hablarnos, pero cuando veíamos la tele un sábado por la noche ninguno de los dos podíamos estar sin hablar y terminamos en la cama con una de las mejores sesiones de sexo que habíamos tenido.

Pero lejos de lo que hayamos podido o no tener de diferencias, han sido meses increíbles,

como bien he dicho. Meses que no cambiaría por nada en el mundo y que, ojalá, esto solo sea el principio de nuestra historia.

—¿En qué piensas? —escucho la voz de Gillian detrás de mí, mientras que yo dejo de pensar en el pasado y me despierto de mi ensoñación para volver a vivir el presente.

Observo esa mirada de la que me enamoré hace hoy un año y sonrío como un gilipollas ante la mujer que tengo frente a mis ojos. Con ese vestido que corta la respiración y su pelo suelto, liso gracias a que fue a la peluquería hoy para celebrar el día que nos conocimos. Yo sonrío como si fuese la primera vez que la haya visto.

Coloco mi corbata y luego hago hacia atrás el peinado que me había hecho en forma de tupé y que creo que no ha servido de mucho, porque ni siquiera sé hacérmelo. Tenía que haberme arreglado mejor para ella esta noche.

—En nosotros —le respondo con tranquilidad mientras la noche cae sobre nosotros y las estrellas se iluminan como diamantes flotando en el cielo.

Pongo mi mano derecha dentro del bolsillo y comienzo a mover el objeto que me regaló mi madre hace ya siete meses.

—¿Y eso es bueno? —vuelve a preguntar, pero esta vez con un tono inocente, como si jamás hubiese roto un plato y eso me hace sonreír.

Comienzo a ponerme nervioso y no sé si lo haré bien o si, simplemente, ella no querrá saber nada de ello. No sé si meteré la pata o si habré acertado... Pero, realmente, quiero esta vida con ella.

Realmente quiero esto con Gillian.

—Más que bueno.

Vuelvo a darme la vuelta y comienzo a caminar tres pasos, desesperado, mientras ambos estamos a punto de llegar a nuestra casa. Puedo sentir que Gillian me nota extraño, pero no me dice nada, simplemente, está callada mientras que yo solo soy capaz de pensar en cómo decírselo.

—¿Sabes que aprobé el último examen que hice? —pregunta con alegría y yo agrando los ojos al escuchar eso.

—¿En serio? —pregunto orgulloso de ella—. Felicidades, Gil.

Ella sonrío como una colegiala y luego yo noto cómo comienza a tener un poco de frío, ya que se abraza a sí misma. Yo agarro la americana que tenía colgada en mi brazo y se lo pongo sobre sus hombros para que así no tenga tanto frío y en su mirada puedo notar, aparte de agradecimiento, que está completamente enamorada de mí como yo lo estoy de ella.

Yo freno al ver que el cordón del zapato se ha desatado y Gillian para también al verme agacharme, poniendo la rodilla en el suelo para atarme y aprovechar el momento.

Por el rabillo del ojo puedo ver que ella se gira y mi sonrisa se ensancha.

—Estos meses han sido los mejores de mi vida, Jasper... Agradecerte todo esto me parece muy poco por todo lo que has hecho por mí —murmura, agarrando mi americana como si le fuese la vida en ello.

—No me tienes que agradecer nada —respondo con las manos temblorosas y mi voz algo aguda por lo que voy a hacer.

—Sí, te lo agradezco porque si no fuese por aquella noche... No me quiero ni imaginar que hubiese sido de mí... A veces no dejo de pensar que hubiese pasado si no hubiese aparecido tras esos dos meses separados que estuvimos —susurra como si realmente temiese la respuesta y comprendo completamente lo que me dice—. Te amo, Jasper... Te amo muchísimo... —vuelve a decir, y yo me quedo callado mientras mi corazón no deja de latir fuertemente como si quisiera

salir de mi pecho—. Oye, ¿qué te...? —Se queda callada al girarse y verme en la posición que estoy.

Con la rodilla clavada en el suelo y el anillo que perteneció a mi abuela y luego a mi madre entre mis dedos, sujetándolo y observando su reacción de patidifusa y, sobre todo, de sorpresa.

Yo respiro con profundidad mientras repaso el pequeño discurso que tenía preparado para ella... Tenía, ahora con los nervios, todo se me ha olvidado.

—Gillian... Eres la mujer de mi vida, no tengo duda de ello. Sé que a lo mejor para ti es muy pronto y si me dices que no, lo comprenderé. Pero te amo y quiero esta vida contigo, quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Comienzo a improvisar diciendo toda la verdad en tan solo pocas palabras. Todo lo que siento por ella en pocas frases—. Es por eso que quiero preguntarte si quieres casarte conmigo.

Su mano temblorosa tapa su boca y juraría que varias lágrimas se escapan de sus preciosos ojos verdes. Soy consciente de que a lo mejor me he apresurado para ella, que quizá no lo he hecho bien, pero como he dicho anteriormente: esto es lo que quiero... Y si ella acepta, ¿cómo no ser más feliz todavía?

Retira su pequeña mano de su boca y su labio inferior tiembla ligeramente mientras que yo tan solo soy capaz de mantener el tipo, a pesar de que mi rodilla comienza a doler en el suelo. Pero no me importa y sigo esperando por ella.

Siempre por ella.

—Claro que sí, Jasper.

32

Progreso

Un año más tarde. Julio de 1980.

Ha pasado mucho tiempo desde que dejamos Cuba y una gran parte se ha quedado aquí, en California.

Hay veces que pienso que todo esto es un simple sueño del que no he despertado. Que tras todo lo que hemos pasado, ya podemos vivir nuestra vida juntos sin que nadie se interponga para poner una barrera entre nosotros dos.

Ha pasado un año desde que le pedí matrimonio... Y creo que no había estado tan nervioso como aquella noche, cerca de nuestra casa.

Un año llenas de subidas y bajadas. Y es que vivir en pareja no es sencillo. Vivir juntos no es fácil, pero es parte de todo esto para así poder tener una vida, juntos, como siempre habíamos querido. Y no me arrepiento de haber dejado todo aquello para venirme a vivir aquí con ella.

Recuerdo como si fuese ayer cuando, después de recibir una respuesta positiva de Gillian, aquella noche no dormimos ni un solo minuto, a pesar de que yo tenía que irme a trabajar demasiado temprano. Creo que a ninguno nos importó que la tierra siguiera girando a nuestro alrededor porque fue una noche mágica para ambos y saber que me había contestado «sí» era un sueño hecho realidad.

A veces tengo miedo de despertar y encontrarme con que todavía sigo en Cuba. No me malinterpreten, amé ese lugar, pero varias circunstancias hicieron que tema volver a ese sitio. Un sitio donde me sentí muy querido por muchas personas y que todavía, después de casi dos años, sigo sin saber de ellas. A veces me pregunto qué será de Ernesto, como estará y, sobre todo, cómo estará su abuela. ¿Qué será de ese motel en el que viví muchos meses? ¿Qué será de esas personas?

A veces, siento una gran melancolía, pero es lo que hay que pasar si quieres ser feliz con esa persona. Y, en mi caso, lo decidí sin pestañear.

Durante todo este año no hemos parado de recibir cambios buenos en nuestras vidas. Gillian consiguió seguir con sus estudios y, la verdad, le va más que bien. Estoy muy orgulloso de todas las cosas que ella está consiguiendo y más cuando ella hacía dos años ni se pensaba que haría. Saber que ahora es mucho más feliz y que está consiguiendo grandes logros por su cuenta me hace feliz.

En cambio, yo dejé mi trabajo de basurero a principios de este año. Un amigo de aquí me hizo una oferta de trabajar con él en un gimnasio enseñando a jóvenes promesas del boxeo. La verdad, a pesar de todo lo que haya pasado tras ser entrenador de Gillian en Cuba, siempre me gustó ser entrenador, enseñar, ayudar... Siempre diré que eso es muy distinto a entrenar a alguien que hace lucha clandestina. Y me hace sentir mucho mejor. Bien, no soy un entrenador de uno solo,

simplemente, entreno a gente nueva y le enseño los trucos. Y Gillian está muy feliz por lo que hago.

Ambos estamos haciendo cosas que nos gustan y lo que nos queda por cumplir todavía.

No hay noche en la que no me acueste con felicidad sabiendo que estoy a su lado. Hemos cambiado mucho en muy poco tiempo. Ya no es esa relación prohibida, la que llevábamos en secreto, y eso me alegra demasiado.

Gillian también ha cambiado y mucho, aunque sigue escondiendo cosas que le preocupan. Recuerdo aquella vez hace unos meses cuando tenía problemas con un tipo de su clase y siempre que volvía sabía que algo malo le ocurría, que algo escondía en esa cabecita suya. Pero yo en ningún momento le di ninguna prisa para que me lo contase y, sin duda, funcionó porque, aunque ella siga siendo muy cerrada para contar sus problemas, ha cambiado en el sentido de que, al final, termina por contármelo. Yo ya no la agobio como lo hacía antes, si es cierto que si la veo mal intento preguntarle, y si su respuesta es «no me pasa nada», lo dejo como está.

Así le doy el espacio que ella necesita, pero sin alejarme de su lado.

Ahora, después de tanto tiempo siendo prometidos y de tantas preguntas sin respuestas a las personas que nos rodean en este barrio, no dejo de moverme inquieto en el salón de mi amigo y compañero de trabajo.

—¡Hombre! Te mueves más que un garbanzo en la boca de un viejo —me dice con humor Carlos.

Me observo por unos instantes en el espejo y me coloco mejor la pajarita para que esté perfecta en el día de hoy.

—¿Y cómo quieres que esté el día de mi boda? —pregunto sin diversión.

Él hace un gesto con la boca y luego niega con la cabeza mientras ríe por lo bajo.

Le pedí a él que fuese el padrino, pero bien es cierto que me hubiese gustado que mi padrino de boda fuese Ernesto, y por las circunstancias no podrá ser. En cambio, la madrina de Gillian será mi madre y esos son los únicos que asistirán a nuestra boda. Ambos decidimos que queríamos algo íntimo, sin que nadie nos molestase ese día. Porque de nada sirve que haya demasiados invitados si la persona más importante está frente a tus ojos.

—Tío, todo va a salir bien, ya verás —responde Carlos, levantándose del sofá y acercándose a mí.

Me arreglo de nuevo el traje y me siento algo incómodo con todas estas cosas puestas, prefiero mil veces más mi ropa de toda la vida, pero un día es un día y por ella, lo es todo.

—Sé que saldrá todo bien, pero... cuando encuentras a esa persona, no puedes evitar ponerte nervioso el día que vas a intercambiar votos —le digo sin más.

Ambos salimos de la casa de él y, antes de entrar a su coche, lo miro rápidamente y le digo:

—Habrás traído los anillos, ¿verdad?

Él se queda quieto mientras mete sus dos manos en los bolsillos de los pantalones, juraría que parece que se le ha olvidado y casi me da algo cuando Carlos me mira cómo si no los tuviese.

—Que es broma. —Empieza a reírse mientras mete su mano dentro de su chaqueta y saca una caja con los anillos—. Tenías que verte la cara.

—Vete a la puta mierda.

Entramos al coche y nos ponemos en marcha por la carretera hacia la única iglesia que hay en este barrio. Mientras Carlos conduce, yo observo las vistas y me coloco mejor la pequeña flor en mi chaqueta. Nunca pensé que el propio día de mi boda me pondría nervioso, por no decir que jamás pensé que me casaría.

—Oye... ¿Quién es esa? —pregunta Carlos y yo dejo de observar el paisaje para ver lo que hay frente a nosotros, a unos metros de distancia.

Una mujer con fatigas y tocándose la barriga está en medio de la carretera, como si buscara ayuda, hasta que mis ojos observan que esa mujer está embarazada.

—Joder, está de parto... —susurra mi padrino de boda y yo juraría que no sé ni siquiera qué hacer en estos momentos.

Carlos frena lentamente y luego se baja del coche para dirigirse a la mujer para socorrerla. Yo también me bajo sin dejar de mirar el reloj, así que me acerco a ellos y puedo ver cómo la mujer realmente está a punto de dar a luz y, por la posición en la que está, estará a punto de pasar.

—Señora, la vamos a llevar al hospital —le digo mientras veo cómo, para la desgracia de Carlos, que le dio su mano, ahora no la puede soltar por culpa de lo fuerte que le está apretando la mujer.

La mujer no dice nada, pero su mirada lo dice todo.

Intentamos, a duras penas, ayudarla a subirla en el coche. Carlos sin saber cómo manejar el momento, la mujer dando gritos en la parte trasera del coche y yo a punto de darme un infarto sabiendo que me caso dentro de una hora, nos dirigimos al hospital más cercano que está a quince minutos de donde nos encontramos.

Sin saber si Gillian estará esperando ya en la iglesia o si ni siquiera ha llegado, me preocupo, tanto por la mujer tanto por cómo puedo contactar con Gillian. Mi frente se comienza a bañar en sudor mientras que puedo oír cómo la mujer comienza insultar al conductor, que es Carlos, ya que él está diciéndole que observe un punto fijo del coche.

—Señora, si observa el punto el dolor disminuirá.

Cierro los ojos ante la respuesta de Carlos y ya puedo contar los segundos antes de que la mujer le vuelva a decir algún taco.

—¿Acaso tú sabes lo que es sacar un elefante de un buzón de correos? —grita en forma de pregunta la mujer y Carlos se calla por el nivel de estrés en el que está ella.

No hay mejor momento para ayudar a una embarazada a punto de dar a luz, como el día de mi boda.

Así que cuando llegamos al hospital, no podemos dejarla así sin más por lo que Carlos la acompaña dentro del lugar hasta asegurarse de que tiene algún médico atendiéndola.

Y mientras, yo me acerco al teléfono que tienen en el hospital, descuelgo y pongo unos centavos para así comenzar a marcar, dando vueltas con el pequeño círculo donde rodean los números.

Un tono.

Dos tonos.

Tres...

Y para cuando llega a la séptima el teléfono deja de sonar y cuelgo.

Comienzo a mover mi pelo, despeinándome todo lo perfecto que lo tenía hacía ya media hora.

Mientras que los minutos pasan y la hora se va pasando, solo puedo maldecir al pensar que Gillian estará cabreada conmigo por dejarla plantada el día de nuestra boda. Y es por eso que no dejo de dar vueltas de un lado a otro del pasillo del hospital, pregunto a una de las enfermeras y espero impaciente a que el cabrón de Carlos se acuerde de que tenemos algo también muy importante que hacer.

—Lo siento, lo siento. —Escucho la voz de Carlos detrás de mí y me giro para encararlo—.

Estaba ayudándola, siento la tardanza. Vámonos.

Sin decir nada más, volvemos directos al coche y solo deseo que nada más ocurra en este día. Y solo puedo pensar en Gillian y, posiblemente, en su mala hostia por dejarla plantada.

—Solo hemos tardado una hora —me dice él, y yo lo observo mientras conduce.

—Claro que sí, tan solo una hora, la que ya debería estar en la iglesia con mi futura mujer —le respondo con ironía y él se encoje de hombros.

—Al menos, míralo por el lado bueno, hemos hecho algo bonito por alguien que necesitaba ayuda... —dice, intentando restar cosas al asunto y yo asiento, en parte con razón y otra en la que no la tiene del todo.



Nada más aparcar Carlos frente a la iglesia, yo abro la puerta del copiloto y me bajo del coche con tal velocidad que casi me atropella un pie Carlos con mis prisas.

Entro por la gran puerta de la misma y solo ansío por verla a ella y deseando que no me odie por llegar tarde este día, el único día que llego tarde a algún sitio. Pero al ver el fondo del pequeño lugar, solo puedo ver al párroco que es el único de este pequeño pueblo y yo abro los ojos, deseando que no se haya marchado ella enfadada y mi corazón se encoje rápidamente.

—Hijo, ya era hora que llegases. Ya estaba empezando a pensar que se habían arrepentido los dos —habla en voz alta, haciendo eco en la iglesia.

Sin saber qué decir, me quedo a diez metros del altar y no sé ni siquiera a dónde mirar.

—Gillian... ¿Gillian se ha marchado?

El párroco vuelve a levantar la vista de su libro y me vuelve a mirar, quitándose las gafas de vista.

—Ni siquiera ha llegado.

Abro mis labios y creo que mi preocupación comienza a ser más que palpable.

—Juraría que te va a dar un infarto —dice Carlos por el otro lado.

—Yo también lo pienso —le responde el hombre que nos tiene que casar.

Es entonces cuando escucho varios tacones corriendo cerca del lugar y, para cuando giro mi cabeza, dos mujeres con los pelos algo revoltosos y con una tinta extraña en parte de su rostro aparecen en la gran puerta.

Mis ojos se iluminan como si hubiese visto al mismo ángel y mi corazón vuelve a cobrar vida por ello. Gillian y mi madre parecen que han corrido un maratón con los vestidos y Carlos y yo podríamos jurar que han tenido un mejor día que nosotros.

—Sentimos llegar tarde. Parece ser que el coche se estropeó e intentamos arreglarlo un poco y... Bueno... Terminamos por venir caminando —dice Gillian, y mi madre hace un intento para arreglarse el pelo.

Puedo escuchar la risa histérica de Carlos y una risa algo burlesca del humorista del pueblo: el párroco.

Agarro la mano de Gillian y me acerco a ella con cariño para susurrarle que yo también he llegado tarde.

Con tranquilidad, esta vez sin estrés por mi parte, caminamos los dos juntos hasta el altar

sin importarnos el tiempo, con mi madre esperando a un lado y Carlos al otro. Al llegar juntos, el cura comienza a hablar y yo solo soy capaz de observar para aquellos ojos hermosos de los que me enamoré hace dos años y ahora estamos juntos a punto de contraer matrimonio.

No sé en qué piensa Gillian, pero, sea lo que sea, su sonrisa demuestra todo aquello que la hace feliz y algo me dice que es lo que en estos momentos está viendo en sus propios ojos. Juraría que olvido por completo todo lo que nos dice el hombre, olvido dónde estoy y me dejo llevar por esos ojos verdes que me cautivan. Me dejo llevar por esas delicadas manos que rozan las mías y el sentimiento de que algo bonito sucederá a partir de ahora se incrementa.

La felicidad se nota en mí y eso lo puedo demostrar por la sonrisa que tiene mi madre por lo orgullosa que está de mí, a pesar de todo lo que hayamos pasado años atrás y que, gracias al poder de la palabra, hemos podido subir ese escalón y seguir adelante dejando esas diferencias que no nos convenían en nada.

Podría decir que, a pesar de que la iglesia esté vacía porque así lo decidimos los dos, está llena por aquellas personas que nos acompañaron en los momentos más duros y que, por circunstancias, no pueden estar aquí.

Y mi hermano es el primero que me viene a la mente.

Es el momento de ponernos los anillos y decir nuestros votos. Cuando Carlos me entrega uno de ellos y todo lo que comienzo a decir va desde lo más hondo de mí y podría decir que afecta por los ojos llorosos de ella.

Acto seguido, ella toma el otro anillo y comienza a decir sus votos, juraría que me quedo hipnotizado y que quisiera memorizar todas esas cosas que me está contando ella.

Y, sin duda, no hay nada más importante que lo que somos.

—Creo que ha sido el mejor momento de mi vida —susurra ella una vez casados.

33

Momentos

Agosto de 1980.

Agarrados de la mano, caminamos juntos por nuestro lugar favorito. Nuestro lugar secreto.

Es un pequeño lugar hermoso donde cae una cascada de agua hasta formar un gran charco en este sitio. Está hacia las afueras de Santa Bárbara, pero es increíblemente hermoso. Lo descubrimos cuando caminábamos un día haciendo alguna caminata y, sin duda alguna, es un lugar increíble para pasar el tiempo.

Son las diez de la noche y ambos estamos aquí queriendo disfrutar de este momento. Y no se puede ser más feliz cuando, ya casados, estamos disfrutando juntos de la vida.

—Nunca me cansaré de este lugar —murmura Gillian, y la escucho a la perfección a pesar del ruido que hace el agua al caer.

Prácticamente, no pasa casi nadie por aquí. Es un lugar alejado de toda civilización y, quizás, si vienen personas, es por la mañana, donde más sol hace.

Nosotros dos preferimos visitarlo durante la noche.

Ambos nos quitamos los zapatos y los dejamos a un lado de nosotros para poder sentarnos en una pequeña roca y poner los pies desnudos en el agua.

Estos dos meses de casados han pasado volando. No es nada sencilla la vida de casado, pero en esta vida nada es sencillo y eso hay que saberlo a la perfección.

Tan poco tiempo ha pasado desde que Gillian y yo nos conocimos en aquella discoteca de Cuba, pero para mí parece que haya pasado mucho tiempo y todo lo que hemos vivido parece que fue ayer.

Tan enamorado como la primera vez, estoy junto a ella, deseando no olvidarme jamás de esta sensación de amor y, mucho menos, de la mujer a la que amo. Y es que siempre, todos los días, hago lo posible por vivir al máximo. Pero cuando digo «vivir al máximo» es disfrutar de cada momento aunque sea el más tonto con esa persona. Y esa persona es Gil.

—¿Echas de menos Cuba? —Ante mi pregunta, Gillian levanta la cabeza y me observa con esa intensidad que tan solo ella sabe hacer.

Una pequeña brisa le levanta su cabello moreno y con la mano se lo retira hacia la oreja, pudiendo ver ese anillo que le puse en aquella iglesia hace tan solo dos meses.

Gillian levanta la ceja como si mi pregunta fuese algo estúpida y niega con la cabeza.

—No echo de menos el lugar, pero si a algunas personas de allí... —me dice con claridad y yo asiento ante su respuesta—. Viví momentos increíbles, pero podría contarlos tan solo con los dedos de una mano... Los demás recuerdos ni quiero contarlos.

Asiento, comprendiendo a la perfección lo que me quiere decir, y seguimos en silencio mientras el ruido acompaña el momento entre nosotros dos.

Hace poco, unos dos días, le escribí una carta a Ernesto. La escribimos juntos... Queríamos

escribirle para decirle que lo echábamos de menos y que jamás nos olvidaríamos de él ni de su familia. Escribimos una carta bastante amplia y, a pesar de que Archie en su momento nos advirtiese de que no le dijésemos a nadie a donde iríamos, sabemos que no corremos ningún peligro ahora y queríamos saber cómo estaban esas personas que conocimos en aquella isla que me dio una oportunidad.

—Lo mejor que me ha podido pasar en esta vida eres tú, Jasper —habla alto y claro, clavando su mirada en mi rostro—. Y, a veces, tengo miedo de volver a aquella vida de antes... De perderte.

Me acerco a ella cuando escucho que me dice esas dos frases y tomo su rostro entre mis manos para que ella, y solo ella, me mire a los ojos. Comprendo lo que Gillian me dice. Se a la perfección su temor, pero ahora estamos a salvo los dos y no hay miedo que temer... Podemos vivir bien, en paz y felices.

—No me vas a perder —murmuro.

Gillian abre los labios apenas un poco y deja pasar el aire de su boca. Yo beso su frente y podría decir que quiero que esta noche no pase jamás.

—A veces tengo un sueño que se repite una y otra vez. —Hace un movimiento con su boca y yo la escucho atentamente—. Y es que, no sé por qué, siempre te veo a ti como una sombra lejana, como si hubiese un muro que te impidiese volver conmigo...

Trago saliva ante lo que ella me está diciendo y la abrazo para que se sienta bien conmigo, para que sepa que no me voy a ir.

—No te voy a dejar nunca, Gillian.

Ella no me dice nada, pero soy consciente de que algo me oculta. Como si temiese algo y no me lo quisiera decir para protegerme. A esto es a lo que yo me refería, a que todo, todo no me lo cuenta. Y como bien digo, la entiendo. No puedo obligarla a que me diga las cosas, porque no sería libre de decirlas cuando quiera. Por eso, no digo más nada, tan solo nos quedamos callados, abrazados en este lugar.

Ambos hemos sufrido, sobre todo ella, pero ahora que estamos totalmente relajados, ya no pasamos ningún trabajo ni nada por el estilo, sentimos ese temor de que todo esto que es bueno se esfume. Pero sé que no será así. No lo será.

Noto que Gillian se mueve entre mis brazos y yo la observo cuando noto su mirada sobre mis labios.

—¿Qué ocurre? —pregunto con una ceja levantada, imaginándome que es lo que querrá mientras me observa con esa mirada tan de ella.

—Metámonos en el agua desnudos.

Abro los ojos con sorpresa ante su propuesta y observo el agua que ahora mismo está, prácticamente, bastante fría, a pesar del calor que hace en este lugar.

—¿Estás loca? —le cuestiono como si estuviese acostumbrada a bañarse a estas horas de la noche—. ¿Quieres ponerte enferma mañana?

—¡Oh, vamos! Será divertido —dice mientras se aleja de mis brazos y comienza a quitarse la ropa como si no le importase que estuviésemos en un sitio abierto.

—Solo a ti se te ocurre... Será divertido —murmuro esas dos palabras para mí mismo mientras que Gillian me escucha por la cara de pervertida que pone—. No sé por qué ese «será divertido» es peligroso

Ella agarra mi suéter y me lo quita por encima de mí para dejarme desnudo de cintura para arriba.

—Vamos —me apresura ella.

Al ver que ella comienza a quitarse la ropa interior, empiezo a pensar que es completamente cierto lo que dice y termino por yo hacer lo mismo con mi ropa restante, a pesar de que una pequeña y suave brisa consigue ponerme la piel de gallina. Es ahí cuando Gillian, ya desnuda, se mete en el agua sin importar que esté fría o no, y yo tardo unos minutos para poder entrar por culpa de la temperatura de la noche.

—¡Vamos! —me grita, salpicándome un poco con el agua y haciendo que me termine de meter por completo dentro del lugar.

Esta escena me recuerda bastante a la que vivimos juntos en aquel muelle de Cuba. Creo que nunca podría olvidar algo como aquello. Nunca podría olvidar las cosas que viví con ella y las que nos quedan por vivir.

Jamás me había enamorado tanto de una persona y creo que, sin lugar a dudas, la felicidad es mucho más grande gracias a ella.

Comienzo a ver cómo empieza a bañarse en el agua, mojándose el pelo, completamente desnuda, mientras que yo estoy a diez metros de lejanía observándola, admirándola. Lo que una simple mirada puede hacer y lo que un simple gesto es capaz de hacer. Toda la vida es un completo dilema y por cada elección que elijas puedes tener un futuro muy distinto al otro y creo que si nunca me hubiese atrevido a bailar con ella aquella noche, jamás estaríamos ambos aquí, viviendo.

Gillian se mete dentro del agua y aguanta la respiración unos segundos antes de volver a salir a la superficie y abrir los ojos para verme. Y esa mirada, esos ojos verdes tan hermosos y perfectos para mí, me dicen con un simple gesto que vaya hacia ella.

Y no hace falta esperar ni un segundo más cuando ella quiere estar a mi lado.

Comienzo a nadar hacia ella, sin ninguna prisa, y la abrazo por las caderas para luego besarnos como solo nosotros dos sabemos hacer entre ambos.

Es un beso casto, suave y delicado. Pero más que suficiente para decir las necesidades que tenemos ahora mismo los dos. Y esa necesidad es cuando nuestros cuerpos desnudos se juntan en uno.

No bastan las palabras.

No es importante la ropa.

Solo la persona que tengo a mi lado.

Comenzamos a besarnos más apasionadamente, deseando devorarnos el uno al otro, pero sin prisas. Ambos sabemos que tenemos más tiempo del necesario y que ese tiempo hay que aprovecharlo al máximo.

Con eso basta para que ella suba sus piernas y yo las tome para ponerlas a cada lado de mis caderas, duro y listo para ella. Pero no empiezo a hacer nada, solo seguimos besándonos mientras nuestros cuerpos palpitan deseando unirse en uno, ser uno por nosotros. Y eso es lo que necesitamos ahora mismo: hacer el amor.

Sus manos no dejan de tocar mis hombros, como si desease algo más que un simple beso y para cuando sus piernas se aprietan en mis glúteos ya no es necesario prolongar algo que va a pasar.

Comienzo a entrar dentro de ella con delicadeza, sin dejar de mirar a sus ojos, que ahora mismo están cerrados por el momento y empiezo a moverme poco a poco en su interior. Ella también intenta moverse como puede y juraría que algo se nos olvida cuando lo estamos haciendo, pero desecho esa idea cuando Gillian comienza a gemir en alto y creo que le da exactamente igual

que la gente nos oiga, si es que alguien pasa por aquí.

Yo me siento en el mismo cielo y aprieto más su cuerpo para que no se separe de mí, moviendo mis caderas y entrando y saliendo más rápido de ella, deseando que estos momentos con ella, y solo ella, no acaben jamás.

La beso en la mejilla, en su frente, en su cuello, mientras que ella, con los ojos aún cerrados, solo es capaz de pegarse a mí y gemir como solo ella sabe hacer.

Necesito ir más rápido. Ambos necesitamos ir mucho más rápido y eso es lo que hacemos. Los dos nos movemos rápido, a pesar de que el agua es un impedimento para nosotros en el momento en el que estamos, pero lo ignoramos como podemos y seguimos disfrutando de nosotros mismos, sintiéndonos completos.

Y es ahí cuando por fin llegamos al clímax, completamente cansados y exhaustos por la actividad que acabamos de hacer. Con delicadeza, dejo que ella ponga sus piernas en el suelo, a pesar de que hasta yo mismo puedo sentir cómo tiemblan, y la abrazo con cariño. Una risita sale de su garganta y no me hace falta preguntarle a qué ha venido eso. Me imagino que será porque lo acabamos de hacer en pleno campo, sin importar que la gente que pasara desapercibido nos viese.

Ella besa una de las primeras cicatrices que tuve cuando intentaba salvarla de aquel lugar, cuando pusieron la vara caliente sobre mi torso, y luego posa su cabeza en ese mismo sitio.

Pero, de pronto, mis ojos se abren con sorpresa, y creo que Gillian lo nota al verme tan tenso.

—¿Qué ocurre? —me consulta, y yo trago saliva con una pequeña sonrisa, negando con la cabeza.

—No hemos usado protección... —murmuro, esperando una respuesta negativa de ella o, simplemente, un cabreo por su parte.

Pero, lejos de lo que creía que ella pudiese pensar, sus ojos se agrandan y luego esa misma sonrisa que yo mismo tenía hace apenas unos segundos se dibuja en su cara.

Gillian niega con la cabeza con sus ojos clavados en los míos y mueve un poco los hombros.

—A mí no me importa —me responde—. ¿Y a ti?

Y, como si ambos supiésemos cual sería nuestro próximo nivel en nuestra relación, niego de un lado a otro disimuladamente, sin dejar de mirarla para decirle lo siguiente.

—A mí tampoco.

34

fin

Mayo de 1983.

Es imposible ser más feliz.

Ha pasado ya un tiempo, mucho, y para mí solo han pasado unos meses. Y justo tres años después de aquella noche que, por primera vez, no usamos protección, ahora nos encontramos con muchos cambios y que no estamos solos en esta casa.

Hoy me he despertado con ganas de recordar cada instante en el que pasamos una nueva época en nuestra vida. Y es que, meses después de aquella escena cerca de aquella cascada que caía sobre nosotros mientras que hacíamos el amor, ella me dio la hermosa sorpresa de que estaba embarazada.

Juro que jamás había sentido ese sentimiento que recorrió mi cuerpo con felicidad tan plena, que las lágrimas aquel día salieron de mí de alegría. Una felicidad en la que no hemos dejado de lado en estos cinco años que llevamos viviendo nuestra vida alejados de todo aquello que nos hacía daño.

De todo aquello que era dañino y que, ahora, somos felices de una manera que jamás nos imaginábamos.

Y esos nueve meses que pasaron tan rápido para mí y tan lento para mi querida Gillian, no los cambiaría por nada en este mundo. Bien es cierto que a medida que pasaron esos meses de embarazo y que cada vez su vientre se notaba, me empezaba a dar miedo ser padre, pero jamás me arrepentí de nada. Era el miedo del padre primerizo, mientras que Gillian no dejaba de darle vueltas por si sería mala madre.

Ahora me río porque si ella hubiese tenido una ligera idea, al menos una pizca de la increíble madre en que se ha convertido, creo que jamás hubiese puesto en duda todas aquellas cosas que decía estando embarazada de nuestra niña.

Sobre todo, lo que más recuerdo era lo mal que estaba por culpa del embarazo y es que no todas las personas pueden decir que disfruten de su embarazo. Me hacía sentir mal estar a su lado y no poder hacer nada para ayudarla. Me hacía sentir mal no poder hacer nada cuando ella se sentía mal, simplemente, poder ayudarla haciendo que tuviese el menor esfuerzo posible para que su embarazo fuese mejor.

No dejaba de acariciar su barriga y esas veces que sentía cómo nuestra niña se movía era como más felicidad para ambos.

Pero, lejos de todo aquello que ocurrió en el embarazo, el día del parto pensé que la perdía.

Cuando estuvo Gillian casi dos días con un parto peligroso, el miedo a perderla se incrementaba. Me sentía egoísta por no pensar en mi hija, pero saber que mi mujer estaba a punto de morir era lo único que me importaba en esos momentos. Dos días que no me separé de ella

jamás, ni lo iba a hacer. A pesar de que la comadrona me dijo en varias ocasiones que me fuese a descansar.

Joder, ¿cómo iba a descansar si Gillian no lo hacía? Al menos, yo no iba a hacer eso. ¿Dormir mientras mi mujer lo pasaba mal en ese parto en el que por poco muere?

Y, por eso, mientras Gillian luchaba y luchaba para seguir adelante en aquellas horribles horas que me parecieron eternas viendo lo que sufría, yo le demostraba que estaba a su lado, apoyándola y pasando el momento más importante de nuestra vida juntos. Nunca sabré el dolor que ella pasó aquellos dos días, jamás lo sabré, pero si puedo prometer que ella será mi heroína por todo lo que pasó y lo que sufrió para traer a nuestra niña.

Cataleya.

Así es como llamamos a nuestra querida hija de ojos marrones. A nuestra niña.

Los primeros meses era yo el que despertaba por la noche cuando la oíamos llorar y me la llevaba a otra habitación para que así Gillian pudiese descansar. Criar a un hijo es cosa de dos, pero después de ver con mis propios ojos cómo casi pierdo al amor de mi vida, quería, al menos, cuidar a nuestra hija por la madrugada para que, de esa manera, Gillian se recuperase del parto.

Y, la verdad, es que no dejaba de estar ilusionado a pesar de lo duro que puede llegar a ser al principio. Ningún manual descifra lo que en realidad es ser padre y doy fe de ello.

Así pasaron los meses, inclusive los años. Cuidando, protegiendo y enseñando a nuestra hija mutuamente. Viéndola crecer y amándola, siendo la persona que más queríamos sin esforzarnos.

Despejo mi mente cuando beso a mi hija en la frente mientras desayuna con Gillian y a ella la beso cómo la primera vez que nos conocimos en aquella isla de Cuba.

Les doy los buenos días y camino hacia la puerta de nuestra casa para salir y recoger el correo, como hago todos los días antes de empezar a desayunar para comenzar el día.

Aparte de las cartas del banco, observo una carta distinta y escrita a máquina de escribir que me parece extraña. No puede ser de Ernesto, porque después de comenzar a escribirle por medio de cartas, él también nos escribía diciendo cómo le iba la vida allí.

Pero me parece extraño el hecho de que es procedente de Cuba, pero no es de mi amigo. Así que, cuando camino hacia mi casa y empiezo a leer que esa carta va dirigida a Gillian, decido no abrirla para que así lo pueda hacer ella.

Y, al entrar, llego a la cocina donde Gillian le da de comer a Cataleya y, con una mirada, le entrego la carta a ella. Gillian me observa y luego mira hacia la carta que le extraña completamente su procedencia.

—¿Y esto? —me pregunta, dejando a un lado el tenedor con el que le estaba ayudando a comer a nuestra hija y se levanta de la mesa para leerla.

Ahora soy yo el que se sienta para que Cataleya siga desayunando con tranquilidad.

—Es de Cuba... —susurro, queriendo saber qué es lo que pone y mi mirada se dirige hacia sus ojos verdes que leen la carta y su reacción es cada vez más distinta.

Sus labios se entreabren, sus ojos se agrandan y sus manos comienzan a temblar mientras sigue con la carta en la mano. Yo no dejo de mirarla mientras Cataleya intenta llegar con la boca hacia el tenedor lleno de comida, hasta que me doy cuenta y le facilito la llegada hacia el tenedor acercándoselo.

De nuevo, vuelvo a ver cómo sus ojos dejan de estar como platos para taparse la boca con su mano izquierda y comenzar a llorar como si no hubiese un mañana, cayendo las lágrimas en ese maldito papel que la ha hecho llorar después de estar mucho tiempo sin haberlo hecho.

—Gillian... —susurro su nombre tan rápido como la veo así y dejo a Cataleya unos

momentos para dirigirme hacia mi mujer—. ¿Qué ocurre? —pregunto con los ojos demasiado expresivos y preocupado por ella, mientras que ella me entrega la carta para que la lea.

Se aleja un poco de mí para dirigirse a la ventana que hay encima del fregadero e intenta controlar sus emociones en silencio para que nuestra hija no se asuste por vernos de esta manera.

Y es ahí cuando comienzo a leer en mi mente lo que hay escrito en la carta.

Querida Gillian,

Nos complace comunicarle que ha vuelto a ser admitida en nuestro equipo de boxeo en Cuba. Sabemos que por causas conocidas, usted y su ahora marido, Jasper, se marcharon hace cinco años para vivir su vida juntos.

Bien, esperamos que esos cinco años hayan sido muy productivos para usted ahora que sabe lo que es una familia realmente. Pero no se pensaría que la íbamos a dejar escapar así como así, ¿o tal vez sí? Recuerde que este contrato inexistente jamás caduca y que, hasta el fin de su tiempo, tendrá que seguir aquí con nosotros. Por lo que conste que tendrá que viajar de nuevo a Cuba para empezar sus entrenamientos a tiempo, antes de la próxima pelea y así poder después seguir con su vida de madre.

Solo dejaremos claro que si realmente quiere a su hija y a su marido, tendrá que acudir a Cuba para pelear por última vez en el cuadrilátero. Si quiere que ese contrato deje de existir. Si sale con vida, volverá a su vida normal con su familia, claramente, si no quiere que ninguno de los dos sufra las consecuencias de su ausencia.

Pd: Nadie puede escaparse jamás de Diablo. Queda avisada.

Me quedo quieto, hipnotizado, observando cada palabra de lo que pone en la maldita carta. Mis manos comienzan a temblar y juraría que nuestra pequeña mira la escena con los ojos atentos hacia nosotros dos.

Dejo la carta sobre la mesa de la cocina y tomo a Cataleya en brazos para llevarla a su habitación un momento, con cuidado de que no se dé un golpe y dejando sus juguetes preferidos a la vista.

Así que, dejando la puerta abierta de su cuarto, comienzo a bajar los escalones rápidamente y llego hacia donde se encuentra Gillian, sentada en una silla de la cocina.

—No hagas nada de eso, Gil... Tenemos una hija que necesita a sus padres... Po... —Intento controlar mis emociones para no afectarla más de lo que ya está y vuelvo a intentarlo—. Podremos buscar una solución, como lo hicimos hace cinco años, cariño.

—No... No podremos hacerlo —murmura, escurriéndose de mi agarre y mirando hacia otro lado para que yo no vea sus lágrimas—. Vayamos a donde vayamos, ellos nos seguirán.

—Déjame unos días y buscaré ayuda. No pienso dejar que nada te pase... No ahora que estás a salvo y tienes una vida.

Ella me observa a los ojos y carraspea un poco, dejándome ver lo mal que se encuentra ahora y lo mal que nos ha dejado una simple carta. Una carta que cuesta una vida entera.

—Jasper, no puedes hacer nada. Ni tú ni yo ni nadie... —Agarra la carta sin mirarla y me la enseña de lejos—. Una vez llega esto, ya no hay vuelta atrás...

—Pero... —Me quedo sin palabras cuando una lágrima sale de mis ojos y no puedo imaginarme la vida sin ella. Si esto de verdad sucediese, si tuviese que ir a esa pelea...

Gillian posa su mano sobre mi mejilla para secarme esa lágrima y me mira con amor, como los enamorados que éramos hace unos años y lo enamorados que seguimos estando juntos.

—No puedo dejar que te escurras entre mis dedos —murmuro con una voz apenas audible y ella aprieta sus delicados labios, cerrando los ojos y asintiendo.

—Haremos lo posible por seguir juntos. Los tres —me responde sinceramente y yo tan solo puedo besar sus labios con miedo a que esta mujer se vaya de mi vida para siempre.

No puedo dejar que esto nos ocurra.

No puedo dejar que ella vuelva a su vida de antes.

No puedo dejar que ella siga sufriendo.

Sinceramente, no puedo perderla.

—No lo entiendo. Teníamos todas las papeletas para que Diablo no nos encontrase... ¿Cómo cojones lo ha hecho? —pregunto, observando la nota como si fuese el mismo demonio.

Aprieto mi frente, deseando que esto nunca hubiese llegado. Que la carta solamente fuese un maldito tiempo y que ambos estemos ahora durmiendo juntos con nuestra hija al lado.

Tan solo deseo que esta época se prolongue y sigamos juntos por muchos años más. Pero algo lo impide y que, por mucho que lo intentemos, posiblemente, nada volverá a ser como antes.

—Alguien ha tenido que descubrirnos... —murmuro de nuevo, casi pegado a su rostro, mientras que ella se queda pensativa con varias lágrimas en sus mejillas.

Yo poso mis pulgares por cada mejilla y se las seco con delicadeza, como si temiese hacerle daño.

—Alguien que conocemos se lo habrá chivado a Diablo... Un topo —me habla sin más Gillian, y ambos nos miramos cómo si alguien en quien confiásemos mucho nos hubiese traicionado.

35

Regreso

Viajamos hasta Cuba dos días después de la inevitable carta. Dos días en los que ni Gillian ni yo hemos querido tocar más el tema, a pesar de que todo esto es lo peor que nos podría haber pasado después de empezar nuestra vida juntos.

Días en los que no he dejado de darle vueltas al dichoso asunto y que tanto miedo le tengo. Cinco años sin pisar Cuba y ahora nos vemos obligados a abandonar, y espero que por unos días, nuestro hogar en Santa Bárbara. Solo deseo que todo lo que hemos construido no se derrumbe en cuestión de días... Solo pido eso.

Observo a mi hija que duerme en mi brazo y acaricio delicadamente su frente con una sonrisa forzada. Lo último que quería era que Cataleya viniera con nosotros, pero el miedo a que le hicieran algo los matones de Diablo si la dejábamos con mi madre aumentaba nuestra angustia. Es por ello que decidimos traérsela a Cuba y no separarnos de nuestra niña en ningún momento del día, mientras que también buscábamos al maldito culpable que nos había chivado a ese Vladimir.

Mis ojos cambian de dirección y me dirijo hacia el otro asiento del taxi en la parte trasera, en la que en ambos lados estamos mi mujer y yo, y en el centro nuestra hija. Los ojos verdes y ahora apagados de Gillian se dirigen hacia mí como queriendo transmitirme algo con la mirada y es ahí cuando el taxi nos deja en aquel motel donde viví varios meses de mi vida. En ese motel donde conocí a Ernesto y a personas maravillosas... En ese motel donde tuvimos nuestros momentos Gillian y yo.

—Ya hemos llegado —nos dice el conductor y, después de pagarle, nos bajamos los tres, yo tomando a Cataleya en brazos para no despertarla y Gillian tomando la maleta.

Comenzamos a caminar hacia la recepción, observando que nada de esto ha cambiado. Todavía, con ese cartel luminoso y algo estropeado por el tiempo, los aparcamientos igual de estrechos que hace cinco años, esas escaleras por donde subía mi amigo borracho y en las que, por algún milagro, nunca terminaba rodando por ellas y esas puertas de habitaciones viejas de madera.

—Jamás pensé que terminaría volviendo aquí... —susurro, y Gillian hace un amago de sonrisa con mi frase.

—Yo tampoco. Pasé muy buenos momentos aquí, al igual que otros malos... Pero hubiese deseado no volver aquí jamás por las circunstancias que ambos sabemos —termina diciéndome mi mujer, y Cataleya hace un movimiento extraño en mi cuello, indicando que se acaba de despertar.

Cataleya observa el lugar con los ojos hinchados de tanto dormir y yo le digo:

—Este fue el lugar donde viví un tiempo, cariño... —murmuro para que me escuche y Gillian ladea la cabeza con una sonrisa en la cara a pesar del momento que estamos viviendo.

Cataleya observa el motel con detenimiento y luego se mete la mano en la boca como si le importase un bledo lo que le estuviésemos diciendo.

—¿Subimos?

Observo a Gillian y asiento lentamente mientras sigo teniendo entre mis brazos a mi hija. Subimos las escaleras con tranquilidad y preguntándole a ella si necesita ayuda con la maleta, a lo que ella me responde con un «no, gracias». Conseguimos llegar a la primera y única planta del lugar. Ambos nos encaminamos hacia el fondo, donde creemos que aún sigue viviendo Ernesto y comienzo a ponerme nervioso por volver a verlo después de todos estos años.

—¿Ernesto ya habrá sentado la cabeza? —pregunta Gillian, y yo hago una risa amarga.

—No creo.

Se queda unos segundos en silencio para luego decirme:

—¿Por qué estás raro cada vez que pronuncio el nombre de Ernesto? —susurra—. ¿Crees que ha sido él quien nos ha delatado?

Camino sin decir nada, tan solo con la mandíbula apretada, y acaricio a Cataleya, que ahora mismo está con los ojos abiertos observando cada parte de este lugar nuevo para ella.

—Tiene toda la pinta de ello, Gil. Ha sido la única persona de Cuba con la que nos hemos estado comunicando todo este tiempo y encima conoce la existencia del maldito Vladimir... —murmuro con enfado hacia el que ha sido como un amigo para mí todo este tiempo y deseo equivocarme—. Ojalá me equivocase.

Llegamos a la puerta y Gillian toca tres veces antes de esperar unos segundos y luego ver cómo la misma puerta se abre, encontrándonos con un Ernesto algo más envejecido pero con ese rostro que podría reconocer hasta la persona más desconocida del mundo. Sus canas comienzan a ser visibles, al igual que sus entradas en su cabellera, pero que se nota poco. Sus arrugas son algo más visibles por alrededor de los ojos y de su frente, pero en sus ojos no hay ni pizca de alegría. No es como aquel Ernesto que conocí alguna vez en mi vida.

—Jasper, Gillian... —susurra nuestros nombres y luego observa a la niña que tengo entre mis brazos y es ahí cuando sus ojos parecen iluminarse a pesar de la penumbra que parece haber estado viviendo—. ¿Ella es vuestra hija? ¿Cataleya?

Asentimos en respuesta y es cuando él nos mira a los tres y, como si no se sorprendiese del todo, traga saliva y se hace a un lado para invitarnos a entrar en su casa.

—Puedes poner a Cataleya en la cama para que así descansa —me dice Ernesto seriamente y yo hago lo que me dice—. ¿Les ha llegado también la carta, verdad? —pregunta cuando ya he dejado en la cama a Cataleya que se ha vuelto a quedar dormida.

—Sí, hace apenas dos días. ¿A ti también te llegó? —le pregunto. Él se dirige hacia la mesa de noche para agarrar la carta arrugada que tiene sobre el mismo y luego me lo entrega.

—Hace cuatro días me llegó. Como los tres trabajamos juntos siempre termina llegando la carta a todas las partes que participaron en ello, como advertencia.

Yo aprieto mi mandíbula, enfadado por completo cada vez que lo escucho hablar y estoy a punto de perder el control, cabreado por algo que a lo mejor no ha hecho.

—Explícame cómo es que nos ha llegado una carta de Vladimir cuando la única persona que sabía dónde estábamos eras tú —le aclaro rápidamente con los brazos cruzados y él agranda los ojos sorprendido por lo que le acabo de decir. Por la supuesta acusación que le acabo de hacer.

—Espera, ¿no creerás...?

—¿Cómo mierdas piensas que Vladimir se ha enterado? —vuelvo a preguntar, elevando más la voz y observando cómo Gillian camina hacia nuestra hija para ver si no se ha despertado por mi

tono de voz.

—Yo jamás les chivaría donde fueron y son mis mejores amigos. Jamás les pondría en peligro y lo sabes a la perfección, porque por algo les ayudé a huir a los dos de Cuba para que pudiesen ser felices allá a donde fuesen —responde claro y conciso—. Diablo tiene a muchas personas trabajando para él. No me señalen a mí por algo que no he hecho y que también me afecta a mí y a mi familia. ¿O creen que como solo soy un simple médico y entrenador iba a salir limpio de esto? Mi familia también sufriría las consecuencias... Tuvo que ser alguien que me espiaba, que les espiaban a ustedes, alguien que ha esperado cinco años para esto.

Aprieto mi mandíbula con fuerza al ver en sus ojos que dice la verdad y, conociéndole, las mentiras no son lo suyo.

Asiento levemente mientras Gillian observa a nuestra hija como si temiese por su vida.

—Lo siento... —murmuro, retirando mi pelo hacia atrás e intentando poner en rumbo mis ideas y no alimentar más mis propias preocupaciones.

—¿Cómo lo haremos? En la carta no especifica nada de con quién pelearé —pregunta Gillian y Ernesto mueve los hombros sin saber tampoco nada.

—Solo sé lo mismo que ustedes... —murmura, y luego se va recto a sentarse en una de las sillas que tiene en el cuarto.

Camino hacia la ventana y observo un poco las vistas del lugar desde aquí, despejando la mente de todo lo malo que seguro estará por pasar.

—¿Archie sabe algo sobre esto? —vuelve a cuestionar Gillian, y yo dejo de mirar hacia la ventana para clavar mi mirada hacia Ernesto. Pero juraría que por la mirada que acaba de poner él, nada va bien—. ¿Has hablado con él durante este tiempo?

Gillian espera noticias sobre Archie, ya que para ella fue un verdadero padre durante muchos años de su vida. El único que intentó ayudarla para que la vida le fuese mejor a pesar de las circunstancias.

Pero Ernesto comienza a rascarse el mentón y aprieta su mandíbula tanto que juraría que podría dolerle demasiado. Hace un amago de mover los labios, pero luego se queda quieto durante unos segundos.

—¿Qué ocurre? —De nuevo, Gillian intenta saber más, mientras que Ernesto parece ponerse rojo, quizá, por nerviosismo o porque no sabe que decir.

—Gil... Hace dos años, Archie... —Se calla y observa el suelo con dureza—. Él intentó sacar a su hija de las peleas clandestinas, pero nada salió bien y unos hombres de Diablo mataron a su hija de un disparo en la cabeza y a él le asestaron una fuerte paliza hasta que murió. —Se vuelve a callar, tragando saliva fuertemente mientras Gillian no sabe qué decir y cuando ella pone esa mirada tan dura es que un inmenso dolor recorre en su cuerpo, pero lo reprime—. Lo siento... —murmura él con dolor como si a Ernesto también le hubiese dolido tanto su pérdida que se sintiese culpable por no hacer nada al respecto.

Gillian se gira, quedándose de espaldas a nosotros y pone las manos en su boca como si reprimiese el dolor que siente ante esa pérdida repentina de alguien a quien quería. De alguien a quien sentía como de su propia familia.

—Gil... —Me acerco a ella, pero Gillian hace un gesto con su mano para que pare y eso es lo que hago.

—Estoy bien —dice en apenas un susurro y luego vuelve a mirar a Ernesto con pena y con los ojos vidriosos.

Nos quedamos los tres en silencio algunos minutos, mientras que Cataleya es ajena a todo lo

que está pasando a su alrededor gracias a su pequeña siesta en la que está sumergida. Y agradezco que sea así para nuestra niña. Es por eso que comienzo a sentir que lo más importante que tengo aquí dentro son ellas dos: mi hija y mi mujer, pero también lo es él, mi mejor amigo desde hace mucho tiempo.

Juzgarlo sin saber no fue lo correcto, cuando Ernesto siempre ha sido el que me ha ayudado, el que ha estado ahí para lo bueno y lo malo... Incluso cuando nos ayudó a salir de Cuba. ¿Y yo se lo agradezco de esta manera?

Me acerco a Ernesto y él me mira como si estuviese loco, y es ahí cuando esa alegría que él tenía se ha ido apagando por culpa de todo lo relacionado con las peleas.

Le obligo a levantarse de la silla y lo abrazo como nunca lo llegué a hacer de verdad. A pesar de todos estos años, siempre lo he sentido como cercano. Como el amigo que siempre ha sido. Pero no soy el único que lo abraza después de que él me devuelva el abrazo, sino que Gillian se acerca a nosotros y nos abraza a los dos como si aquella época que estuvimos los tres juntos, a pesar de que las cosas que hacíamos no era lo que deseábamos, fueron momentos donde, a pesar de todo, nos sentíamos como amigos, donde compartimos meses únicos y nos conocimos como era necesario.

—Bueno, déjenme tranquilo que me pongo tonto después... —responde con palabras al abrazo tras separarse e intentar fingir que no se le ha salido ninguna lágrima—. Por cierto, tu antiguo cuarto está libre, le puedo decir a mi abuela que les de ese cuarto hasta lo que sea necesario para el combate.

—Perfecto... —decimos los dos al unísono, y es ahí cuando Ernesto prácticamente nos obliga a contarle todo lo que hemos vivido durante estos cinco años juntos.

Así que, sin preámbulos ni nada, ambos le contamos a nuestro amigo Ernesto nuestras pequeñas aventuras en Estados Unidos. Y, a pesar de todo, sentía que realmente lo echaba de menos, hablar con la primera persona que conocí y suficiente en Cuba, aunque no nos gustase como había acabado todo esto.

Nos pegamos mucho rato hablando y hablando mutuamente, enamorados Gillian y yo como la primera vez, mientras que nuestra niña descansa tranquilamente en la cama, con su peluche favorito abrazándolo.

—Por cierto, ¿y tu hermana? —pregunto después de pasar un momento con tranquilidad los tres.

Él vuelve a callar y a apretar la mandíbula.

—Después de que ustedes se marchasen, Diablo me amenazó con matar a mi hermana si no le contaba dónde estaban ustedes. Por lo que intenté convencerla de que se marchase de Cuba para así poder vivir una vida mejor en otro lugar —susurra en voz baja, como si la echase mucho de menos.

Gillian me observa durante unos segundos y luego le pregunta:

—¿Y dónde se marchó?

—A algún lugar de España —nos responde así sin más y luego se rasca de nuevo el mentón—. Pero no se marchó sola.

—¿Qué? ¿Con quién? —susurra Gillian, queriendo indagar un poco más sobre el tema.

—Días antes de que ella se marchase, un chico vino a visitarme. Estaba preocupado por ella y me dijo que estaba enamorado de mi hermana. Luego, cuando ella se despidió de mí un día antes me dijo que se iba a ir con ese chico a España.

Ambos asentimos algo felices porque su hermana decidiera hacer su vida, pero mal por él

por cómo lo está pasando y lo que ha estado sufriendo durante este tiempo en nuestra ausencia.



Con nuestra pequeña en medio de nosotros dos y en mi antiguo cuarto, estamos los tres acostados en aquella cama que guarda muchos secretos. Por lo que parece, al observar el pequeño lugar no ha cambiado absolutamente en nada, ni siquiera en la decoración y podría jurar que así lo prefiere la abuela de Ernesto.

Y por mí, podría quedarse así por siempre.

Miro a mi mujer, que en estos instantes está acariciando la frente de Cataleya con cariño, hasta que nuestras miradas se cruzan y, a su vez, una sonrisa aparece en nuestros rostros.

—Gil... No hagas esto.

—No me queda otra, Jasper —murmura en voz baja y yo bajo la mirada para observar al fruto de nuestro amor.

—Si lo haces, vas a morir... Llevas años sin entrenar. Vladimir quiere vengarse por lo que ocurrió hace cinco años y a saber qué luchadora te pondrán para pelear.

Mi tono de preocupación no pasa desapercibido en ella y su mano se posa sobre mi mejilla.

—¿Recuerdas aquellos momentos en los que abundaba la preocupación entre nosotros? —pregunta—. Cuando vivíamos aquí, en Cuba...

—Lo recuerdo a la perfección.

Nos quedamos callados unos minutos, mirándonos el uno hacia el otro, analizándonos como solo entre nosotros sabemos hacer y dejamos que este momento, en este antiguo lugar donde muchas cosas pasaron, pase con tranquilidad aunque con angustia.

Cinco años juntos y por cada día que pasa, más me enamoro de ella. Y el miedo se apodera de mí al pensar en que algo malo le pudiese pasar.

Me quedo callado, observándola con la suave luz que sale de la lámpara que hay al lado de la cama y aprieto mi mandíbula mientras intento evitar que mis lágrimas salgan a la superficie para justificar algo lógico... como el miedo a perderla.

Pero, al ver sus ojos, esos ojos verdes que vi por primera vez en aquella discoteca y de los que me enamoré a primera vista, algo ocurre en mí: mis lágrimas empiezan a salir y un fuerte nudo en la garganta aparece sin más, dificultándome respirar.

Y Gillian me observa con atención, sorprendida por ello.

—No te quiero perder, Gillian.

Y esas palabras bastan para que Gillian se mueva hacia el otro lado de la cama y se acerque a mí, sin molestar a nuestra niña y me abrace, dándome besos repetidos por mi mejilla como solo ella sabe hacer.

Como solo ella sabrá hacerme.

36

Rutina

La manera en la que hemos vuelto a Cuba era la que menos pensaba que ocurriría. Ciertamente, no pensaba que volveríamos a esta isla, aunque en el fondo siempre había una ligera idea de que, posiblemente y de una manera u otra, tendríamos que volver, ya fuese para visitar a nuestros antiguos amigos como para cosas más personales. Pero eso debería de haber sido dentro de mucho tiempo... Y no tan pronto como ha sido.

Y es por eso, por culpa de una carta que casi puede catalogarse como la carta de la muerte.

La fecha del combate es dentro de un mes: dos días después del día que nos conocimos Gillian y yo en aquella discoteca. Y, ahora mismo, solo deseo llevarme a Gillian y a nuestra hija de aquí, de este lugar.

No dejo de soñar en que habría miles de finales y en ninguno de ellos volvemos los tres sanos y salvos a nuestro hogar. Ojalá me equivocase y ese sueño sea, simplemente, eso: una pesadilla.

Ahora, Gillian, Ernesto y yo estamos en aquel gimnasio donde comenzó todo, donde conocí el nombre de ella, donde empezamos a entrenar, donde nos conocimos los tres más hasta hacernos amigos de una manera u otra. Y es ahora que todo vuelve a sentirse como antes, bien siendo un poco más viejos y experimentados, pero todo vuelve como hace cinco años... Y por mucho que me duela, no quisiera repetirlo. No de esta forma.

—No se preocupen, Cataleya está en buenas manos con mi abuela —habla Ernesto como si la cara de preocupación de mi mujer y mía fuese por eso.

Observamos a Ernesto que, lejos de sus canas, sigue siendo el mismo idiota de siempre.

—¿Crees que estamos preocupados porque tu abuela, que te ha estado cuidando hasta ser ya un hombre hecho y derecho que sigue viviendo en el mismo techo que ella, cuide a nuestra hija? ¿O por las circunstancias que estamos pasando, esa en la que un tal Vladimir quiera matarnos si no hacemos lo que dice? —pregunto con ironía, mientras que Gillian no habla absolutamente nada.

Ernesto traga saliva y comienza a estirarse un poco el suéter por el cuello para luego entrar en el gimnasio como si no hubiese dicho nada.

Gillian toma mi mano y yo la acepto encantado mientras entramos en ese lugar, viendo al mismo hombre que hace cinco años se sentaba en una silla en la entrada del mismo. Y, como si nada hubiese cambiado, en el pequeño pasillo donde hay una vitrina de trofeos de boxeadores que han entrenado ahí nos llama la atención por el recuerdo. Quizás hayan sido añadidos más trofeos a esa vitrina, pero todo sigue como antes.

Hasta que llegamos a la parte de fuera, siendo el mismo sitio impoluto, donde las gradas son las triunfantes, varios sacos de boxeos yacen colgados gracias a las planchas que hay como techo por si llueve y esos dos bloques de apartamentos siguen como estaban, siendo los propios vecinos los que pueden asomarse para poder ver con detalle cómo las jóvenes promesas del boxeo empiezan a entrenar para mejorar sus habilidades.

Trago saliva con nerviosismo y Gillian suelta mi mano para observar a la perfección todo de nuevo y con detalle.

—No ha cambiado nada este lugar... —susurra ella.

—Ni va a cambiar. Al dueño siempre le ha encantado este toque de autenticidad que tiene el gimnasio —responde Ernesto cuando deja la mochila en el suelo y luego saca unos guantes del mismo para entregárselos a Gillian—. Toma. Como estoy más que seguro de que los guantes que te regaló Jasper los has tirado y ni siquiera has querido saber nada de los guantes viejos de Vladimir... te he comprado unos. Con estos da igual para esa pelea, hace cinco años que ustedes dejaron todo esto y a Gillian no la secuestrarán para hacerla sufrir de nuevo... pero hay que protegerla y conseguir que gane esa pelea —termina diciendo nuestro amigo Ernesto, y Gillian agarra los guantes como si temiera que le hicieran daño.

—¿Estás bien? —indago preocupado por ella al ver su reacción al tomar esos guantes y miro a Ernesto por el rabillo del ojo, que tiene la misma preocupación que yo.

Gillian asiente con la cabeza con los labios apretados y respira profundamente.

—Sí, es solo que... pensé que jamás volvería a boxear. —Muerde su labio inferior al responder a mi pregunta y luego me pide ayuda para ponerle los guantes.

—Lo más importante es entrenarte como antes y, sobre todo, saber defenderte ante los ataques de esa luchadora —manifiesto mientras le pongo los guantes con tranquilidad.

Ernesto se pone al lado de uno de los sacos y saca unas toallas. Gillian se acerca a dicho saco y se queda frente a él pensativa unos minutos, mientras, Ernesto y yo, con nuestras miradas, esperamos tranquilos a que ella esté lista. Sé que todo esto le afecta y más que a nadie, pero ojalá esto tuviese otra opción, que esto, simplemente, fuese algo fantasioso, pero eso no va a ser posible.

Entonces, cuando Gillian se coloca en la posición perfecta, con los puños frente a su rostro protegiéndose como yo le enseñé en su día, agarro el saco con fuerza esperando la pronta respuesta de ella y, con una simple mirada, ella indica que está lista.

—Cuando quieras —susurro para que solo ella me escuche, a pesar de los ruidos que hacen los otros luchadores a nuestra alrededor en sus propios mundos.

Gillian comienza a darle fuerte al saco, como si se imaginase que fuese una persona, la persona que quizás sea la que más odie y yo me agarro al saco fuertemente, intentando mantener los pies clavados en el suelo por la fuerza que tiene ella al lanzar derechazos.

Uno, dos. Uno, dos.

Ella cuenta en un murmullo por cada golpe el número que le enseñé hace tiempo, ayudándola a concentrarse en lo único que es importante ahora: protegerse ella misma y salir adelante.

Yo la miro por cada movimiento que hace, viendo cómo sus mejillas se encienden por el esfuerzo y cómo algunos mechones de pelo salen de su coleta perfecta para despeluzarse un poco. Tan solo deseo que esta no sea una de las últimas veces que la vea y una pizca de esperanza hay en mi pecho por verla con vida el próximo mes en el combate.

Si nos esforzamos y ella hace lo que tiene que hacer, estoy más que seguro de que lo conseguiremos. Pero mis ganas de llevármela lejos de este lugar son infinitas y si pudiésemos olvidarnos de todo esto, de seguir con nuestra vida, sería mucho mejor. Pero soy consciente de lo que dice la propia carta y tengo mucho miedo de ello.

Si las amenazas de Vladimir se cumplen, jamás me perdonaría la vida, jamás volvería a levantar cabeza.

Ella siempre ha sido la mujer a la que he amado y en cinco años han pasado demasiadas

cosas, pero no las suficientes como yo quisiera. Porque cada vez que estoy a su lado, en cualquier momento, tan solo quiero exprimir ese tiempo y disfrutar de su compañía.

—Para —le digo cuando ya la veo fatigada y ella hace un movimiento de cuello, escuchando como le cruje por culpa del ejercicio.

—Hacía tiempo que no pegaba al saco de boxeo... —responde cansada y luego se seca el sudor con el antebrazo.

—¡Ese espíritu deportivo, Gillian! Se te nota que has hecho mucho deporte estos años —se burla Ernesto de ella, pero la burla dura poco cuando ella le da un codazo en la barriga—. ¡Joder, tía!

Ahora es Gillian la que se ríe de él y yo niego la cabeza con un poco de seriedad. A pesar de que estos sean los momentos que jamás olvidaré, no puedo fingir que nada malo está pasando o pasará.

—Chicos, a trabajar —les advierto a ambos y ellos me miran como si fuese un viejo.

—Pareces un viejo, J. —me responde Ernesto y se encorva intentando imitarme como si fuese un señor de setenta años.

—Vete a la mierda, Nesto —digo con diversión, sin poder aguantar un poco el momento y luego subo al *ring*, ahora vacío, para empezar con el siguiente ejercicio.

Miro el suelo pensativo y veo por el rabillo del ojo cómo Gillian sube al cuadrilátero conmigo. Pero por su mirada soy consciente de que está un poco preocupada por mí.

—¿Lista? Vamos a hacer un ejercicio de...

—No quiero que te preocupes por mí —me habla seriamente, y yo la observo mientras Ernesto enciende un cigarrillo y se aleja un poco para dejarnos hablar.

Comienzo a rascarme la cabeza mientras me agacho para agarrar el próximo material con el que ella va a dar puñetazos.

Intento no mirarla, fingiendo que esto no me afecta, pero soy consciente de que realmente sí me afecta y demasiado. Así que levanto la cabeza para observar esos ojos verdes que sé me de memoria incluso sin mirarla. Cada gesto, cada reacción, cada mirada... Sé cómo es ella a la perfección.

—Sabes que esto no me hace gracia... —murmuro, intentando que nuestro amigo no nos oiga aunque, conociéndole, seguro que nos está escuchando poniendo bien la oreja.

Gillian mira a su alrededor y luego me mira a mí con seriedad, sintiendo el aire demasiado tenso entre nosotros.

—No te tiene que hacer gracia, J. Sabes que si no lo hago, tú y nuestra hija moriréis.

—A Cataleya no le va a pasar nada, por el bien de ese cabrón —respondo duramente, sintiendo cómo la tensión comienza a aparecer por mi cuerpo—. Haré lo imposible por mi hija, pero también por mi mujer. —La miro clavando mis ojos sobre los suyos atemorizados porque esa frase que ha dicho ella se hicieran realidad—. Te amo, Gillian. Te amo como jamás he amado a nadie... Pero si haces esto, todo lo que hemos construido estos cinco años será en vano.

Veo cómo ella aprieta sus labios como si estuviese enfadada conmigo porque no entendiese que ella lo hace por mí y por nuestra niña, pero claro que la entiendo... El problema es lo que pueda ocurrir cuando ella luche. Lo cierto es que un asesino como Vladimir prometa no matar a su familia si participa, no me da ninguna confianza.

—No me queda otra.

—Podemos salir de aquí y huir como hicimos la primera vez —le respondo rápidamente.

—No funcionará esta vez.

Echo mi pelo hacia atrás, y mi miedo se hace palpable a medida que más avanza esta conversación.

—¿Por qué no quieres hacer eso?

—¡Por qué te harán daño, Jasper y eres lo único que tengo junto con Cataleya! No te quiero perder, no quiero que te pase nada —grita fuertemente y yo me callo al instante—. ¿Es que no ves que no quiero seguir huyendo? ¿Qué quiero cerrar esto de una maldita vez para que podamos estar tranquilos en nuestro hogar?

Sus ojos brillan tanto como dos cometas y su desesperación se incrementa a medida que más hablamos sobre el tema. Soy consciente de todo lo que está sufriendo por culpa de esa mafia, tanto ella como yo, y de lo único que me alegro es de que Cataleya no sea consciente de lo que estamos pasando.

Me quedo callado ante su respuesta, pero en ningún momento dejo de mirarla a los ojos, esperando y observando cada movimiento de ella. A veces, el tiempo es necesario para dejar las cosas tranquilas y luego retomarlas cuando ya tu cuerpo puede seguir. Por eso me gusta escucharla y, a la vez, soy paciente, esa es una de las muchas cosas que he aprendido a su lado durante estos años: ser paciente.

Pero, al igual que ella teme perderme, yo temo perderla. Un sentimiento mutuo que no pasa desapercibido.

Hace cinco años me hubiese reído si ella reaccionase así. Era más que lógico que Gillian no quería nada conmigo al principio por todas las cosas que pasaba, pero ahora... Ahora es distinto. Hasta el punto de saber que estoy más que loco por ella y que haría cualquier cosa para verla feliz.

Pero, ¿qué hago cuando ni siquiera yo soy feliz en estos momentos?

No quiero verla sufrir, es lo último que quiero en esta vida... Pero, por desgracia, ella quiere hacer esto y la entiendo. Pero también quiero que me entienda ella a mí.

—Llevamos cinco años juntos, Gil. Cinco maravillosos años en los que hemos pasado altibajos, hemos disfrutado de la vida, hemos sido felices y hemos tenido a una hija maravillosa... Y quiero que eso siga siendo así por muchos años más —continúo diciendo mientras ella me escucha con atención—. Quiero que nuestra hija crezca junto a sus padres, quiero vivir más aventuras contigo, quiero seguir viendo cómo creces como persona, Gillian... Quiero eso y más a tu lado, pero... —Dejo de hablar unos segundos para concentrarme en las palabras y decir las correctas mientras mi mujer me escucha con atención—. Pero si haces esto y pierdes, nada de eso se hará realidad. Nada... Y eso es lo que me come la cabeza día y noche desde que llegó la carta.

Intento ser fuerte frente a ella, pero me pasa todo lo contrario cuando estoy a su lado, y la debilidad emerge de su sitio mientras Gillian me mira, me mira y me mira, conociéndome a la perfección.

Cierro mis ojos respirando profundamente, temiendo perder a la chica por la que tanto he luchado y, luego, es cuando siento unos brazos muy conocidos sobre mi cuerpo, recorriendo parte de mi cintura hasta llegar a mi espalda, acariciándome con cariño. Su cabeza se pone sobre mi pecho y es ahí cuando todo deja de tener sentido para mí. Es ahí cuando soy consciente de lo mucho que la amo y que nunca la dejaré de amar.



A las dos semanas de estar en Cuba, Gillian ya comenzó a tener esa agilidad que tenía antes con el boxeo. Años sin práctica es lo que tiene, pero nunca se llega a olvidar la técnica de ese aprendizaje.

Habíamos intentado tener una vida normal en este lugar durante el tiempo que teníamos que estar. No estaba seguro de si alguien nos vigilaba o si, simplemente, ni se esforzaban en hacerlo, ya que sí o sí teníamos que estar aquí.

Tenía mucho miedo de que el día se acercase, y sigo teniéndolo. Tan solo quedan tres semanas, y la pelea está a la vuelta de la esquina.

En estas semanas no dejé de demostrar mi amor por ella. Ni un solo día dejé de mostrárselo como solo ella se merece. Necesitaba estar a su lado y seguir disfrutando a su lado. Pero los días parecían segundos y los entrenamientos parecían horas. Quería que esto acabase y que algo o alguien nos ayudase para seguir nuestra vida de casados, nuestra vida de familia.

Pero a estas alturas empezaba a pensar que eso no iba a llegar.

Y ahora me encontraba cuidando de mi hija. Mientras Cataleya jugaba con un peluche que le había regalado hacía pocos meses, Gillian quería irse a dar una pequeña vuelta por el motel. No quería dejarla sola por culpa del peligro que tenía, pero ella insistió e insistió, por lo que no le iba a negar nada de eso. Pero, aun así, no paraba de estar inquieto ante el tema.

Mientras disfruto del tiempo con mi niña, intento no preocuparme demasiado por las cosas que van a pasar. Conseguirlo, lo consigo unos minutos, pero luego ese temor vuelve como si nada, como un jarro de agua fría.

Me acerco a mi hija y beso su frente con cariño mientras la miro y observo el parecido que tiene con Gillian. Rostro, labios, cabello... En cambio, a mí se parece en los ojos y en la nariz.

Dos años...

Así pasa volando el tiempo y cuando te das cuenta ya no sabes ni siquiera qué día es.

De pronto, en la puerta suenan tres toques y me levanto con Cataleya sujeta a mi brazo para abrir la puerta.

Un Ernesto aparece tras ella y me observa con esa cara que siempre ha puesto de que algo quiere. Por lo que le dejo pasar y él entra sin más, rascándose un poco el brazo y luego sentándose en la cama.

Cierro la puerta, no sin antes observar desde lejos si puedo ver a Gillian llegar y no preocuparme más de lo que ya estoy, por si alguien de los que trabaja con Vladimir la llegan a secuestrar.

—¿Gillian dónde está? —me pregunta él una vez he cerrado la puerta.

—Se fue a dar una vuelta. ¿Qué pasa? —le termino preguntando, y dejo a Cataleya sentada sobre mis piernas después de sentarme en la cama, a un metro de Ernesto.

Él se queda callado y luego se mira las manos pensativo. Y es ahora el momento justo para poder ver todo lo que le ha cambiado el tiempo sobre sus hombros.

—Ya no soy feliz en Cuba, hermano.

Arrugo mi frente mientras él observa sus manos y mi hija comienza a jugar con su peluche aburrida.

—¿Y eso?

Deja de mirarse las manos para luego mirar las paredes de mi antiguo cuarto.

—Ya no es como antes para mí. Desde que se marcharon ustedes siento que todos progresan menos yo. Tú y Gillian conseguisteis formar una familia, mi hermana se marchó a España y ahora se dedica por y para la música, algunos vecinos de aquí se marcharon a otro lugar de Cuba por trabajo... —dice, y luego suspira cansado—. Ya no soy feliz. Ya no están las personas que apreciaba y me veo y ni siquiera soy yo... quiero decir —sigue hablando mientras yo lo escucho atentamente—. Quiero irme de aquí y conseguir un trabajo en un hospital, formarme como médico y trabajar de ello. Y ¿quién sabe? Conocer a alguien y formar una familia...

Me quedo unos segundos en silencio.

Hace unos años eso sería impensable, pero ahora y viendo cómo está pasando imagino que él quiere pasar al siguiente nivel en su vida, hacer un cambio importante.

—¿Aquí no consigues trabajo de médico? —pregunto esperando una respuesta de él.

—No. Y con el pasado que tengo en las peleas clandestinas mucho menos.

Abrazo a mi hija mientras dejo algunos besos en su coronilla, pensando qué le puedo decir a mi amigo, aquel que me ayudó a salir cuando más lo necesitaba y, ahora, es él quien necesita esa ayuda.

—Vente con nosotros cuando todo esto acabe. Si no te gusta Santa Bárbara, hay más lugares en Estados Unidos, pero puedes comenzar una nueva vida allí, Nesto.

—No puedo dejar a mi abuela sola, J.

—Habla con ella e intenta que ella también vaya contigo —respondo y él me observa sin más, con asombro—. A lo mejor ella también quiere marcharse o a lo mejor quiere que tú vivas tu vida.

Tan rápido como le digo eso la puerta se abre y una Gillian con una bolsa de comida entra en el cuarto. Pero se queda parada al vernos a nosotros tres mirando para ella como si hubiese interrumpido algo.

—¿Qué? —pregunta ella divertida y nosotros negamos con la cabeza con el mismo rostro que ella.

37

Sempiterno

Junio de 1983.

Siento la caricia de una delicada mano sobre mi nariz. Parece que estoy en el cielo en el instante en que sus dedos pasan con lentitud esa zona y, por unos momentos, me olvido del jodido momento en el que estamos viviendo.

Mis ojos se abren y ahí está, tan bella como siempre con esa pequeña sonrisa que la hace distinta a las demás y de la que tan enamorado estoy de ella.

Aclaro mi garganta para no parecer un camionero al hablar y Gillian sigue acariciando mi nariz con esa delicadeza suya.

—¿Qué hora es? —vuelvo a preguntarle por tercera vez en lo que va de noche y Gillian observa las agujas del reloj detrás de ella.

—Las tres de la mañana... —murmura, volviendo a su labor.

Tan solo faltan horas para el combate... Horas en las que mi cuerpo reacciona de una manera distinta a otras veces. Horas en las que temo perderla.

Nuestra hija está durmiendo en la cama con nosotros, mientras que sus padres no pueden pegar ojo por lo que pasará cuando amanezca. El combate será a las nueve de la noche en un sitio alejado de La Habana.

Intento no pegar ojo, pero, aunque lo intentase, tampoco conseguiría hacerlo. Sabiendo que ella está en peligro, que conociendo a esa mafia ella puede salir herida. Y ojalá pudiese hacerle cambiar de idea, pero si lo consiguiese, ¿podríamos huir como aquella vez? ¿Volveríamos a salir de esta como hace cinco años?

No puedo hacer nada para protegerla y ella no puede hacer nada por cambiar ese instante en el que nos llegó la carta. Aún sigue siendo un jodido misterio quién fue el cabrón que nos chivó a Diablo y ojalá descubra quién fue, porque no habrá tierra para que se escape de mí.

—Te amo —murmura ella y mis ojos vuelven a abrirse para poner toda mi atención en esa chica cubana de la que me enamoré.

Sonríó ante su frase y ella me observa con una mezcla de seriedad y de amor. Tragando saliva, mi deseo esta noche es que el reloj no se mueva de su sitio, que las agujas del reloj se queden así para siempre.

—Ese sentimiento es mutuo —respondo en voz baja, haciéndola sonreír de nuevo y aprieto mis labios con fuerza, ocultando el temor que tengo hoy.

Un mes entero de duro trabajo ha bastado para conseguir que Gillian intentase recuperar aquella forma de entrenamiento en el boxeo. Un mes no da para mucho cuando hablamos de deporte, pero era eso o que no se pusiera en forma para la pelea de su vida.

Un mes entero lleno de preocupaciones y dilemas, de si es una buena opción lo que está

haciendo Gillian o de poder salir de aquí para siempre y escondernos. Soy consciente de que esa última opción no es la mejor de todas y que no durará siempre... Pero si algo saliese mal, ¿perderla es otra opción? Ojalá que nada de eso ocurra y que, simplemente, sean patrañas mías.

Pongo mi mano sobre su mejilla, acariciando con amor su piel, su rostro y saboreando este momento con tranquilidad, sin dormir ni un poco. Gillian me mira unos instantes para luego alejarse un poco de mí y hacer un movimiento extraño. Se mueve de la cama para sentarse en la cama, dándome la espalda y luego abrir uno de los cajones de la mesa de noche. Mientras ella hace eso, yo simplemente la miro de reojo hasta que veo que ella saca una carta de ahí como si nada. Una carta donde en la parte exterior pone «Para J.».

Luego, ella se vuelve a acostar en la cama para entregarme a duras penas esa carta escrita a mano de ella.

—Toma.

Alargo la mano dudoso y agarro esa carta entre mis dedos y, con una simple mirada, basta para intentar preguntarle de qué va esto.

—¿Por qué me das esto? —pregunto, acomodándome en la cama para sentarme y abrirla.

—Ni se te ocurra abrirla aún, machote —me dice en esa forma de amenaza que solo ella es capaz de hacer y dejo de hacer algún movimiento extraño para ella.

—¿Qué es esto, Gillian?

Ella mueve sus ojos cansada, como si no me estuviese enterando de nada y luego se acomoda como yo, sentados ambos uno frente al otro y con nuestra hija durmiendo en medio de ambos.

—Quiero que la abras después de la pelea —susurra—. No es nada raro, pero, simplemente, quiero que la leas después... —aclara, clavando su mirada en la mía y ver cómo el verde de sus ojos comienza a brillar de una manera extraña.

Observo la carta cerrada en un sobre y le doy la vuelta, viendo que ella ha dejado un sello de sus labios pintados en la parte trasera de dicho sobre. Sonriendo por ese gesto niego con la cabeza, extrañado por ese gesto que ha tenido ella de escribirme y luego lo guardo en mi mochila para hacer lo que ella me pide.

—Aún estamos a tiempo de escapar... —susurro, mirando hacia mis manos y luego, por el rabillo del ojo, puedo ver cómo ella niega con la cabeza.

—Es tarde desde el momento en el que llegó la carta. Vayamos a donde vayamos, si no hacemos lo que dice, no volveríamos a vivir en paz.

Aprieto mis labios con fuerza, sin poder dejar de pensar en la máxima preocupación que tengo en estos instantes.

—¿Qué ocurre, Jasper?

Niego con mi cabeza sin dejar de pensar en lo mismo una y otra vez. Quiero que esto acabe de la mejor forma posible, pero empiezo a pensar que quizás no sea así. Pero debo ser positivo, por ella y por mi hija. Debemos ser positivos. Pensar que Gillian es una increíble luchadora y que la pelea de su vida será la más importante de todas.

—Tengo miedo de perderte, Gil...

Tan rápido como digo eso sin mirarla, basta para que Gillian se levante de la cama sin despertar a nuestra hija y ponerse a mi lado para abrazarme como solo ella puede hacer. Sus brazos recorren por todo mi torso hasta llegar a mi espalda y yo, simplemente, soy capaz de esconder mi cabeza entre su cuello y su hombro.

—Pase lo que pase, créeme... Me tendrás a tu lado —me responde ella y la abrazo con

mucha más fuerza hacia mí, sintiendo su calidez una vez más.



Necesito hacer algo. Necesito que ella salga con vida de aquí y me da igual ahora mismo cómo voy de hacerlo, pero mi angustia por perderla se incrementa cada vez más a medida que más nos acercamos al lugar de la lucha.

Volvemos otra vez como en los viejos tiempos, en el coche viejo de Ernesto, yo de copiloto y Gillian en los asientos traseros concentrada en la pelea. Nuestra hija la está cuidando ahora mismo la abuela de Ernesto que, por lo visto, ella ya sabía lo de las peleas desde hacía unos años. Mientras que los tres estamos callados en nuestro propio mundo, yo no puedo dejar de mirar hacia la ventana, viendo cómo los paisajes nocturnos de Cuba vuelven a revivir como nunca antes.

Trago saliva mientras que le doy vueltas en mi dedo al anillo de bodas que me puso Gillian, sin quitármelo. Aprieto mi mandíbula pensativo y con miedo a lo que pueda pasar esta noche. Si hace unos meses alguien me hubiese dicho que volvería a entrenar a Gillian y ver cómo sufre en un combate, me habría negado creyendo que sería una patraña... Pero no es así y ahora estamos los tres en un coche de camino a una pelea clandestina donde se juega la vida mi esposa.

Ernesto siempre ríe e intenta suavizar los momentos como estos, pero hoy no es así, es como si supiese como yo que nada va bien y que la carta de Vladimir le hace tan poca gracia como a nosotros dos.

—Hemos llegado —rompe el silencio Ernesto una vez ya aparcado un poco alejado del lugar.

Los tres nos bajamos del coche sin hablarnos, nuestros gestos son lo que más llaman la atención y sabemos que lo que hablemos ya está zanjado hasta que acabe la pelea.

Observo a Gillian que en estos momentos tiene su mirada clavada sobre mí y pienso que lo primero que haré cuando acabe la pelea es abrazarla. Todos estos años demostrándole todo lo que la amo no han sido suficientes para un momento como este... No lo son.

Le digo con la boca pequeña que se siente en el coche para así poder ponerle los guantes con su protección, para que no se haga tanto daño. Pero a pesar de que mi voz suene pasiva, mi corazón parece que va a romper mi pecho por el momento de tensión.

—Avísenme cuando acaben —vuelve a hablar Ernesto y Gillian hace un gesto con la cabeza.

—¿Qué ocurre, Gil? —le pregunto cuando ella señala su mochila y yo la tomo para saber qué es lo que necesita.

—En la primera cremallera está mi anillo de casada... Quiero que lo guardes, no quiero que se me pierda —responde, y yo arrugo mi frente sin comprenderla.

—Gil, no lo vas a perder. Después de la pelea te lo puedes volver a poner.

Pero ella me sonrío en respuesta y luego se levanta para comenzar a caminar hacia la puerta cerrada donde están todos los mafiosos esperándonos.

—Espérame —digo rápidamente para ponerme a su lado y poner mi mano debajo de su espalda.

Ernesto toca cuatro veces en forma de señal secreta, como ponía en la carta y luego un hombre grande nos abre la puerta.

—Les estábamos esperando.

Los tres nos miramos fugazmente y luego entramos al maldito lugar casi oscuro y lleno de gente. La mayoría de ellos para hacer apuestas y la otra mitad son trabajadores de Vladimir. Pero desde el momento en el que pongo un pie en este lugar todo comienza a teñirse de oscuro al ver que varios de los trabajadores que visten de negro poseen armas, eso es más que suficiente para ver que esto no es una simple pelea. Que tiene que haber algo mucho más grave para eso.

Pero, a pesar de todo, de lo mal que me está jugando la mente y ante la mala vibración que tengo ahora mismo, no quiero preocupar a mi mujer más de lo que ya está porque, a pesar de que lo esté ocultando, está muy preocupada... La conozco a la perfección.

—Vaya, vaya, vaya... ¿Pero a quién tenemos aquí? —Escuchamos la voz de ese hombre que tan poco querido es en este lugar ni en ningún otro.

Vladimir, más conocido como Diablo, se acerca a nosotros luciendo completamente distinto a como era hacer cinco años. La cicatriz de la botella que le crucé por la garganta se hace notable a simple vista, varias quemadas en su rostro son mucho más que perfectas para saber que alguien quiso quemarlo vivo para matarlo y lo único que consiguió fue dejarle secuelas en la piel. Parece más viejo de lo que ya estaba y es, en este instante, cuando Gillian lo ve se pone tensa, como si desease marcharse lejos de él. Pero yo me pongo a su lado, poniendo mi mano en su cadera y acercándola a mí para que sepa que no está sola y miro a ese hombre con toda la rabia del mundo.

Los dos hombres armarios que hay a cada lado suyo son bastante visibles, como si lo protegiesen hasta de su propia sombra. Y no me extraña, siendo el hombre que menos amigos debe tener.

—Ya dije una vez que nadie se escapa de Diablo... ¿Qué les hacía pensar que les dejaría libres? —pregunta con diversión en su voz.

Pero nadie le quiere responder y se acerca a Gillian para poner su mano sobre el rostro de ella, pero tan rápido como lo hace Gillian intenta retirarse de él y yo la pongo detrás de mí, cabreándome con él.

—Ni se te ocurra tocarla, cabrón... —susurro con los dientes apretados y Ernesto es el único que intenta apartarme de Vladimir por miedo a que me haga daño.

—Si piensan que volverán a escaparse de mí, están muy equivocados. Ustedes tres me pertenecen, sobre todo, Gillian —habla Vladimir, y yo aprieto mis puños con fuerza.

—Gillian no es ningún juguete para que la trates así... Y tú vas a acabar muy mal. Te prometo que así será —le contesto seriamente, mientras que Ernesto me hace un gesto con los ojos como si me estuviese buscando yo mismo mi propia tumba.

Vladimir se queda callado unos segundos y luego hace un gesto con la mano derecha hacia uno de sus guardaespaldas.

—Traédmelo.

Los tres nos miramos fijamente extrañados por lo que acaba de decir Diablo y esperamos a que uno de esos guardaespaldas haga un gesto para traer a una persona. Pero, para nuestra sorpresa, sobre todo para Ernesto, esa persona es más que conocida.

El guardaespaldas lo pone de rodillas frente a nosotros y, como si hubiese sido más que golpeado y machacado, el primo de Ernesto se ve que no ha dejado de llorar en ningún momento.

—Mango... —murmura él, y esa persona que le dio trabajo a Ernesto para trabajar en las peleas clandestinas es el que está ahora mismo suplicando por su vida—. ¿Pero qué mierda le han hecho? —Ernesto cabreado se acerca a su primo, pero los guardas no le dejan.

—Este hombre fue el que nos ayudó a averiguar dónde estaban ustedes. Así que le pueden

dar las gracias por traicionarles —responde con diversión Vladimir mientras Ernesto, decepcionado, mira a su primo.

—¿Cómo has podido...?

—No tuve opción —susurra llorando el más pequeño de su familia cuando, de pronto, Vladimir hace un gesto rápido que ninguno de los tres conseguimos ver.

—¿Cómo...?

—Entré en tu piso y busqué las cartas que te escribías con ellos. Tomé prestada una de ellas y guardé la dirección en la que se encontraban... Lo siento de verdad, necesitaba el dinero, pero... —responde rápidamente Mango cuando Vladimir niega con la cabeza.

—No se preocupen por él, ya no necesitará el dinero —nos dice a nosotros Vladimir.

Y tan rápido como dice eso, saca un arma de su espalda y apunta a la cabeza de Mango, vemos cómo aprieta el gatillo y escuchamos un fuerte disparo que le vuela la cabeza al instante y toda la sangre sale como una bomba hacia la superficie.

Gillian grita, Ernesto no se mueve con esa misma expresión que acabo de poner yo y ninguno reacciona ante lo que acaba de pasar.

—Primo... —murmura Ernesto, pero ninguno de los guardas nos deja acercarnos y nos alejan del cadáver de su primo Mango para obligarnos a prepararnos en el *ring*—. ¡Habéis matado a mi primo! ¡Os voy a matar!

Pero tan rápido como grita con desesperación Ernesto, yo lo agarro por los brazos para alejarlo de los guardias que hay cerca del *ring*, para que así nadie lo mate.

—Ni se te ocurra hacer ninguna tontería, Ernesto. No lo hagas, por favor —le advierto clavando mi mirada sobre la suya perdida.

Él, sin decirme nada, asiente en respuesta mientras su expresión sigue siendo la misma que la de hace unos segundos.

Llegamos a la lona y, antes de que Gillian se comience a preparar para la pelea, yo tomo su rostro entre mis manos y miro esos ojos verdes que me quitan el sueño. Sus labios entreabiertos me dejan entender que no está contenta con lo que hará.

—Tengo que hacerlo —murmura y yo la escucho, a pesar del horrible ruido que hay aquí dentro gracias a los salvajes que rodean el lugar.

—Ten cuidado —contesto aguantando la respiración y luego ella asiente en respuesta pero, como si le costase marcharse, se queda unos más mirándome a los ojos—. Te amo, Gillian.

—Te amo... —susurra como si nunca se cansara de decir esas palabras para mí y yo sonrío con insuficiencia por el lugar en el que estamos.

Nuestros labios se acercan, rozándose apenas un poco, pero luego el beso comienza a intensificarse más y más. Y antes de que alguien o Vladimir nos separe, ella aleja su boca de la mía para luego abrazarme con muchísima fuerza de una manera que jamás había hecho. Noto cómo tiembla levemente como si estuviese llorando y, para cuando voy a mirarla a la cara, ella se separa de mí para luego subir al cuadrilátero.

Ella y Ernesto se hablan con gestos desde el sitio donde ella se encuentra y nosotros dos observamos todo lo que ocurre desde la parte de abajo. No dejo de mirar a la que ha sido siempre el amor de mi vida.

Ernesto no dice nada ni yo tampoco. En un momento como este no es necesario hablar nada y lo demostramos al ver cómo la contrincante de Gillian sube por el otro lado al *ring* y deseando que esto acabe rápido y bien.

—¡Buenas, buenas! ¡Démosle las gracias a Diablo por darnos estas maravillosas peleas! Sin

él nada de esto sería posible —empieza a decir el árbitro por el micrófono y casi todos los que están presentes empiezan a aplaudir, menos nosotros tres y, suponiendo, la familia de la contrincante—. ¡Hoy es un día especial! ¡Dos luchadoras darán su vida para conseguir la victoria! ¡¿Cuál de ellas ganará la pelea de su vida?! —pregunta casi gritando el árbitro y todos empiezan a decir cosas sin sentido—. Solo una ganará... Y esa será la que quede con vida. ¡Que empiece la pelea!

Tira el micrófono hacia alguno de los guardas y luego se dirige a las luchadoras que se miran ambas como si ninguna quisiera estar ahí. Veo cómo la otra chica, que tiene que ser más joven que Gillian, observa a quien creo que será su padre. Podría jurar que su padre tiene la misma cara de angustia que la que tengo yo en estos instantes y luego es Gillian la que me mira a mí. Yo le sonrío, dándole mi apoyo ante una situación en la que nadie quisiera estar.

Y es ahí cuando el árbitro empieza la pelea.

Ambas luchadoras comienzan a dar vueltas y vueltas por el cuadrilátero, pero sin acercarse apenas. Como si ninguna quisiera hacerle daño a la otra y mi corazón se pone en un puño cuando el árbitro las amenaza como no empiecen con la pelea.

De lejos veo cómo la contrincante de Gillian le susurra un «lo siento» seguido segundos después de un gancho de derecha. Gillian se echa a un lado por culpa del golpe pero sigue en pie, aguantando el dolor del mismo. Mis nervios comienzan a subirse de nivel mientras veo que Ernesto grita el nombre de Gillian nervioso como nunca antes había visto. Ambos animamos a Gillian y es ahí cuando mi mujer le devuelve el golpe con otros tres golpes más en el rostro de la otra muchacha.

Trago saliva cuando mi corazón se pone en un puño a medida que pasan los minutos y los golpes que recibe ella son como cuchilladas para mí. Aprieto mis puños mientras hago lo imposible por no moverme de mi sitio, por no entrar en ese cuadrilátero, tomar a Gillian entre mis brazos y llevármela lejos de aquí. Pero soy consciente de que si lo hago, las consecuencias serán peores.

Trago en seco por la amargura del momento, viendo cómo Gillian llena de heridas y de sangre está a punto de caerse, pero la otra chica tampoco se queda atrás. Y en una, Gillian le da un fuerte golpe que hace que la joven caiga al suelo tendida y su padre comienza a llorar, sintiéndome igual que él. Pero Gillian, a pesar de lo que le dice el árbitro de que siga rematándola hasta acabar con su vida, se niega casi cayéndose por toda la paliza que le han dado.

—¡Que sigas te he dicho! —grita él, y Gillian vuelve a negar, para darle la espalda con dos cojones y acercarse a nosotros dos.

—¡¿Pero qué haces?! ¡Te van a disparar como no hagas lo que te piden! —grita Ernesto y yo no soy capaz de decirle nada.

—Yo no mato a personas, Nesto... —susurra cansada y adolorida, cuando de pronto veo que la otra chica está de pie y acercándose a Gillian.

—¡Gillian, cuidado! —le grito y ella se gira tan rápido como lo hago, pero ya es demasiado tarde.

Un fuerte puñetazo lateral tocándole un lado de la cabeza le da de lleno a mi esposa, escuchándose un leve crujido proveniente de su cuello al moverlo con esa brusquedad. No puedo ver el rostro de Gillian, pero su cuerpo cae directamente a la lona desplomada y dándose otro golpe fuerte por el otro lado del cráneo.

Es, en ese instante, en el que mi cuerpo se tensa y la otra luchadora celebra su victoria con tristeza, con un mal sabor de boca, pero algo dentro de mí dice que Gillian no está bien y mis ojos

se abren como platos, sin conseguir que mi corazón se mueva.

Me acerco al *ring*, ignorando las súplicas de Ernesto de no hacerlo y ahora mismo me da exactamente igual todo lo demás, todo lo externo. Acercándome donde su cuerpo yace tirado en la lona, sentándome de rodillas y rápidamente toco un poco su brazo, esperando ver una sola reacción de ella.

—¿Gil? —pregunto en un susurro.

No miro a nadie. No me importa nada más... Solo la persona que está tirada en el suelo sin moverse.

Agarro su cabeza e intento sacudirla un poco para que abra sus ojos, pero nada. Me quedo paralizado ante el cuerpo sin vida de mi mujer entre mis brazos y las lágrimas comienzan a salir de mis ojos tan rápido como ocurre esto.

Nadie me dice nada. Nadie se acerca a mí... Pero tampoco quiero.

Abrazo mucho más a Gillian y la pego a mi cuerpo, intentando que solo sea una pesadilla, un mal sueño, que cuando nos despertemos estemos juntos, ella esté a mi lado. Pero a medida que pasan los minutos la sangre comienza a salir de su cabeza, escurriéndose por la lona y cayendo por mis brazos. Llena de sangre por las heridas y sudor, su cuerpo comienza a ponerse frío y su piel blanca como la nieve. Sus labios entreabiertos no se mueven y sus ojos no se abren, para no ver más esos ojos verdes de los que me enamoré.

Mis lágrimas empiezan a caer más y más por todo mi rostro, poniéndome rojo y suplicando a Dios que me la devuelva.

—Gillian, por favor... Vuelve —murmuro incomprensiblemente mientras noto la presencia de Ernesto a mis espaldas, sin tocarme y sin decir nada, pero está ahí—. Por favor... Por favor... —repito y repito esperando que ella me escuche. Esperando a escuchar su voz una vez más.

Pero no lo hace.

Sigo llorando como jamás lo había hecho. Sigo suplicando como nunca antes lo había intentado y mi cuerpo se sacude por el momento, sin dejar de temblar y sin separarme de ella, de la mujer a la que amo.

—No me dejes, por favor... —vuelvo a decir, acariciando su rostro magullado y dejando suaves besos por su rostro, deseando ver un simple movimiento de ella que me indique que todavía lucha por su vida, que no se marchará para siempre.

Pero ella no volverá.

Ya no volverá.

Inconmensurable

Un mes después. Julio de 1983.

Camino como un alma perdida en algún lugar del mundo y lo único que pienso es en si pude cambiar algo de lo ocurrido.

Casi un mes ha pasado de aquel combate donde la perdí. Un mes que, en lo único que pienso, es en ella. Y sin Gillian me siento perdido, vulnerable y, como dije, como un alma perdida.

Un mes lleno de dolor, tanto para mí como para las personas que la conocían. Y es ahora que, junto a su tumba, comienzo a desatarme la corbata negra dos horas después de que se hiciera el funeral. Dos horas en las que no me he marchado del cementerio ni me he alejado de ella.

Estamos en Santa Bárbara, el lugar que tanto amaba Gillian, el lugar donde nos teníamos que haber quedado, siguiendo como la familia que éramos antes de la carta y, aquí, es donde yace su cuerpo descansando bajo tierra. Y, al levantar la cabeza de su lápida, puedo ver que comienza a oscurecer y el viento comienza a levantarse, hasta el punto de mover los árboles que rodean el cementerio. Niego con la cabeza mientras tapo mi rostro con mis manos intentando no decaer de nuevo, tal y como hice antes en el funeral cuando fingía ser fuerte a la vez que las personas me daban el pésame. Y lo jodido que es aguantar y aguantar, escuchando cómo la gente se apena por la muerte de mi esposa.

Noto el roce de Ernesto sobre mi hombro y yo no soy capaz de mirarlo en estos momentos, no puedo ser capaz porque no quiero derrumbarme de nuevo.

—Jasper, necesitas descansar y ya está cayendo la noche... —murmura él y lo observo, sabiendo que mi hija está a su cuidado.

Mi madre, que también está al lado de Ernesto, asiente con la cabeza estando de acuerdo con mi amigo.

Juraría que el peor momento, aparte del que estamos pasando, es decirle a una pequeña de dos años que no volverá a ver a su madre. Cataleya es muy pequeña para entender eso, pero jamás me pienso separar de ella, es mi hija y es el fruto del amor que tuvimos Gillian y yo. Pero si no fuese por Ernesto que me ha estado ayudando a pasar el luto, no levantaría cabeza.

—Quiero estar un rato más... —murmuro y por la mirada que él pone, soy consciente de que necesito descansar. Pero no puedo, cada día que me voy a la cama solo sin ella y cierro los ojos, se convierte en una noche peor.

—Cariño... —susurra mi madre y luego, por la forma en que estoy, decide no decir nada más.

Ernesto y ella asienten con la cabeza y, luego, Nesto observa a Cataleya que está a punto de

quedarse dormida en el hombro de él.

—Voy a llevarme a Cat a casa para que duerma y no se resfríe. No llegues tarde, ¿vale? — pregunta y luego yo asiento en respuesta—. ¿Te vienes a casa o también quieres quedarte? —le pregunta a mi madre y no escucho su respuesta.

Mientras veo cómo él y mi madre se marchan con mi hija en brazos para la casa, yo toco los dos anillos en mi dedo anular y empiezo a girarlos de un lado a otro, sintiendo el aire de la tarde en mi rostro.

El sol se esconde y el cielo se convierte en una mezcla de oscuridad y azul suave, significando que la noche está a punto de caer.

Cuando ya solo quedo yo en el cementerio, vuelvo a observar esa tumba donde el nombre de aquella chica, de la que siempre estaré enamorado, está escrito viendo la fecha de nacimiento y la de su muerte, siendo tan joven en haber fallecido. Aprieto mi mandíbula mientras pongo mis rodillas en la tierra removida a pocos centímetros de su lápida. Agacho mi cabeza, apoyándola en ese trozo de piedra y mis lágrimas vuelven a caer sin previo aviso, volviendo a decaer de nuevo, deseando y deseando volver a verla, volver a escucharla, volver a sentirla.

—Te amo —le digo aunque sé que no me va a escuchar—. No puede estar pasándome esto. No... —susurro—. Pensaba que estaríamos juntos muchos años o, al menos, los suficientes, pero jamás imaginé que pasaría esto... No es lo mismo la vida sin ti, Gil —vuelvo a murmurar.

Dejo que los minutos pasen y me quedo aquí, junto a ella, mientras deseo que todo vuelva a ser como antes, que esto solo sea un mal sueño, pero no lo es. Esto es la vida real y que por mucho que desee que ella vuelva, no lo hará.

Le arrebataron su vida de la forma más cruel... Una mujer joven con una vida por delante.

La noche de la pelea da vueltas y vueltas todos los días en mi mente, sobre todo, cuando ella murió en mis brazos y la otra luchadora celebraba la victoria con su padre. Pero no saldría tampoco bien y es que, aunque nos hubiésemos alejado de Cuba, por mucho que hubiésemos huido a otro lugar, aunque Gillian hubiese ganado la pelea, la hubieran matado. Y ahora lo sé porque cuando la otra chica ganó, uno de los guardas de Vladimir le pegó un tiro en el cuello, desangrándola al instante y muriendo casi en el acto.

Gillian hubiera muerto igualmente, pero la idea constante de que podría haber hecho algo más da vueltas y vueltas en mi mente, en mi consciencia.

Y Diablo... Por mucho que hubiésemos intentado conseguir justicia, él siempre se saldría con la suya. Un hombre como él, tan poderoso gracias a los combates clandestinos, siempre ganará y más teniendo a la justicia de su parte.

Levanto mi cabeza y vuelvo a ver esa lápida que visitaré todos los días de mi vida.

—Nunca te voy a olvidar... Espero que tú a mí tampoco— murmuro con dolor en la voz y luego me levanto del suelo para intentar irme a mi casa.

Pero no sin antes volver a echar la vista hacia atrás y susurrarle esas dos palabras que siempre le gustaba a ella oírme.



Abro la puerta de mi casa y entro en ella con la chaqueta en la mano. Observo a Ernesto que está

sentado en el sofá viendo algún programa en la televisión, mi madre en la cocina preparándose un té, y yo dejo la chaqueta sobre el sofá, sin molestar a nadie.

—¿Cataleya? —le pregunto a Ernesto.

—En su habitación, durmiendo —responde bajando el volumen y luego sus ojos observan cada movimiento que voy a hacer.

Desde lo ocurrido en Cuba, él decidió hablar con su abuela y ella quería que rehiciera su vida, por eso, durante este duelo que estamos pasando mi hija y yo, él ha querido ayudarnos —sobre todo, mi madre que también está viviendo bajo el mismo techo que nosotros—, y a la vez yo le dejaba a Ernesto dormir aquí hasta que encontrase un trabajo en algún hospital o en otro lugar, donde él más quiera.

—¿Cómo vas? —cuestiona sin saber que más decirme.

Mi madre, en cambio, ya me ha demostrado en todos estos días que me apoya y que me ayudará a seguir adelante con mi vida. Por eso, ella no dice nada ahora mismo, sabe por experiencia que en estos momentos no quiero hablar.

—¿Tu qué crees? —le respondo con otra pregunta y él asiente en respuesta.

Pero, para no volver a sacarme el mismo tema de siempre y volver a derrumbarme, decide hacer otra cosa.

—He encontrado un trabajo en un hospital cerca de aquí. Está bastante bien y necesitan personal médico —me dice, y yo hago un amago de sonrisa.

—Me alegro mucho por ti, Nesto...

Se escucha el silencio en el salón y, mire donde mire, solo hay recuerdos de ella. Fotos, muebles, decoraciones... Todo me recuerda a ella.

—Ve a descansar, mañana será otro día —dice él y yo, sin hablar nada más, subo las escaleras para dirigirme a la habitación de mi hija.

Ahí me puedo encontrar a Cataleya durmiendo con su osito peluche abrazada. Su boca está entreabierta, cayéndose un poco la baba y yo me acerco con cuidado para dejar un suave beso en su frente.

La miro y puedo observar su rostro gracias a una suave luz que siempre le poníamos Gillian y yo para que no le asustase la oscuridad. Es casi una viva imagen de ella y sonrío para mí mismo deseando que Gillian hubiese tenido otra vida.

Me marcho de su cuarto, cerrando la puerta y caminando hacia nuestra habitación de matrimonio, donde ahora duermo yo solo.

Me quito con furia la corbata, tirándola en el suelo, desabrochándome los tres primeros botones de la camisa y, acto seguido, enciendo la lámpara de la mesita de noche. Me siento en la cama y por el rabillo del ojo observo el lado de Gillian, ahora vacío. Resoplo y pongo mi rostro entre mis manos hecho polvo.

Lo único en lo que consigo pensar es en esos recuerdos que tenía con ella, que tuvimos todo este tiempo, tanto en Cuba como en Santa Bárbara. Hemos pasado por mucho en estos cinco años y todo lo que podíamos haber seguido viviendo juntos o lo que el destino nos deparase... Pero así... Ojalá ella siguiera viviendo y me hubiesen arrebatado a mí la vida.

Pero, de pronto, levanto mi cabeza y veo aquella carta que ella me entregó esa misma noche, cuando estábamos en la cama intentando pegar ojo. Es ahora que me pregunto qué es lo que habrá escrito... Porque ni siquiera he sido capaz de poder abrirla y leer su contenido. No he sido capaz ni siquiera de mirar esa carta ni de tocarla.

Pero algún día tendré que hacerlo y, aun así, me pregunto por qué ella quiso escribirme esa

carta y no me dejó leerla delante de ella. Me pregunto por qué ella se comportaba tan extraña con esos gestos, con esos pequeños detalles y, aun así, seguía siendo mucho más fuerte que yo en estos momentos.

Quizás, ¿ella sabía que iba a morir? O, simplemente, son ideas mías...

Aprieto mis labios, rechinándolos al momento y tomo la carta entre mis manos, pensando si leerla o no, si abrirla o dejar que pasen unos días hasta que sea capaz de hacerlo. Pero mis ojos observan aquella foto que tengo sobre la mesita de noche de nosotros dos, felices cuando nació Cataleya y vuelvo a observar la carta.

Soy consciente de que nunca volveré a sentir lo mismo por alguien, que mi amor por ella es incommensurable y, en el fondo, eso no me importa. A pesar de que me hayan arrebatado al amor de mi vida, agradezco haberla conocido y haber vivido esos momentos más importantes de nuestra vida juntos.

Nunca volveré a amar a alguien como la amé a ella... Porque, aunque ya no esté aquí, nuestro amor nunca tendrá fin.

Epílogo

A mi verdadero amor,

Quizás te inundes de dudas cuando leas esta carta o quizás cuando te la entregue en mano, pero esta es la mejor forma de expresar mis sentimientos por ti. Esta es la mejor manera de decirte todo lo que he sentido todo este tiempo y no te he contado por ser tan cerrada. Pero antes te explicaré por qué te la escribo y, en el peor de los casos, es porque sé cómo acabará esto, cómo será el futuro que nos espera después de esta pelea.

No te lo he contado y ojalá me equivocase y todo esto acabase de la mejor forma posible... Pero si te escribo estas líneas es porque conozco esta vida en la que he estado encerrada muchos años de mi vida, y sé que esto no es solo un final: es un adiós.

Te amo y creo que te he amado desde la primera vez que te vi, pero estaba tan ciega que no lo veía. Incluso la vez que nos conocimos algo me llamó de ti y fue tu forma de ser. Jamás me habían tratado cómo lo hacías tú y siempre te estaré agradecida... Siempre. Pero has de saber que siempre fui una cobarde y el miedo inundaba mi vida diaria, pero no es lo que piensas. Tenía miedo a perderte. Cuando pasaban los días, incluso los meses y mis sentimientos se incrementaban, el miedo a perderte era inevitable. El sentimiento de saber que aquellas personas estaban al acecho para asesinarte por juntarte conmigo me atemorizaba, y no quería perder a la única persona que había amado en toda mi vida.

Aquellas peleas, aquellas reconciliaciones, aquellos momentos perfectos contigo eran las mínimas señales de que mi estómago se removía cada vez que oía tu nombre, cada vez que te veía y cada vez que me mirabas con esos ojos que me volvían loca día tras día. Nunca fuimos perfectos, pero ¿quién lo es? Acaso ¿estoy tan loca como para pensar que esta asimetría que teníamos y tenemos era la perfecta? Porque sí, somos tan asimétricos que ante nosotros éramos como éramos y fuimos felices con nuestros problemas, juntos. Y, aun así, nunca me bastó, quería más, siempre he querido más de ti.

Aquellos dos meses que pasamos separados fueron los peores de mi vida. Por cada pelea era como si mi mente no pudiese separarse de ti. Quería saber qué hacías, cómo estabas y, en el fondo, deseaba que tú también estuvieses sufriendo cómo lo estaba haciendo yo en silencio. ¿Soy egoísta por ello? ¿Por quererte tan solo para mí? Y, de nuevo, nunca fui capaz de decirte todo esto. Prefería guardármelo y esperar a que un día tuviese el valor de decirte todo lo que he pensado de ti desde aquel día en aquella discoteca, por no decir esas noches que pasábamos juntos... Oh, esos días eran los mejores. Y aquí estoy, escribiéndote una carta para expresarte todo lo que te he amado y no fui capaz de decirte. Incluso cuando comenzamos a salir en privado, dentro de mi pecho quería gritar a los cuatro vientos para que todo el mundo supiese que éramos pareja, que estábamos enamorados y que eras mío. Y nunca sabrás lo que odiaba que otra mujer se pusiera a mirarte como si quisiera devorarte entero, eso solo lo podía hacer yo, pero ver que nunca observabas a otra mujer que no fuese yo misma... No sabes lo feliz que me hacía.

¿Soy idiota por eso? Porque si tengo que decir la verdad, soy idiota por quererte tanto y no expresártelo en palabras. Soy idiota por no demostrártelo demasiado ni siquiera cuando ya estábamos juntos...

Pero la peor noche de todas fue cuando tuvimos aquella discusión en aquel cuarto de baño y, al rato, tenía una pelea en la otra punta de la isla. Estaba tan enfadada contigo que era capaz de besarme con cualquier hombre que me encontrase, simplemente, para demostrarte quién tenía los pantalones en aquel momento, pero cuando te veía y sufrías por cada golpe que recibía se me encogía el corazón. Y no solo en esa pelea, sino en todas las que tuve teniéndote como entrenador. Pero... pero cuando hiciste que todos se marchasen sacando aquel gas y te encontré en el coche con aquella herida en el estómago sentí mi mundo caer a mis pies. Sentí que todos los temores que había tenido antes se hacían realidad y de una manera horrible. Tan solo deseaba que tú estuvieses bien, que no te pasara nada y que estuvieses vivo, aunque te hubiese obligado a estar lejos de mí. Nunca sabrás cuánto lloré esa noche por ti.

Supongo que ahora que soy consciente de la gravedad del asunto me empiezo a dar cuenta de todo lo que nos pasó en el pasado. Las veces que te preocupabas por mí y sufrías en silencio, pero yo no me daba de cuenta... Perdón, no me quería dar cuenta. Esas peleas, esas heridas que terminaba teniendo, incluso cuando llegó la maldita carta en la que tenía que volver a luchar, joder... Jamás podré olvidar todo lo que sufriste, ese rostro desencajado cuando pensábamos que teníamos la vida que siempre habíamos querido, con nuestra hija y todos los hijos que hubiese querido tener contigo, Jasper. Pero, a veces, la vida te pone a prueba y a nosotros nos puso muchísimas de ellas, hasta que un día termina ganando como ahora.

Me gustaría estar ahí contigo, viendo como nuestra hija tiene sus primeras veces, cómo nosotros nos hacemos más mayores y tenemos nuestras discusiones, pero, a la vez, me encantaría verte crecer como tú me vieses a mí hacerlo. Pero supongo que no todos los sueños se cumplen, por eso mi último deseo es que tú seas feliz: con o sin mí.

Y vuelvo a decir lo mismo... Ojalá que esto solo sea una estúpida carta que te obligaré a darme de nuevo cuando estemos en nuestra casa con nuestra hija y tú, para fastidiarme, la leerás en alto. Pero no será así y yo lo sé... Tú también, aunque no lo quieras admitir. Si no lo hago, moriremos igualmente los tres, y no sería justo para ti y, mucho menos, para nuestra hija. Los problemas fueron míos desde siempre y yo te metí en esto sin quererlo, porque te amaba, porque te amo. Por eso, aunque tú me odies por ello, tengo que participar en esta pelea. Para protegeros a los dos, a los dos únicos amores de mi vida.

Esta carta no servirá para decirte lo mucho que te amé, pero sí conocerás algo más de mí, de esa chica a la que le entregaste tu corazón sin quererlo. Al igual que yo te entregué el mío sin pensarlo.

Con todo mi amor y dolor,

Gillian.

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, un «gracias» se queda corto. Para mí no fue fácil escribir esta novela y menos dejar atrás a Jasper y Gillian, unos personajes que siempre estarán en mi corazón. No fue fácil escribir el final ni tampoco leerlo, pero ahí está y no lo cambiaría.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi familia, porque tras muchos años escribiendo en secreto, no se esperaban para nada mi amor incondicional por la literatura. Gracias a mi madre por apoyarme y estar siempre ahí; a mi padre por su humor y por siempre hablarme de historia, aunque a mí no me importe; a mi prima Yesica por ayudarme siempre para lo bueno y para lo malo; a mi hermano por ser él mismo; y a mi abuela que, aunque ya no esté, siempre la voy a querer.

Gracias a mis tíos por todo; a mi prima Esther por aquellas noches de amigas y por llevarme en coche cuando más lo necesitaba. Podría decir muchos más nombres, pero no me daría el papel para nombrar a toda mi familia, así que a todos ellos: muchas gracias.

A Silvia por ser una gran amiga y estar para cuando se necesita, sin importar nada más.

También quiero darle las gracias a Mónica García por su apoyo constante y en ayudarme a que más gente conociera mis novelas; a RM Madera por el maravilloso trabajo que ha hecho y su gran ayuda; a mi tocaya, por querer y seguir esta historia, y por cambiarle el nombre a Jasper por Casper. También quiero agradecerles a las chicas de mi grupo de WhatsApp de mis historias por seguirme hasta el final.

Quiero también agradecer a aquellos lectores que me leyeron en Wattpad y que llevan años o meses que me leen, porque esto no sería posible sin ustedes.

Y, sobre todo, quiero darte las gracias a ti, por darme la oportunidad de crecer, de darme una oportunidad de leerme y tomarte la molestia de leer esta novela. Tan solo gracias y espero que te haya gustado.

Biografía

Patricia García nació en Las Palmas de Gran Canaria, España, el 13 de marzo de 1997. Estudió un ciclo formativo de administración y gestión. Apasionada por la lectura y el arte, le gustaría poder dedicar su tiempo al dibujo artístico y a la escritura.

En 2014 se unió a Wattpad, una plataforma de lectura online con la que ya tiene más de nueve mil seguidores. Allí ha publicado obras como *Similares*, *Alguien Diferente* y *Jamás Me Hubiera Pasado*, entre otros muchos títulos. Y actualmente se encuentra trabajando en *A Doscientos Pasos*, una novela juvenil adulta.

En su tiempo libre le gusta dibujar, escuchar música, leer, escribir y caminar.

Puedes encontrarla en *Instagram* como @thebabypes; y en Wattpad como @thebabypes.

^[1] Expresión cubana que significa: ¿Cómo estás, amigo?

^[2] Es una frase cubana que expresa cantidad.

^[3] Es la palabra que más se utiliza en Cuba, donde se usa en expresiones positivas como negativas. Dependiendo de cómo se use significa que algo está bueno o no.